

AÑO VI

NÚM. LXI

LA ESPAÑA MODERNA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
GOBIERNO NACIONAL DEL

REVISTA DE ESPAÑA

Director propietario: J. LÁZARO

—
ENERO 1894
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL

San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

ADÁN Y EVA



PRÓLOGO EN EL CIELO

El HÉROE (deteniéndose en el umbral de la gloria).—Señor de cielos y tierra, ¿es verdad que voy á entrar en la mansión de los escogidos? Apenas me atrevo á creer tamaña ventura. ¿Cuáles han sido mis merecimientos, Señor, para que te dignes mirar con indulgencia á tu siervo? ¿Yo en la gloria? ¿Yo entre santos, mártires, confesores y vírgenes, tronos, jerarquías, potestades y dominaciones?

VOZ DEL ESPÍRITU DE DIOS (que sale de una ardiente nube).—No estarás entre los santos, ni entre los vírgenes, porque no lo eres. Entre los mártires y confesores bien podrías, pues algún martirio padeciste y algunas veces me confesaste. Si sólo los santos entrasen en el cielo, muy solitaria se hallaría mi mansión. La santidad, como el genio luminoso y la belleza soberana, es patrimonio de pocos. ¿Has imaginado tú que Yo crié, perfeccioné y redimí al género humano para destinarle á condenación eterna, verle retorcerse en el fuego del Purgatorio ó aullar en los braseros del Infierno?

EL HÉROE (transportado de alegría).—Señor, es cierto que si pequé, mi corazón no es el de un malvado. Yo deseaba guardar tus mandamientos, aunque no los he guardado siempre, y en Ti he creído y esperado con firmeza. Nunca, aun en medio de las pruebas que te dignaste enviarme, se entregó mi alma á la negra desesperación, ni osó desconfiar de Tu providencia, ni censurar Tu obra, ni renegar del don precioso de la vida que otorgaste á Tus criaturas. No te serví con el celo y fervor que debiera; pero Tú sabes que no he sido impío. Sin embargo, estoy confuso... Nada hice bueno, y algo malo sí... ¡Algo muy malo!...

VOZ DEL ESPÍRITU (suave, armoniosa y musical, como si brotase

de los registros más delicados de un órgano).—Has amado mucho. Recuerda que á quien mucho ama, mucho se le perdona. Tu corazón fué un foco de ternura. Eres el Padre, por otro nombre el Pelicano. En tus párpados hay huellas de llanto y señales de prolongadas vigiliás. En tus manos no veo ni oro ni jirones de honra. Abrelas... Están vacías. En una de ellas...

EL HÉROE (temblando, lloroso y contrito).—Señor, Tú que todo lo comprendes, ¿no distingues esta... esta manchita... así... roja?... ¡Misericordia, Señor... Misericordia de mí!

VOZ DEL ESPÍRITU (grave y serena).—No; no la distingo. La vi cuando cayó. Después la ha borrado tu constante arrepentimiento.

EL HÉROE (respirando y enajenado de gozo).—¿Con que no soy asesino? ¿No soy criminal?

VOZ DEL ESPÍRITU (misteriosa y lejana).—El hecho descarnado nada significa para mí. Mi justicia no se parece á la que tú conociste allá en el mundo. El beso de Judas fué asesinato; el tajo de Pedro, que cercenó la oreja á Malco, fué caricia. Cuando Pedro desenvainó la espada, rebosaba amor por mi Hijo. Intenciones, móviles, pensamientos... Hechos no. El hecho no existe en estas regiones. El hecho es la cáscara de la realidad.

EL HÉROE (creyendo soñar).—¿He matado y estoy sin culpa?

VOZ DEL ESPÍRITU (clara y firme).—Los errores del hombre causaron tal extravío. Ya has expiado viviendo. El que mata y vive, expía. Con todo, aún te queda una penitencia que cumplir. Antes de entrar en el goce de la beatitud, bajarás otra vez á la tierra y escribirás tu historia, para bien de algunos de tus semejantes.

EL HÉROE (asustado).—¡Señor! ¡Escribir! No ignoras que nunca aspiré á la gloria literaria. Ni aun he combatido en el *estadio de la prensa*. Es decir... Para que no se ría el diablo de la mentira, recuerdo haber puesto dos ó tres comunicados en el *Grito Cantábrico* y en el *Nautilense*, cuando el ayuntamiento de Villalba, contra toda ley y razón, se empeñó en expropiarme...

VOZ DEL ESPÍRITU (benévola).—Ahora es asunto de mayor importancia. La narración de tu vida tendrá forma novelesca.

EL HÉROE (más incrédulo que antes, temiendo ser víctima de una pesadilla).—¿Noveles...?

VOZ DEL ESPÍRITU (enérgicamente).—Novelesca.

EL HÉROE (á dos dedos de la más satánica rebeldía).—Señor, ¿eres Tú quien me mandas hacer una obra novelesca? ¿Una novela, hablando pronto? ¿Es Tu voz ó es la de Lucifer la que escucho? ¿Yo que me he pasado la vida tapando los agujeros por donde pudiesen

deslizarse en mi casa esos libros nefandos y pestilenciales, á fin de de que no se posasen en ellos ¡ay de mí! los ojos de mis amadas hijas? ¿Yo que he cazado folletines como quien caza serpientes? Ya sé que, según dicen, las novelas de ahora no se parecen á las de antes; pero tengo entendido que aún son peores, porque rompiendo todo freno presentan la vida humana con repugnante desnudez, y la fotografía pornográfica más descarada no llega adonde llegan tan asquerosos librotos. *Pornográfica* es palabra de un amigo mío sumamente ilustrado... que me dijo que así debían calificarse...

VOZ DEL ESPÍRITU (con lentitud solemne).—Obedece y calla. Yo soy la Verdad, la Belleza y la Bondad juntas, y nada de lo que ha sido hecho se hizo sin Mí. En Mí está la Vida, y la Vida es la luz de los hombres.

EL HÉROE (para sí, aturdido).—Esto se me figura que lo dicen en la misa...

(Desvanécese la ardiente nube, y aparece otra nubecilla nacarada, y cabalgando en ella un angelito muy risueño, pálido, que representa unos cuatro años de edad.)

EL ANGELITO (al Héroe).—Ven conmigo. Yo te guiaré á que cumplas tu expiación, como manda Papá del cielo. ¿Qué? ¿no me conoces? ¿ya no te acuerdas de mí?

EL HÉROE (haciendo pantalla con la mano).—No... digo, sí... se me figura... no sé...

EL ANGELITO.—¡Si soy tu Moncho, tu Ramón, el que se cayó del tercer piso por un descuido de la niñera y se hizo tortilla contra las piedras de la calle!

EL HÉROE (conmovidísimo).—¡Hijo de mi alma! ¡Monchito! ¡Válgame Dios! ¡Quién iba á conocerte con esas alas tan cucas, y esa claridad que te rodea, y esa cara de bienaventurado! ¡Ay! ¡Dichoso tú! ¡Si supieses las horas que pasé cuando te subieron sin vida, caliente aún tu pobre cuerpecito! No estabas nada desfigurado, ni tenías roto nada, al parecer... Sólo un cuajarón de sangre debajo de la naricilla... ¡Qué de besos te di! ¡Infelices padres los que tal ven!

EL ANGELITO (riendo).—Pues ahora consuélate, papá. Suerte como la mía... El trago fué para ti. Yo, tan contento. Nada me dolió: duró aquello un instante, y creo que ya llegué muerto á las losas. Aquí nada me falta. Tengo una legión de compañeritos, y jugamos á la pelota y al volante con unas estrellas más lindas... Ahora, á la tierra. Agárrate á mis alas. No, si están muy fuertes; no me las arrancas ni tú ni diez como tú. Así... fuera miedo.

EL HÉROE (al atravesar el tercer cielo).—Se va muy bien... me

parece que soy pájaro y que he volado toda mi vida. Pero oye... Contigo tengo yo más confianza para hacer ciertas preguntas. ¿Es posible que Dios, sobre mandar escribir una novela, que ya es cosa bastante rara, se lo mande á quien ni tiene facultades, ni costumbre, ni...? ¿Cómo empezaré? ¿Sabes que me da en qué pensar? ¿Iría bien si empiezo: "En una serena tarde del mes de Julio...?"

EL ANGELITO (riendo á carcajadas).—Jesús, papá... Le cuelgas á Dios unas tonterías... Tú no tienes que escribir la novela. Basta con que la inspires. Yo te llevo á casa de un novelista de profesión; te arrimas á su oído y susurras: "Mire V., cuando vivía hice esto, aquello y lo otro; pensé así, sentí asado..." Y basta. El se encargará del resto.

EL HÉROE.—Eso mismo dudo que pueda hacerlo de manera que el novelista saque algo en limpio de mi historia. Yo sé bien lo que me ha sucedido y lo que sentí allá por dentro; pero hijo, las explicaderas...

EL ANGELITO (con ternura).—Papá, ya verás cómo así que te acerques al novelista se te despabila el meollo y ves claramente muchas cosas que en vida no entendiste; y además te entran una franqueza y una elocuencia tales, que declaras los móviles de tus acciones más leves y ensartas los pormenores de los sucesos más insignificantes de tu verdadera historia. Y al irlos refiriendo, adivinarás la coordinación secreta de los efectos y sus causas en la vida... Has de pegarte algún cachete en la frente. ¿No ves cómo hablo y discurro yo, desde que subí al cielo?

EL HÉROE (algo amostazado).—Bien, obedezco... pero conste que no me explico esta orden del Señor... En fin, quien manda, manda.

EL ANGELITO.—¡Ay, papá, qué descontentadizo! ¿Preferías un añito de Purgatorio?

EL HÉROE.—Yo qué sé... Ahora enciérrese V. en el cuarto de un escribidor, que será algún tugurio, y el dueño tal vez un perdis rematado... Me mirará por encima del hombro; me juzgará con dureza, y escudriñará impúdicamente el alma de mis desventuradas hijas.

EL ANGELITO (partiéndose de risa).—¡Qué gracia, papá, qué gracia! Cuando veas á dónde te conduzco...

EL HÉROE (colgado del ala de su hijo y mirando hacia abajo).—¿Qué es esto? ¿No es Marineda la ciudad que se extiende allá... sobre el azul? ¿No es esa la bahía redondeada en forma de concha, la torre del Faro, los amenos jardines del Terraplén? El corazón se me sale de alegría. ¿No es aquella la chimenea de mi propia casa?

EL ANGELITO (cariñoso).—Sí, papá... pero no la mires... Ahí no has de volver nunca.

EL HÉROE (con ansia).—Dos minutos... Verlas... ¡Por caridad!

EL ANGELITO.—No puede ser. Tu expiación comienza.

EL HÉROE (afligido).—¿A dónde me guías?

EL ANGELITO.—¿Ves aquella casa antigua del Barrio de Arriba? ¿Balcón con palma en el primer piso...?

EL HÉROE.—¿Galería en el segundo?

EL ANGELITO.—Justo... ¿Ves dos ventanas del tercero abiertas? ¿Una gran mesa... estanterías, libros, cachivaches, plantas, flores? ¿Una mujer que atraviesa la habitación con un violetero lleno de violetas en la mano...?

EL HÉROE (admirado y gozoso).—Ah... de modo... con que es ahí... Ya... Claro... Respiro... Al menos hablaré con una persona del mismo Marineda, una señora, un alma compasiva... Ya sabrá ella parte de mi historia.

EL ANGELITO.—Anda, papá... Es preciso que entre allí tu espíritu antes de que se cierre la ventana... Va á llover y tengo mucha prisa de regresar al cielo. En este clima tan húmedo no hay modo de vivir sin paraguas, impermeable ó cosa así. Cuélate pronto... y abur... ¡Hasta luego! ¡Que ya cierran la vidriera...!

EL HÉROE (desde el alféizar de la ventana).—Hijo mío, no te mojes... Arrópate bien en la nube... Mira que los catarros, ahora en esta estación...

EL ANGELITO (con risa argentina y encantadora).—Abur, abur. Volveré por ti cuando esté terminada la última cuartilla.

ADÁN Y EVA

PARTE PRIMERA

DOÑA MILAGROS

CAPÍTULO PRIMERO

En la pila bautismal me pusieron el nombre de Benicio. Por el lado paterno llevé el apellido de los Neiras de Villalba, pueblo digno de eterno renombre, donde se ceban los más suculentos capones de la Península española. En el escudo de mi casa solariega, sin embargo, no campean estas aves inofensivas, sino un águila coronada y un par de castillos de sable sobre campo de gules. Tales zarandajas heráldicas no impidieron á mi padre, el mayorazgo, casarse con la hija de un confitero y chocolatero natural de Astorga, establecido en los soportales de la Plaza de Lugo. Era mi padre (Dios le haya perdonado) algo antojadizo y terco y bastante libertino; y como la recia virtud de mi madre no consintió rendirse á sus asaltos, á contrapelo de toda la familia la hizo su esposa.

Yo creo que en tan desigual enlace quien salió perdiendo fué la confitera. Poseedora de las cualidades morales que faltaban á su marido; hacendosa, honrada y cristiana á carta cabal, mi madre vivió sola, despreciada, maltratada, y faltándole cariño, consagró el suyo entero á mi hermana y á mí. Digo mal: yo fuí el preferido, el único amado tal vez, porque mi hermana, que pecaba de intrigante y chismosuela, fué desde pequeñita el ojo derecho de mi padre. Mi niñez corrió triste, viendo á mamá esconderse para llorar por los rincones de la casa, y echándome á temblar cuando papá gritaba y maldecía y soltaba cada terno que se venía abajo la bóveda celeste;

pues una de las peores mañas del autor de mis días era jurar como un carretero desde que abría la boca; y recuerdo que mi madre me inculcó el odio á tan feo vicio, hasta hacerme caer en el extremo de considerar los juramentos, las blasfemias y las palabras soeces como el mayor y más estúpido pecado que puede cometer el hombre. Esta y las demás enseñanzas de mi madre se me grabaron indeleblemente, viniendo á ser la base de mis convicciones y principios; así como en el fondo de mi carácter quedó una blandura y un apocamiento que atribuyo á haberme ensopado y reblandecido el corazón los terrores y las lágrimas maternas. Mi madre era mujer chapada á la antigua, é hizo predominar en mí el elemento tradicional sobre el innovador, porque (ahora lo discierno claramente) no cabía en sus facultades equilibrar los dos de tal manera que yo me encontrase en condiciones favorables para vivir en la época que Dios había señalado á mi paso por el mundo. Aprendí de mi madre la probidad, el horror á las deudas, el respeto de los contratos y de la honra de las mujeres, la modestia, la economía, la frugalidad, la veracidad, virtudes que adornan á la grave raza castellana, aunque se atribuyan en general á la ibérica. También me fué inculcado por mi madre otro sentimiento nada común en la sociedad actual: una consideración profunda por las personas de elevado nacimiento, unida á cierto democrático individualismo y á mucha llaneza con los inferiores. En cuanto á la enseñanza religiosa, por entero la debí á mi madre: ella me obligó á aprender de memoria el Catecismo, me hizo rezar diariamente el Rosario, me leyó en el *Año Cristiano* las vidas de los Santos y en el *Kempis* los capítulos referentes á la resignación, á la humilde sujeción, al hombre bueno y pacífico, á la tolerancia de las injurias, al puro corazón y la intención sencilla. Tales doctrinas prendieron en mí maravillosamente: sin duda existía oculta conformidad entre ellas y mi carácter; por lo cual llegué á imaginarme (*a posteriori*) que me hubiese convenido más ser amamantado en principios de energía, acción y violencia, porque hallándose éstos en pugna con mi condición natural, se establecería el provechoso equilibrio donde quizá reside el secreto de la armonía, perfección y felicidad humana. Someto este problema á los doctos, y paso adelante.

Cuando me veía quejoso y dolorido del proceder de mi padre, mamá me predicaba la conformidad más entera. “Las faltas del marido — me decía — no excusan jamás las de la mujer. El es el jefe de la casa, y se le ha de obedecer y se le ha de querer bien; todo lo que no sea esto se queda para bribonas infames. Rezar mucho á ver

si se convierte y se hace bueno... y paciencia, y que cada cual acepte su cruz. Contra el marido y el padre jamás tienen razón la mujer y el hijo. Silencio... y Dios sobre todo.,,

Uno de los rectos consejos de la que me llevó en sus entrañas, fué el de seguir una carrera. "Hijo—me decía—Dios sabe á dónde llegaremos... Puede suceder que tengamos que pedir limosna.,," La vida rota y relajada de mi padre daba cierta verosimilitud á tan tristes profecías. Asistí, pues, al Instituto, con propósito de ingresar más tarde en el Seminario, ordenarme y conseguir un curato de aldea donde viviríamos mi madre y yo, humildemente, según el espíritu del *Kempis*, pero sin mendigar. La muerte de mi madre, casi súbita, de un ataque de reuma al corazón, dejó sin efecto estos planes. Por consejo de mi tío Ventura Neira, el abogado, se me envió á la Universidad compostelana á cursar leyes.

Cuento mis épocas de estudiante como las mejores de mi vida. La alegría y descuido de la mocedad, el trato regocijado de los amigos, las bromas y los entretenimientos propios de mi edad y mi estado, me dejaron delicioso recuerdo. Debo advertir que esto ocurría allá por los años 45 á 50, cuando todavía decir estudiante era decir buen humor, chispa, viveza, ingenio, travesura. Ahora las estudiantinas (todos los Carnavales se presenta alguna en Marineda) parecen cuadrillas de penitentes, según lo compungidas y contritas que se muestran: ni por casualidad provocan el más leve desorden; ni siquiera galantean á las muchachas; embolsan el dinero que las dan, con la misma tristeza con que los pobres vergonzantes se guardan el socorro; andan como si se hubiesen tragado el molinillo; en fin, no son escolares. Nosotros armábamos cada guitarreo y cada baile de máscaras y cada gresca, que si me acuerdo aún me río. Yo no figuraba entre los inventores de las diabluras; pero no descomponía partido; se contaba conmigo siempre, y una vez metido en danza, no me quedaba atrás; (entendiéndose que nuestras humoradas no pertenecían al género de las que dejan en pos de sí deshonra y llanto).

Excuso decir que ni rastros quedaban en mí de la supuesta vocación eclesiástica. Al contrario... Confesémoslo si rebozo: mi corazón juvenil latía dulcemente solicitado por misteriosas voces y por ansias indefinibles. Un aguijón, un estímulo suave me incitaba sin cesar á que me aproximase á la mitad bella de la humana progeñe. Estudiante más enamorado que yo, dudo que haya existido desde que hay aulas en el mundo. Sólo que en mí no llegaba á adquirir la pasión amorosa el grado de concentración y de fijeza que la hace

terrible: á fuerza de gustarme tanto las mujeres, no me perdía por ninguna. Verlas y derretirme en babas, era todo uno; sus insinuaciones me encontraban siempre rendido, galante, hecho un caramelo; hoy me mareaban unas pupilas de azabache, mañana dos ojos azules me volvían tarumba... y, al fin, nada; revoloteos de mariposa, sin consecuencias ulteriores.

Mi espíritu no anhelaba los torturadores goces del amor culpable, pagados con el desasosiego de la conciencia: lo que me sonreía, en medio de tantos zascandileos amorosos, era la perspectiva de la honesta felicidad conyugal.—“No hay remedio: me caso no bien acaba la carrera,—decía, pareciéndome lo más natural del mundo que como el ave busca pareja y nido, busque compañera y hogar el hombre. Así es que apenas tuve en el bolsillo mi título de licenciado, empecé á tender la vista, por si distinguía la media naranja... No fué en Compostela, centro al fin de vida un poquillo disipada, donde se me apareció, sino en Monforte, la villa medioeval, legendaria, que aún domina, ceñudo y fiero, el torreón de los Hidalgos. ¡Allí te encontré, cara esposa, Ilduara mía, en quien hasta el nombre revistió carácter de noble severidad, de dignidad austera! ¡Algunas veces, al ver tu majestuoso continente, tus formas en que cada año fué acentuándose más la línea recta, y sobre todo, tu energía indomable, tu intransigencia loabilísima, te he comparado al torreón de tu pueblo natal! Sin embargo, al tiempo que te conocí, la amable risa descendía aún á tus ojos y á tus labios. ¡Después del primer año de boda fué cuando empezó á ocurrírseme que te parecías al torreón!

Poseía mi Ilduara bienes y casas en Monforte, y allí vivimos algún tiempo y nacieron nuestros primeros vástagos. Porque esta fué otra excelencia y cualidad singular de mi esposa: rendir infaliblemente su cosecha anual. Fecundidad semejante es extraordinaria aun Galicia misma. En esta narración se irá patentizando hasta dónde llegaba la fertilidad de Ilda: debo decir que no puede compararse sino con el prodigioso desarrollo del sentimiento de la filogenitura en mí. Tal sentimiento dormía en las profundidades de mi ser afectivo, y sólo aguardaba, para revelarse en toda su fuerza, la abundancia de prole con que quiso Dios bendecir mi casa. Desde los paseos á las altas horas, descalzo y con el canario de alcoba muy agasajadito en el pecho, hasta las corridas á cuatro patas con el nene montado sobre el dorso; desde la construcción de trompos y cometas hasta los perennes repasos de silabario y Astete, recorrí todos los grados de la paternidad celosa y babosa: mi Ilduara bastante tenía con parir...

Un trágico acontecimiento fué el primer cáliz de amargura que me hizo apurar la paternidad. Mi primogénito era un varón, de lo más travieso, adelantado y listo que se ha visto nunca: un fenómeno de talento para sus cuatro años. Condecir que ya juntaba las letras... Cierta día se puso la criada á vestirle, teniéndole sentado en el hueco de una de esas ventanas antiguas que forman como nichos hondos. La vidriera estaba entornada... En una vuelta que dió la infame mujer, el niño se inclinó... La cabeza le pesaba más que el cuerpo... ¡Ay de mi!

Desde entonces Monforte se me hizo aborrecible. Los guijarros de las calles tenían sangre de mi pequeño. Nos trasladamos á Lugo.

Encontré á mi padre completamente subyugado por el marido de mi hermana, un procurador llamado Garroso, lo más fullero y tramposazo que han conocido los siglos. Mi Ilduara, desde el primer instante, adivinó la situación, y las dos cuñadas se declararon guerra á muerte, sin tregua ni cuartel posible. Guerra solapada, eso sí, pero doblemente feroz: titoreo incesante de chismes, delaciones, enredos, competencias, murmuraciones, desdenes y groserías mal encubiertas. Lo primerito que hicieron, ponerse motes. Mi hermana apodó á mi esposa *el Estandarte*, y mi esposa se vengó llamando á mi hermana *la Dulcera*. ¡Inconsiderada profanación de la memoria de mi santa madre!

No es decible la hiel que yo tragué con semejantes rencillas. El dolor causado por la desgracia de mi Monchito era al menos un dolor noble y que podía confesar y desahogar ante las gentes; pero estas miserables cuestiones, si pudiese, me las callaría á mí mismo. Andaba avergonzado. Comprendí entonces por primera vez que el esposo, cuando no establece desde un principio su autoridad doméstica y su legítimo ascendiente, queda anulado, sometido á la que, de súbdita, se trueca en tirana fiera. Ilduara desoyó mis ruegos, se mofó de mis consejos y hasta volvió contra mí las faltas de los míos. Mi padre tomó, por supuesto, el partido de mi hermana, y, enfermo de gravedad, no quería recibirme ni sufrirme á su cabecera. Falleció, y ni aun después de muerto me lo dejaron ver. Se abrió el testamento, y aparecí perjudicado en todo lo posible, con la saña y la mala voluntad que podrían desplegarse contra el hijo más calavera é ingrato. Yo me inclinaba á conformarme y tomar lo que buenamente me diesen; pero Ilduara, sin conocimiento mío, consultó á varios abogados, y me forzó á entablar una serie de litigios, de lo más embrollado que registran los laberínticos anales de la curia gallega. Allí tuve ocasión de comprobar el acerado temple de alma de mi esposa. Ella

aseguraba que su bello ideal era pleitear "hasta quedarse por puertas,, con tal de ver á la familia de Garroso pidiendo también limosna. El lecho conyugal, campo reservado á más tiernas expansiones, se convirtió para mí en antecámara de la Audiencia marinedina, y todas las noches oí hablar de incidentes, vistas, juicios, sala, autos, documentos, mezclado con invectivas y furibundos ataques á mis padres, cuñado, hermana, etcétera. ¡Qué intimidaciones, santo Dios, qué intimidaciones! Dos años duró este tósigo. Al fin, mi cuñado me propuso secretamente una transacción. Leonina, claro está; pero si el pleito de partijas continuaba, todos quedaríamos iguales, en camisa... Temblé por mis pobres chiquillos, y esta idea me dió fuerzas para abrazar una resolución sin consentimiento de Ilduara. Abracéla, y firmé...

Menos funesto hubiese sido para mi paz doméstica abrazar á todas las mozas de seis leguas en contorno. ¡Oh firma, oh rúbrica, que aún me parece estar viendo al pie de la escritura, con vuestras letras encogidas, con vuestros trémulos rasgos! Por obra vuestra descendí definitivamente desde el augusto solio de jefe de familia al humilde lugar de esclavo consorte; vosotras, como las letras de fuego que mudaron la faz del destino del monarca babilónico, señalasteis en mi existencia de esposo y padre un trágico momento de crisis. Desde entonces fuí el acusado, el culpable, el traidor de la familia; todas nuestras escaseces y adversidades se achacaron á aquel *Benicio Neira y Quiñones*... en mal hora estampado; cuantas veces intenté hacer prevalecer mi opinión en mi hogar, ó emanciparme en algo, vino la fatídica firma á taparme la boca, y oí resonar la frase tremenda:

—Como tú arruinaste á tus niños con la escritura de partijas...

A fuerza de oirlo repetir, llegué á creerlo yo mismo; sí, llegué á creer que, en efecto, con la malhadada firma, había consumado la perdición de tan queridos seres.

Sin embargo, para que se vea lo que son las pequeñeces y cuánto pesan en la balanza de nuestra vida, no fué la desdichada transacción, sino otro suceso harto insignificante, lo que hizo rebosar el vaso de la cólera y disgusto de mi Ilduara, y la movió á adoptar una determinación tan radical como la de trasladar nuestra residencia fuera de Lugo. Es el caso que el odio que mi esposa sentía hacia la familia de mi hermana se comunicaba á nuestra progenitura, y ya varias veces mi hija mayor, Gertrudis, había andado á la greña, en la escuela, con las chiquillas de Garroso. Sólo el varón primogénito de los Garrosos, llamado Luis, de cinco años, se empeñaba, con

magnanimidad notoria, en echar pelillos á la mar; y apenas me veía desde cien leguas, ya estaba gritando:—“¡Tío Benitio... tío Benitio!... ¡Tayamelos!...”,—En épocas de relativa concordia había yo contraído la costumbre de regalarle, siempre que le encontraba, dos ó cuatro cuartos de esta golosina; y el ángel de Dios, por no perder la costumbre, venía á reclamar su renta. Era tan guapote, tan colorado y tan zalamero aquel sobrino mío; se parecía tanto á la pobre mamá, que, vamos, cada vez que le hacía un desaire, me dolía el corazón. Una tarde salía yo de la Catedral, de oír la plática del señor Penitenciario sobre el perdón de las injurias, cuando me veo venir disparado al rapaz, repitiendo su estribillo:—“Tío... tayamelos... tayamelos!...”,—Agarrado á mi gabán, y saltando á la pata coja, me llevó hacia los soportales, á la más próxima confitería. Tuve un momento de flaqueza.—“Mira que no digas nada á nadie, Luisito...”,—Y le puse en las manos un cucurucho. Cuando salíamos de la confitería vi en los soportales de enfrente á mi hija Gertrudis, por donde comprendí que se preparaba un conflicto, y me propuse agachar las orejas y callar. Mas ¿cómo podía figurarme que, en vez de los sermones á que iba habituándome ya, mi mujer me recibiese con estas palabras disparadas á boca de jarro?

—He escrito á Marineda preguntando por los alquileres de las casas.

—Por los alq...

—Mañana empezaremos á levantar esta. Yo no sigo viviendo en infierno semejante: no y no.

--Pero esposa, Ilda...

Cuando comprendí que la cosa iba de veras, me resigné. ¿Qué había de hacer? Un infierno era realmente nuestra existencia, envenenada por lo que más repugna á mi carácter: odios, luchas y desazones diarias. Sólo que si se hubiese querido oír mi consejo, sería contrario á la traslación de domicilio á Marineda,—donde, según mis noticias, la vida empezaba á complicarse con exigencias de lujo que me asustaban, — y favorable á Monforte, residencia más conveniente para un matrimonio tan prolífico como el nuestro.—Ha de decirse la verdad. Yo no creo que la tontería aquella de los caramelos bastase á precipitar á Ilduara de tal modo. Juzgo que influyó muchísimo su vanidad, ó, mejor dicho, su justo amor propio de esposa del mayorazgo de Neira, que se ve arrojada de la casa solariega por manejos más ó menos turbios de un procurador; pues este era el caso verdaderamente triste en que nos encontrábamos, y el aguilucho y los torreones de Neira, como todo lo más lucido de

mi patrimonio, después de la consabida transacción, á mi cuñado pertenecían. Se me figura, pues, que Ilduara creyó humillante la retirada á Monforte, y dió por cierto que la marcha á Marineda revestía cierto carácter triunfal, como si por medio de ella dijese á su aborrecida cuñada:—“¡Usurpadora, ave de rapiña, quédate ahí hecha una lugareña, una procuradora de mala muerte! Nosotros, los Neiras verdaderos, nos vamos adonde la gente fina ha de apreciar-nos más, adonde están nuestros iguales, adonde vivamos en la esfera que nos corresponde y en el pie que nos compete.”

Para mí el trasplante fué doloroso. Y si analizo bien los motivos de la pena que sentí al dejar á Lugo, sus humedades y sus brumas, yo mismo declaro que pertenecen al número de aquellos sentimientos que demuestran que está lleno de contradicciones el corazón humano. Me afligía dejar á Lugo, por lo mismo que en él no gocé ni por casualidad un rato bueno. Y aquella gente ávida, indelicada, sin fe, entre cuyas manos se quedaba lo mejor de mi herencia paterna y la paz de mi hogar, me angustiaba, ¡quién lo dijera!, el perderla de vista, porque de tal pasta soy, que no puedo desencariñarme de cosa ni de persona alguna...: Además, parecíame destruir, con el cambio de horizontes, mi ser tradicional de propietario é hidalgo, en el cual fundaba, no diré mi orgullo, pues esta profana virtud ó nervio viril del orgullo, brillante vicio del alma superior, me faltó siempre, pero sí mi modestísima dignidad, y el ambiente de lo que puedo llamar mi vida histórica. Yo venero el pasado. Jamás miré sin respeto las miniaturas de mis abuelas y tías, con sus mangas de jamón y su peinado á lo *nene*; nunca creí que se pudiese ser cosa mejor que Neira de Villalba; y la conservación de los muebles, inmuebles y fincas legadas por los antecesores, la juzgué religioso deber. Uno de mis dolores del alma fué que ciertos estafermos que poseíamos desde tiempo inmemorial, ciertos majestuosos muebles apolillados, se vendiesen á una prendera, por imposibilidad de acomodarlos en nuestra residencia marinedina. Después supe que entre aquellos trastos nos deshicimos de algunas antiguallas de mérito.

Quizá por la prevención que llevaba conmigo, al pronto Marineda no me agradó. Luego fui convenciéndome de que se la puede contar entre las más lindas capitales de provincia de España, si se exceptúan tres ó cuatro ciudades de gran importancia, como Barcelona y Sevilla.—En esto convenían todos los forasteros.—Lo que me arrebató y cautivó fué el mar. Ni nunca lo había visto, ni nunca pude imaginarme la hermosura, la atracción, la grandeza de tan

magnífico elemento. Los pensamientos religiosos y hasta filosóficos que me sugería, no los quiero revelar, porque no sé si parecerían disparates, y además porque tienen algo de vago é intraducible, que sólo podría condensarse en palabras si Dios me hubiese otorgado dotes poéticas. Lo cierto es que la ocupación de contemplar el mar vino á ser predilecta para mí, y si los días de tormenta y vendaval me extasiaba el soberano espectáculo del Océano en el Varadero, los días tranquilos me embelesaba con el siempre variado cuadro de la bahía, la entrada y salida de vapores, el movimiento de la grúa y el ir y venir de las lanchas cargadas de gente.

No disponía, sin embargo, de mucha libertad de espíritu para semejantes contemplaciones, porque mi vida doméstica era agitada, angustiosa, merced á la repetición periódica del fenómeno de la paternidad. Desde la llegada á Marineda, en vez de amainar, había arreciado el chaparrón de hijos (lo cual podía atribuirse á las influencias del aire salitroso). De esta cosecha no toda llegó á espigar y lograrse; pero entre embarazos, partos, amas, niñeras, médicos, denticiones, escarlatinas, escuelas y maestras de costura, estábamos que no nos llegaban á media muela el tiempo ni los cuartos. No obstante, hacia el principio de la década de 1878 á 88, Dios consintió algún alivio en nuestra enfermedad, que otros maliciosamente llamarían plétora de salud. Sea que experimentásemos cierto cansancio vital, sea por otras causas desconocidas, pasaron cinco ó seis años, ¡cinco ó seis años!, sin que amenazase caer de nuevo sobre nuestras cabezas la bendición del Señor. Yo miraba á mi Ilduara de reojo, y me congratulaba viendo su talle, no ya esbelto, sino plano. Esta satisfacción la amargaba un poco la decadencia física de mi leal compañera, en quien notaba yo, y cuantos la conocían, un estado de salud nada floreciente. ¿Y cómo era posible otra cosa después de tan continuas batallas, de fecundidad tan increíble? Padecía mi esposa diversísimos achaques, unos acabados en *algias*, como neuralgias, gastralgias y cefalalgias; otros en *agias*, como hemorragias; otros en *emia*, como anemia...; pero todo ello, hablando en cristiano, se podía reducir á dos motivos principales: debilidad de un organismo gastado, pérdidas de sangre que agotaban su escaso caudal de vigor. Lo extraño es que semejantes empobrecimientos y aflicciones no paraban en apagarle el carácter á Ilda, ni en doblegar su firmeza. Al contrario, aquel carácter de bronce parecía más recio y bravo con los males físicos; á semejanza de los mártires que en el tormento cobraban fuerzas, mi mujer se hacía más autoritaria y despótica con sus males. Nunca ejerció mejor la

dictadura; nunca la familia se inclinó más sumisa bajo su férreo, aunque provechoso yugo. Aquel cuerpo, en vez de rendirse, parecía cada vez más resistente, como el famoso torreón; aquel genio, en vez de amansarse, se volvía más arisco y fiero; aquella boca, en vez de ayes, exhalaba filípicas y regaños por cualquier motivo, el más leve, ó sin motivo ni sombra de él. Era esto bien contrario á mi índole, pacífica de suyo y codiciosa de tranquilidad en el sagrado recinto de mis lares; y algunas veces lamenté no haber desplegado, desde los primeros días del matrimonio, un poco de energía y de tesón que afianzase en mis manos el cetro de la autoridad, mía y sólo mía en su divino origen, como varón que soy. Si en casa de mis padres obedecía siempre la mártir mujer, en la mía el marido era... francamente, la carabina de Ambrosio.

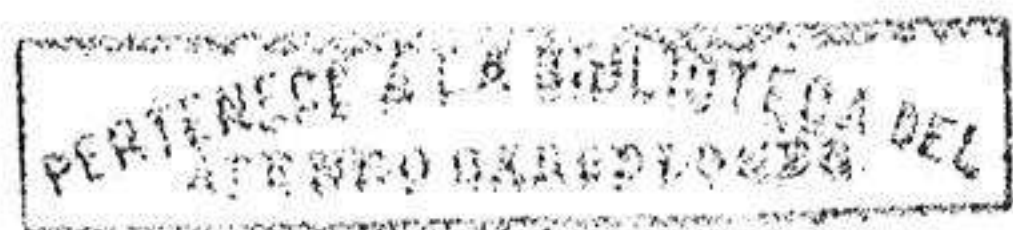
No obstante, lo llevaba todo con paciencia: asperezas, persecuciones, bufidos, el amargo y perpetuo reproche de haber arruinado á nuestros hijos, de ser un panarra y un hombre inútil: sólo llegó á sacarme de quicio cierta peregrina manía que á deshora padeció Ilduara... y fueron los... risa da escribirlo... los furiosos celos que impensadamente empezaron á torturarla... digo mal... á torturarme á mí.

Siempre había notado en mi esposa atisbos de esa terrible enfermedad; caso tanto más raro, cuanto que Ilda (dígase en honor suyo) nunca se mostró en nuestra relación conyugal extremosa y apasionada, como yo la hubiese deseado allá en los venturosos días de Monforte, aurora de nuestro amor; sino que supo guardar, hasta un extremo inconcebible y para mí muy doloroso al principio, aquella casta rigidez y recato de la verdadera esposa cristiana, y aquella reserva y aparente frialdad que, si enojan al enamorado loco, deben satisfacer profundamente al marido cuerdo.

Respecto á los celos de Ilda, mi ejemplar conducta, mi fidelidad á prueba, el empeño que ponía en desvanecer y calmar sus aprensiones, habían impedido que llegasen á adquirir carácter perturbador de nuestra tranquilidad. ¡Y lo que no había sido en la mocedad más que pasajera afección, retoñaba después de los años mil, adquiriendo proporciones alarmantes! Yo no volvía de mi asombro, en especial cuando me miraba al espejo. Si allá, por los tiempos en que era Neirita el estudiante y rasgueaba en la guitarra, en tertulias caseras, la *Marcha de Luis XVI yendo al cadalso*, pude alabarme de una regular presencia, ahora de todo apenas quedaban señales; y como no soy fatuo ni me dió nunca por hacer el pisaverde, lo declaro y pongo aquí el inventario descriptivo de mis gracias:—Me-

diana estatura; cabeza pequeña y piriforme, cubierta de un cepillo cerdoso y entrecano; bigote hípido y color de ala de mosca; dientes largos, calzados de verdín, como teclas de piano viejo que atacó la humedad; ojos... vamos, los ojos podían pasar, y aun creo que en su negra profundidad se reflejaba la honradez de mi alma, por lo cual su expresión no carecía de atractivo.—Para definir de una vez lo peculiar de mi aspecto, diré que mi cara era una cara de época, atrasada, como reloj que se ha parado, de estas que en mi país se llaman *caras antiguas*; pero no de carácter histórico tan remoto como esta frase parece significar, pues la fecha que marcaba mi semblante era la de Espartero y la milicia; estaba diciendo *Constitución ó muerte*. Creo que á ello ayudaba mi manera anticuada de afeitarme, rasurándome todo el vello facial, excepto el bigotillo de hisopo y la saliente mosquita. Volviendo al asunto porque ha salido á relucir aquí mi facha, ésta no justificaba la rara aprensión que le entró á mi buena esposa, aprensión de la cual debo hablar con indulgencia, pues demuestra gran amor, aunque extraviado. En gracia de él la perdoné y vuelvo de todo corazón á perdonarla aquel tomar y despedir de criadas, cocineras y niñeras, aquel andar buscando para nuestro servicio las más feas jimias y los más espantables monstruos, aquel humillante espionaje á que me vi sometido, aquellas insensatas acusaciones y aquellas denigrantes sospechas. Se las perdoné, claro está, aunque en el momento me consternaban, á mí que profeso la religión del lazo conyugal y que desde mis bodas no había encaminado mi gusto sino por la honesta vía del deber. En ocasiones me daba al diablo, no sabiendo qué idear para devolver el juicio á la digna matrona.

En lo más enconado de este período de celosa furia, sucedió algo que me hizo sentir escalofríos de terror. Ilduara mandó bajar del desván cierto mueble arrinconado hacía tiempo: la cuna, la vieja cunita de forma de nao, estrenada por mi primogénito en Monforte veintinueve años antes, y en que tantos pimpollos míos durmieron el primer sueño... Pero ¿es posible, oh Providencia dadivosa, más bien derrochadora? ¡La cuna, la cuna otra vez!



II

Creo que ha llegado el momento de decir cuál era el estado de mi familia, ó más bien de mi tribu, cuando bajó del desván la ya

arrumbada cuna. Me vivían entonces diez retoños; seis estaban en el cielo. Por persuasión de Dios, y ejecutando sus inescrutables designios, la muerte se había cebado en los varones, dejándome casi todas las niñas. Para nueve damas, sólo tenía un galán. Aunque en el curso de estas páginas irá apareciendo mi prole, trazaré una especie de índice cronológico de sus individuos.

Debo decir en elogio de mi hija mayor, Gertrudis ó Tula, que poseía las dotes de gobierno de su madre, y aun aquella misma índole suspicaz y algo avinagrada. En lo físico era también muy semejante á Ilda, pero faltábale la beldad correcta y majestuosa que me había hechizado algunos lustros antes. Tenía de mi Ilduara la curva nariz y los ojos grises, el talle recto y las formas angulosas, y su rostro ofrecía semejanzas con la agorera y meditabunda faz de una lechuza. Clara, la segunda, á quien Tula llevaba lo menos cuatro años, ofrecía el mismo tipo—que, según oí decir á un amigo entendido en ciencias de estas de moda, era el de la raza sueva, de la cual se conservan en Galicia muy caracterizados ejemplares:—rubia, alta, seria, nariz de caballete, ojos claros, bastante linda;—pero no tanto como la que la sigue, María Rosa, en la cual (sin vanidad) prevalecía el tipo paterno; y con no ser el papá ningún Adonis, ella había salido una muchacha notable, fresca como las flores—por lo cual la llamamos *Rosa á secas*.—Dentro de la diversidad de gustos que inspira los juicios humanos, podía no obstante discutirse si la palma de la hermosura, en mi descendencia, tocaba á mi tercer hija ó á la cuarta, María Ramona. Rosa tenía en su abono el esplendor de la tez, la perfección y la irreprochable plástica de su cuerpo; pero la belleza de María Ramona llegó á ostentar un carácter tan expresivo y tan dramático, que era imposible mirarla con indiferencia. Para especificar el mérito de María Ramona, diré con qué mote la conocíamos. Siendo niña aún, el Penitenciario de Lugo, admirado de su cara pálida y perfecta como la de una imagen, y de sus ojazos guarnecidos con una rejilla de pestañas que parecían plumas de cuervo, la llamó *Argos divina*, nombre que un librote del siglo pasado da á la Virgen del camarín de la Catedral, más conocida por *Nuestra Señora de los ojos grandes*.

Estas cuatro, Tula, Clara, Rosa y *Argos divina*, y la quinta, Constanza, eran las que ya gozaban del fuero de mujeres hechas y derechas. Las demás estaban en la categoría de niñas, si bien después de estos cinco pimpollos femeniles venía el varón, Froilancito, llamado así por devoción al santo patrono de Lugo (excuso decir que en Froilancito tenía yo cifradas mis esperanzas todas). Seguía á Froi-

lán una niña muy revoltosa y diabólica, enfermiza, mimosa, á quien conocíamos con el nombre de la primera de las virtudes teologales, Fe, por lo cual sus hermanas, empeñadas en hacerla rabiarse siempre, no la llamaban más que *Felta* (y la verdad es que no se pasaba de hermosa). Había luego dos chicuelas, Rosario y Mizucha (diminutivo de Mercedes), y, por último, el grupo de mi familia remataba, como esos racimos humanos que en los circos forman los gimnastas, en un saladísimo angelón hembra de cinco años, que por haber caído su venida al mundo días antes ó después de las Candelas, respondía al bonito y comprometido nombre de Pura. Los intervalos entre estos retoños los habían llenado diferentes malos partos, y los ángeles que perdí.

Del trabajo que nos costaba al familión encontrar casa donde alojarnos, no hablaría aquí si no fuera por observar al paso que uno de los ramos más caros en Marineda es el de alquileres. Cuando por última vez bajó del desván la cuna, habitábamos una de las casas acabadas de construir en el Páramo de Solares, que unía al barrio de Arriba con el de Abajo y ya iba trocando el antiguo nombre por el de Plaza de Marihernández, pues tenía dos lados de su rectángulo casi guarnecidos de construcciones, entre las cuales se contaba la casa de Correos, con su esquinal siempre helado, siempre barrido por la ventolera furiosa. Pertenecen las casas nuevas del Páramo á esa clase de edificios que, pactando secretamente con el genio de la molestia y de la mezquindad, levantan el bienestar de oropel y el engañoso lujo moderno. El portal, embaldosado con rombos de mármol negro y blanco, ostentaba una portería ilusoria, pues no había ocurrido jamás que el infeliz visitador pudiese averiguar en ella dato alguno que le ahorrara la ascensión de los seis pisos. Estos se contaban con las falaces y sutiles distinciones madrileñas, destinadas á halagar la vanidad de los inquilinos haciéndoles tragar que viven en un segundo cuando realmente residen en el cuarto. Para fomento de la susodicha vanidad, no faltaba mucho medallón de yeso, mucho rodapie pintado, mucho barniz, mucho chinero en el comedor, mucho papel estampado, mucha alcoba estucada, y, en fin, mucho de todo eso que remeda la comodidad y aun la elegancia. En cambio, la distribución era lastimosa; los dormitorios estaban sacrificados al *quiero y no puedo* de la sala y el gabinete; los tabiques, mejor que á salvaguardar la independencia y el aislamiento que aun en el seno de la familia reclaman el pudor y la dignidad del individuo, parecían llamados á servir de conducto acústico, de tal manera se oía todo al través de ellos; en la antesala

tenía que pedir permiso el que entraba al que abría la puerta, por no caber los dos juntos, y los pasillos, más que pasillos, semejaban intestinos ciegos. De las estrecheces de otras piezas muy necesarias, nada quiero decir sino que eran ocasionadas á percances harto ridículos. En lo que se había corrido el arquitecto, era en la altura de techos, haciéndola tan disparatada y fuera de proporción con la importancia de la vivienda, que yo pensaba para mí la gran lástima que era no poder tumbar nuestro piso dejándole de anchura lo que tenía de altura, y lamentaba que las camas de los niños no pudiesen ponerse como jaulas de pájaros, colgadas por las paredes.

Dos resultados daba esta altura de techos descomunal: el primero, que no había cortinas que alcanzasen y á todas fué preciso añadir una especie de volantes ó faldamentas; el segundo, que la cantidad de escaleras que subíamos para llegar á nuestro domicilio era capaz de poner enfermo del corazón á quien más sano lo tuviese. ¡Ah! Esto de la casa me había dado y siguió dándome mucho en qué pensar. Imaginé mil veces que la angostura en que vivíamos tuvo bastante culpa de habersele agriado el genio á Ilduara. No hay nada que impaciente como vivir estrecho, físicamente comprimido. Y este malestar lo habíamos de sentir doble los que veníamos de un pueblo como Lugo, más atrasado y barato que Marineda, y donde por ínfima renta se podía disfrutar de un caserón. Si mis hijas se conformasen con irse á vivir al Barrio de Arriba, la parte antigua y aristocrática de Marineda, podríamos encontrar refugio en algún edificio viejo, más ó menos destartalado—pocos van quedando ya, pues Marineda se reconstruye toda de unos treinta años á esta parte.—¡Pero váyales V. con eso á las niñas; impóngales V. que habiten en aquellos barrios desiertos, en la melancólica zona que comprende el Hospital militar, las iglesias románicas y el triste Jardín de amarillentas flores, colgado sobre el mar como un nido de gaviota y adornado, en vez de fuentes y estatuas, con un sepulcro! No hubo más remedio sino ir acercándose al Barrio de Abajo, centro del comercio, de las distracciones y de la vida marinedina. Lo que decían las pobres muchachas:—Si una no puede salir, al menos se asoma á la galería y ve pasar la gente.—Para complacerlas, nos apretamos y nos desprendimos de los pocos muebles que aún recordaban los esplendores de la casa solariega. ¡Ay! ¡Qué desplumado se iba quedando el aguilucho aquel de nuestro blasón!

Así vivíamos, como sardina en banasta. Para mí, la civilización, los adelantos de la edad moderna, tomaron desde el primer

instante forma... ¿cómo diré? forma asfixiadora. En Villalba y Lugo, sobrábale á nuestro cuerpo espacio donde moverse, aire que respirar, alimentos con que sustentarse y leña para quemar durante el invierno. En Marineda todo venía con estrecha medida y tasa, todo mermado por la angustia del bolsillo, que se echaba á temblar ante las cuentas. Ilduara solía repetir: ¡tiento!, ¡mucho tiento! Ninguna de estas circunstancias era á propósito para reconciliarme con la nueva vida. Mas si á todo me avenía con tal que no se alterase la paz doméstica, en un punto no supe allanarme á las circunstancias, y si en este punto me contrariasen, capaz sería de dar al traste con mi condición bonachona y de lanzarme á la revolución. Este punto era... convengo en la puerilidad del caso... que yo no quise, no pude, no supe acostumbrarme al pan marinedino, amasado con harinas de *afuera*, importadas de Santander. En balde me objetaban que peor era aún el agua que el pan; que éste, en suma, si no por exquisito, pasaba por tolerable; yo lo declaraba un asco, un veneno, y le echaba la culpa de todas las enfermedades novísimas—tuberculosis, difteria, reblandecimiento, diabetes.—No me dijesen á mí: ¿pues quién oía veinte años hace hablar de semejantes padecimientos? Cuando se comía el honrado trigo mariñán, y el no menos honrado centeno montañés, nadie padecía de esas enfermedades solapadas y traidoras. Fiel á mi convicción, todos los miércoles y sábados, que son en Marineda los días de mercado, una panadera rural, venida desde la inmediata aldeíta de la Erbeda, á lomos de ágil borriquillo, entregaba en mi casa un reverendo mollete, cortezudo, bazo, á medio cocer, para que pesase más; y al hincarle el diente, no me trocara yo por el rey de España. Sería un capricho mío esto del pan de la Erbeda, pero también podría ser el instinto del propietario territorial, que en la introducción de las harinas forasteras presentía la quiebra de nuestros míseros cereales.

No fué este el único alarde de independencia, la única manifestación de personalidad que yo me permití, á riesgo de concitar las iras de mi Ilduara. A la verdad, tampoco quisiera que se creyese que Ilduara no me permitía, con su cuenta y razón, hacer mi gusto. Yo había contraído el hábito de entretener parte de la noche en la Sociedad de Amigos de Marineda. ¡Sombra de mi Ilduara, no te vuelvas hacia mí, ceñuda y destellando indignación! Lo que me llevaba allí era el profundo é inefable deseo de *libertad*.

¡Oh nombre dulce entre todos, qué música misteriosa encerrarán

tus tres sílabas, para que así hechices nuestra alma! Es evidente, y lo afirmo con sinceridad de hombre de bien, que yo no tenía ni quería tener pensamiento, palabra ni obra cuyo último fin no fuesen las cuatro paredes de mi hogar; que al encerrar en él mis aspiraciones encerré también mi ternura; que por cuanto oro hay en el mundo, no rompería un solo eslabón de la sagrada cadena que me echaban al cuello mis deberes de esposo y padre. Pues con ser esto tanta verdad, no lo es menos que la cadena que no quería romper, me encantaba levantarla un ratito y no sentir su peso; que ese hogar donde tenía depositado acendradísimo amor, me hacía feliz perderlo de vista dos ó tres horas; y que, fanático de mi casa, me gustaba la Sociedad de los Amigos porque... porque no era mi casa, precisamente.

Reflexionando sobre los casinos, círculos y sociedades, he caído en la cuenta de que, con sus gravísimos defectos ¡vaya si son graves!, tienen ventajas suficientes para que no se deba pensar en suprimirlos, (al menos mientras no se perfeccione bastante la institución matrimonial;) y entre ellas, la de hacerle á uno olvidar las domésticas penalidades. A los pobres diablos como yo, que ni se pueden solazar con las grandes concepciones del arte ni chapuzarse hasta la coronilla en las hondas corrientes de la ciencia, y tampoco han de buscar en el trabajo manual la fatiga que trae la sedación del sueño, quíteles V. este desahogo, y capaces son de pegar un estallido. ¿Quién sabe? Si las mujeres pudiesen gozar de este mismo desahogo, quizá no tomase nunca su carácter la acritud y displiencia que desgraciadamente adquirió el de mi esposa. El encierro atiranta los nervios. La familia, foco dulcísimo de calor, pero que á veces tuesta y sofoca, para los hombres tiene una ventanita que da aire respirable. Sin ese aire, la atmósfera se carga, la electricidad se condensa y la tormenta es inminente.

Con anuencia tácita de mi esposa, pasaba yo en la Sociedad de Amigos unas horitas algo retasadas, pero entretenidas, aperitivas, excitantes hasta por el estímulo de la oposición y contrariedad entre mi genio y el de la mayor parte de los concurrentes á aquel Centro, —el que en Marineda reunía más gente granada, por lo cual tenía sus ínfulas y se preciaba de no admitir á cualquiera.—Yo allí me encontraba bien, aun cuando experimentaba, en lo moral, una impresión parecida á la que en lo físico me causaba el ponerme delante de un espejo: encontrábame algo anticuado, retrasado en ideas y gustos, y muy distante del aplomo, resolución, dogmatismo de opiniones y arrojo en la lucha por la existencia que creía notar en los

demás. Por eso en las discusiones me mostraba tímido: apenas me atrevía á meter cucharada, prefiriendo los apartes en la sala de lectura ó en algún sofá, á las grandes polémicas en que terciaban, hablando á voces y sin entenderse, más de una docena de socios.

En aquellas grescas cotidianas, que siempre tenían por fundamento cualquier futesa, —pues no he visto discutir sobre la punta de un alfiler como allí se discutía—no dejaba de divertirme el papel de escucha; y más si se discutiese con modo, y no tan aturdidamente, que no valían argumentos ni razones y se llevaba el gato al agua quien vociferase más. Gimnasia de pulmones y derroche de laringe. Otra cosa desagradable: allí se hablaba con libertad excesiva, por no decir con soberana desvergüenza. Todas las interjecciones y palabrotas del idioma español salían á relucir; el anfiteatro de disección estaba siempre abierto, siempre preparadas las mesas y afilados los escalpelos y bisturíes. Allí se contaba, se comentaba y se exageraba cuanto ocurría en Marineda: las honras se hacían añicos, las más veces sin dañino propósito, bien como las olas del mar, por la sola virtud de su maquinal embate, minan los cimientos de una torre. Falta de miramiento es lo que había en la Sociedad de Amigos de Marineda y en otros muchos centros análogos. Y entiéndase que esta palabra *miramiento*, que yo empleo muy á menudo, encierra multitud de conceptos; es la fórmula del respeto á infinidad de cosas respetables, que la gente moderna propende á desacatar: honra de la mujer, creencias religiosas, principio de autoridad en las sociedades y las familias... sacras ideas en las cuales se funda nuestra vida moral. Lo confieso: si generalmente procuraba oír como quien oye llover las atrocidades que se decían en la Sociedad, á veces también montaba en cólera y protestaba indignado. Y estos breves momentos de enojo (véase qué extraña es la condición humana) eran de las cosas que más me apagaban al salón de los Amigos. En mi casa sólo tenía el derecho de enfadarse mi dulce costilla. Siquiera en la Sociedad me dejaban derramar la bilis. En tales momentos me creía más hombre. ¡Qué descansado me quedaba después, y con cuánto alivio subía las escaleras de mi casa!

Sí; la Sociedad de Amigos había llegado á serme tan indispensable como el aire que respiramos. ¿Dónde sino allí encontraba yo á los cuatro ó seis conocidos que ayudaban con su amena conversación á disipar las sombras que acumulaban en mi espíritu las inevitables preocupaciones caseras? ¿Cómo evaluar la suma de bien que me hacían las sensatas razones de Mauro Pareja, á quien propios

y extraños conocen por el *Abad*; las lucubraciones profundas de Arturito Cádiz, lumbrera de la ciencia penal española; las graciosas chifladuras del insigne matemático Díaz del Alimón; la inspiración irrestañable del frondoso poeta Ciriaco de la Luna, y las donosísimas humoradas de Primo Coba, siempre oportuno y regocijado, capaz de extraer el bálsamo de la risa de las tablas de un ataúd? ¡Oh caros contertulios, cuánto os ha debido de consuelo mi atribulado espíritu durante los momentos de angustia que sobran en este valle de lágrimas!

Yo, aunque de aspecto poco bullicioso, soy sociable, amigo de la conversación y de la broma; desde mis tiempos de estudiante me acostumbré á la pandilla, al compañerismo, á vivir de prestado sobre la alegría, la cháchara y el buen humor ajeno, y nunca se ha apoderado de mí la negra misantropía, el tedio de la humanidad. Y no omitiré, entre los encantos que para mí tenía la Sociedad de Amigos, la relativa anchura de sus salones, comparada con la exigüidad de mi vivienda. Por último... en la Sociedad de Amigos yo satisfacía un hábito vicioso, el único, según creo, que se ha aposentado en mi alma: mi afición al tresillo.

III

Tenía muy mal naípe. Generalmente, al final de la temporada me encontraba con un mediano *déficit* en los escasos fondos que para el bolsillo me otorgaba mi prudente esposa. La cual era dueña absoluta de la llave de la gaveta, ó dígase de la cómoda donde guardábamos el dinero... Costábame trabajo confesar mis pérdidas; y por eso (lo escribo con rubor) me reservé el importe de ciertas pensiones que se me abonaban por conducto de un procurador amigo mío, á fin de poder asegurar á Ilduara que habíamos salido de la temporada pie con bola. Asusta pensar de lo que hubiera sido yo capaz á dominarme otras pasiones menos inocentes que la del tresillo. La ocultación de las pensiones demuestra que no es oro todo lo que reluce en mi hombría de bien.

Hacía ya un mes que la cuna había vuelto á salir del desván, y, limpia de telarañas, ocupaba un rincón de nuestra reducida alcoba, cuando mi esposa dió en mostrarse peor humorada que nunca, y en renegar de su estado, que ella afirmaba no haber sido jamás tan penoso, quejándose de síntomas extraños, de inusitado peso y volu-

men, de raras perturbaciones y de anormales sufrimientos. Por esparcir mi ánimo acongojado, frecuenté más la Sociedad de Amigos, y recuerdo que entonces creció mi mala suerte en el juego. Racha tan fatal, no la recordaba nadie. Me vi en la precisión de confesar á mi mitad las reiteradas pérdidas. Solía Ilda ponerme como un trapo en ocasiones semejantes; pero observé con sorpresa que entonces prefería verme salir á la Sociedad, á que me quedara en casa, en la tertulia que formaban mis hijas con la vecina del principal y los del tercero de la derecha. Aprovechando benignidad tan desusada, me cebé en la partida, con el afán del desquite, que así acucia al febril ruletero, como al morigerado tresillista.

Una noche del mes de Octubre estuve tan de malas, que alrededor de nuestra mesa se formó un corro alborozado, sólo para jalear mi perra suerte. Me crucificaban á chistes. Estas bromitas llegaban á veces á sacarme de mis casillas; peor para mí, pues las guasas llovían más espesas. Una de las estúpidas matracas favoritas, era la de suponerme felicísimo en empresas galantes, por aquello de "afortunado en amores,, etc. Si esta chanza se contuviese en justos límites, anda con Dios; pero la llevaban á tal extremo y la adornaban con pormenores tan feos y chabacanos, que eran capaces de ruborizar á los bustos de piedra del paseo de las Filas. Aquella gente se relamía de gusto oyendo las impertinencias de Primo Coba, bufón de la Sociedad. Descuajábanse de risa al asegurar Primo que me había visto con sus propios ojos, al anocheecer, atravesando la calle del Varadero (la más sospechosita de Marineda), muy embozado y en compañía de la graciosa modista B ó la salada cigarrera H. Ultimamente el pesado guasón daba en la flor de embromarme con la vecina del principal, la esposa del comandante del regimiento de Otumba... y aunque el marido, un colosal asturianazo, andaba por allí dando vueltas, no había modo de conseguir que Coba pusiese término á chanza tan inconveniente.

Una noche—¡noche memorable!—me dirigió una sonrisa la coqueta de la suerte, en forma de *solo* de esos llamados *de Fernando séptimo*. Seis triunfos de espada, mala, rey, caballo, en palo corto; dos fallos y un monarca. Imperdible. Mi cara lo estaba proclamando á voces; mis ojos bailaban de gusto, y mis manos temblaban ligeramente, estrujando contra el pecho el haz de cartas. Para mayor fortuna andaban en el platillo dos puestas gemelas, encimadas—al tanto á que se jugaba, representarían un duro.

Ante todo importa declarar que no era tan sólo el vil interés

causa de la placentera excitación que me obligaba á teclear sobre las cartas y sonreír de júbilo. No se me estaban pudriendo en el bolsillo los pesos; sin embargo, lo que irradiaba triunfalmente en mis pupilas era el puro é ideal deleite de la victoria. Era el amor propio, interesado en chafar á los majaderos mirones que me acribillaban á chirigotas. Por ellos, por ellos me alegraba. ¡Condenados! Yo creo que aquellos malditos, sospechando la condición suspicaz de mi Ilduara, tenían gusto en propalar ciertos absurdos, á fin de producirme desazones.

— ¡Tienda V. las cartas, hombre! — me decía el coronel de ingenieros, Diaz del Alimón. — ¡Si es rodado! ¡Qué carabina!

— No — respondía yo alardeando de modestia para disimular el gozo. — Jugarlo, señores, jugarlo, que no sabemos todavía... Si la contra está en una sola mano... Salgo de espada... no me la fallen Vds.... (La gracia de esta agudeza, que suele repetirse por término medio quince veces cada noche, sólo pueden percibirla los que conocen la marcha del tresillo.)

Convencidos de la infalibilidad del coronel de ingenieros, autoridad en la materia (aunque por economía no jugase jamás), y espejo de la ciencia matemática, los compañeros se rindieron, y volqué en mi exangüe cesto el platillo repleto de fichas. Dieron nuevamente, y... ¡ah, qué brinco pegó mi corazón de tresillista! Otro solo, morrocotudo, un solo que pararía en bola quizá.

— ¿D. Benicio? — articuló á mis espaldas una voz sumisa y oficiosa.

— ¿Eh? ¿Es por mí? ¿Qué se ofrece? — respondí sin volver la cabeza, por no distraerme en momentos tan dulces.

¡Implacables mirones! Ellos fueron los que gritaron, llenos de feroz contento:

— Es el mozo, que quiere hablar con V.... ¡Cómo se ceba en las ganancias este hombre!

Me volví.

— ¿Qué hay, Antón?

— Una joven, que pregunta por V.

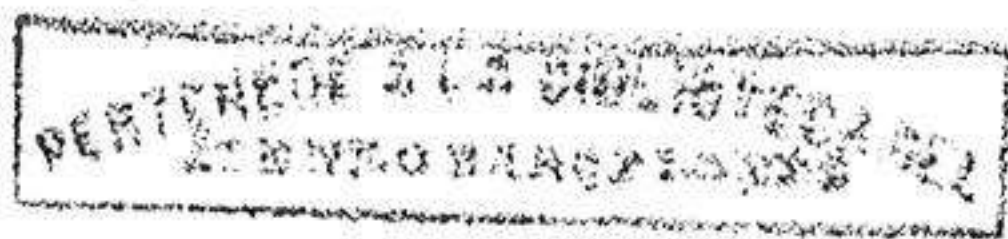
¡Cristo, qué alboroto! Tuve que alzar la voz y exclamar:

— ¡Tengan Vds. miramientoooo...! ¿A ver? ¿Por mí? ¿Una joven?

— Sí, señor... Una chica así... bastante simpática, no despreciando. Dice que es la de V....

— ¿La mía? Cuidado con lo que se habla... ¿La mía? ¿Qué es eso de la miiiiiaaa?

Expectación.



—Ella dijo así... Y que se llama Eduarda.

—¡Acabáramos! La criada, señores... Ya me parecía... Pregúntele, Antón, á ver, qué ocurre... ¡Eh, sigamos el juego!... Tres bazas... y arrastro...

No podía dudarse, era una bola. Sí, una bola, de esas que bien llevadas no las corta ni el verbo. Estaba en lo más comprometido de la jugada, cuando he aquí que vuelve el mozo, arrastrando los pies.

—Señor, que vaya V. á casa... La señora, su mujer, está con dolores.

¡Con dolores!... ¡Ah, conocidísima frase! Sí; eran los dolores clásicos, los dolores por antonomasia, los únicos que no necesitan más calificativo: los *dolores*... Recordé. A la hora de comer y por la tarde, Ilduara ya se había quejado, no muy fuerte, pero varias veces. Mas á los veteranos en estas lides no incruentas, nos sucede lo mismo que á los de otras cruentísimas: nos dormimos sobre el cañón cargado, fumamos sobre el barril de pólvora, y disfrutamos del más regalado descuido momentos antes de la batalla. Mi mujer con los dolores... ¡Pobrecita! Bueno... El mozo insistió.

—Con dolores... vamos, de parir.

Toda la Sociedad soltó la carcajada. Creo que se rieron hasta las alfombras y las fichas del tresillo.

—Esas tenemos, ¿eh? ¿Aumento de familia? D. Benicio... ¡Pillín! Pero ¿cuándo se jubila V. con el haber que por clasificación le corresponde? ¿Chiquillos á estas alturas?

—Digo que es una inmoralidad... Debía prohibirse... Raya en desvergüenza.

—Hombre, que le pensione á V. el Estado... ¿De qué taberna gasta V. el vino? Queremos las señas... (Esto fué Primo Coba.)

—Miramiento, señores... Permítanme dar un recado al mozo...— exclamé con desconsuelo, porque faltaban dos bazas no más para ganar aquella bola suspiradísima.— Oiga... dígame que voy ahora mismo... Que vaya avisando al señor de Moragas, ¿eh? Al médico, para que se haga cargo.

—¡Hombre, qué lástima!— exclamó uno de los tresillistas, el secretario del Gobierno civil.— Ahí estaba Moragas no hace un cuarto de hora en el salón de lectura.

—Sí, pero son las diez y media largas de talle; ya se recogió á casa, de seguro— objetó el Comandante del puerto.

Todos aprobaron. En Marineda, y particularmente en aquel foco de hablillas que se llama la Sociedad de Amigos, sábese puntual-

mente á qué hora está cada quisque en su hogar ó en el ajeno, sin que en el cálculo de probabilidades quepa más error que el de minutos arriba ó abajo. A no mediar caso análogo al mío, Moragas se encontraría en su alcoba, leyendo, para conciliar el sueño, alguna revista francesa: hasta de esta clase de pormenores estábamos al corriente. Seguro, pues, de que la fámula acertaría con el comadrón y éste correría á mi domicilio, me creí con derecho á terminar la jugada, que, según mis presentimientos, resultó bola. Alguien me preguntó si liquidaba: pero con rubor lo declaro; el favor de la suerte, me embriagaba de tal modo, que manifesté deseos de dar un par de vueltecillas más, hasta sacar las puestas todas. A la verdad, también me satisfacía tener un pretexto para dilatar el regreso á casa, donde me esperaba una escena siempre desagradable; desacostumbrado ya de ella por el largo interregno, me infundía ahora ese sentimiento que yo llamaría pavor doméstico, miedo que cobramos á ciertos deberes y actos de la vida familiar, y que tal vez no es sino una forma del hastío. Y al mismo tiempo que me dejaba dominar por la cobardía, sin ver que las más elementales nociones del deber conyugal me llamaban al lado de Ilda, deseaba aturdirme, matar la fiebre de mi emoción con el choque de las fichas y el zumbido de la charla.

—Cerca de treinta años hace que me casé, señores, y he visto nacer diez y seis hijos, sin contar el que está llamando á la puerta. Felicitaciones, vítores.

—Pero no me viven todos. Sólo conservo diez. Los otros...— esto debí de decirlo con los ojos algo húmedos y la voz ronca—*andarán allá*, pidiendo por mí... Crean Vds. que, desde el tercero, preferiría uno que no viniesen; pero si uno los ve aquí, no desea que se vayan. Sobre todo, el de la desgracia, el mayorcito, Moncho... señores, me dejó unos recuerdos... A los tres años casi leía de corrido... es decir, empezaba á deletrear... ¡Juego! Una entrada...

Gané una jugada magnífica, y la satisfacción me puso más excitado. Proseguí:

—A mí nadie me quita de la cabeza que aquella criatura, si no llega á desgraciarse, honra á la familia... ¡Era mucho despejo el suyo!

A esto contestó Mauro Pareja, por sobrenombre el Abad, que acababa de entrar y miraba por cima de mi hombro el juego.

—Señor de Neira, más valió que se le muriese á V. ese niño de tantísimo talento, que sus preciosas hijas. Al menos, nosotros los solteros opinamos así.

Se alzó un clamor aprobando el parecer del Abad, y á renglón

seguido acercóse á la mesa mi vecino el comandante de Otumba, á quien la noticia de mi nueva paternidad traía desde el cuarto de lectura á darme la enhorabuena. Y para repetir los términos en que me la dió el bueno de D. Tomás Llanes, yo me vería en mediano apuro, si no recordase cómo su propia esposa explicaba aquel modo pintoresco de hablar, diciendo que su marido al despertarse, lo primero que soltaba era una colección de *peinetas* y otra de *moños*.

D. Tomás, que tenía las proporciones y el aspecto de un oso velludo, de aquellos que se comieron al rey astur, acercóse á mí y dándome, con su finura acostumbrada, una palmadaza en el hombro, exclamó:

—Moño, y qué suerte de hombre... Peineta, otro chiquitín... y con veinticuatro lo menos que ha tenido ya... ¡Moño, y para los demás ninguno! ¡Yo que llevo diez años de casado, y ni noticia!

—¿Y eso, qué?—respondí demostrando fe inquebrantable en la fecundidad humana.—Ya cuajará... Mire V., por mi casa hubo años estériles... y también tuvimos fracasos...

—¿Eso más?—preguntó Primo Coba.—Pero hombre, V. cultiva todas las formas de la paternidad, incluso la frustrada... el conato, la tentativa de paternidad.

Acababa de sacar otra puesta, y de buen humor con este triunfo, respondí:

—Tan cierto es eso, que hasta tuvimos un embarazo falso...

Se armó una greguería, y hube de dar explicaciones á los solteros, que se fingían asustados.

—Era lo que llaman una mole, señores... una mole... un pedazo de carne, sin hechura, sin ojos, sin cabeza...

No se en qué pararían las risotadas que arrancó este sencillo detalle, á no haber distraído la atención un incidente, una disputa entre tresillistas y mirones.

—¿Pero cómo juega V., Domingo, hombre? ¿No está V. viendo que ahí el arrastrar de bajo es una barbaridad?

—Manía de meterse en negocios ajenos. Si sabré lo que me hago, sin necesidad de que me aconsejen.

—Así dicen todos los chambones. Si sólo se perjudicase V., corriente. Pero hace V. daño á los compañeros. Es una calamidad el que V. tenga que ir á la contra.

—Esas apreciaciones...

—Nada, yo soy así; antes que todo la franqueza.

—Cualquiera es franco metiéndose en camisa de once varas...

—Hay que pensar lo que se dice...

—¡Moño! ¡Peineta! Señores...

—¡Señores... miramiento, miramiento!—intervine yo, pues no gusta ver á dos personas regulares, ó por lo menos obligadas á serlo, poniéndose como un trapo por si debieron soltar la sota y largaron el siete, verbigracia. La discusión empezaba á aplacarse, cuando he aquí que el mozo, arrastrando los pies y con aquella cara de memo malicioso que hacía la felicidad de Primo Coba, entró y se acercó á mí, murmurando misteriosamente:

—Señor... Señor de Neira... Está ahí su chica...

Me volví sobresaltado, restituido á la conciencia de mis deberes familiares.

—¿Qué... qué pasa? Voy, voy...

—Dice...—secreteó el mozo—que la señora, su mujer... ya... ya salió del apuro, vamos...

Respiré anchamente. ¡Tan pronto! Mejor, mejor; ya estamos fuera del paso: ¡gracias, San Ramón de mi vida! Entre el coro de plácemes, alcé la voz para preguntar:

—¿Te dijo si era niño ó niña?

El mozo me miró con ojos que parecían los de un pez, y articuló soñolientamente:

—Dice que tiene una niña...

Los solteros vinieron á darme la mano, á sacudírmela con gran énfasis, y á repetir:

—Dentro de veinte años... cuente V. conmigo, D. Benicio, cuente V. conmigo.

—Aunque sea dentro de quince—murmuró reposadamente el Abad.

—Aunque sea dentro de trece—balbució el sonámbulo Diaz del Alimón, aficionado al pan tierno.

Cuando me dejaron respirar, exclamé dirigiéndome al mozo que seguía allí hecho un poste:

—¿Estás seguro de que dijo niña?

Y entonces... ¡oh cielo pródigo, cielo que no mides, ni tasas, ni regateas los bienes de este mundo; cielo que siembras la suerte como quien siembra alcacer!... el mozo, columpiándose y sin alzar la voz, respondió:

—Dijo una niña, sí señor... y que vaya allá en seguida, que va á nacer otra.

¡Naturaleza, naturaleza! Me quedé lo mismo que el náufrago cuando una ola le zapatea contra el casco del buque. ¡Un parto doble! Me iluminó como luz fatídica el recuerdo de aquellos extra-

ños fenómenos que notaba Ilda, de aquellos padecimientos raros, de aquella anormal gravidez. ¡Un parto doble! ¡Géminis!

Al verme en la calle, corrí como un loco. Y entre el desorden de mis pensamientos, y la muchedumbre de mis cuidados, predominaban las ansias siguientes:

— Hay que comprar otra cuna... hay que buscar dos amas... ¿Y dónde duermen, santo Dios? ¿Dónde? Lo dicho: como no se invente colgar las camas por la pared...

IV

Cuando empecé á ascender fatigosamente las escaleras de mi casa, subía delante de mí la mujer del oso, la comandanta de Otumba, doña Milagros. Ya sabemos que marido y mujer eran nuestros vecinos, sólo que vivían menos en alto que nosotros, y no disfrutaban de tan hermosa vista al mar. Por cierto que de esta vista nació la intimidad de doña Milagros en mi casa, pues iba á extasiarse, las tardes que hacía bueno, con aquella gloria de Dios.

— ¡Como en mi pueblo — decía. Y en seguida añadía indefectiblemente: — Porque ya sabrán ustés que yo soy gaditana.

No creo atentar á la fidelidad que debí á mi Ilduara querida, si reconozco que la señora de Llanes me pareció entonces, más que de costumbre, y acaso por contraste con la gente que dejaba en la Sociedad de Amigos, un objeto muy grato de contemplar. No diré que la comandanta fuese una belleza acabada y sorprendente, pero poseía en grado altísimo ese don de su raza que se conoce por sandunga. Hasta sus defectillos eran de los que prenden y enganchan la voluntad mejor que las perfecciones clásicas. La sombra oscura sobre el labio superior, carnosito y de un rosa algo pálido; el lunar castaño con cerdas rizadas en el carrillo izquierdo; la abultada cadera, las ojeras cárdenas y la voz gruesa y un tanto bronca, no acierto á decir si la desmejoraban, ó si, por el contrario, la hacían seductora en grado sumo. Estos puntos yo los había oído debatir en la Sociedad de Amigos con gran calor, cuando el maridazo volvía la espalda, pues doña Milagros era mujer muy discutida, y no caía sobre ella ese olvido indiferente en que envuelven los varones á las hembras que no excitan su malsana curiosidad.

Mientras la señora subía la escalera, añadiré que siempre que

en la Sociedad se trataba de doña Milagros, ó se me daban con ella bromas inconvenientes, yo sufría. En torno de la comandanta existía una atmósfera que me causaba enojo, persuadido como estaba de que todo eran injusticias y hablillas, sin más base que los pruritos de la maledicencia. Cada vez que veía á aquella excelente señora y adivinaba la franqueza de su carácter y la bondad de su corazón, experimentaba un sentimiento de lástima. ¿Lo habría adivinado la pobre? Porque me demostraba á su vez una simpatía, una inclinación honesta, una particular deferencia halagadora, que no sabía yo á qué atribuir. Y es el caso que mi Ilduara, sea que esas voces maldicientes hubiesen llegado hasta ella, sea que las bondades de doña Milagros para mí, la fuesen molestísimas, profesaba á la pobre comandanta ojeriza tanto más tenaz, cuanto que la disimulaba bajo apariencias engañosamente cordiales, y sólo la desahogaba con pasajeras indicaciones, rápidas y agudas como saetas. Imaginé que de la nube condensada alrededor de doña Milagros, lo que más molestaba á mi esposa eran ciertos rumores sobre su origen plebeyo. Lamento tener que descubrir estas flaquezas de mi Ilda: cuando llegamos á Marineda, supuso que todo el aristocrático barrio de Arriba iba á dejarse caer en peso en nuestra mansión, para atendernos y festejarnos; mas nada de esto ocurrió, y los moradores de los cuatro ó seis edificios blasonados que en Marineda existen aún, no hicieron el menor caso de nosotros, pobres hidalgüelos de gotera, quedándose reducidas nuestras relaciones á la que ofrecía la vecindad, y á dos ó tres familias procedentes de Lugo, que se enteraron de que existíamos. Esta herida de amor propio se le encontró á Ilda, y en vez de buscar á toda costa relaciones, volvióse más relamida, tiesa y difícil, dándose á inquirir los antecedentes de las personas que nos trataban. Doña Milagros tenía su expediente en regla.

—Pero esposa—decía yo en tono conciliador—¿qué sabes tú de malo respecto á doña Milagros? A mí me parece una señora como todas las demás; es mujer de un comandante; su categoría social la permite rozarse con lo mejorcito.

Mi mujer fruncía el entrecejo, apretaba los labios y rezongaba no sé qué de un puesto de verdura en el mercado de Chipiona, donde la madre ó la tía carnal de doña Milagros... no consta cuál de las dos...

—¡Mujer, cada uno es hijo de sus obras... el trabajar no deshonra á nadie, y el vender berzas no es oficio infamante ni cosa que lo valga!

—Pues traeremos á casa á las verduleras para que traten con tus niñas, si te parece—respondía echando lumbres mi mitad.

—Ilda querida... No es eso. Si doña Milagros vendiese berzas hoy, corriente... Pero en el día es la mujer de su marido, y, por lo mismo, una señora.

Hasta para este argumento, al parecer concluyente, tenía respuesta Ilda.

—Señora, señora... A saber, á saber... Estas gentes que vienen así, de donde Cristo dió las tres voces... A luengas tierras, luengas mentiras... Han estado en Ultramar, allá en Cuba... (A mi mujer la escamaban muchísimo los que habían estado en Ultramar y los juzgaba *ipso facto* trapisondistas.) A ver, hijo del alma (cuando mi mujer me daba este dulce nombre, era para hacerme sentir mejor el peso de su cólera), á ver, tú que tanto cargas en lo del señorío, ¿estás bien seguro de que son marido y mujer verdaderos?

Y, en efecto, no podía yo tener lo que se llama certeza absoluta, no habiendo asistido á las bodas ni visto los registros parroquiales. Juraría, así y todo, que no existía allí ni sombra de contrabando. Mi mujer comprendía, á pesar de mi silencio, que no se me comunicaba su escepticismo, y añadía enrabiada:

—Y además, y sobre todo, ¡qué gente tan ordinaria! ¡Cómo se les ve que son señores hechos á puñetazos! El habla igual que un carretero y tiene pelos hasta en el paladar; ella parece una cualquier cosa, con aquel meneo tan descarado que lleva por la calle. Así es que todo el mundo se la atreve, porque la confunden con una tía pindonga. He de salir yo cien veces á misa, y nadie me seguirá de fijo; y á ella el otro día la iba siguiendo Baltasar Sobrado. ¡No me lo niegues, que yo lo vi!

Lejos de mí el pensamiento de negar semejante sucedido; para aquietar á Ilduara, exhalaba una especie de gruñido de conformidad.

—No, no tengas miedo de que persigan así á una mujer de bien... Lo que es á mí... ¡A mí no se me atreven!

¿Y quién habia de atrevérsete ¡oh Ilduara mía! con aquel gesto tuyo y aquel entrecejo y aquella austeridad de líneas que alejaba todo pensamiento profano? En eso sí que estuvimos conformes, mujer incomparable.

—En fin, son gentecilla; él huele á cuchara, y lo que es ella, no quiero decirte á qué huele...

Temeroso de que mi esposa cometiese con el matrimonio Llanes algún exabrupto si yo me metía en defensas, mantuve mi acostumbrado sistema de decir *amén* á todo. En el fondo de mi alma,

esta injusta confabulación dentro y fuera de mi casa contra una persona á quien no veía hacer nada malo, me infundían mayor interés por ella. Interiormente, protestaba contra las necesidades y preocupaciones del mundo, que no se conforma con que una mujer sea noble y servicial, sino que además la exige que al andar no columpie las caderas, y que sus tías no vendan zanahorias.

Porque aquella doña Milagros tan duramente juzgada; aquella bendita señora, objeto de comentarios tan poco caritativos, era una criatura de bondad, que se desvivía por encontrar manera de servir de algo á sus semejantes, y en particular á los vecinos. Pronta y fogosa para todo, nadie tan capaz de sacrificarse con verdadera abnegación por lo que no le iba ni le venía. Se lo hice observar tímidamente á Ilduara.

—Mujer, la debemos un ciento de favores.

—Nadie se los ha pedido—contestaba Ilda con acento que parecía el ruido de un ascua encendida al caer en el agua.

Al encontrármela yo en la escalera, doña Milagros iba de prisa, con brioso taconeo, haciendo vibrar los peldaños, como persona á quien no pesan aún la edad ni las carnes, á pesar de hallarse éstas en condiciones de lozanía muy apetecibles y simpáticas, y alcanzar todo el turgente desarrollo que requiere la hermosura femenil. Siguiendo con la vista la alternativa de la claridad de la suela y la negrura del zapatito que calzaba el pie meridional de la señora, me distraje de aquella pavorosa perspectiva de las amas por partida doble, pensando que era lástima que mi Ilduara no reuniese, á su aire digno, algo de la morbidez de la señora de Llanes. Mientras me ocurrían estos pensamientos, los tacones de la señora continuaban produciendo agradable repique sobre la escalera. Cerca ya de la puerta de mi piso, doña Milagros notó que alguien subía detrás, se volvió rápidamente, y me saludó con efusión que rayaba en exaltada ternura.

—Ay D. Benisio del arma... Mare mía de la Consolación... Ay, ¿pero usted sabe lo suseío? Si es un milagro e los grandes... ¡Grasia á Dió que ha venío usted. ¡Jesú, hombre! Si ya creí que se nos quedaba poallá, sin vení a ve la sal del mundo, la cosa más chistosa... ¡Ay qué envidia le tengo á su mujé, santo varón! Monáa como las tales gemelias... ¡Por unas así daba yo sangre é la vena!... ¡No etiman la suerte argunas!... ¡Es usted un cabayero, Don Benisio!

Al oír estos dichos, propios de tan apasionada señora, reparé que llevaba las manos ocupadas con un sinnúmero de objetos: tiras

de lienzo, tabletas de chocolate, una cazuelita chica, una maquinilla de esas de hervir agua con alcohol, un cucurucho, no se qué más cachivaches...

—Pues apenas va V. cargada.

—Quiá, hombre... Menuensias que hasen farta en casos como estos... Yo nunca me vi en ellos, por mi suerte desdichá; pero con la afisión á los chicos, tengo ya más práctica... En cuanto supe que yegaba el lanse, arriba me planté, á ofrecirme pa tó lo que haga farta, con confiansa, como si fuese de la familia, lo mismito. Más veces yevo subío y bajao...

El sobrealiento de la señora probaba su afirmación, y al verla así, tan cordial, tan cariñosa conmigo, no fuí dueño de contener la gratitud que se me subía á la garganta, y murmuré alargando las manos:

—Doña Milagros... es V. muy buena.

Ella, no menos conmovida, quiso echarme un brazo al cuello, murmurando:

—Cáyese usted. ¡Vaya unas bondaes, cristiano! Ea, cargue V. con este artilugio. (Y entregó la maquinilla.) Andando, andando, que no estamos pá paliques.

No fué preciso tocar á la campanilla. Como si detrás de mi puerta nos acechase un ser invisible, entreabrióse calladamente y apareció la nariz de mi hija mayor, Tula, cuyos ojos, que no por denigrarlos sino por definir su especial mirada he comparado á los de una lechuza, se clavaron en la comandanta y en mí. Y por entre el hueco de la puerta y de la persona de Tula se deslizó Feíta, deteniendo á doña Milagros, que iba á entrar como una manga de agua ó un ciclón, y diciendo: “¡Chist! Cuidado con meter bulla, por causa de mamá.”

—Aquí tenéis espliego —dijo la señora entregando á Tula el cucurucho.—Sahuma, hija, sahuma, que es lo má sano pá las parías... Toma la estufilla: verá tú cómo en un verbo hasemo agua santa, agua paná, agua de tilo...

Cortó la inspiración hidráulica de la buena señora la aparición de otros dos vástagos míos, Clara y Constanza, con lo cual la antesala quedó de suerte que no nos podíamos revolver. Y detrás apareció Rosa, emperejilada según costumbre, con su cara deslumbradora, y una dalia prendida detrás de la oreja. ¡Para dalias estábamos!

—¡Dos niñas, papá! ¡Dos niñas!—exclamó con diferentes entonaciones el coro femenino.

—¡Dos niñas!—repetí, sin que otra cosa se me ocurriese.—¿Y mamá, qué tal?

Feíta se adelantó, me cogió de la manga, y en voz apagada y discreta, voz de enfermera, murmuró:

—Dice el señor de Moragas que bien... Ahora dormita... Venga, papá; venga á ver la cucada, la gracia del mundo, las gatiñas recién nacidas... Las estábamos lavando... ¡Si viese qué idénticas!... Como dos gotas. Más lindas... El señor de Moragas está ahí; pero se va á largar, que tiene que hacer...

Entré de puntillas, no en la alcoba conyugal, por respetar el sueño de mi esposa, sino en el gabinete que confinaba con ella. Moragas salió á recibirme, felicitándome en un tono en que discerní compasión y algo de chunga. ¡Malditas casas pequeñas, sin comodidad ni desahogo! Allí mismo, en el gabinete, entre el armario de luna y el sofá, se había tenido que extender una sábana, y sobre ella, en un lebrillo lleno de agua tibia, mi hija Argos y la criada lavaban á las gemelas, palpando torpemente los cuerpos blandifos. No se entendían para fajarlas; y sin consultar mi voluntad, me pusieron una en cada brazo, envueltas en la toalla húmeda.

—¿Eh? ¡Qué bonitas! ¡Qué iguales! La que nació primero es ésta: tiene atado á la muñeca un estambre verde para diferenciarla.

Yo las miraba, girando la cabeza del lado derecho al izquierdo. Parecíanme diminutas, color de berengena y algo hinchadas: esto es común en los recién nacidos, é indica que de grandes serán excesivamente blancos. Al fin, inclinándome, les di á mis niñas un beso. Entró en esto doña Milagros, y me las arrebató, y empezó á chillarlas.

—Monáas, tesoros, cominiyos, peasos de masapán... ¡Ay qué judiá, tenerlas así en cuero, arresiditas de frío! ¡A ver, á ver, un capiyito, que la quiero vetir á esta emperatris de la China!

La andaluza tomó el capillito templado, la faja, el pañolico triangular, la gorra, y empezó á vestir á una de las gemelas con extraña habilidad. Cualquiera pensaría que la comandanta había parido y criado media docena de chicos por lo menos. Manejaba aquella masa gelatinosa con incomparable soltura, y enrollaba la faja alrededor del cuerpo lo mismo que si no hubiese hecho en su vida otra cosa. En cambio, Argos y Clara se veían y se deseaban para arreglar la suya. Feíta se entrometía, pretendiendo arrancársela de las manos.

—¡Yo!... ¡Yo la amañaré!

—Quita, mocosa, chiquilicuatra—contestaban desdeñosamente.— Si te remangamos las faldas, verás qué azotes.

—Papá... que me dejen...— articuló Feíta dirigiéndose á mí, con la garganta atascada de sollozos. — Que me dejen. ¡Ya verán si sé!

Moragas, siempre en pleito con Feíta, y al mismo tiempo encariñado con ella y protegiéndola, indicó:

—Déjenla Vds.... á ver cómo se las compone esta mona sabia... Puede que haga prodigios.

—Bueno, que la vista...—ordené yo.

¡Quién vió á Feíta! Iluminóse repentinamente su rostro con una expresión que, á no ser ella tan diablillo, podría llamarse angelical; y tomando á la niña, sentóse en la butaca y la acomodó en el regazo. Yo la miraba atónito, mientras Moragas me daba disimulados codazos, como diciendo:—¿Ve V.?—En efecto, aquella empecatada chicuela, que no podía coger nada sin romperlo, que tenía los movimientos y las actitudes de un muchacho revoltoso, se transformaba de repente en la mujer más cuidadosa y solícita. Apretando y haciendo embudo con los labios, fijos los ojos en la criatura, con manos que la tocaban como se toca á una santa reliquia, trémula de gozo y de orgullo al mismo tiempo, Feíta la vistió en tres minutos perfectamente. Y cuando estuvo liado el paquetito, lo levantó en alto, lo arrimó á la cara, y chilló con delirio:

—¡Uuuú... Moniña, moniña!

Y luego, volviéndose hacia las hermanas mayores, que parecían burlarse de su triunfo, les sacó una cuarta de lengua, y les gritó:

—¡Aaaá... Pasmonas, chapuceras, envidiosas!

Ellas le contestaron *sotto voce*:

—¡Pericón!

La cosa no tuvo más consecuencias. Doña Milagros estaba en su elemento, daba órdenes, hacía preguntas: parecía un general en jefe, y por ese instinto que hace que obedezcamos á las personas de iniciativa, mis hijas ejecutaban sus mandatos al punto, excepto Tula, que hasta se me figura que la respondió dos ó tres veces con aspereza. Sobre el velador, retirado el tapete de croché, hervía con simpáticos gorgoritos no sé qué infusión en el cazo de la estufilla: era un brevaje para paladear á las pequeñas: la comandanta, soplando en la cucharilla antes, se la metía entre los labios, y las oruguitas hacían gestos muy cómicos, entre estornudo y mueca, al percibir aquella primera sensación de los órganos del gusto. Luego doña Milagros comenzó á lamentarse de que no hubiesen traído un indispensable jarabe, á lo cual mi hija Tula contestó agriamente que no se podía pensar en todo y que bastante se había hecho. La comandanta entonces salió disparada, regresando á los dos minu-

tos con la noticia de que ya iba por el jarabe su asistente; y como Moragas y yo conferenciásemos en el hueco de una ventana, se vino á nosotros hecha un basilisco, y cual si se tratase de su propia alimentación, me interpeló acerca de la de mis hijas. “¿Cómo estábamos de amas?,, Sí, empleó el plural.

—A ver, usté, señó Neira, ¿qué jase usté ahí tan parao? ¿Cuándo dispone que tengan teta etas dos asuseniya?

—Si no se la damos usté ó yo, señora...—contesté riendo, porque no había medio de formalizarse con una mujer tan excelente, aunque tan entrometida.

—¿Yo?... Peasitos de mi corasón, con vía y arma se la daría. ¡Qué felisiá, criar un nene! ¡Pa qué quería yo más! Pero esto no pué seguí así. Hijas, yorá pa que os busquen teta, que os tienen desfa-yesías.

Lo mismo que si obedeciesen á un conjuro, las gatitas dejaron oír unos quejumbrosos mayidos, que resonaron en mis blandísimas entrañas de padre. Entre el médico, la señora y yo comenzamos á debatir aquella pavorosa cuestión de subsistencias, que más bien era de capacidad. El bolsillo, trémulo de pavor, se arriesgaría á afrontar la doble lactancia; pero era humanamente imposible buscar acomodo al ama sufragánea. Para alojar á la que ya estaba contratada en la Erbeda y sólo aguardaba aviso, había sido indispensable repartir á los niños en los cuartos de sus hermanos, y convertir en dormitorio un chiribitil antes destinado á cuarto de plancha y leonera. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer, Dios santo?

—Mire usté—exclamó con fuego doña Milagros.—Por eso no se apure usté ná. Abajo sobra sitio. Tan holgaos estamos, que para cáa pierna y cáa brazo hay su habitación. Se bajan el ama y el angeliyo, y abajo duermen y abajo están tóo el santo día. Tomás, loco con la gurruminita; yo, con más babas que un caracol; y se ha sarvao la patria.

Todo lo facilitaba, y por poco me convence, aunque yo opinaba que aguardásemos á que despertase mi esposa, cuyo sueño encargaba Moragas que no se perturbase, por la necesidad que tenía de reponer sus fuerzas. Pero cambió nuestros planes el ver entrar á mi hija Feíta empuñando una botella llena de un líquido blanco. Nunca mostró la cara tan animada y satisfecha como entonces.

—Papá... mira lo que he discurrido. Con esta botella hago un biberón, y le doy de mamar á las niñas. No se necesita ama ninguna. Son unas galopinas, unas cargantes. Yo, yo sola crío á las pequeñas. Y divinamente. Verás.

Nos burlamos de la chiquilla; pero Moragas, risueño y todo, la cogió por la barba, la pasó la mano por el cabello, y dijo:

—Sí, Lucifer, trasto, tú salvarás á tus hermanas... No vendrá más que un ama, y la otra será la señorita Fea... Ya verás cómo te doy un curso de cría con biberón... En tres lecciones te gradúas de doctora.

Así quedó resuelto el espantable conflicto. Al otro día muy temprano llegó de la Erbeda el ama, y por la tarde se bautizaron las gatitas. Se les puso por nombre, á una María Remedios y á otra María Teresa, por haber nacido el día 14 de Octubre, fiesta de Nuestra Señora de los Remedios, y bautizándose el 15 del mismo mes, fiesta de la santa doctora de Avila. Mis hijas y doña Milagros hicieron prodigios para adornar á las gemelas. Encaje de aquí, cinta de acá y bordado de acullá, me las pusieron tan majas. Al volver de la iglesia, el ama alzó los pañolitos de nipsis que tapaban la cara á mis dos retoños, y me dijo las palabras sacramentales: “Llevé unas moras y traigo unas cristianas.” Miré á las inocentes criaturas, que dormían. Disipada la hinchazón de sus caritas, con la aureola de encajes de las gorras, no se puede negar que estaban hechiceras. Las tomé en peso, una en cada brazo, y la idea de ser autor de aquellos ángeles me hizo pensar entre orgulloso y triste:

—¡Quién duda que son unas monadas!... Si no fuese que ya tiene uno en casa otras diez... Si el zapatero y el panadero no enviasen cuentas... Si estuviésemos en el Paraíso terrenal...

V

La venida al mundo de las dos encantadoras criaturitas pesó sobre mi espíritu como losa de plomo: acaso por primera vez comprendí la gravedad de la obligación en que me había puesto al decidirme á ser padre de doce hijos.

En mis meditaciones solitarias y penosas; en mis horas de considerar el negro porvenir, me acusaba á mí mismo, por no acusar á las instituciones sociales. Era clarísimo que yo no debí haber engendrado aquellos dos vástagos más, y su existencia probaba de un modo evidente y casi afrentoso para mí que yo no tenía un adarme de juicio, de buen gusto, ni de sentido común.—Cuando dos seres humanos, en todo el hervor y frescura de la edad juvenil,

siendo su cómplice la naturaleza, que les brinda una primavera llena de flores y fragancias, que les canta en las espesuras el epitalamio con coros deavecillas, y les alumbra las bodas con la lámpara de plata de la luna, se dejan arrastrar á cualquier flaqueza, el desliz los condena á reprobación, y le ocultan como si fuese el mayor atentado. Y en cambio, si dos personas como Ilduara y yo, que nos acercamos á la vejez, sin aliciente alguno, en prosa vulgar, damos al mundo seres que ni tenemos medios de sostener, ni tiempo de ver criados, á nadie se le pasa ni por las mientes discutir si será lícita acción semejante, y se festeja el nacimiento como si fuese algún motivo de regocijo y zambra.

Lo único que tranquilizaba un poco mi conciencia (tranquilidad puramente negativa, es muy cierto) era pensar que el mayor tanto de culpa quizá no me correspondía, sino á mi pobre esposa, y que algo pudieron dañarnos sus desatentados celos y sus absurdas suspicacias... Libreme Dios de profundizar tan delicado asunto, y El me preserve también de censurarla por lo que mostraba á las claras su tierno amor, en el cual creo *á pesar de todo...* Probablemente la firmeza y la prudencia faltaron en mí; tal vez no supe, con finas y tiernas demostraciones, de un orden ideal y delicado, persuadirla de lo invariable de mi lealtad... En fin, lo cierto es que ahí estaban las mellizas, dos seres desvalidos y adorables, que sólo de mí esperaban protección, sustento, y lo que debe la vida á cada individuo... ¿Y cómo iba yo á cumplir ¡Señor Dios!, obligación tan penitencia y sagrada? ¿Cómo sostener dos boquitas más, donde ya sólo á fuerza de orden podíamos soportar las exigencias de una posición falsa y de una vida, aunque modesta, mucho más lujosa de lo que permitían nuestros medios?

Nunca sino entonces vi que lo que complicaba la situación de mi familia, era la fatalidad de que la naturaleza se empeñase en regalarme hembras y no varones. Son las hembras, desde tiempo inmemorial, la plaga, la aflicción y el castigo de la fecundidad humana. He oído que en algunos países se acostumbra darlas muerte al nacer; y aunque se me haga duro creer tan horrible crueldad, lo cierto es que aquí, si no las matamos, renegamos de ellas. Once veía yo á mi alrededor, como los retoños de la oliva: cinco casaderas, una que lo sería bien pronto, y las demás, pobres criaturitas indefensas, desarmadas para todas las luchas, sin más apoyo que la protección de un hombre ya entrado en años, con un pie en el sepulcro. Si aparecían maridos, soberbio; pero si no aparecían, ¿qué iba á ser de mi prole? ¿Qué comerían hoy ó mañana? ¡Como

no echasen en el puchero el aguilucho del blasón!... Si Froilancito despuntaba, las ampararía... ¡Era preciso que Froilancito nos saliese una eminencia!

Me distrajeron de estas desazones otras más urgentes. Es el caso que mi Ilduara quedó exhausta desde la última y onerosa contribución pagada á la naturaleza. Contemplándola después de su doble parto, me asustó: parecía un cirio. La maternidad, que embellece y refresca á las mujeres relativamente jóvenes, había acabado de aniquilar el ya gastado organismo de mi pobre compañera, y comprendí que para reponerse necesitaría muchos meses de absoluto reposo, y, añadió Moragas, "el aire del campo". Desgraciadamente estábamos en Octubre, y cuando Ilduara pudiese ponerse en camino, sería bien entrado Noviembre. No se podía ni soñar en irse á una aldea, sin recursos, con frío, con lluvias incesantes.

A falta de campo, se ordenó una alimentación nutritiva, y yo no sé lo que gasté en gallinas durante los días de la convalecencia. Si no iba en persona al mercado (¿quién se fía de criadas?), encomendaba á doña Milagros este pormenor, que no me atrevía á encargarme á la inexperiencia de mis hijas; y en el pasillo nos encontramos más de una vez la comandanta y yo, muy ocupados en sopesar y en soplar el obispillo á una gorda gallina, discutiendo si valía ó no los once ó doce reales que costaba.

Es de advertir que en cuanto mi esposa recobró ánimos, impacientóse con la inmixción de la comandanta en nuestros asuntos domésticos. Ilda siempre había sido guardadora de su autoridad, lo cual, añadido á la prevención que contra doña Milagros alimentaba, dió por resultado una tirantez de espíritu y una sobreexcitación que se declaraba sólo con sentir los pasos de la infeliz señora en el recibimiento. Acaso la debilidad había desatado los nervios de Ilda, porque nunca la vi en estado semejante. Por desgracia, la andaluza subía más que nunca: nos la encontrábamos hasta en la sopa. Había cobrado á mis gemelas tal cariño, que rayaba en frenesí, y no sabía pasarse dos horas sin echarles la vista encima. Lo que sobre todo embelesaba á doña Milagros, era la dificultad de distinguir á las gemelas, por lo muchísimo que se parecían. ¿Hay encanto como no saber cuál es *Zita* ni cuál es *Media* (mi hija pequeña, Pura, las confirmó así con su media lengua y su ceceo incorregible). Para señal, doña Milagros había traído una medallita de plata del Carmen, y una del Corazón de Jesús; y todo el día andábamos con el ajetreo de abrirles el capillo á las mellizas y exclamar:—¡Ay, ama, que esta niña no ha mamao... A ver... la

medaya... Pues no, eta es Zita... eta si se echó una buena tragantá al cuerpo... es la otra la que está muerta de hambre!... ¡Gloria er mundo, biscochiyo, reina regente! ¡Te comería... huum, te comería! ¡Pues si se ríe ya... ama, se ríe... ya se ríe!

Otras veces ayudaba á Feíta en sus tareas de nutriz, en las cuales se lucía el diablillo. Moragas le había explicado la higiene de la botellita vital, destinada á reemplazar el calor y la afluencia del seno humano, y la chiquilla se penetró tan perfectamente de aquello de la limpieza, y la temperatura, y las cantidades de agua y leche, que las niñas tomaban con igual gusto el pezoncillo de goma que el pecho del ama. Era esta una moza soltera, costurera de oficio, que ya por segunda vez ejercía el de alquilar su cuerpo, convirtiendo en granjería la quiebra de su virtud. Doña Milagros no estaba á bien con la muchacha, ni le parecía ama suficiente para una sola de las niñas, cuanto más para las dos, por mucho que las ayudase la botellita dichosa; y el ama, notando que la comandanta no era amiga suya, le había cobrado una inquina sorda y solapada, pero fiera. Yo llegué á sospechar más adelante, cuando sobrevinieron acontecimientos funestísimos, que aquella pécora contribuyó á sobreexcitar á mi esposa. Pero también alguna de mis hijas entraba en la conspiración doméstica contra doña Milagros. Tula, en todas las cosas tan semejante á su madre, lo fué en ésta asimismo. Es imposible describir su gesto al ver subir á nuestro piso á la andaluza.

Esta marejada me disgustaba mucho, no solamente por lo que á mi parecer tenía de injusta, sino principalmente porque contribuía á que se empeorase Ilduara, cuya enfermedad tomaba forma de malquerencia contra doña Milagros. Yo veía á mi esposa cada día más extenuada, sin fuerzas para levantarse, porque generalmente, cuando á fin de mullir su cama la trasladábamos á un sillón, solía acometerla algún desvanecimiento. Para evitar que perdiese la poca vida que le quedaba, recomendábale Moragas que se mantuviese con los pies más altos que la cabeza, y que guardase la mayor inmovilidad posible; pero sólo con oír la voz de la comandanta en la antesala, mi mujer se retorció como pisada culebra, y vibrando odio por ojos y boca, exclamaba:

—Vamos, bueno... ¡Ya está ahí esa mujer!

Los ofrecimientos y servicios de la complaciente andaluza, en vez de calmar á mi esposa, acrecentaban su furia de un modo que para mí sería increíble si no lo hubiese visto. Y el caso es que fundaba su enojo en razones enrevesadas y estrambóticas, y argumen-

taba sin permitir que yo abogase en favor de aquella excelente señora.

—Se necesita poca vergüenza para meterse así en las casas ajenas, donde no le llaman á uno, ni le necesitan. Gente ordinaria al fin y al cabo, militarotes de cucharón, furrieles indecentes, acostumbrados á comer del rancho y dormir en cama redonda. ¿Quién llama aquí á esa chula—porque es una chula, Benicio, desengáñate? —Viene á curiosarlo todo, á enredarlo todo. Luego, qué frescura, qué falta de pundonor. Le ve á uno serio, y nada, cara de corcho. Hasta que la echen á puntapiés...

—¡Ilda... Ilda!—murmuraba yo.—Hay que tener miramiento... Eso que dices es terrible. La señora de Llanes se desvive por obsequiarnos.

—¿Y quién le pide semejantes obsequios? Sin ellos hemos vivido siempre, sin ellos seguiremos viviendo muy contentos y felices, en paz y gracia de Dios. ¿Se los has ido tú á mendigar? Puede que sí.

—No, mujer, por los clavos de Cristo... Pero la buena voluntad se estima, aunque no se solicite. Son atenciones que, al fin, nadie las tiene con uno más que esa señora.

—Atenciones, atenciones... Abusos é impertinencias les llamo yo.

—Ya sabes que mima muchísimo á nuestros niños... ¿Cuántas veces se los lleva á merendar y jugar abajo?

—Para sonsacarlos y averiguar todo lo que aquí sucede. Tú eres un papamoscas: á ti te pasan las cosas delante de los ojos, y como si nada.

Olvidando el estado de mi esposa, que me imponía la obligación de asentir á cualquier absurdo, me formalicé, tan infundada me pareció la acusación.

—Pero vamos á ver, Ilduara querida, tómate el trabajo de discurrir con la cabeza. ¿Qué diablos tiene que averiguar doña Milagros de lo que aquí sucede? ¿Qué le importa? Ni en resumen, ¿qué sucede aquí? Ni le hacemos falta para nada, ni ella viene sino porque es así, una infeliz, amiga de servir y de complacer, y acabóse. Tú eres la que ves visiones y armas líos, hija.

Me detuve, porque Ilda, incorporándose en la cama, con las mejillas encendidas y la voz ronca, gritó frenética:

—*Ciertas* defensas me llaman la atención... Sacar la espada por *ciertas* personas, no se comprende sino mediante *ciertas* razones. Si entre doña Milagros y tu familia escoges á doña Milagros, á esa verdulera, y la prefieres á una mujer que te ha parido diez y ocho hijos, entonces dilo claro y entendámonos de una vez. Si no, sírvate

de gobierno que esa individua no ha de venir más á entrometerse donde solo yo mando. En mi casa soy la reina, y como vuelva aquí á mangonear, la canto las verdades del barquero. ¡Ya lo sabes! A mí no me engañan las amabilidades ni los servicios de *ciertas* pájaras. No me la pegan las doñas Milagros. ¡Desinterés, atención! Ya sabemos lo que viene á buscar. Lo que no tiene en su casa. ¡Y no me obligues á desbocarme, porque saldrán sapos y culebras!

Quedé aterrado. Sapos y culebras parecíame que, en efecto, se asomaban á aquella calenturienta boca. En primer lugar, preveía un disgusto feroz con la familia Llanes; en segundo, veía á mi esposa al borde de una recaída, arriesgando su salud por un furor inexplicable. ¡Ah Ilduara mía, compañera fiel y leal, casta y honrada esposa! Creelo: en aquel momento lamenté de todo corazón mi carácter débil y la resignación completa que en tus manos hice del poder desde que nos unió la santa coyunda. Toda autoridad que se subvierte se corrompe. ¿Quién sabe si, con más denuedo, poseería sobre ti el ascendiente necesario para traerte entonces al camino de la razón, de la delicadeza y de la sensatez, y evitar las desgracias que sobrevinieron?

Intenté apaciguar á mi esposa con dulzura; pero vi que, lejos de lograr el objeto apetecido, sólo conseguía aumentar su enojo; noté que la irritaba el eco de mi voz y hasta mi tono humilde. Seria-mente preocupado, como si el corazón me avisase de alguna desdicha, me aparté de su cabecera, saliendo á la galería, por donde empecé á pasearme angustiadísimo. No sé si lo que influía en mí era aquella vieja educación cortés, la enseñanza materna, que me ordenaba guardar consideración á las mujeres, y me hacía temer que á una la maltratasen bajo mi techo.... ó si era la ardiente simpatía que me inspiraba la señora de Llanes; pero el caso es que sentí una turbación y una pena y una vergüenza mortal. Con las manos atrás, caída la cabeza sobre el pecho, empecé á medir la galería de arriba abajo, tropezando en los tiestos y cajones de flores y enredaderas que aglomeraran allí mis hijas. Aquel cierre de cristales tenía una particularidad que lo diferenciaba de los restantes de Marineda: y es que su parte baja la componían vidrios alternados de distintos colores, azules, rojos, verdes y amarillos, al través de los cuales se veía el puerto y el anfiteatro de montañas que lo corona, teñidos de un matiz fantástico, semejante al de los cosmoramas. La vistosa alternativa de los cristales me sugería ideas, ya lúgubres, ya consoladoras. El país de oro que veía

al través del vidrio amarillo me reanimaba, y la fúnebre palidez del azul me abatía y acoquinaba enteramente.

Entre vuelta y vuelta, la idea de bajar y espontanearme con doña Milagros se me apareció como un faro salvador. La señora, enterada de las rarezas de Ilda y prevenida contra cualquier rasgo de barbarie, hasta ayudaría á desterrar aquella mala disposición de mi esposa, ya presentándose menos, ya empleando algún otro artificio, fácil para su entendimiento y despejo natural. Se me venían á la imaginación cláusulas enteras del discurso que iba á espetarla. “Mire V., doña Milagros, en este mundo cada uno tiene sus manías, y V., con su buen talento, ha de saber dispensar ciertas cosas...,” Y delante del vidrio dorado, la cosa me parecía, no sólo fácil, sino grata, porque me lisonjeaba la idea de desahogar mis cuitas en el corazón de aquella bondadosísima señora, que no dejaría de compadecerme y consolarme. Pero al pasar delante del vidrio azul, melancólico y afligido, se me ocurrieron todas las dificultades de la empresa. ¿Si doña Milagros lo tomaba por donde quema y subía á pedir cuenta á mi esposa de sus extrañas prevenciones? ¿Si aun cuando doña Milagros guardase el secreto, averiguaba Ilduara mi visita al piso de abajo y mi entrevista con la comandanta, por la bien montada policía de mis hijas? Tampoco era fácil encontrar fórmula adecuada. “Mire V., doña Milagros, mi mujer dice que no quiere que aporte V. por casa en los días de su vida...”—“Oiga... ¿y por qué? ¿Se pué saber?,”—“Pues porque cree que V. es una métome-en-todo, y una revoltosa, y una pues, y una tal y una cual...,”—¡En fin, que ciertas cosas no hay medio humano de decirlas!

Mientras me hallaba en esta perplejidad, vino á sacarme de ella un suceso que no me dió tiempo de poner por obra ninguna resolución. Y fué, que viendo un día de otoño bastante claro y sereno, dispuso Ilduara que sacase el ama á las gemelitas á tomar el aire. Rosa, siempre dispuesta á salir, y Constanza, fueron las comisionadas para acompañar y vigilar al ama, no descuidase á las pequeñas. Arregláronse y bajaron todos; pero apenas haría diez minutos que habían salido, cuando, ¡tilín, tilín!, volvimos á sentir en la antecámara el estruendo de sus voces, y el llanto de una de las niñas.

Ilduara, que se levantaba por tercera ó cuarta vez, hallábase tendida en el sofá. Al ver regresar el grupo, saltó como una fiera.

—Ama, ¿qué es eso? ¿Por qué vuelves? ¿Se ha olvidado algo?

—Es que doña Milagre...—pió el ama con su vocecilla remilgada de costurera campesina—nos mandó...

El rostro de mi esposa se puso del color de los tomates maduros;

tan rápidamente acudió á él la poca sangre que andaba repartida por las venas de su cuerpo. Y manoteando y enronquecida ya, gritó furiosa:

—Conque doña Milagros, ¿eh? Magnífico... ¡Pues me hace gracia! ¿De manera que ya no puede cada uno disponer de su casa y de sus hijos, sino que ha de venir la gente de fuera á enmendarle la plana? Y á ti, santa boba, quién te dice que obedezcas á cualquiera? Y vosotras —añadió dirigiéndose á Rosa y Constanza— ¿para qué os envió con las pequeñas, sino para hacer respetar la voluntad de vuestra madre? ¡Ahora mismo... ahora mismo me estáis bajando otra vez á la calle, y me paseáis á las niñas hasta las doce de la noche! ¿Habéis oído? Hasta las doce. Si volvéis un minuto antes, cuidado conmigo... A ver si aquí mando yo ó las desvergonzadas.

Yo, que presenciaba esta escena y escuchaba esta filípica, me quedé helado al ver que por la abertura de la puerta asomaba doña Milagros su rostro moreno.

—Esposa... Ilda... ¡Por la Virgen... mira que está ahí... que te oye! —supliqué con angustia, acercándome á mi mujer.

—Mejor—chilló Ilda más alto.—Lo que estoy deseando es que oiga. No lo ha oído más pronto porque no ha querido. No hay peor sordo...

Ya entraba la impetuosa andaluza como un rehilete, sin fijarse en lo que Ilduara decía, atenta sólo á su idea.

—¡Ay, Jesús!... ¡Fortuna han tenío esos cachos de sielo en encontrarse conmigo!... ¡Pulmonía como la que piyan si no!... ¡Yo no sé cómo hay való pa enviá á esos angeliyos fuera con una tarde tan fría! ¡Y desabrigás! ¡Ni el gabansiyo e franela yevaban! Así es que dije:—Ama, arribita con eyas...

Charlando así, había tomado en brazos á una de las gemelas, y la cubría de besos gorjeados y sonoros. Yo temblaba, mirando á mi esposa inmóvil, erguida como el torreón aquel, con un aspecto arquitectónico y una calma fría del peor agüero. Tan significativo y terrible era su ademán, que mi hija Rosa, muy partidaria de doña Milagros, se atrevió á murmurar:

—Mamá, es cierto... Hace un frío que pela, ahí en los soportales... A las niñas, aun no bien salieron, se les puso morado el hociquito.

Ilda ni siquiera prestó atención. Con una decisión glacial que me asustó mucho más que un acceso de cólera, se adelantó hacia la comandanta, y, arrancándole de las manos la criatura que en ellas tenía y restallando cada frase como un latigazo, dijo así:

—Señora, V. á disponer en su casa, pero no en las ajenas. Y si quiere V. manejar chiquillos, haga por tenerlos, que los míos son míos y de nadie más. ¿Ve V. esa galería? Pues si me da la gana de tirar por ella á la niña, la tiro... ¿ve V.? La tiro... así.

Echó á andar hacia la vidriera abierta, encendida de color, temblando de ira, con la nena en alto; en la sala resonó un grito terrible, que á un mismo tiempo lanzamos la andaluza, Rosa y yo. Por mis ojos pasó una nube, ó mejor dicho un relámpago lívido, y en vez de ver en aquella acción de mi esposa un recurso oratorio, feroz sí, pero teatral, vi sencillamente el cuerpo de la niña que volteaba en el espacio é iba á estrellarse contra las losas de la calle, como un día se estrelló el de su desgraciado hermanito. Mi clamor fué de agonía; dando un salto de tigre, me arrojé á cortar el paso á Ilduara, y valiéndome de su debilidad, le arranqué la pequeña, ayudándome doña Milagros, que sujetó por la cintura á mi frenética esposa. La cual gritaba, ya fuera de tino:

—¿Para qué me pone V. las manos encima? ¿No ve V. que yo no soy una verdulera como V., sino una señora? Una señora de toda la vida, ¿entiende V.? de padres á hijos, porque los Pimenteles de Monforte siempre fueron caballeros. Una señora no se mete en las casas de los demás... una señora se está en la suya... Si V. lo fuera, hace tiempo que no pondría aquí los pies. Pero lo que es V. todos lo saben, y si V. quiere, se lo digo yo ahora mismo.

La finatez de la andaluza palideció bajo este chaparrón de injurias: en sus preciosos ojos se pintó el asombro de verse tratada así, y medio sollozando, exclamó:

—¡Ay Jesús!... ¡Pero esta mujé está de luna!... ¡En nada la he farta, y me sapatea!... Señó e Neira, ¿qué pasa, qué tiene su señora de uté? ¿Se ha guerto loca? ¿Está arrebatáa con sus enfermeaes y su pariura?... ¡Y grasia que no ha tirao er angeliyo por la ventana! ¡No ma queao gota e sangre en las venas!... ¡Jesú, Jesús!... ¡Una hiena del Africa parece! ¡Que yamen al señó e Moragas volando!

—¡Doña Milagros... si le quedan á V. unas miajas de vergüenza... no se queje á mi esposo! ¡Lárguese V.!

A todo esto, los gritos habían atraído á la sala á mis hijas; y al través de la puerta, la criada, atónita, miraba el escándalo. La andaluza se volvió como el toro cuando se ve en el redondel acosado y aturdido.

—Pues ná, que esta mujer se ha guillao—dijo, dirigiéndose al público.—Me dise verdulera, y al mismo tiempo me farta y arma la bronca conmigo, conmigo que no la farto en ná... Me echa como á

un perro. Por vosotras lo siento, angeliyos, que os quiero más que á las telas der corasón. En mi casa me tenéis pa lo que se os ocurra. Señó Neira, haga usté favó de declarar aquí que no les debo dinero, grasia á Dió, y que no me habrá usté visto portarme mal en ná. ¿Digasté? ¿Me tiene uté, sí ó no, por una señora?

Un impulso irresistible puso en mi boca estas palabras, mientras penetrado aún del terror pasado, estrechaba á la recién nacida contra el pecho.

—Doña Milagros, V. es toda una señora, y yo no puedo decir otra cosa, porque sería mentir, y Benicio Neira no miente.

Ilduara me miró con extraviados ojos: quiso hablar y no pudo. Se llevó con desesperación las manos á la garganta, y negra de furor, se desplomó en brazos de Tula, que la sostuvo y la condujo al sofá. Hubo un silencio entrecortado por exclamaciones de angustia:

—Un ataque...

—¡Ay Dios mío!...

—¡Papá, papá... mamá se muere!....—sollozó Argos, cogiéndose á mi manga.—¡Ay papá!

—Papá—dijo Tula, pálida y severa, acercándose á mí—que se vaya la señora de Llanes. Ya debia irse cuando mamá la echó... Ahora, échala tú... porque mamá agoniza.

Yo creía volverme loco. Solté la pequeña dándosela al ama, me llegué á doña Milagros, y la dije con acento suplicante:

—Señora, me parece mejor que baje V.... Ya ve en qué circunstancias nos encontramos... Dios me pone á prueba muy dura...

La andaluza me contestó entre lástima y enfado:

—Ya tomo la puerta, ya... Encariñese V. con la gente pa esto... Vaya por Dios... ¿Me dejasté dar un beso á las gatiyas?

—Es mala ocasión... En otra... Todo se arreglará... Váyase V....

Me pareció mentira cuando la sentí cerrar la puerta y pude atender á Ilduara, á quien trasladamos á la cama lo mejor que supimos. Salió la cocinera á buscar al médico, y mientras las niñas prestaban á su madre los cuidados que su estado requería, yo me quedé al pie del lecho abrumado por el presentimiento de una gran desgracia. El cariño por mi desdichada esposa se despertó con toda la fuerza de los sentimientos inveterados, que están en nosotros sin que notemos su presencia, como no notamos la de los órganos que sostienen nuestra vida. Me entró inmenso remordimiento de haber provocado con palabras quijoteskas el mal de mi esposa; y de todo corazón me arrepentí de haberlas pronunciado. Las exclamaciones de dolor de mis hijas me partían el alma. "Mamá... mamá querida..."

Vinagre... un poco de éter... Que se muere, Virgen de los Dolores.. Sujetarla... No se puede... La arde la frente... Se ha sofocado muchísimo... ¿Qué tiene, mamá? Hable, diga por Dios...»

Sintiéronse en la antesala pasos de hombre, y me precipité, creyendo que venía el señor de Moragas. Ya anocheecía. En el pasillo me tropecé con un bulto ingente, enorme, una especie de animalazo barbudo, peludo y bronco, y entreoí lo que sigue: “Moño, vecino; aquí vengo á cantarle á V....”, Comprendí que el comandante de Otumba quería pedirme una satisfacción por los insultos á su esposa. ¡Cuánta mayor prudencia demostraría doña Milagros—la verdad—no enterando á su marido! Pero, ¿pueden guardar reserva personas de un carácter tan fogoso y tan polvorilla? El comandante, viendo mi silencio, me echó la zarpa al brazo.

—¡Peineta, hijo, no se escurra V...! Vengo á decirle dos ó tres cosas calientes, y á ver si está V. conforme, moño, en que nos rompamos las narices, remoño, peinero... A mi señora, peineta, nadie la falta estando yo á su lado, y hay ciertas cosas, moño, que sólo yo se las puedo decir; pero, peineta, á los demás no se las aguanto, retemoño!

—¡Tenga V. miramiento!—contesté al bárbaro.—Ahí al lado hay una señora enferma, ¿está V.? enferma de gravedad; y hay también señoritas que no deben oír la ristra de cebollas que V. ensarta constantemente; y esto no es cuartel, ni las personas regulares somos quintos.

—¡Peineta, peine! Aquí se ha ofendido, moño, á mi señora, y... yo vengo á armar la de Dios es Cristo, y á quemar, moño, la casa y hasta el barrio... No me salga V. con que si hay enfermos, si no hay enfermos... A las señoras, moño, se las respeta siempre...

El oso me sacudía el brazo con ira. La puerta del recibimiento se abrió de repente, y doña Milagros, en bata y zapatillas, se apareció y se me figuró una visión angelical. Con aquella voz de almíbar y aquel salado ceceo suyo, y con sobrealiento que parecía el azorado palpitar de las palomas cuando alguien las coge y las aprieta, se dirigió al bruto, y le dijo tartamudeando de emoción:

—A ver si dejas en pás al señó Neira... Bastante abroncao estará el pobre hombre con las majaerías y los selos y los sopitipandos é su mujé... No me ha fartao él, y la señora está medio espichando y toa entrambilicáa... Vámono á nuestra casa, que aquí náa se no pierde. ¡Ay, Jesús! Qué geniasos hay pó el mundo.

—Moño, como me dijiste, moño...

—No he icho ná. Abajito má pronto que la lus.

¡Buena, dulce doña Milagros! Mi corazón se inundó de gratitud hacia ella en aquel instante, como en la escalera la noche del nacimiento de las gemelitas, y con los ojos repentinamente humedecidos, murmuré:

—¡Si supiese V. qué mala está Ilduara!

—¡Sea por Dios!—exclamó la andaluza.—Si hago farta, naa de remilgos: mandar recao. No soy rencorosa. Oigo yo á las locas como si oyese cantá la sartén.

Y se retiró, arrastrando á su marido. Moragas vino de allí á poco. Enterado del suceso, y habiendo visto á la enferma, puso cara grave y sombría, cosa tan desusada en él cual lo sería el bigote en un niño de seis años. No dijo nada, pero pronta y enérgicamente ordenó varios remedios, revulsivos la mayor parte.

—Ahora hay modorra—indicó.—Temo que por la noche habrá mucha temperatura.

Prescribió lo que debíamos ejecutar y en qué caso convendría llamarle; y, en efecto, á las altas horas de la madrugada fué preciso enviarle apremiantísimo recado.

La casa estaba en la mayor desolación. Tratábase de una supresión y un retroceso á la cabeza, que constituía verdadera congestión cerebral. Al corto abatimiento había sucedido la agitación, la hiperemia, y luego altísima fiebre. Serían las tres cuando comenzó á delirar. A las primeras palabras que pronunció roncamente, con voz que parecía salida de lo más profundo de su ser, Moragas me hizo expresiva seña, y ordené á mis hijas que saliesen de allí. Obedecieron de mal talante, y sólo el médico y yo presenciámos el tremendo desvarío de aquella mujer dignísima, de aquella madre de familia ejemplar, que á última hora, perdido el albedrío, adoptaba en breves y tristes instantes la máscara de una arpía furiosa. ¡Qué lenguaje, Dios mío, y cuánto sufrí al escucharlo! ¡Qué horribles acusaciones las que me lanzó, no mi esposa, sino su fiebre, su locura! ¡Con qué desesperación la oí renegar de su maternidad, maldecir la tarea que la dignificaba á mis ojos, y abrumarme con un aborrecimiento sañudo y atroz! Diríase que, abierta la misteriosa llave del corazón, salía de él algo tan cínico y tan feo, que yo retrocedía de espanto. Ilduara se jactaba de haberme devuelto mal por mal, condenándome á la servidumbre doméstica más ignominiosa. “Calzonazos, pelele,,”, repetía con expresión que no puedo recordar sin estremecerme aún. ¡Pobre esposa de mi vida! No temas, no, que yo te atribuya á *ti* lo que puso en tus labios el genio del mal, para desmentir en minutos toda una vida consagrada

al deber y al amor conyugal; ¡porque tú me amabas, Ilda de mi corazón, compañera de treinta años, santa madre de mis hijos, y aquellas frases preñadas de odio y de hiel, aquellos espumarajos de desprecio, burla y rabia, no eran sino las convulsiones de una epiléptica agonía, que á costa de mi propia vida quisiera yo ahorrartel...

Al amanecer después de tan funesta noche, cesó el desvarío y sobrevino un estado comatoso, profundo y mortal. Ni el Viático pudo traerse. Luego sobrevino breve y ansioso estertor, se apagó la pulsación y se vidriaron las pupilas...

Así me quedé viudo.

EMILIA PARDO BAZAN

(Se continuará.)

LOS EXPLOSIVOS



I

Formidable es el epígrafe de este artículo: formidable y aterrador.

Los lectores huirán espantados de materia tan peligrosa: imaginarán que cada letra es un cartucho de dinamita, cada signo ortográfico un fulminante y cada explicación técnica una propaganda anarquista; y, en suma, pensarán que bien hubiera podido escogerse asunto más simpático y más benéfico.

Podrá ser, pero con todos estos inconvenientes, el artículo que me propongo escribir es de indiscutible actualidad.

Los explosivos están á la *orden del día* en las Cámaras, *al desorden* de las noches en los teatros; pesan como amenaza sobre toda la burguesía, sin respetar al pobre obrero si le encuentran al paso, y no hay persona que no se ocupe de dinamitas, nitroglicerinas, panclastinas y fulminantes.

Por lo demás, hay una confusión espantosa en las ideas.

A la igualdad *ante la ley* ha seguido la igualdad *ante la explosión*.

La química se hace sospechosa y antipática: todo químico es pariente más ó menos lejano de un anarquista.

Los cuerpos esféricos del tamaño de una naranja ó de una manzana y de color oscuro se han convertido en espantables esfinges, con las entrañas rellenas de muertes y horrores:

porque ¿quién prueba que una esfera de esta clase no está llena de pólvora clorurada, de dinamita *tachonada* de *tachuelas*, ó de alguna otra combinación más infernal?

Todo el que lleva capa, puede llevar una bomba: es un ser peligroso.

Todo el que usa gabán ancho inspira recelo y se hace acreedor á la más severa vigilancia.

Al que se le caiga algo en la calle ó en un teatro, que no se baje á buscarlo, porque los que le rodean pensarán que está colocando un cartucho, ó por lo menos un petardo.

No hay persona decente que no pueda ser sospechosa en un momento de pánico.

Ni hay bandido, ladrón ó estafador que no pueda ennoblecerse con la dinamita. Pasa de presidiario á héroe con la rapidez y la fuerza de un estallido.

Los explosivos todo lo revuelven, mezclan y confunden: ponen lo de arriba abajo y lo de abajo á cuatro kilómetros de distancia. Y es natural, para eso es la explosión.

Ni de los explosivos se puede hablar con orden y con método, hay que hablar como se pueda, como ocurra, como vayan estallando las ideas.

Y es que, como decíamos antes, los modernos explosivos han venido á trastornarlo todo: las ideas y las cosas y las relaciones sociales.

El último miserable en el último pudridero social tiene en jaque á la sociedad entera, como si una horda de bárbaros asomasen sus cabezas monstruosas por encima de las fronteras. De suerte que los últimos vienen á ser los primeros, si no por el poder por el terror.

Hasta aquí el genio del mal fué el más débil: hoy, gracias á la dinamita, es, ó parece ser, el más fuerte. Satán se ha hecho dinamitero y se hombrea con Dios, y amenaza su obra.

La ciencia era el bien supremo, ¡quién podía renegar de ella que no fuera un insensato!

Saber mucho, conocer los secretos de la naturaleza, hacer

progresar á la humanidad eran aspiraciones nobilísimas, y hoy se preguntan algunos: ¿pero todo esto no es una ilusión? ¿De qué sirve haberle robado á la naturaleza los secretos de sus explosivos?

De vivir perpetuamente sobre un volcán, de que una ciudad entera se destruya porque un imprudente arrojó un fósforo sin apagar.

De hacer á los criminales más poderosos que toda una sociedad de hombres honrados y más poderosos que los gobiernos más enérgicos.

¡Conocer los secretos de la química! ¿Para qué, para fabricar la nitroglicerina? ¿para poner al alcance y en las manos de un loco, que una mañana se despierta con el acceso, la vida de millares de familias?

¡Famoso secreto saber que la humanidad está á merced del más abyecto, del más perverso, del más desesperado, del más demente!

¡Soberbia solidaridad humana la de la dinamita!

¡Admirable fraternidad la de la panclastina!

Y así, el pesimismo más negro y más brutal triunfa, y el sueño de Hartmann empieza á realizarse siquiera sea modestamente.

El derecho individual absoluto que hemos defendido con tanto amor, con entusiasmo tan grande, con fe tan viva y esperanzas tan risueñas, se detiene asustado ante el derecho imprescriptible de la explosión, y los partidos conservadores preguntan: ¿al menos para este caso no podrán emplearse *medidas y sistemas preventivos*? ¡Porque después de haber volado todo el mundo, la represión no es muy eficaz!

Y todo el mundo teme y duda y vacila, y el nihilismo del Norte ríe á carcajadas sobre su *vieja lata de petróleo*, hoy más inocente que el agua de rosas ó la miel de la Alcarria!

Ilustrar á las masas fué, durante muchos años, el eterno programa de los partidos democráticos para ayudarlas á su definitiva redención, que si la del alma se hizo, la del cuerpo

con sus hambres, sus ignorancias y sus desnudeces estaba, por hacer, según decían los socialistas.

¡Ilustrar á las masas!—dicen hoy muchos de los antiguos liberales;—pues ya se van ilustrando, sólo que han empezado su enseñanza por la química de los explosivos, y es probable que todos nos quedemos en este primer capítulo de la ciencia moderna.

Y como elemento poderosísimo de ilustración está la propaganda de la ciencia.

Hacerla descender de sus aristocráticas alturas, despojarla de fórmulas y de algoritmos, darle forma popular y comprensible, y Hermanarla en sublime fraternidad de lo más alto y de lo más humilde con el sentido común.

Que el pensamiento admirable que llenó de resplandores la mente de Newton, de Galileo, de Laplace, de Fresnel, de Lagrange, de Lavoisier, de Meyer, de Carnot, de los grandes físicos y químicos ingleses y alemanes se convierta en luz modesta, pero clara y hermosa, como el sol se ha hecho lámpara de incandescencia, para iluminar el pobre cerebro del jornalero en sus humildes veladas; y que de este modo la verdad divina, que en la naturaleza circula y en la ciencia se cuaja, llegue á todas las capas sociales ennobleciéndolas y elevándolas, fué aspiración de cuantos sabios no se endiosan y de cuantos aman á los que sufren hambre de pan y de verdad, sed de agua y de hermosura.

Pues ya va siendo la propaganda científica una torpeza, cuando no una imprudencia, cuando no un crimen.

Enseñar que en la naturaleza existen grandes fuerzas, es enseñar acaso que pueden emplearse en el mal. Es entregar un revólver á un demente ó un puñal á un asesino.

Explicar lo que son las materias explosivas, ¿no es dar una receta al primer anarquista que sienta ansias de destrucción?

¿Pues qué se hace de la ciencia? ¿Ha de quedar envuelta en el misterio? ¿En pleno siglo XIX hemos de volver al Egipto de los Faraones y los Ptolomeos?

¿En las sombras del templo ha de apilarse toda la ciencia moderna? Porque no hay verdad que no pueda convertirse en arma tremenda y en elemento de destrucción: ni ley de mecánica, de física ó de química que no pueda utilizar con ingenio diabólico el constructor de bombas, y ejemplos pudiéramos citar si la prudencia no nos lo impidiese.

Desde la inofensiva, al parecer, ley de la capilaridad, hasta la reacción de la termoquímica más vulgarizada en obras elementales y en manuales, todo ha servido al dinamitero para sus infernales inventos y sus sangrientas empresas.

Ellos tienen sus sabios prácticos, y sus inventores ingeniosísimos, y sus recetas misteriosas.

De modo que todo está en jaque y en tela de juicio ante el pavor universal.

Los triunfos del derecho moderno, la obra entera de la democracia, la ciencia de arriba y la modesta pero humildísima ciencia de propaganda.

¿Cuál es el mayor triunfo del genio moderno?

¿Qué sintetiza el progreso de nuestra época en el orden material y aun en el orden moral, como demostraré más adelante? Este principio.

Que existen en la naturaleza *grandes fuerzas, fuerzas gigantes*, que el hombre puede dirigir con *esfuerzo pequeñísimo* y hacer que entren en acción cuando su voluntad lo determine.

Pues este gran triunfo es un gran peligro, una amenaza de destrucción y de muerte. Porque si esas grandes fuerzas se popularizan, se facilitan, están, en suma, al alcance de todo el mundo, al alcance pueden estar de un demente, de un fanático, de un desesperado ó de un perverso. Y entonces ¡qué catástrofes!

¿Hay que renegar de la ciencia? ¿Hay que renunciar á descubrir los misterios de la naturaleza porque sean peligrosos? ¿Hay que secuestrar la verdad y reservarla para los ini-

ciados, nuevo sacerdocio de nuevos templos con sus modernas esfinges y sus modernos obeliscos?

Ello es que las maravillas de la física y de la química al bajar de los gabinetes del sabio á los antros dinamiteros traen consigo, no sólo el temor, sino la duda sobre muchas cosas, y esta es una catástrofe quizá más honda que todas las catástrofes materiales de la dinamita.

Hay descubrimientos curiosos, descubrimientos sublimes, descubrimientos formidables, y hasta aquí todos ellos habían quedado en poder de los *elementos sanos* de la sociedad.

Y he aquí que de pronto los descubrimientos más formidables, que, por singular coincidencia y hablando en general, son los más sencillos, vienen á quedar en poder de todo el mundo y al alcance, por decirlo así, de la desesperación, de la maldad y del fanatismo.

La química del progreso resulta difícil y complicada: hay que estudiarla durante muchos años.

La química de la destrucción resulta de una sencillez desoladora: en pocas horas se aprende.

Y así se amontonan dudas, temores y problemas ante los modernos explosivos, y es difícil en estos instantes discutir con calma y con juicio ante el pavor universal. Porque todo el mundo teme ser la víctima y no hay razón para que nadie deje de serlo.

Hasta este novísimo fin de siglo en toda amenaza social la víctima ó las víctimas estaban señaladas de antemano. Eran monarcas, reyes y emperadores, ante el tercer estado. Era un partido político ó una secta religiosa ante otros partidos ú otras sectas. Eran los ricos ante los pobres, el patrono ante el obrero, un círculo social ante otro ó ante la masa restante.

Pero hoy todos somos *víctimas posibles*: desde el rey al mendigo, la aristocracia, como la clase media, como el humilde jornalero. De una parte, todo el mundo sin distinción de sexos, ni de edad, ni de posición, ni de riqueza; de otra parte, *un hombre con una bomba explosiva*.

Una lotería de muerte en que todos hemos tomado algún décimo: *la lotería de la dinamita*. Todos jugamos, ¿á quién le tocará?

Y aunque el número de jugadores se cuenta por millones y las víctimas por docenas, el pavor exagera desmesuradamente la probabilidad.

Procuremos tener calma: sin desconocer el peligro, ni dar poca importancia al síntoma, no exageremos aquél ni creamos que es éste señal segura de enfermedad incurable.

Hay una cosa que me infunde más *miedo que la dinamita*, y es el *miedo á la dinamita*; porque este sí que es peligro enorme y síntoma mortal.

Sociedades con miedo son sociedades ciegas y sin conciencia de su deber.

Hombre con miedo no es hombre: sociedad con miedo es rebaño.

Estudiemos poco á poco todo esto, desde el aspecto *técnico* al aspecto social.

Es decir, si nos queda tiempo para ello.

JOSÉ ECHEGARAY.

DON JOSÉ MARÍA QUADRADO

PERTENECIÓ A LA BIBLIOTECA DEL
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

SU VIDA Y ESCRITOS (1)

Si la nombradía universal fuera, como debía ser, compañera inseparable del mérito eminente y positivo, rarísimos nombres, entre los de nuestros contemporáneos, sonarían tan alto como el de D. José María Quadrado, cuya vida literaria de más de medio siglo, puede presentarse como dechado de alta cultura y de vigoroso esfuerzo intelectual aplicado con igual fortuna á las materias y á los géneros más diversos. Ser á un tiempo pensador genial, controversista político, apologista religioso, historiador de alto vuelo, arqueólogo y crítico de arte, poeta y escritor elegantísimo en prosa, es triunfo concedido á muy pocos; y, sin embargo, el nombre de Quadrado, aunque se pronuncie con veneración por los pocos fieles que entre nosotros conserva la buena y sólida literatura, dista mucho de ser un nombre popular. El caso no es único, pero rara vez se ha presentado con circunstancias tan agravantes. A otros puede dañarles el haber escrito poco, el haberse aislado sistemáticamente del vulgo de los lectores, el haber cultivado raros conocimientos ó ejer-

(1) Escrito para servir de introducción á las *Obras* de Quadrado, que se están imprimiendo en Palma de Mallorca.

El Sr. Menéndez y Pelayo se ha encargado de escribir en todos los números de *La España Moderna*, á partir del próximo, una Revista Crítica de las obras que vayan saliendo á luz.

citándose en recónditas investigaciones que á pocos importan, el haberse desentendido del movimiento de su época y haber remado contra la corriente, ó bien el haber carecido de aquellas condiciones de exposición y estilo, sin las cuales el pensamiento más profundo, la verdad más importante, difícilmente llegan á abrir surco en los entendimientos. Pero Quadrado ha escrito muchísimo y en obras y publicaciones de interés capital, que han tenido extraordinaria difusión; ha dicho su parecer sobre todas las cuestiones de su tiempo; ha sido por largo espacio de su vida periodista militante; los estudios que ha cultivado, ya de historia, ya de arte, ya de ciencia social, son por su índole los más amenos y los que pueden interesar á mayor número de lectores; su pensamiento político fué y es todavía el de una parte muy numerosa y muy sana del pueblo español; en crítica estética fué un iniciador; sus libros descriptivos y arqueológicos han educado á dos generaciones, y parecen hoy tan ricos de lozanía y juventud como el primer día; casi todos nuestros arqueólogos son en mayor ó menor grado, confesándolo ó no, discípulos suyos por lo tocante á la Edad Media, cuyo estudio él fué de los primeros en renovar con aquella intuición de artista que tuvieron los grandes historiadores románticos; y, finalmente, lejos de faltarle dotes de escritor, su prosa viril, nerviosa, sobria, llena de vida palpitante y densa, es de las que con más seguridad pueden presentarse como modelo, con no ser el castellano la lengua nativa del autor. Infunde respeto esa labor inmensa, continuada sin el menor desfallecimiento desde la primera juventud hasta la vejez, con inquebrantable firmeza en los propósitos y serena mansedumbre en el estilo. La literatura de Quadrado es fiel reflejo de la rara excelencia de su alma, fecunda en buenas acciones y loables pensamientos. *Vir optimus* le llamó Hubner, y óptimo es en verdad como ciudadano, como amigo, como cristiano, además de serlo como escritor. Mucho se parecía á él mi difunto maestro D. Manuel Milá y Fontanals, y tengo para mí que Alejandro Manzoni

debía de parecerse no poco en su vida y costumbres y en el temple de su alma al uno y al otro.

La historia literaria del siglo XIX en España está mal sabida y mal entendida por casi todos, y además llena de injusticias y de olvidos que es preciso reparar. No parece sino que la cercanía de los objetos engaña los ojos y extravía el juicio de los contemporáneos. Vivimos sin conocernos unos á otros, por lo mismo que nada creemos conocer mejor. Una sarta de nombres, invariablemente los mismos, han adquirido, no se sabe por qué, el valor de tipos representativos de la cultura española moderna, y fuera de ese catálogo ó *canon* (que no es el de Alejandría), no hay redención para nadie, aunque sea un literato tan consumado y cabal como Quadrado. Nunca habrá más poetas que A. B. y C., más pensadores que F. y H., más historiadores y eruditos que G. y R., más novelistas que Z. y X. Los demás, á lo sumo, serán aficionados de provincias que tienen el mal gusto de emborronar papel, en vez de postrarse en supersticiosa adoración ante ciertas celebridades aparatosas y rimbombantes, que llenan con sus nombres las columnas de la prensa periódica.

Pero consuéllese el Sr. Quadrado (si á un espíritu tan elevado como el suyo pueden importarle estas cosas), con la consideración de que, si no es de los escritores más citados, es en cambio de los más saqueados, lo cual prueba que no ha sido de los menos leídos. Sería curioso hacer el catálogo de las historias de provincias y ciudades, de los artículos y monografías arqueológicas que se han compaginado á expensas de Quadrado. Pero aun en esto le ha perseguido la mala fortuna. Unos no le citan, y otros suelen hacerlo de esta peregrina manera: «como dice *Parcerisa*», «según la respetable opinión de *Parcerisa*». *Parcerisa* fué un excelente dibujante, que *no dijo nada* en letras de molde; suya fué la idea de los *Recuerdos y bellezas de España*, y suya la brillante ejecución artística; pero en la parte literaria no tuvo ni pudo tener parte alguna.

¡Y he aquí cómo Quadrado, después de haber hecho la historia y la descripción arqueológica de media España; después de haber escrito en *Forenses y Ciudadanos* uno de los más notables estudios de historia social que tenemos; después de haber continuado el *Discurso* de Bossuet *sobre la Historia Universal*, y haber refundido á Shakespeare; después de haber combatido al lado de Balme en las grandes batallas políticas de 1843 á 1848; después de haber redactado él solo periódicos y revistas con cuyos artículos puede formarse un cuerpo de doctrina sólida y perenne, se encuentra, al fin de vida tan aprovechada y fecunda, con que se le escatima su personalidad, como si fuese sombra ó fantasma, y se le confunde con el dibujante que hizo las ilustraciones de sus libros! No conozco caso igual en la historia literaria. Afortunadamente, la historia es gran justiciera, y tarde ó temprano da á cada cual lo que merece. Para facilitar en algo su tarea, se escriben estos breves apuntes al frente de la edición de las obras del Sr. Quadrado.

Conviene advertir, ante todo, que esta edición dista mucho de ser completa. No tienen cabida en ella los escritos históricos y arqueológicos que por sí solos ocuparían gran número de volúmenes, y que en parte acaban de ser reimpresos por una casa editorial de Barcelona. La colección se reduce á los opúsculos, ya religiosos, ya políticos, ya literarios, que esparcidos en varias publicaciones difícilísimas de hallar ó inéditos hasta el presente, vienen ahora á formar por primera vez una serie ordenada. Pero antes de razonar más especialmente sobre ellos, conviene decir algo acerca de las obras que aquí no se reimprimen, y que tanta parte tienen en la gloria de Quadrado.

El nombre de este es inseparable de la magna empresa de los *Recuerdos y Bellezas de España*. No la inició él sino Parcerisa con Piferrer, de quien fué, no obstante, único verdadero colaborador, en cuanto convivieron y trabajaron juntos en su respectiva tarea, desde 1844 en que principió Quadrado su

tomo de Aragón hasta 1848 en que aparecieron los primeros cuadernos del de Castilla la Nueva, mientras atendía Piferrer á su segundo tomo de Cataluña. Fallecido el fundador, entraron á fuer de continuadores, Pi y Margall inmediatamente para terminar de cualquier modo el incompleto volumen, y en 1852, por retirada del anterior, Madrazo (D. Pedro), escribiendo aquel un tomo de Andalucía y éste dos: pero de Quadrado es la mayor y en concepto de muchos la mejor parte de la obra. Hasta diez y siete provincias fueron exploradas y descritas por él; el principado de Asturias, el reino de León, la mayor parte de Castilla la Vieja, toda Castilla la Nueva, y el reino de Aragón. También le pertenecen las dos terceras partes por lo menos del magnífico y enorme volumen consagrado en la segunda edición á las Islas Baleares, puesto que el primitivo texto de Piferrer aparece como anegado en el inmenso piélago de sabiduría histórica con que su continuador le enriquece y realza.

Los *Recuerdos y Bellezas de España* son como el centro de nuestra arqueología romántica, á la cual pertenecen también los trabajos de Caveda, Carderera, Assas y Amador de los Ríos, posteriores casi todos al primer volumen de Piferrer sobre Cataluña publicado en 1839. Cuando Piferrer comenzó á escribir de arquitectura, apenas tenía delante de sí más que algunas páginas elocuentes de Jovellanos en sus memorias sobre Mallorca, y las observaciones de Capmany acerca del arte gótico. Por un triunfo memorable del instinto crítico y de la espontánea admiración sobre la doctrina oficial y académica, habían llegado ambos insignes escritores, en medio de la pesada atmósfera del siglo XVIII, á adivinar y á presentir algo de la estética futura, dando muestras de sentir profundamente aquellas bellezas que el rígido preceptismo de su tiempo les vedaba admirar de un modo franco y resuelto. Pero la regeneración del sentido artístico no podía venir de los eruditos ni de los arqueólogos, sino de los artistas mismos, y especialmente de los poetas, cuya obra, por más universal y

accesible á todos, trasciende en sus resultados á las demás artes y suele precederlas en sus evoluciones críticas. Antes que la arqueología de la Edad Media se constituyese como ciencia y pudiese alternar sin desdoro con la arqueología clásica, única hasta entonces conocida y cultivada, vivió como obra de arte, como presentimiento y adivinación poética; y antes que los arquitectos y los pintores se internasen en la nueva senda, dando de mano á las rutinas de una técnica degenerada, ya la buena nueva había llegado á todas las almas capaces de sentir y entender lo bello, en las novelas de Walter Scott, en algunos escritos de Chateaubriand, y especialmente en aquel célebre capítulo de *Nuestra Señora de París*, con el cual Víctor Hugo hizo brotar del suelo de toda Europa una legión de arqueólogos y de enamorados del arte gótico. Aquellas páginas apocalípticas, en que alternan los relámpagos de genio con las sombras y extravagancias de un talento enfático y viciado por el hábito de la antítesis, obraron con la eficacia de un talismán sobre todas las imaginaciones, y nunca sin la existencia de tal libro hubiera sido posible la propaganda científica y doctrinal de un Caumont ó de un Viollet-le-Duc.

Entusiasmado Parcerisa, según él propio declara, con la descripción de los monumentos de Granada que leyó en *El Último Abencerraje*, y fascinado luego por el inmenso calor y prestigio que brotaba de las páginas de *Nuestra Señora*, concibió el grande y audaz pensamiento de aunar las artes del dibujo con el arte literario, para lograr de este modo una completa y adecuada descripción artística de España, en el modo y forma en que habían hecho las suyas los grandes ingenios románticos, es decir, en la forma que menos se pareciese al árido estilo de inventario que tienen los viajes de Ponz y de Bosarte, únicos libros donde hasta entonces podía encontrarse alguna razón ó noticia de nuestra riqueza artística, desfiguradas casi siempre por el mal gusto de una crítica añeja y puramente formal. Pero como Parcerisa era hombre de lápiz y no de pluma, y modestamente reconocía su falta

de aptitud para traducir en palabras lo que tan delicadamente comprendía, determinó llamar en su auxilio á un literato de la nueva escuela, que empapado en la doctrina del romanticismo histórico y en la lectura de Walter Scott, el poeta arquólogo por excelencia, pudiera realizar cumplidamente lo que él presentía. Acudió, pues, á D. Manuel Milá, respetado ya como maestro á pesar de su juventud extremada; pero Milá, distraído en otras tareas, no pudo encargarse de la empresa y designó á su íntimo amigo D. Pablo Piferrer, identificado con él en todos sus pensamientos y aspiraciones críticas. La elección fué tan acertada como podía esperarse de quien la hizo, puesto que intuición artística como la de Piferrer difícilmente podía encontrarse en España. Por raro caso se juntaban en él dotes exquisitas de poeta en verso y en prosa, y entendimiento capaz de percibir y apreciar por igual todas las manifestaciones de lo bello, lo mismo en las notas musicales que en la *euritmia* de las piedras. El haber hecho él propio su educación artística, explica y disculpa cualquier defecto técnico, á la vez que aumenta nuestra admiración respecto de aquella manera de ingenio suya penetrante y adivinatoria con que se apodera del sentido general del monumento y establece su concordancia con la historia y con el paisaje. La vocación de historiador fué en él no menos poderosa que la de entusiasta crítico de arte. Antes de conocer apenas á Barante ni aun á Thierry ni á otro alguno de los maestros de la historia pintoresca, rivalizó con ellos en las páginas bellísimas aunque no muy numerosas que narran la conquista de Mallorca ó reducen á compendio la embrollada historia de la casa condal de Barcelona, sacándola de la aridez genealógica y diplomática en que el benemérito D. Próspero Bofarrull la había dejado.

Una muerte prematura, y que debe ser eternamente deplorada, impidió á Piferrer dar otras muestras de su admirable talento descriptivo que los dos tomos de Cataluña (incompleto el segundo) y el de Mallorca, que por diversas causas también

está lejos de corresponder á lo vasto del argumento. Pero nadie puede negar que él sacó la obra de cimientos, que dió la pauta y modelo para las descripciones, creando, por decirlo así, el nuevo estilo arqueológico; que fué el primer *excursionista* y mostró á los demás el camino; que en un proemio inolvidable fijó con alta elocuencia los principios fundamentales de la nueva estética romántica y espiritualista; y por último, que enseñó con su ejemplo á enlazar el arte con la historia, y á explicar y completar ambas cosas, la una por la otra, con nueva iluminación del entendimiento y nuevo regalo de la fantasía.

A la norma trazada por Piferrer procuraron atemperarse todos sus continuadores, aunque naturalmente con méritos y condiciones muy diversas. Aun prescindiendo de los tomos últimamente añadidos (entre los cuales hay alguno excelente y varios menos que medianos), y considerando los *Recuerdos y Bellezas de España* en su primitiva serie, la alabanza tiene que repartirse de un modo muy desigual, si no queremos hacer ofensa á la justicia. El único tomo de Pí y Margall (Granada, Málaga, Almería y Jaén), aunque libre por fortuna de las aberraciones pseudo-filosóficas que afean su *Historia de la Pintura en España* (obra en que es fácil encontrar todas las cosas menos la que en el título se promete), peca no menos gravemente contra las leyes del buen gusto, y su estilo declamatorio y bombástico, tan lejano de la sentenciosa y enérgica concisión con que su autor escribe ahora la prosa política, y tan abundante por el contrario en apóstrofes y epifonemas, si recuerda el estilo de Víctor Hugo, es ciertamente por sus peores lados. Hay que advertir, además, que el progreso creciente de la arqueología y de la investigación histórica en lo concerniente á las comarcas árabes-andaluzas, ha relegado á segundo término como anticuados y de poco provecho éste y otros libros, á cuyos autores faltó el indispensable conocimiento de la lengua del Yemen, que un arabista poeta llamaba

la llave de oro

Que abre las puertas del saber del moro.

Valen mucho más los tomos dedicados á Sevilla y á Córdoba, aunque quizá algo de esta censura puede alcanzarles, sobre todo al primero, puesto que el segundo contiene positivos é importantes descubrimientos, como el de las ruinas de Medina Azhara. Primicias del juvenil ingenio de D. Pedro de Madrazo, brillantísimo artista con la palabra como otros de su casa con el pincel, deleitan estas páginas la imaginación con la viveza y prestigio de los colores; pero no alcanzan aquel grado de originalidad crítica, de íntimo y personal sentido del arte, de investigación nueva y depurada, que tan gallardamente campean en las posteriores y muy nutridas monografías del mismo autor, y en el trabajo que recientemente ha consagrado á los poco explorados monumentos de Navarra. Es sin duda el Sr. Madrazo uno de los hombres á quienes más debe nuestra educación estética, puesto que, no sólo ha ensanchado en gran manera los horizontes de la historia del arte español, sino que, predicando con el ejemplo, ha acertado siempre á hablar bellamente de las cosas bellas. Si su buen gusto clarísimo é indisputable se tacha por algunos de nimiamente refinado y meticuloso, así como su estilo de lamido y peinado en demasía; y si otros le notan de cierta inconstancia en sus predilecciones estéticas, atribuyéndola á falta de una teoría adoptada á tiempo y aplicada con firmeza, tales cargos pierden la mayor parte de su fuerza cuando se repara, en cuanto á lo primero, que el pulcro estilo del Sr. Madrazo es fiel manifestación de su temperamento finamente aristocrático, y agrada por el contraste con la vulgaridad y grosería que con desdichada frecuencia imperan en nuestra crítica; y en cuanto á lo segundo, que más fácilmente se perdona y debe perdonarse á un crítico de artes la ausencia de aquellas vagas y pomposas generalidades de filosofía de lo bello que, á fuerza de querer explicarlo todo, no enseñan ni explican concretamente nada, que la falta de conocimientos técnicos y de informaciones históricas, ó, lo que es todavía más grave, la carencia de aquel instinto que en ningún manual de estética se

aprende, y que guía casi infaliblemente á odiar lo feo y á reconocer y amar la belleza en las rarísimas y fugaces apariciones con que recrea la mente de los humanos.

Tales fueron los colaboradores de Quadrado en la magna labor, cuyo peso llevó él principalmente. La comparación no entraña injusticia, y por otra parte era imposible eludirla. Prescindiendo de Pí y Margall, en cuya vida la crítica arqueológica ha sido un brevísimo episodio sin gran resultado ni trascendencia, bella es la parte de cada cual, aunque su acción se haya desenvuelto en órbita distinta. La gloria de iniciador, digámoslo mejor, de adivinador, permanece intacta para Piferrer: suyo es el plan y la traza de la fábrica, suyos los primeros y robustísimos sillares, suyo el sistema de penetración entre la arquitectura, la historia y el paisaje, y la red de armónicas relaciones con que todos estos elementos se entrelazan. El suave é insinuante *dilettantismo*, la cortesana gentileza que inició al mundo elegante en los secretos del taller, del estudio ó de la academia, celados hasta entonces, como los misterios de Isis, por una legión de especialistas pedantescos, es lauro propio y privativo de Madrazo, que en 1834 comenzó su propaganda en *El Artista*, y hoy la prosigue con los mismos bríos que entonces y con el enorme caudal de doctrina que ha sabido granjearse en una vida literaria de mucho más de medio siglo.

Quadrado, por su parte, fué entre los colaboradores de los *Recuerdos y Bellezas de España*, el que más ampliamente realizó la idea de la obra, no en el puro sentido de fantasía romántica con que había cruzado por la mente de Parcerisa, ni en aquella región intermedia entre la historia y la poesía en que la había mantenido Piferrer, ni en el de álbum ó guía pintoresca á la inglesa á que á veces propendió Madrazo, sino en el triple concepto de topografía, de historia y de arqueología de las regiones descritas, sin sacrificar ninguna de estas consideraciones á las restantes. Y así como fué más amplio su plan, así también fué más desembarazado, más sereno

é imparcial su criterio. Lo cual se manifiesta, no sólo en la atención concedida á monumentos que yacían en la oscuridad y habían sido injustamente desdeñados por la fama, al paso que los otros autores suelen atender más bien á las fábricas ya insignes y de universal celebridad, sino que le libra de ciertos exclusivismos que es indudable que Piferrer tuvo, aunque en él resultasen simpáticos por lo espontáneo y sincero de sus admiraciones no menos que de sus desdenes. Así como en literatura Walter Scott y Schiller, y en música Bellini, dominaban casi sin rivales en su espíritu, así en arquitectura, después de haber pasado, como todos los románticos, por el culto de la ojiva, había acabado por prendarse del arte románico-bizantino tal como en las construcciones del norte de Cataluña aparece.

Quadrado, como todo hombre que siente profundamente el arte, ha tenido también, y no podía menos, sus particulares devociones, pero nunca ha permitido que este elemento personal se sobrepusiera en sus juicios á la estimación recta y desinteresada de cada obra dentro de su género y estilo. Y así ha descrito con igual felicidad las iglesias de la reconquista asturiana y los monasterios del Pirineo aragonés, las parroquias segovianas y avilesas y los primores de la incomparable Lonja de Palma, bellissimo tipo de las construcciones civiles de la última Edad Media. No sólo lo gótico en todos sus desarrollos y evoluciones, y lo románico y bizantino, y lo llamado *mudejar* con razón ó sin ella, obtienen del crítico el altísimo precio á que son acreedores, sino que jamás se encuentran en él aquellas acerbas é intolerantes censuras que el fanatismo de escuela puso en los labios de muchos románticos al tratar de toda arquitectura posterior al Renacimiento. Justa fué en su principio la reacción del espíritu poético contra aquella disciplina árida y estéril que veía en la seca y maciza regularidad de la mole escurialense el mayor triunfo del ingenio humano; pero rara vez las reacciones se contienen en justos límites, y no hay duda en que ésta rebasó toda me-

dida, agotando el vocabulario de las injurias, no ya contra la degeneración barroca ni contra la severa, tétrica y desornada arquitectura herreriana, sino contra el arte gentilísimo de los Paladios y Bramantes. Quadrado se guardó mucho de caer en tales extremos, y aunque nadie ha podido tenerle nunca por sospechoso de adhesión muy ferviente á los cánones de Vitruvio, no negó su estimación y sus aplausos, cuando hubo de encontrarlas en su camino, á algunas obras insignes de la arquitectura greco-romana restaurada, y aun á algunos ingeniosos productos del barroquismo nacional ó del italiano.

Pero su mundo predilecto fué, como para todos los románticos, el mundo de la Edad Media. Y entre todas las regiones que exploró y describió, aunque al tratar de todas pusiese igual estudio y diligencia, es cierto que, después de su isla natal, la tierra predilecta de su corazón, la que él mejor ha sentido y más ha ilustrado, son los reinos de Castilla la Vieja y León con su corona de viejas ciudades, todas distintas y admirables todas para el arqueólogo: Salamanca y Palencia, Avila y Segovia. A cada una de estas ciudades y de las restantes, cuyos monumentos ha descrito, así como á los reinos ó agrupaciones á que ellas corresponden, ha dedicado largos capítulos de historia, que son una de las partes más importantes y sustanciales de la obra. Quadrado ha sido el verdadero reformador de nuestra historia *local*, el que la ha hecho entrar en los procedimientos críticos modernos, y al mismo tiempo ha traído á ella el calor y la animación del relato poético, el arte de condensar y agrupar los hechos y poner de realce las figuras, el poder de adivinación que da á cada época su propio color, y levanta á los muertos del sepulcro para que vuelvan á dar testimonio de sus hechos ante los vivos. Cuando se haga el catálogo de los grandes narradores del siglo presente (que para los estudios históricos ha sido en verdad un siglo de oro), el nombre de Quadrado figurará de los primeros en el escaso número de nombres españoles que pueden citarse. No hay de Quadrado una historia general y

seguida, que quizá hoy ni puede ni debe intentarse; pero hay una serie de historias parciales, sólidas en la contextura, amenísimas en el estilo, labradas con el más discreto artificio, que oculta la firmeza de los materiales y convierte en obra de agrado lo que realmente es obra de profunda ciencia. El que lee tales libros por recreación, y ojalá todo español los leyese encuentra al fin de la jornada con un caudal de noticias positivas y seguras que difícilmente encontraría juntas en ninguna otra parte; y va aprendiendo, sin sentir, la verdadera historia de su patria, estudiada como debe estudiarse, sobre el terreno mismo en que el gran drama histórico se ha desenvuelto, y entre las piedras que fueron testigos de las heroicas acciones ó se levantaron para conmemorarlas; y no en áridas cronologías de reyes, batallas, embajadas, conjuraciones, asambleas y protocolos.

Y aquí del mal sino que persigue al Sr. Quadrado, y que con tan grave ofensa de la justicia relega al olvido tantas y tantas páginas admirables. El carácter pintoresco de la obra en que ha colaborado ha sido fatal á la difusión de su renombre literario por ser tal la calidad de los lectores que generalmente manejan estos libros. Son muchos los que hojean los *Recuerdos y Bellezas de España*, pero casi todos son *turistas* ó superficiales aficionados al arte, que, ante todo, se fijan en las litografías de Parcerisa ó en las fototipias que lleva la segunda edición, y apenas se dignan pasar la vista indiferente ó desdeñosa por el texto que consideran meramente como explicación de los grabados. Da dolor ver perdido tan minucioso trabajo, que inútilmente llamará á las puertas de un público para quien la *Guía* de Ford ó la de Baedeker todavía serían un pasto intelectual demasiado fuerte. Grande y bella cosa es la unión de la literatura y de las artes del dibujo; pero el ejemplo de lo sucedido á Quadrado y á Piferrer y á Madrazo y á tantos otros debe hacer cautos á los hombres de letras para no enterrar estérilmente lo mejor de su talento en aquella especie de libros que vulgar y gráficamente se llaman *de*

monos, y que en general se publican para solaz de los que no leen libros.

Sébase de todos modos, aunque para ciertos piratas literarios no ha sido cosa enteramente ignorada, que la parte histórica de los tomos del Sr. Quadrado está llena de investigaciones de primera mano, además de ofrecer el más elegante resumen de las fuentes históricas anteriormente conocidas. Allí está, por ejemplo, la mejor monografía, por no decir la única que tenemos, sobre la monarquía asturo-leonesa, cuya historia sugiere tan difíciles y complejos problemas (1). Allí se reducen á fácil y elegante compendio los fastos históricos de Aragón para quien no tenga tiempo ó voluntad de emboscarse en la intrincada selva de sus analistas, que pueden dar ocupación para una vida entera. Allí se presenta la flor y se exprime el jugo de las historias de ciudades, sin la impertinente difusión y sobra de credulidad de que las más de ellas adolecen, pero sin omitir ninguna de las preciosas indicaciones que sobre el antiguo régimen social contienen. Quadrado posee el don rarísimo de concentrar lo útil y eliminar lo superfluo; su estilo tiene un poder de condensación que pasma en esta tierra de escritores palabreros. Es cierto que obliga á la segunda lectura; pero tal obligación está bien compensada, así por el deleite como por el provecho. En pocas páginas resume á Colmenares sobre Segovia y á Pulgar sobre Palencia; en pocas más adelanta casi todo lo esencial de lo que sobre Zamora y Salamanca nos han enseñado muy recientemente las doctas investigaciones de los Sres. Fernández Duro y Villar y Macías. A estos y otros beneméritos cronistas de ciudades castellanas precedió en muchos años y abrió la puerta el Sr. Quadrado, que si en algún caso, como en el de León, pudo disfrutar de historia tan excelente como la del P. Risco, en otros ni impresas ni manuscritas pudo hallarlas, ó fueron

(1) Sólo puede añadirse la del Sr. Caveda, no impresa hasta 1879 en el tomo IX de las *Memorias de la Academia de la Historia*.

tales, que eran más para huidas que para consultadas, como el libro del P. Ariz sobre Avila.

La corona de todos los trabajos históricos de Quadrado sobre la Edad Media española, en cuyo estudio le declaró Hübner diligentísimo y benemérito, será, sin duda, su prometida, y en gran parte ya realizada *Historia del reino de Mallorca*, á la cual le han estimulado juntamente la caridad de patria, y el celo paleográfico que después de haberle hecho cubrirse con el polvo de los archivos de media España, acabó por llevarle como á su propio y natural centro al retiro cenobítico del *Archivo General* de Palma, por él organizado y dirigido admirable y sabiamente durante cerca de medio siglo. El *Archivo* de Mallorca y la persona del Sr. Quadrado han llegado á compenetrarse y á ser una cosa misma, como lo fueron el *Archivo* de la Corona de Aragón y la persona de D. Próspero Bofarull. ¡Memorables ejemplos de lo que puede y alcanza el entusiasmo regional cuando cae en varón erudito y juicioso, y de lo que medran y adelantan, aun con exiguos recursos oficiales, las instituciones confiadas á su cuidado, y no á los de un personal abigarrado y transeunte que suele mirar los *Archivos* como lugares de destierro y penitencia!

Pocas veces se han reunido en nadie como en Quadrado historiador de Mallorca las tres condiciones más indispensables en el historiador: el íntegro, cabal y bien digerido conocimiento de la materia lo mismo en el detalle mínimo que en el cuadro general: la independendencia y rectitud de juicio, libre de toda pasión de escuela y de todo estímulo de falso patriotismo: y finalmente, el arte soberano de la narración, sin el cual la historia más crítica, más imparcial y mejor documentada no será nunca más que media historia. Porque, en cuanto á lo primero, es cosa evidente y notoria que por manos de Quadrado han pasado, no una sino repetidas veces, todo género de papeles impresos ó manuscritos sobre las Islas Baleares, sin que se hayan ocultado á sus investigaciones ninguno de los archivos públicos ó privados de Mallorca, ni tampoco

los de aquellas comarcas del Mediodía de Francia que con ella formaron el antiguo reino. Y no sólo ha reconocido y organizado por sí mismo todo este inmenso aparato histórico, sino que en vez de acelerarse como tantos otros eruditos á entregar crudas al público las primicias de su labor, ha dejado madurar su proyecto años y años, ocupados no solamente en la depuración de cada hecho, sino en meditar sobre la síntesis histórica que enlaza la historia de Mallorca con la de las demás reinos ibéricos, y ésta con la historia general; como pensador que es, y avezado á altas meditaciones de filosofía histórica. En segundo lugar, Quadrado que ha tenido valor para resistir al torrente catalanista y mantener vivo en su alma el culto de la patria común que no menoscaba sino que engrandece y realza el amor á la patria pequeña, muestra igual serenidad de juicio cuando condena la usurpación de D. Pedro IV y su inicuo proceder con la infeliz dinastía de Mallorca, que cuando execra las matanzas de los judíos de la isla y la bárbara preocupación que á ellas ha sobrevivido, ó cuando hace trizas la leyenda revolucionaria que pretendió convertir á Juan Colóm en héroe y vengador del derecho, y en apóstoles de la libertad á los asesinos de la *Germanía*. Ni rencores de Mallorca contra la dinastía de Aragón, ni rencores de Cataluña contra Castilla, ni preocupaciones aristocráticas tan vivas en la isla, ni amargo y fanático celo con sombra de religión, encuentran gracia á sus ojos, ni logran de su pluma independiente y severa el menor acatamiento. Donde está la justicia allí está él, con la patria ó contra la patria.

Y, finalmente, por lo que toca á la tercera condición antes apuntada, superfluo nos parece repetir lo que llevamos dicho en elogio de la fantasía histórica del Sr. Quadrado; que fantasía exige la historia, y no en grado exiguo, y sin ella no se concibe al historiador perfecto, aunque sea un investigador de la talla de Zurita, de Flórez ó de Muratori. Baste decir que en los capítulos publicados de la historia de Mallorca, Quadrado resulta vencedor de sí mismo; ó por la especial de-

voción que consagra al asunto; ó por llegado á la plena madurez de sus facultades y á la posesión completa de su estilo, ó, finalmente, por las excepcionales condiciones del asunto, que no es ya una crónica local y circunscrita al recinto de una ciudad ó pequeña provincia sin autonomía histórica, sino la de un Estado que en tiempos fué independiente y poderoso, y cuyos anales, conocidos día por día sin interrupción alguna y con inusitado lujo de pormenores, nos ofrecen tan nuevas condiciones de organización social, tan interesantes rasgos de costumbres públicas y domésticas, episodios tan dramáticos, conflictos de tan extraño carácter, y, por decirlo todo, un sello de originalidad que realza y diferencia á Mallorca, no sólo entre las diversas regiones de España, sino entre las mismas que compusieron la antigua corona de Aragón. A tan admirable variedad de casos históricos, responde fielmente la varia y sólida trama del estilo de Quadrado, hábil, como pocos, para sorprender el misterio de la vida en la letra muerta de los documentos .

Todavía no gozamos por completo de esta obra inestimable, cuya elaboración ha durado tanto como la vida literaria del autor, que ya en su juventud publicó dos episodios de ella: *La Conquista de Mallorca*, en que reunió y anotó los textos de Marsilio Desclot comparados con el de la Crónica de D. Jaime y el Repartimiento de la isla; y *Forenses y Ciudadanos*, trabajo de mucho mayor empeño, en que lo interesante del relato compite con el profundo conocimiento de una cuestión social ignorada hasta entonces por nuestros historiadores: libro, en suma, que puede rivalizar con los mejores capítulos de Alejandro Herculano, ya se atienda al arte severo de la composición, ya al nuevo modo de considerar y entender la Edad Media.

Con la modesta apariencia de suplementos á la obra de Piferrer, nos ha dado últimamente el Sr. Quadrado una parte muy considerable de su historia, que en nuestro concepto deberá pasar intacta al libro definitivo, salvo el añadir y rec-

tificar aquellas cosas que de nuevo haya enseñado al autor su perseverante investigación, que en estos últimos años se ha extendido á los archivos de Perpiñán. Pero capítulos tales como el de las postrimerías del reino, el de la matanza de los judíos, el de las germanías, no podrían retocarse sin evidente peligro de que perdiesen algo de la varonil y austera belleza que en ellos campea, del tejido recio y fibroso de su estilo. La historia del reino de Mallorca, más interesante que la de los duques de Borgoña, ha encontrado por fin su Barante, más sobrio y nervioso que el primero, y no reducido á parafrasear en ameno estilo crónicas viejas como él lo hizo, sino con todo aquel caudal de filosofía histórica que podía esperarse de quien, antes de escribir los anales de un pequeño reino, había salido con lucimiento de la empresa, que parecería temeraria si no la hubiese justificado el éxito, de continuar el Discurso de Bossuet sobre la *Historia Universal*.

Es cierto que las obras de genio ni se continúan ni se repiten; pero excluyendo toda comparación por inoportuna y por contraria á la modestia del insigne escritor mallorquín, basta que su continuación sea, como realmente lo es, el mejor compendio de historia moderna, y el mejor ensayo de filosofía de la historia dentro del criterio providencialista, que en estos últimos tiempos ha aparecido en España. Hay en él portentos de concisión dignos de Tácito, concentración luminosa de innumerables sucesos, toques rápidos y vigorosos que suscitan la visión de una figura ó de un período entero, palabras preñadas de sentido, mirada sintética y audaz que se cierne sobre las cumbres de la historia y reduce á unidad la dispersa muchedumbre de acontecimientos, sin olvidar ninguno esencial, y mostrando en todos su ley generadora. Y obsérvese que, por lo tocante á la materia histórica, era relativamente más fácil la tarea de Bossuet, circunscrita, puede decirse, á seguir los destinos providenciales del pueblo judío y del pueblo romano; lo cual le permitió dar á su obra la imponente unidad, la grandeza oratoria, la clásica sencillez del plan, que la hacen digna

de toda admiración. Pero encerrar en una sinópsis de dos pequeños volúmenes la caótica variedad de los siglos medios y modernos; y esto sin hacer la historia por epigramas como Voltaire en el *Ensayo sobre las costumbres*, ni perderse en nebulosas vaguedades místicas como Federico Schlegel, ni descoyuntar los hechos en el potro de un inflexible mecanismo doctrinario como Guizot, es algo muy raro, muy difícil de lograr, y que honra á Quadrado y á nuestra literatura. La patria de Bossuet ha recibido con encarecimiento y justos plácemes esta continuación; y hace ya diez años que en la *Revue de Geographie* de París le dedicaba extenso y profundo estudio M. Luis Drapeyron, juzgándola doctamente, si bien con resabios propios de la profesión que el crítico hace de racionalista.

Este nuevo *Discurso sobre la Historia Universal* nos conduce como por la mano á otra copiosa serie de escritos del autor, que se refieren á materias de religión, filosofía y política, en los cuales ha de buscarse el fundamento de su criterio histórico. Estos escritos son, como queda dicho, en gran número, y por primera vez se imprimen ahora coleccionados, prescindiendo sólo de algunos artículos de interés más transitorio.

La política de Quadrado depende de su filosofía religiosa. Quadrado es ante todo apologista católico, y escribe sobre las cosas de la tierra, puestos siempre los ojos en el cielo; lo cual no quiere decir que su política sea mística ó teocrática, sino pura y sencillamente cristiana y católica, sin mezcla ni confusión de lo humano con lo divino. Pero bajo esta denominación de *apologista católico* suelen comprenderse escuelas y tendencias tan diversas entre sí, ora se mire á su fondo científico, ora á sus aplicaciones prácticas, que conviene precisar y delimitar la escuela ó tendencia filosófico-religiosa á que el autor pertenece, único modo de apreciar rectamente los rumbos que en política ha seguido, obedeciendo siempre á los dictados de su pensamiento y de su conciencia, nunca á intereses frívolos y transitorios.

Cuando Quadrado llegó á la arena política, publicando en 1842 sus primeros artículos en *El Católico* y fundando en 1844 *La Fe*, dos bandos poderosos y encarnizados, después de haber lidiado sin cuartel ni misericordia en los campos de batalla, permanecían irreconciliables, ceñudos y rencorosos, como separados por un mar de sangre y por un abismo de ideas todavía más hondo. Decíase el uno representante de la tradición y heredero de la España antigua, y no puede negarse que en parte lo fuera, si bien por fatalidad de los tiempos, al resistir el empuje de la revolución demoledora, pareció identificar su causa con la de instituciones caducas y condenadas á irremediable muerte, y se constituyó en defensor, no de una tradición gloriosa cuyo sentido apenas comprendía ni alcanzaba como no fuese de un modo vago é instintivo, sino de los peores abusos del régimen antiguo en su degeneración y en sus postrimerías. Con esto dieron aparente justificación á los del partido adverso, que pensando y sintiendo con el espíritu de la revolución francesa radicalmente hostil á todo elemento tradicional é histórico, confundían bajo el mismo anatema los principios fundamentales y perennes de nuestra vida nacional, y las corruptelas, imperfecciones y escorias que el trascurso de los siglos y la decadencia de los pueblos traen consigo.

Como todo sistema político presupone una cierta filosofía, ó por lo menos un conjunto de principios generales sobre el orden social, cada una de estas dos grandes banderías, en que vino á disgregarse España durante la primera mitad de nuestro siglo, tuvo de un modo más ó menos claro y esplicito su peculiar filosofía, de la cual dedujo consecuencias tan radicalmente contrarias, como lo eran entre sí las tesis primeras. Lo cual no quiere decir que dentro del mismo partido pensasen de igual suerte los que algo pensaban, ni que andando el tiempo dejasen de insinuarse en uno y en otro elementos nuevos, que rompiendo la unidad de miras y criterio, habían de conducir á nuevas soluciones, así en lo racional y teórico,

como en la política práctica, engendrando á la par nuevas escuelas y nuevos partidos.

Es cosa notoria que el espíritu de los liberales en su primer tiempo, es decir, en los dos períodos de 1812 á 1814 y 1820 á 1823, y aun puede decirse que durante la primera guerra civil, había sido el del siglo XVIII, en toda su pureza: es decir, que en filosofía profesaban el empirismo ideológico de Condillac, Destutt-Tracy y Cabanis, y en materia de legislación y ciencia social, después de haber pasado por el *Contrato Social* y por los libros del abate Mably, habían anclado en el utilitarismo de Bentham, á quien Núñez, Salas, Reinoso y otros muchos veneraban como un oráculo, y á quien en 1820 pedían las Cortes mismas su opinión sobre nuestros Códigos y proyectos de ley. La emigración de 1823 no modificó notablemente este estado de las ideas, por haberse dirigido casi toda á Inglaterra, donde el empirismo filosófico tiene de antiguo su principal asiento como perjuero de heredad y constante tendencia de raza. Dióse, pues, el raro caso de una juventud política, apasionada, temeraria, romántica, que aventuraba sin cesar la vida y derramaba pródigamente la sangre en intenciones descabelladas y temerarias, en pro de un ideal que venía á resolverse en sensualismo materialista y en egoísmo reflexivo y sometido á las leyes de una cierta aritmética moral. Tal contradicción no podía ser duradera; y si bien los hombres educados á los pechos de la Enciclopedia y de Bentham, los hombres de 1812 y de 1820, permanecieron duros y afeerrados á sus antiguos errores, haciendo con ello gala de incorruptible consecuencia, la juventud que entró en la vida pública en 1834, sentía ya y empezaba á pensar de otra manera, y propendía visiblemente á una reacción espiritualista. A ello contribuyó de poderosa manera la revolución literaria que conocemos con el nombre de *romanticismo*; y contribuyó también el ejemplo de la vecina Francia, donde en tiempo de la Restauración las doctrinas de los ideólogos habían caído en gran descrédito, y, por el contrario, el espiritualismo

en sus diversas formas había renacido con brillantez en los escritos y lecciones del filósofo de la voluntad Maine de Biran, de Royer-Collard y de Jouffroy importadores de la psicología escocesa, y del elocuente y genial Victor Cousin que comenzó vulgarizando, no sin nota de panteísmo, las principales tesis del idealismo alemán, especialmente del de Schelling, y acabó por intentar una restauración del cartesianismo, elevándola á la categoría de ciencia oficial ó universitaria que conservó por muchos años. El impulso llegó pronto á España; y ya en 1840, la parte más culta de la juventud liberal, la que fué el plantel del partido moderado, había sustituido la *Ideología* de Destutt-Tracy, con las *Lecciones* de Cousin y Damiron, y el *Derecho Penal* de Bentham, con el de Rossi. Educados en la escuela de los doctrinarios franceses, y creyendo firmemente en la soberanía de la inteligencia como primer dogma político, del modo que Donoso Cortés, por ejemplo, le expone en sus *Lecciones de Derecho Público*, tenían que romper forzosamente toda alianza con los partidarios de la soberanía del número y del imperio democrático de las muchedumbres. Y así aconteció en efecto, convirtiéndose desde entonces en anarquistas y agitadores perpetuos los antiguos *exaltados* que comenzaron á llamarse *progresistas*; y agrupándose los restantes para formar un partido conservador y de orden, que tuvo el pecado irreparable de no llegar á españolizarse jamás, de gobernar con absoluto desconocimiento de la historia, empeñándose en implantar una rígida centralización administrativa, en ninguna parte tan odiosa y tan odiada como en España; pero partido al cual no pueden negarse, sin injusticia notoria, buenos propósitos, mejoras positivas, y sobre todo, generosos arranques y grandes servicios á la defensa social en momentos críticos y solemnes en que el árbol de la vieja Europa amagaba troncharse al peso del huracán de 1848.

Si la cultura de los liberales adolecía de exótica y superficial, la de los partidarios del antiguo régimen había llegado á tal extremo de penuria, que en nada y para nada recordaba

la gloriosa ciencia española de otras edades, ni podía aspirar por ningún título á ser continuadora suya. Todavía á principios del siglo se conservaban, especialmente en las órdenes religiosas y en el seno de algunas universidades, tradiciones venerables, aunque por lo común, de puro escolasticismo; y en tal escuela se formaron algunos notables apologistas, férreos en el estilo, pero sólidos en la doctrina, superior con mucho en elevación metafísica á la filosofía carnal y plebeya del siglo XVIII, única que ellos tenían enfrente. Así lograron y merecen aplauso y buena memoria el sevillano Padre Alvarado, el valenciano P. Vidal, el mallorquín P. Puigserver, y otros que aquí se omiten. Pero su obra resultó estéril en gran parte, así por la sujeción demasiado nimia que mostraron al procedimiento escolástico, sin hacerse cargo de la diferencia de tiempos y lectores, cuanto por la intransigencia de que hicieron alarde respecto de toda otra filosofía, condenando de plano todo género de innovaciones, buenas ó malas, hasta en la enseñanza de las ciencias físicas. Y como al propio tiempo su estilo, que por lo común era inculto, desaseado y macarrónico, no convidase á tal lección á los hombres de buen gusto, este escolasticismo póstumo, no solamente no sirvió para convencer á los liberales, sino que entre los realistas mismos hizo pocos prosélitos, siendo sustituido pronto y sin ninguna ventaja de la cultura nacional, por traducciones atropelladas de aquellos elocuentes y peligrosos apologistas neo-católicos del tiempo de la Restauración francesa, Chateaubriand, De Maistre, Bonald, Lamennais (en su primera época). Tal fué la más asidua lectura del clero español y de los legos piadosos en los últimos años del reinado de Fernando VII; y por este camino la devoción española vino á saturarse muy pronto de sentimentalismo poético, de tradicionalismo filosófico, de simbolismo teosófico, de absolutismo teocrático, de legitimismo feudal y andantesco, y de otra porción de ingredientes de la cocina francesa, que mal podían avenirse con nuestro modo de ser llano y castizo. Cuán grande

fué el peligro dígalo el grande ejemplo de Donoso Cortés, que ni antes ni después de su conversión acerto á ser español en otra cosa que en el poder y magnificencia de su palabra deslumbradora, con cuyo regio manto revistió alternativamente ideas bien diversas, pero todas de purísimo origen francés, ora fuese el inspirador Royer-Collard, ora Lamennais, De Maistre ó Bonald.

Una sola excepción, pero tan grande y gloriosa que ella sola basta para probar la perenne vitalidad del pensamiento español aun en los períodos menos favorables á su propio y armónico desarrollo, nos ofrece Balmes, cuya elevada significación filosófica, apenas entrevista por sus contemporáneos y aun por muchos de los que se dicen admiradores suyos, ha de crecer con el trascurso de los tiempos y con el mayor estudio de aquella obra capital entre las suyas, aunque no sea la más leída, en que depositó las más ricas intuiciones de su espíritu. El único libro filosófico español de la primera mitad de nuestro siglo en que se ve un esfuerzo propio é independiente para llegar á la verdad metafísica, el único que puede compararse con las obras de nuestros grandes pensadores de otros tiempos ó con los que entonces se escribían en otras partes de Europa, es la *Filosofía fundamental*, libro que precisamente por su originalidad no ha encontrado mucho favor entre los neoescolásticos, que evitan hablar de él ó lo hacen sólo con reticencias y salvedades, y hasta con marcada frialdad, como si un solo capítulo de Balmes no valiese más que todos los manuales y rapsodias que ellos han hecho. Para mí el Balmes metafísico no es inferior en nada al Balmes admirable tratadista de lógica práctica en *El Criterio* y de filosofía de la historia en *El Protestantismo*. Es rebajar su acción filosófica, ó más bien no entenderla, el querer reducirle al papel de precursor tibio é inconsecuente de la restauración escolástica. Si tal restauración hubiera intentado, tendrían razón sus censores, puesto que el libro está lleno de capitales infracciones á la doctrina y al método de la Escuela. Pero en esto mismo consiste su valor

propio, y esto es lo que le saca del montón y da á su autor un puesto separado en los anales de la filosofía cristiana. Balmes admiraba la escolástica, y se había educado en la *Summa* de Santo Tomás; encontraba en ella muchos elementos adaptables é incorporables á la filosofía moderna; pero al examinar con libre juicio las cuestiones fundamentales de la filosofía, no entendió ni por un momento abdicar su espíritu crítico en aras de ningún sistema. Balmes, digámoslo sin temor, fué filósofo ecléctico, fué espiritualista, cristiano independiente, con un género de eclecticismo que está en las tradiciones de la ciencia nacional, que brilló en nuestros grandes pensadores del Renacimiento, y que volvió á levantar la cabeza, no sin gloria en el siglo XVIII. Balmes coincidió con esta tradición sin procurarlo y aun sin saberlo; y contra el eclecticismo francés que servía entonces de conductor al panteísmo germánico, levantó un eclecticismo español que valía tanto como el de Cousin, por lo menos. Esta fué su obra y su gloria, y por ella el nombre de Balmes es el único nombre de pensador español de este siglo, conocido y respetado en toda Europa por creyentes y por racionalistas. Es cierto que tuvo más fuerza analítica que sintética, más vigor dialéctico y destreza polémica que unidad de concepto metafísico, más pujanza en la crítica que en la afirmación, por donde vino á dejar en su filosofía huecos y contradicciones que amenguan un tanto su valor sistemático. Pero ¿á dónde no hubiera llegado de alcanzar la vida de Leibnitz ó de Kant, el que á los treinta años se anunciaba al mundo filosófico con tal libro? ¡Y cuánto hubiera ganado la cultura española prosiguiendo con viril energía en aquella senda de racional libertad, sin sobrecogerse con escrúpulos monjiles ni lanzarse á ciegas temeridades, puestos los ojos en el sol de la verdad cristiana, pero sin amenguar uno solo de los derechos que á la razón en su esfera propia legítimamente pertenecen!

La *Filosofía fundamental* se construyó en gran parte con materiales extranjeros, pero la oculta concordancia entre el

espíritu de Balmes y el genio filosófico de la raza le hizo preferir aquellos más afines con el sentido propio y peculiar de nuestra especulación filosófica en aquellas edades en que había vivido de savia propia. Y así al admitir elementos del psicologismo cartesiano y entre ellos el punto de partida y el propio entimema, retrocedía, á través de Descartes, hasta Gómez Pereira: al inspirarse en los pacientes análisis de la escuela escocesa, parecía volver los ojos á Luis Vives: al mirar con simpatía las concepciones armónicas de Leibnitz, pudiera decirse que algo del ontologismo neoplatónico de Fox Morcillo reflorecía en su espíritu. Si la filosofía española del siglo XIX (entendiendo por tal algo que tenga carácter propio, y no sea indigesta repetición de kantismo, hegelianismo, krausismo, positivismo y neo-tomismo italiano ó alemán), está en alguna parte, en Balmes seguramente ha de buscarse. Su misma doctrina política, tan conciliadora, tan simpática, tan humana, tan aborrecida de los violentos, debe á la amplia base de su filosofía crítica y armónica el haberse salvado de aquella lepra feroz de fanatismo, de aquella especie de pedantería sanguinaria que por muchos años convirtió en Caines á todos los partidos españoles.

Hablar de Balmes es, en cierto modo, hablar de Quadrado, que en materias sociales y políticas estuvo siempre de su lado, aunque en rigor no puede decirse que fuera discípulo suyo, puesto que empezó á escribir casi al mismo tiempo. De 1839 data el folleto *de los bienes del clero*, y á 1840 se remontan los primeros artículos literarios de Quadrado en *La Palma*, á 1843 sus primeros artículos políticos en *El Católico*. La influencia de Balmes fué muy poderosa en su espíritu, pero no excluyó otras influencias ni menos la iniciativa propia. Balmes era filósofo y matemático, Quadrado, arqueólogo y literato romántico: naturalezas, como se ve, muy diversas, y que en algún modo puede decirse que se completaban. No era indiferente Balmes á los goces estéticos, especialmente á los de la música y la poesía, pero sus infelicísimos versos dan

testimonio de lo estéril de estas aficiones artísticas suyas, que por otra parte le honran. Su entendimiento lúcido y vigoroso, pero no exento de cierta sequedad prosaica, era más apto para comprender la verdad que la belleza. Fué, pues, providencial el encuentro de ambos escritores, y la naturaleza afectiva y poética de Quadrado vino á templar, digámoslo así, la austeridad del genio de Balmes y á traer á sus luminosas doctrinas el calor que quizá las faltaba.

No es esto decir que haya absoluta conformidad en el pensamiento de ambos escritores. Quien lea aquella especie de programa que con el título de *La Fe considerada bajo sus diversos órdenes* publicó Quadrado en 1844, fácilmente discernirne una filosofía distinta de la de Balmes en puntos capitalísimos. No hay que negar que Quadrado fué tradicionalista durante un largo período de su vida, cuando era lícito profesar el tradicionalismo como cualquier otro sistema de filosofía cristiana, antes de las explícitas declaraciones del Concilio Vaticano sobre los derechos respectivos de la Fe y la Razón. Una aprensión excesivamente viva de los peligros y desórdenes en que fácilmente cae la especulación racional abandonada á sus propias fuerzas, le arrastró como á Bonald y á tantos otros, al extremo opuesto, llevándole á convertir el escepticismo filosófico en máquina de guerra contra el escepticismo religioso. En la razón no quiso ver más que tinieblas, ó, á lo sumo, débiles reflejos de una revelación primitiva transmitida por la tradición oral. No se detuvo ante la afirmación de la impotencia y nulidad del conocimiento racional. La filosofía fué á sus ojos una pura negación, contrapuesta á la fe que es afirmación pura. Y por aversión al racionalismo, vino á dar en conclusiones claramente sensualistas, negando la espontaneidad racional, y declarando que la razón, como facultad meramente *pasiva*, sólo de los sentidos y de la palabra recibe sus nociones, así en el orden físico como en el moral.

Es inútil encarecer los peligros de esta doctrina, cuyos orígenes más remotos están en Tertuliano y otros apologistas de

la escuela africana. La Iglesia ha hablado solemnemente sobre este punto; y entre los tradicionalistas, que fueron siempre fervorosísimos católicos, no hay uno sólo que haya dejado de someterse, honrándoles tanto esta sumisión como antes su bueno y piadoso celo. El odio á la ciencia carnal y á la filosofía parlera, que hincha y no edifica y deja seco el corazón y vacío el entendimiento, no debe hacernos perder de vista ni un solo momento que la fe sólo puede recaer en sujeto racional; y que la razón, lejos de tener pacto firmado con el error, puede elevarse, y de hecho se ha elevado, por su propia actividad á la comprensión más ó menos íntegra y clara de aquellas verdades de teología natural que son preámbulo de los artículos de la fe. El mismo Tertuliano se veía obligado á invocar el testimonio del alma *naturaliter christiana*; y entre los Padres Griegos, comenzando por los más antiguos, predominó siempre aquella hermosa doctrina de San Justino sobre la virtud del *logos spermaticos* que derramó la Sabiduría Eterna en todos los espíritus, para que pudieran elevarse, aun por las solas fuerzas naturales, á una intuición ó conocimiento parcial del Verbo, aunque la completa comunicación y manifestación del Verbo por obra de gracia sólo se cumpla mediante la revelación de Cristo. La escuela alejandrina, con Clemente y Orígenes, lejos de considerar la filosofía como vana cavilación y semillero de herejías, la miró como preparación providencial del cristianismo, concedida á los gentiles como la Ley á los Hebreos. Y finalmente los escolásticos, especialmente Santo Tomás, tuvieron tan alta idea de la razón humana, que la llamaron «participación de la lumbre increada» y «espejo de las razones eternas». Este y no otro es el sentir tradicional de las escuelas cristianas, y á él se ha vuelto afortunadamente, sin peligro por ahora de temerarias novedades, que en son de poner la fe á cubierto de todo ataque, abrían un abismo insondable entre la fe y la ciencia.

Fuera de estos resabios de tradicionalismo, que pueden depender á veces de falta de rigor y precisión en los términos,

por donde resultan más duras ciertas proposiciones que en la mente de su autor quizá no lo serían tanto; nada hay que reparar, y sí mucho que elogiar, en los elocuentes *Ensayos Religiosos* del Sr. Quadrado, que á lo bruñido y firme del estilo juntan la penetración de psicólogo y moralista, ejercitada y depurada en el trato de espíritus humanos, aun más que en el trato de libros. Quadrado es de los pensadores que meditan y observan mucho más de lo que leen, y de los que educan y cultivan simultáneamente la vida del sentimiento, la de la razón y la de la fantasía; y sin duda por eso el inolvidable Llorens, nuestro primer psicólogo de este siglo y uno de los más eminentes educadores que hemos tenido, sentía por Quadrado tan especial predilección, como espíritu gemelo en algún modo del suyo, siendo en él vocación instintiva lo que era en Llorens estudio metódico y ocupación de todos los momentos.

Es de suponer que después de la aparición de la *Filosofía Fundamental*, fuese modificando Quadrado sus tesis tradicionalistas y acercándose en esto, como en lo demás, al sentido de Balmes; pero es lo cierto que después de 1844 escribió poco sobre estas materias, aparte de los ya citados artículos de *La Fe* y de otros que allí mismo aparecieron, y que tienen la gran curiosidad de presentar con ocho años de anticipación la mayor parte de las ideas fundamentales del memorable *Ensayo* de Donoso Cortés.

En lo que sí hubo total uniformidad de criterio entre Balmes y Quadrado fué, como queda dicho, en las cuestiones políticas y sociales; de tal modo, que la colección de los escritos del uno debe considerarse como necesario complemento y apéndice de los del otro. *La Fe* es inseparable de *La Civilización* y de *La Sociedad*; *El Conciliador* completa *El Pensamiento de la Nación*. Y puede decirse que cuando la muerte arrebató á Balmes en 1848, termina también la vida política de Quadrado, que dedicado desde entonces á la historia y al arte, sólo rarisimas veces rompe el silencio, y eso no para cuestiones de política diaria, sino para notar los progresos del

socialismo en 1850 y buscar remedio á la nueva dolencia; ó para defender la unidad religiosa en 1855 y en 1868.

El punto culminante de las campañas periodísticas de Quadrado ha de buscarse en sus escritos del año 1845 publicados en *El Conciliador* y en *El Pensamiento de la Nación*, siendo director del primero de estos periódicos y colaborador asiduo del segundo, que dirigía Balmes. La generosa fórmula que en ambos se defendía, no era otra cosa que la reconciliación sincera de todos los españoles católicos y monárquicos, y como medio de lograrla y principio de una política nacional, la fusión dinástica que ahuyentara para siempre el espectro de la guerra civil, haciendo entrar en la legalidad constitucional al partido carlista. En torno de esta bandera, que á sus mismos adversarios pareció patriótica, se agruparon muchos hombres de buena voluntad, procedentes los unos del partido carlista, como el mismo Balmes y el mismo Quadrado, aunque éste por sus pocos años y aquél por la naturaleza de sus estudios estuviesen desligados de todo compromiso con los partidarios del absolutismo tradicional; y los otros de cierta fracción disidente del partido moderado, que más de una vez se vió á las puertas del poder, y que en las Cortes de 1844 llegó á estar representada por veinticuatro diputados, á quienes acaudillaba un hombre que fué dechado de caballeros y de ciudadanos: el segundo marqués de Viluma.

El pensamiento de Balmes y Viluma parece haber nacido al calor del movimiento nacional de 1843 que derribó al Regente Espartero. Vióse en aquella crisis á los moderados, sin perjuicio de aliarse con los progresistas, buscar también el apoyo de los carlistas vencidos, y halagar los sentimientos religiosos y tradicionales del país con promesas y esperanzas de próxima reparación; y vióse también á muchos de los carlistas prestarse gustosos á tales pláticas, y ayudar al triunfo de la coalición, que manifiestamente tuvo carácter de reacción monárquica en muchas ciudades. Pero tales esperanzas se vieron pronto desvanecidas. Es cierto que los progresistas

conjurados contra el Regente desaparecieron de la escena, poco después de su efímera y aparente victoria; pero llegados al poder los moderados, no desmintieron sus tradiciones de partido parlamentario, y lejos de dar paso alguno para la ansiada reconciliación, continuaron excluyendo del derecho común á los carlistas; y ni siquiera llegaron al arreglo de las cuestiones pendientes con Roma, prolongándose con esto años y años la tribulación de la Iglesia española, huérfana de sus pastores, despojada de sus bienes, herida y atropellada en su inmunidad.

Sólo aquella fracción del partido moderado á que aludimos comprendió en 1844 la verdadera situación de las cosas, y los deberes de un partido conservador y de orden en tales momentos, y no dudó en invocar el concurso de los carlistas para la grande obra de la pacificación moral. El alto espíritu de Balmes acogió gozoso la idea, y su palabra lógica y persuasiva la llevó por todos los ámbitos de España. Suscitada en 1845 la cuestión del matrimonio de la reina, *El Pensamiento* y *El Conciliador* pronunciaron sin ambages el nombre de su candidato, el conde de Montemolín, el llamado Carlos VI, el pretendiente expatriado y proscrito. El proyecto fracasó, y era inevitable que fracasase, no porque dejara de ser el único pensamiento genuinamente español, el único que hubiese atajado desastres sin cuento, dando acaso diverso giro á nuestra historia, sino porque á toda luz era prematuro é irrealizable. Las heridas de la guerra civil manaban sangre todavía, los odios no habían tenido tiempo de apaciguarse, y aún más que contra las ideas, estaban enconados contra las personas: las ruinas morales que deja en pos de sí una lucha ferocísima y sin cuartel, como fué la de los siete años, no se reparan en un día. Balmes y Quadrado llevaron el bálsamo á las llagas, pero no hicieron ni podían hacer más. Dos años de lucha y dos periódicos no bastan para pacificar un pueblo perturbado y desquiciado por medio siglo de revoluciones y reacciones, á cual más sanguinarias é insensatas. La fusión dinástica fué rechazada por

todo el mundo; á los liberales pareció una abdicación en favor del absolutismo, á los carlistas una apostasía en favor de los liberales: unos y otros invocaron la sangre derramada en cien batallas por la pureza é integridad de sus respectivos ideales; y el proyecto de matrimonio tropezó lo mismo con la oposición de la reina Cristina que con la de la familia proscrita, lo mismo con el clamoreo de los moderados, que con el de los progresistas. Las consecuencias de esta ceguera universal no hay que recordarlas; en 1894 hállanse las cosas en el mismo estado que en 1844; una revolución radical, que hundió en 1868 el trono de Doña Isabel en medio de la indiferencia, cuando no del regocijo de los carlistas, una nueva guerra civil y dinástica, no han bastado para convencer á los monárquicos españoles de la impotencia de sus esfuerzos aislados y del profético sentido de aquel postrer artículo de Balmes *¿Por dónde se sale?* Tres meses antes, Quadrado había escrito cosas análogas al retirarse á sus tiendas. Ellos solos tuvieron razón aquel día, pero con la desventaja de tenerla ellos solos y de tenerla antes de tiempo. Hoy mismo, después de medio siglo y de innumerables lecciones y escarmientos, ¿quién puede decir que el fruto esté en sazón, ni siquiera que se aproxime á la madurez?

No fracasó ciertamente la empresa de Balmes por incompatibilidad de principios, como algunos imaginan, sino por incompatibilidad de personas. Todavía en 1845 la bandera católica y monárquica podía cobijar á todos. La cuestión de tolerancia religiosa no se había presentado aún con el grave carácter que tomó en 1855, en 1869, en 1876. La Constitución de 1837, obra de los progresistas y principalmente de Olózaga, había respetado la unidad de la creencia nacional, y la de 1845 fué todavía más explícita en este punto. Había, es cierto, en el antiguo partido moderado, como hay en los modernos partidos conservadores, un número no pequeño de volterianos rezagados, de incrédulos ó indiferentes, hombres del siglo XVIII, convertidos á los principios de orden por el espectáculo de la revolución desatada, pero incapaces de com-

prender la intimidad del sentimiento religioso, ni de ver en la religión otra cosa que una salvaguardia de la paz pública y un *instrumentum regni*. Pero estos fueron siempre los menos, y su espíritu nunca dominó en el partido, que más bien fué aceptando con el transcurso del tiempo una gran parte del programa de aquella fracción disidente de 1844 que nunca llegó al poder, pero que continuó influyendo después de vencida y en apariencia disuelta. Hechos tales como la expedición á Roma en 1849, la negociación del concordato en 1851, la reacción de 1857, manifiestan claramente el prestigio y la fuerza que conservaban las ideas religiosas en la gran masa del partido conservador de aquellos días. Y en realidad el *Pensamiento de la Nación* no ha muerto aún, porque es de esencia perenne. Ayer mismo le vimos renacer con grandes esperanzas de triunfo; y aunque las pasiones humanas contrariaron ó esterilizaron por el momento tal obra, haciendo degenerar en grosero y escandaloso pugilato de injurias soeces y baldones irreparables una polémica nacida de diferencias mínimas, habría que desesperar de los destinos de España si no creyéramos que las palabras de paz y concordia entre los creyentes, que hoy suenan en labios de nuestro episcopado, dejen de ir labrando hasta en las almas más secas y endurecidas por el rencor y la soberbia.

Si las diferencias en el modo de apreciar las cuestiones político-religiosas no podían ser obstáculo en 1845 para la deseada unión de los católicos, puesto que ni siquiera la malhadada palabra *liberalismo* daba ocasión entonces, como da ahora, á esas interminables y soporíferas discusiones capaces de entontecer la cabeza más firme, tampoco la divergencia política era tal que impidiese la aproximación. Calificar de absolutista á Balmes sería no menor yerro que considerarle en filosofía como escolástico. Sus tendencias coincidían con las de la escuela histórica, que ya empezaba á tener secuaces entre los moderados, y que era especialmente profesada por un grupo de jurisconsultos catalanes, con quienes él sin em-

bargo no parece haber estado en relación. Era en verdad poco afecto á las constituciones escritas y á los códigos abstractos y dogmáticos, pero no rechazaba las formas ni aun la esencia del régimen representativo. Baste recordar las explícitas y generosas declaraciones que hay en su *Pío IX*, declaraciones tales que no sé si se las han perdonado todavía los que indignamente amargaron los últimos días del filósofo, y luego con llanto de cocodrilo lloraron su muerte, y hoy tienen valor para reclamarle como gloria propia después de haberle asesinado moralmente. Y en cuanto á Quadrado, aunque parece partidario de las cartas otorgadas y enemigo acérrimo del principio de la soberanía popular (como era consecuencia forzosa de su tradicionalismo), no insiste mucho en la discusión de los títulos de legitimidad y origen de la ley constitucional; y no sólo reconoce y acata la entonces vigente de 1845, sino que inculca en casi todos sus artículos la necesidad de que el régimen representativo, que bueno ó malo era ya el único posible, llegue á ser una realidad en la práctica. «No venimos á destruir la obra—dice—sino á completarla y ensancharla. No queremos retroceso de ninguna especie. Queremos el trono de Isabel II, y deseamos verle robustecido, nacional, rodeado del amor y respeto de todos los españoles... Queremos la ley fundamental del Estado, y tanto que deseamos verla arraigada, conaturalizada entre nosotros, puesta en armonía con nuestras costumbres y necesidades, y sobre todo observada á la letra y exenta de ciertas anárquicas prácticas parlamentarias que en vez de explicarla la tergiversan y aniquilan. Queremos el orden, pero fijo y con otro apoyo que el de las bayonetas (1); queremos la libertad, pero verdadera y común á todos; queremos que se acabe con las revoluciones y con las reacciones, previniéndolas á fuerza de prudencia y de equidad, quitando toda ocasión ó pretexto para ellas, y ganando los ánimos en vez de exasperarlos.»

(1) Eran los tiempos del general Narváez.

Tales artículos políticos son de los que resisten la dura prueba de ser coleccionados. Lo que contienen de personal y transitorio es tan poco, que más parecen escritos en previsión de lo futuro que en crítica de lo presente. Por eso, al coleccionarlos en 1871, pudo decir su autor: «En las apreciaciones de hombres y de cosas, después de tantos años, nada tengo que retractar ni que modificar siquiera.» Graves, doctrinales unas veces, otras finamente cáusticos, modelos de habilidad polémica y de fuerza dialéctica, pertenecen, literariamente considerados, á un género de periodismo que pasó y de que hoy apenas queda vestigio ni recuerdo. Hoy la penuria de ideas y de buenos estudios se suple con el énfasis hueco, y sobre todo con la abundancia de dicterios; y no es la prensa llamada *católica* la que ha dado menos procaces ejemplos en este punto, con universal regocijo de los incrédulos. Los que tal hacen dicen que defienden la buena causa, y en cierto modo no puede negarse que la defienden, dando con sus obras continuo testimonio de la excelencia y santidad de una causa que puede resistir á tales defensores. Otros eran los procedimientos polémicos que usaban los escritores católicos en 1845. No se había descubierto aún el piadoso sistema de atropellar la honra del adversario, tanto más odiado cuanto más próximo en ideas, y cebarse en su buen nombre para llegar á triunfar más fácilmente de sus doctrinas. Todavía no se había canonizado, en nombre de la caridad, el empleo diario de la injuria. Por eso á los paladares estragados de hoy quizá resulten escasos de pimienta los artículos políticos del Sr. Quadrado, aunque entre ellos hay más de uno que pasó en aquellos tiempos bienaventurados por obra maestra de refinado y sutil maquiavelismo.

Sólo una vez en su vida, y ciertamente con causa grave y que en parte disculpa este pecado de juventud, faltó á Quadrado moderación en el ataque. Me refiero á la famosa *Vindicación* que en el último número de *La Palma* (1841) publicó contra Jorge Sand, con ocasión del injurioso y fantástico re-

lato que la célebre novelista había escrito de su viaje á la isla. Fué aquella venganza *merecida más que lícita*, según la frase de Moncada, que oportunamente recuerda Valera á este propósito; y no hay duda que traspasó con mucho los límites de la justa defensa, acrecentando la gravedad del caso el ser tan grande, aunque extraviada escritora la que en aquella fulminante catilinaria salió marcada con el hierro del oprobio. Pero repito que este caso fué único y bien disculpable en la ardorosa sangre de un mancebo levantino de veinte años, herido en lo más profundo de su afecto filial. Pero desde entonces acá, nadie, ni siquiera el Dr. Mateos Gago con la formidable polémica que en 1872 se suscitó á propósito de la minoría galicana del Concilio Vaticano, ha tenido poder bastante para hacer salir un punto á Quadrado de la admirable serenidad de espíritu con que ve y juzga desde su filosófico retiro todas las cosas humanas.

Este prólogo se ha dilatado tanto que apenas me resta espacio para hablar de otra sección muy importante de los escritos del Sr. Quadrado, precisamente de aquella que con menos incompetencia puedo juzgar. Pero esta misma razón me obliga á no atropellar en breves líneas este examen, que pronto encontrará lugar adecuado en un libro mío, y á limitarme por hoy á una somera indicación. Los mismos principios estéticos que le han guiado en sus estudios de arqueología artística, dominan en sus numerosos artículos de crítica literaria, dispersos en *La Palma*, la *Revista de Madrid*, el *Museo Balear* y otras varias publicaciones. Estos principios, expuestos con notable elocuencia en la tercera sección del programa de *La Fe*, son los del idealismo romántico en toda su pureza, y libres de las exageraciones que desacreditaron el sistema. Para él la libertad literaria nunca se confundió con la anarquía, ni creyó jamás que la fe en la inspiración empeciese en nada al trabajo del arte. Admitió el principio de imitación, pero en el sentido de imitación del prototipo de belleza. No negó ni la existencia de preceptos, ni la necesidad de la crí-

tica, ni la autoridad de los modelos; pero no admitió otros preceptos que los que son condiciones esenciales de la obra artística y nacen de las entrañas mismas del asunto: afirmó el carácter siempre relativo de la crítica y la necesidad de ponerse en el punto de vista del autor juzgado, y al propio tiempo sostuvo que la literatura no era ciencia progresiva, sino «un arte cuyas producciones son por sí mismas aisladas y completas, con su principio y con su término»: finalmente proclamó á la imaginación libérrima en su esfera. No por eso dió cuartel á ciertas monstruosidades románticas, ni por espíritu de reacción incurrió tampoco, como D. Alberto Lista y otros, en la insigne contradicción de condenar en Víctor Hugo lo mismo que aplaudía en Calderón. En el delicado punto de las relaciones del arte con la moral y la religión, su criterio fué tan firme y elevado como independiente. No es preciso que la literatura sea cristiana—dijo—pero nunca puede ser anti-cristiana, ni tampoco es lícito que, so pretexto de cantar las bellezas del cristianismo, profane y adultere monstruosamente sus verdades. No es preciso que un poeta cante las bellezas religiosas, por más que sean superiores á todas y fuente de todas. «En la misma literatura escéptica puede haber poesía, puede haber belleza, puede haber verdad relativa. ¿Quién negará el título de poetas á Byron, á Goethe, á Fóscolo? En aquella estrepitosa alegría y melancolía profunda, en aquella amenazadora serenidad y en aquellos martirios del corazón, en aquel caos de abyección y grandeza hay una belleza satánica, si se quiere, pero indeleble. Colocad al hombre de espaldas á la luz, apagad la antorcha de la revelación, y habrá también en aquel cuadro una verdad asombrosa. Además, es tal la naturaleza del espíritu, que mientras dé señales de vida, vive con él la poesía, porque aspira siempre á la belleza; y sus gemidos, sus delirios, su sed inextinguible, su continua protesta contra los sentidos, nunca dejarán de ser alto y sublime asunto.» Se ha introducido en estos últimos años una estética tan timorata y asustadiza,

que no sé cómo sonarán en los piadosos oídos de los discípulos del P. Jungmann estas valientes palabras escritas en 1844 en la introducción de una revista católica.

Lo cierto es que Quadrado fué siempre fiel á este criterio amplio y generoso, como lo atestiguan, entre otros artículos suyos, el que dedicó al examen de las obras de Víctor Hugo en 1839, y que con estar escrito en la primera juventud del autor, pudo ser reproducido sin ningún cambio importante en 1885, á la muerte (que deploró) del *tercer Narciso francés atacado de egolatría*; los relativos á Schiller y Manzoni, el segundo de los cuales obtuvo de Milá y Fontanals el alto honor de insertar sus principales párrafos, con grande alabanza de Quadrado, en su propia biografía del autor de *Los Novios*; el profundísimo análisis psicológico del genio de Ausias March, que en 1841 y en la *Revista de Madrid*, abrió nuevo camino á la interpretación y crítica de los misterios de intimidad afectiva que se esconden bajo la dura corteza de los versos de aquel poeta valenciano, el más genuinamente lírico de nuestra Edad Media. Páginas son todas éstas de alta y novísima crítica, y que en el tiempo que se escribieron sólo podían parangonarse con algunas de Piferrer y de Durán. Y es de ver cómo el culto de los númenes románticos, la fervorosa devoción por Shakespeare, por Schiller, por Manzoni y aun por Víctor Hugo, no excluye ni contradice en el ánimo de crítico el amor á la belleza clásica, y aun á la de sus imitadores, tales como Alfieri y Moratín, «el profundo y sencillo Moratín», como decía Piferrer, quien compartía esta admiración con Quadrado y Milá.

Ha hecho nuestro prosista pocos pero excelentes versos. En la colección de leyendas que con el título de *Mallorca poética* se halla entre las *Rimas* de otro patriarca de la literatura balear, D. Tomás Aguiló, amigo fraternal y asiduo colaborador de Quadrado, se leen tres admirables narraciones poéticas de éste, el *Ultimo rey de Mallorca*, *Armadans y Españols* y las *Bodas del Conde Malo*, tales como podían espe-

rarse de un arqueólogo artista, encariñado con su asunto, y hábil como pocos para trazar un cuadro de época con su propio y adecuado color y en pocos y vigorosísimos rasgos.

Otra novedad de la presente edición será el teatro del señor Quadrado, de cuya existencia muy pocos tienen noticia. Se compone de tres dramas originales, *Leovigildo*, *Cristina de Noruega* y *Martín Venegas*, en prosa los dos últimos, y de tan distintas edades en su argumento como son la VI, la XIII y la XVII centuria; en los cuales, á juzgar por los recuerdos de una rápida y ya lejana lectura, si falta algo de experiencia teatral, no falta el reflejo de aquel númen sereno y reflexivo que dictó *Carmagnola* y *Adelchi*.

A estas obras originales hay que añadir tres refundiciones de Shakespeare: *Macbeth*, *El Rey Lear* y *Medida por medida*, obras de arte paciente y laborioso, y nuevo modo de manifestar el amor mezclado de asombro y acatamiento que Quadrado, como todos los espíritus superiores, profesa á aquel rey del teatro, cuyo genio parece como anuncio de una futura casta humana superior á la que conocemos. Admitido que á tal poeta convenga ni sea lícito refundirle (sobre lo cual ya amistosamente hemos discutido el traductor y yo), hay que reconocer que las refundiciones de Quadrado, lejos de recortar y profanar la grandeza del texto como las de Ducis, tienden sólo á acomodarle á las necesidades de la representación moderna, á las cuales es preciso conformarse, puesto que ni en la misma Inglaterra se representan estos dramas íntegros y tales como el poeta los escribió, ó bien borrar aquellas manchas de estilo que son del tiempo y no del autor. Ha refundido también ó casi traducido, en prosa que no desmerece de los vigorosos versos de Alfieri, la tragedia *Saúl*, sin más modificaciones que las exigidas, unas por la ortodoxia, otras por la supresión del papel de Micol que no cabía en un teatro cuyos actores eran simplemente jóvenes de la Asociación de católicos. En otro género ha traducido los *Himnos Sacros* de Manzoni, sin estrellarse como otros traductores en la repro-

ducción exacta de los metros originales que con su aparente facilidad de adaptación á nuestra lengua han engañado á tantos, sino procurando tan solo una imitación general del movimiento rítmico, con lo cual queda holgura para la expresión exacta del pensamiento original, sin necesidad de andar á caza de esdrújulos violentos y afectados.

No hemos apurado ni con mucho el catálogo de todas las obras de Quadrado, de quien puede decirse que apenas ha dejado sin cultivar rama alguna de la literatura. Aun en la novela histórica, los capítulos que ha añadido á la que dejó incompleta su amigo D. Tomás Aguiló con el título de *El Infante de Mallorca*, prueban lo que hubiera podido hacer en este género, al cual parecía llamado como Walter Scott por su vocación de arqueólogo-poeta.

Finalmente, el Sr. Quadrado ha llevado la literatura á los libros de devoción tan necesitados actualmente de ella como ricos fueron en otro tiempo; y su *Mes de María*, su *Mes de San José*, su *Semana Santa* y otros opúsculos ascéticos, cuyas ediciones se repiten incesantemente en Barcelona, son de los rarísimos de su género que puedan satisfacer al hombre de gusto, á la vez que infundir suave y místico deleite á las almas piadosas que todavía no han perdido la buena costumbre de hacer en castellano sus lecturas espirituales.

Si se atiende á todo lo expuesto, habrá que convenir en que pocos escritores españoles de nuestros días han poseído tal suma de varias aptitudes como Quadrado, y pocos han sabido desarrollarlas de un modo tan completo y darles tan adecuado empleo. Las Baleares, cuya historia literaria es tan larga y gloriosa, no han producido escritor tan eminente desde los tiempos del Iluminado Doctor Ramón Lull.

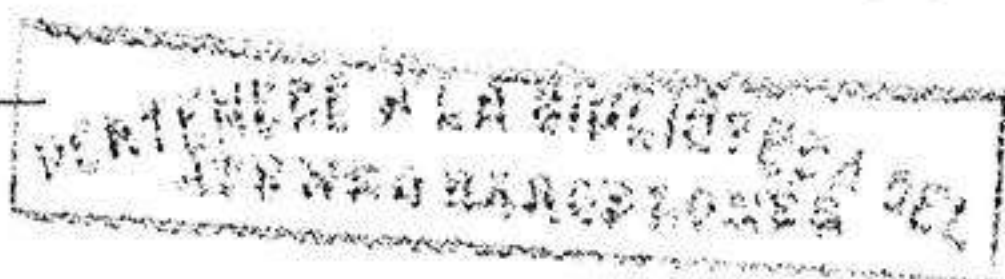
No hace aún tres años que la juventud literaria de la *Isla Dorada* festejaba en triunfal banquete la gloria del veterano y el quincuagésimo aniversario de la publicación de *La Palma*, memorable semanario del cual arranca el moderno renacimiento de la cultura mallorquina. Yo, que sólo en espíritu

pude asistir á aquella fiesta, me complazco hoy en adherirme á los homenajes que allí se tributaron al sobreviviente fundador, enviándole desde las polvorientas orillas del seco Manzanares esta pobre y tardía congratulación, sintiendo sólo que no vaya envuelta entre el azahar de los naranjos de Sóller.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

NOTICIAS CURIOSAS

PARTICULARIDADES Y ANÉCDOTAS RELATIVAS AL «QUIJOTE» (1)



Sr. D. José Lázaro Galdiano:

Mi querido amigo: Como fué de V. el pensamiento de este artículo, suyo debe ser también el aplauso, si alguno merece á sus lectores. Las faltas de ejecución correrán á mi cargo; y aunque sean muchas, nunca serán tan grandes como el afecto que le profesa su amigo, q. l. b. l. m.,

J. M. Asensio.

EN las obras que alcanzan celebridad y en las vidas de los hombres ilustres, todo es interesante y ameno. La posteridad desea tener conocimiento exacto de los menores detalles, de las más pequeñas aventuras, de lo que parece más insignificante, cuando se relaciona con los genios que la ennoblecen, con sus costumbres y caracteres; y nada quiere ignorar de los elementos que pudieron contribuir á sus inspiraciones y entraron á formar parte de sus obras.

Volúmenes enormes podían llenarse con las anécdotas que se han escrito, verdaderas ó supuestas, con relación á la *Divina Comedia*, á la *Jerusalén libertada*, á la *Iliada* y á *Los Lusíadas*; sobre Virgilio y sobre Camoens, y de los hechos de

(1) Al presente artículo seguirán otros, escritos por los primeros cervantistas españoles, tratando esta misma materia.

Rogamos á los que conozcan noticias curiosas, particularidades y anécdotas relativas al *Quijote* las envíen á esta redacción.—(N. DEL D.)

César, de Cristóbal Colón, de Napoleón el Grande y de Cervantes. Pueril y excusado trabajo además sería el de querer comprobar esta afirmación acumulando citas que ocurren á cualquiera fácilmente.

Si hemos apuntado la idea, ha sido como disculpa anticipada por la nimiedad de algunos de los rasgos que pueden acudir á nuestra memoria y salir de la pluma al recordar la varia suerte de la inimitable obra de entretenimiento, de la primer novela de todas las literaturas, de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*; porque bien se nos alcanza que podrán ser tachados de nimiedades, y aun de menos, si no se tiene el ánimo dispuesto y el paladar acostumbrado, por decirlo así, para saborear tales minucias literarias, ó no despiertan la curiosidad por referirse á tan hermoso libro y á su autor incomparable.

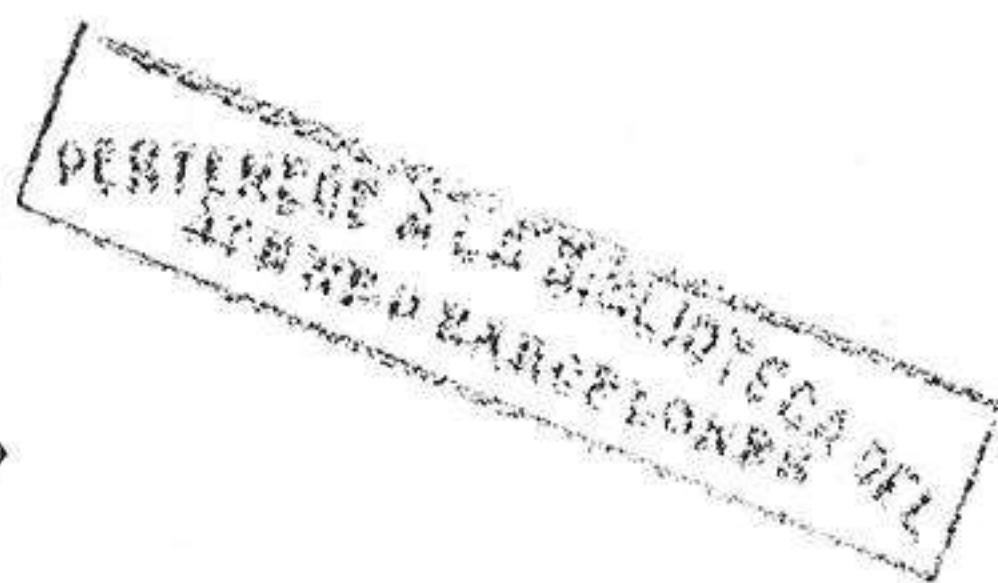
I

NOTICIAS ANTICIPADAS

A la verdad, la obra de Cervantes parecía predestinada á gran celebridad. ¿Cómo explicaremos, á no creerlo así, que no habiéndose entregado el *Quijote* á la imprenta hasta el último tercio del año 1604 (el privilegio concedido á Cervantes tiene fecha del 26 de Setiembre, y hasta entonces no pudo darse principio á la impresión), ya Lope de Vega se adelantase á manifestar su desagrado en carta fecha en Toledo á 14 de Agosto, en la que escribía: «*De poetas, no digo; buen siglo es este. Muchos están en zierne para el año que viene; pero ninguno hai tan malo como ZERBANTES, ni tan necio que alabe á DON QUIXOTE...?*» La carta se conserva escrita de puño y letra de Lope; la mención es por demás extraña, no habiéndose impreso la novela.

Más de un mes antes del privilegio concedido á Cervantes, con la fecha de 22 de Agosto de 1604, se había dado licencia á Francisco de Ubeda (seudónimo tras el que se ocultaba Fray Andrés Pérez) para imprimir un libro de entretenimiento, titulado *La Pícará Justina*, cuya edición debió ponerse á la venta al empezar el año 1605, pues ya en ese mismo la reimprimió en Barcelona el impresor Sebastián Cormellas. ¿Qué explicación tienen, por tanto, los versos que el autor pone en el capítulo IV del libro II, parte 3.^a, donde dice:

« Soy la Rey- de Picardi-
 Más que la rud- conoci-
 Más famo- que Doña Oli-
 Que Don Quijo- y Lazari-
 Que Alfarach- y Celesti-? »



¿Cómo podía ser *famoso* Don Quijote, cuando aún no había salido á luz la historia de sus aventuras?

No podrá tacharse de exageración al cervantista que sostenga que el libro que merece censuras de célebres escritores y se dice famoso antes de que pueda ser conocido, es un libro predestinado.

II

ERRATA NOTABLE

El *Quijote* debió aparecer al público á principios del año 1605. Lo persuade la fecha de la fe de erratas, que demuestra estaba terminada la impresión en 1.^o de Diciembre de 1604; lo confirman los hechos, pues en 26 de Febrero y en 25 de Marzo de 1605 ya se dieron licencias en Lisboa á los editores Jorge Rodríguez y Pedro Crasbeeck para que pudieran reimprimirlo.

Estas licencias causaron gran alarma al librero Francisco Robles, que había comprado á Miguel de Cervantes el derecho de imprimir *El Ingenioso Hidalgo*, y para prevenir la reproducción de ediciones en los reinos que formaban la corona de España, solicitó y obtuvo nuevo privilegio que comprendía á Aragón y Portugal, y puso en circulación inmediatamente nueva edición. Por cierto que insertó en ella el certificado de Portugal, pero no el de Aragón, y la misma falta se nota en la edición de 1608.

Las dos ediciones hechas por Juan de la Cuesta en el año 1605, son del todo diferentes, según se conoce por un simple cotejo. La precipitación con que se hacía la segunda se nota desde la página misma de la portada, en la que se dice «*Dedicada... al Duque de Béjar, Conde de Barcelona* (título que solamente correspondía á los reyes de España)», y se le pone señor de las villas de Capilla, Curiel y *Burgillos*.

III

PRIMERAS CORRECCIONES

A Lisboa y á otros puntos debieron expedirse muy pronto los ejemplares de la edición primera. Por alguno de ellos se copiaron las ediciones hechas en Lisboa por Jorge Rodríguez, en 4.º, y por Pedro Crasbeeck, en 8.º; y la demostración es muy fácil, y ya la hemos hecho á otro propósito.

Llama la atención, que á pesar de lo atropellado y presuroso que anduvo el librero Robles para que saliera la nueva edición, todavía tuvo tiempo para poner manos en la obra de Cervantes, haciendo la variación y truco de unas frases que desde luego debieron parecerle disonantes. En el cap. xxvi, al quedarse solo el buen hidalgo de la Mancha en las aspere-

zas de Sierra Morena, cual otro Amadís de Gaula en las de la Peña Pobre, exclamaba:

«Ea, pues, manos á la obra, venid á mi memoria cosas de Amadís, y enseñadme por dónde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo más que él hizo fué rezar *y encomendarse á Dios: ¿pero qué haré de rosario que no le tengo? En esto le vino al pensamiento cómo lo haría, y fué que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa que andava colgando, y dióla honze ñudos, el vno más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millón de Ave Marías...»*

En la segunda edición desapareció una parte de este concepto que, sin duda, pareció atrevido al librero, pues no creo de Cervantes las palabras que se sustituyeron. «Ea, pues, manos á la obra, dice la segunda edición, venid á mi memoria cosas de Amadís y enseñadme por dónde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo más que él hizo fué rezar, *y así yo haré yo. Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque que ensartó, de que hizo un diez.»*

Es de notar que la Inquisición no puso reparo alguno, ni encontró censurable el concepto variado.

Las dos ediciones de Lisboa imprimieron la frase en su forma primitiva, como puede verse en los pocos ejemplares que de ellas se conservan, pues ambas son rarísimas, mucho más raras que las de Madrid de Juan de la Cuesta (1).»

(1) El docto Sr. D. Pedro Salvá, ocupándose de la edición de Jorge Rodríguez, al núm. 1544, tomo II de su *Catálogo*, dice: «Si bajo el punto de vista literario las ediciones de Madrid tal vez sean preferibles á la portuguesa, ésta las aventaja de mucho en cuanto á rareza; conozco algunos ejemplares de aquéllas: DE ÉSTA NO HE VISTO OTRO.» Nosotros hemos tenido ocasión de ver cuatro ejemplares de la de Rodríguez: el que fué de Salvá, vendido en París en 1892; el que posee D. Leopoldo Rius, en Barcelona; el del marqués de Jeréz de los Caballeros, en Sevilla, y el que tengo en mi colección. Salvá no logró adquirir el de Pedro Crasbeeck, sin duda *el más raro de todos*, de que poseo un precioso ejemplar.»

Y á la verdad, ese párrafo hace falta en su lugar, en los términos mismos en que fué escrito por Cervantes; porque más adelante, en el cap. XXXV, al penetrar cuantos en la venta se encontraban en aquel camaranchón donde sostenía Don Quijote descomunal batalla con los gigantes cueros de vino tinto, le hallaron en el más extraño traje del mundo. Estaba en camisa, *«la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos...»* ¡Como que le faltaba la *gran tira* que el loco la había arrancado antes!

Como en el estudio de la grande obra de Cervantes nunca dejan de encontrarse novedades, ha poco tiempo tropezamos con otra corrección hecha en las dos ediciones de Lisboa, que no fué aceptada por ninguna de las castellanas.

En las dos impresas por Juan de la Cuesta y publicadas en 1605, en el cap. XIII, que corresponde á la parte segunda de las cuatro en que entonces se dividía el tomo primero, encontramos el pasaje siguiente: Encaminábanse Don Quijote y los que le acompañaban á aquel punto de la sierra donde debía tener enterramiento el cuerpo del pastor Grisóstomo, y por la conversación del Hidalgo pronto vinieron en conocimiento los caminantes de su falta de juicio: «Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba, al llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase más adelante con sus disparates. Y así, le dijo: *Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra; y tengo para mí que aun la de los frayles Cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro Don Quixote, pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va á dezir verdad, no haze menos el soldado que pone en execucion lo que su capitan le manda, que el mesmo capitan que se lo ordena. Quiero dezir, que los religiosos, con*

toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra: pero los soldados y caualleros ponemos en execucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros braços y filos de nuestras espadas. No debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el Verano y de los erizados yelos del Invierno. Assí que somos ministros de Dios en la tierra y braços por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ella tocantes y concernientes no se pueden poner en execucion sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la professan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sossegada paz y reposso están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo dezir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de cauallero andante como el del encerrado religioso, sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado, etc.»

Esta comparación entre la vida sosegada del religioso y la trabajosa del caballero, puesta en boca de un monomaniaco por el autor ilustre, pasó sin tropiezo ante los censores de la obra en Valladolid; pero en Lisboa fueron más escrupulosos y no la miraron con buenos ojos, pues lo mismo en la edición hecha por Jorge Rodríguez que en la de Pedro Crasbeeck falta todo lo que hemos copiado en letra cursiva, enlazándose los conceptos de manera que no pudiera ser muy notable la falta.

Y es de advertir que solamente en las dos ediciones de Lisboa se hizo esa supresión, pues tanto en la tercera de Madrid de Juan de la Cuesta en 1608, después que ya podía ser conocido en España aquel escrúpulo, como en las de Bruselas de 1607 y Milán de 1610, se encuentra el pasaje en la forma que lo escribió Cervantes. Aunque también debemos convenir que el concepto es sobrado dudoso y atrevido, escrito por un soldado de Lepanto y de las Terceras, que había observado con disgusto las mezquinas y escasas recompensas otorgadas á los gloriosos defensores de la patria.

Muy poco tiempo después puso mano en el texto del *Quijote* otro corrector desconocido, pero no desacertado.

La primera edición de *El Ingenioso Hidalgo* que se hizo fuera de España, es la que estampó en Bruselas Huberto Antonio en el año 1607, tan preciosa como todas las que salieron de sus talleres, y hoy extremadamente rara.

El texto, dice el inteligente cervantista inglés Mr. Henry Edward Watts, fué revisado por algún lector asaz perito que, espontáneamente (sin autorización de nadie), hizo en él varias correcciones, con acierto tal, que algunas adoptó más tarde la Real Academia Española. La más notable de todas es el intento de poner en orden los pasajes que se refieren al robo del rucio de Sancho Panza, tan trocados en las ediciones de Juan de la Cuesta.

Parece que en Bruselas fué también donde apareció alterado por primera vez el título de la obra. En el año 1662, el editor Juan Mommarte, publicó una edición, que fué la primera que salió adornada con láminas, y la llamó VIDA Y HECHOS *del Ingenioso Cavallero Don Quijote de la Mancha*, título muy conforme con el gusto de la época, pero muy alejado de lo que pensó Cervantes.

IV

¿FALTAN CAPÍTULOS EN EL QUIJOTE?

Hace muchos años, en los primeros de este siglo, circuló entre los literatos de toda Europa la estupenda noticia de que existían muy ocultos en una biblioteca pública de Alemania algunos capítulos del *Quijote*, cuya publicación no se había permitido en España en el siglo XVII, y habían quedado inéditos y desde entonces desconocidos.

¡Eran autógrafos de *Cervantes*! ¡Se trataba de un trozo desprendido de *El Ingenioso hidalgo*! Calcule el menos impresionable de los lectores la sensación que produciría tal anuncio. Y se dió al asunto toda la gravedad, importancia y propopeya que convenía. Llegaron los papeles desde la biblioteca de Francfort á manos del ministro plenipotenciario de Prusia en París, pues se quería consultar á los más ilustres literatos y á las Reales Academias, disponiéndose aquel embajador á remitirlos á Madrid con las seguridades convenientes, por mediación de la Estafeta oficial... más no fué necesario tanto.

Habían pasado algunos años. Era ya á fines de 1823. Los sucesos políticos de España habían producido graves trastornos. La entrada en nuestra patria de los cien mil franceses al mando del duque de Angulema, y la reacción violenta que se inició al salir de Cádiz el rey Fernando VII, hicieron emigrar á cuantos más ó menos directamente habían tomado parte en la jura de la Constitución y en el gobierno liberal desde el año 1820 al de 1823, y se encontraban en París casi todos los hombres ilustres de España en ciencias y en las letras, como en artes y en política.

Tuvo el buen acuerdo el embajador de Prusia de consultar con eminentes literatos españoles, y fué tal y tan decidida la opinión que éstos manifestaron, que para evitar un paso ridículo se devolvió inmediatamente el manuscrito á la biblioteca de Francfort, de donde nadie ha pensado en ir á sacarlo desde entonces.

Y es de lamentar, á pesar de todo, que no se haya dado á la prensa ese intento de adición á las aventuras de Don Quijote, sea quien fuere su autor, aunque no lo mereciera por su mérito intrínseco, siquiera á título de curiosidad.

Capítulos de mi DON QUIJOTE DE LA MANCHA, no podidos publicar en España.

Tal era el epígrafe del manuscrito según lo escribe D. Diego Clemencín, refiriéndose á un documento que tiene la Real Academia de la Historia, y parece debían ser colocados después del capítulo LXII de la *Parte Segunda*; pues en la visita á la imprenta, que en él se refiere, vió Don Quijote las esquelas de invitación para un baile de máscaras en el palacio del gobernador de Barcelona, y ofreció asistir á él con su escudero; preparándose de este modo la ingerencia de los nuevos.

El primero de estos capítulos trata *De lo que sucedió á Don Quijote en un baile de máscaras.*

Copiamos el extracto que hizo Clemencín:

«Don Quijote se presenta en el baile armado y sin máscara, y Sancho vestido de disciplinante, en compañía de los amigos de Don Antonio. Por sugestión de éste, una dama requiebra á Don Quijote, y le pide la saque del cautiverio en que la tiene un viejo tutor, quien para apoderarse de su hacienda trata de casarse con ella. Después Sancho, despeluznado y desenmascarado por los tirones que le habían dado los muchachos y los que no lo eran, dice á su amo que ha visto los preparativos para la cena, y para disfrutarla desea que se acabe el baile. Al sentarse á la mesa los convidados, la dama quiere ponerse al lado de Don Quijote; el tutor se lo impide, ella llora y se queja al caballero manchego, quien enristrando su lanza arremete al tutor y derriba la mesa, y se concluye la fiesta con una paliza dada á Don Quijote y algunos palos de añadidura á Sancho.»

El segundo capítulo se intitulaba: *Desenlace de la aventura ocurrida en las máscaras.*

«Don Quijote se cura casi repentinamente con su famoso bálsamo. La dama enamorada va á verle, y Sancho, que había

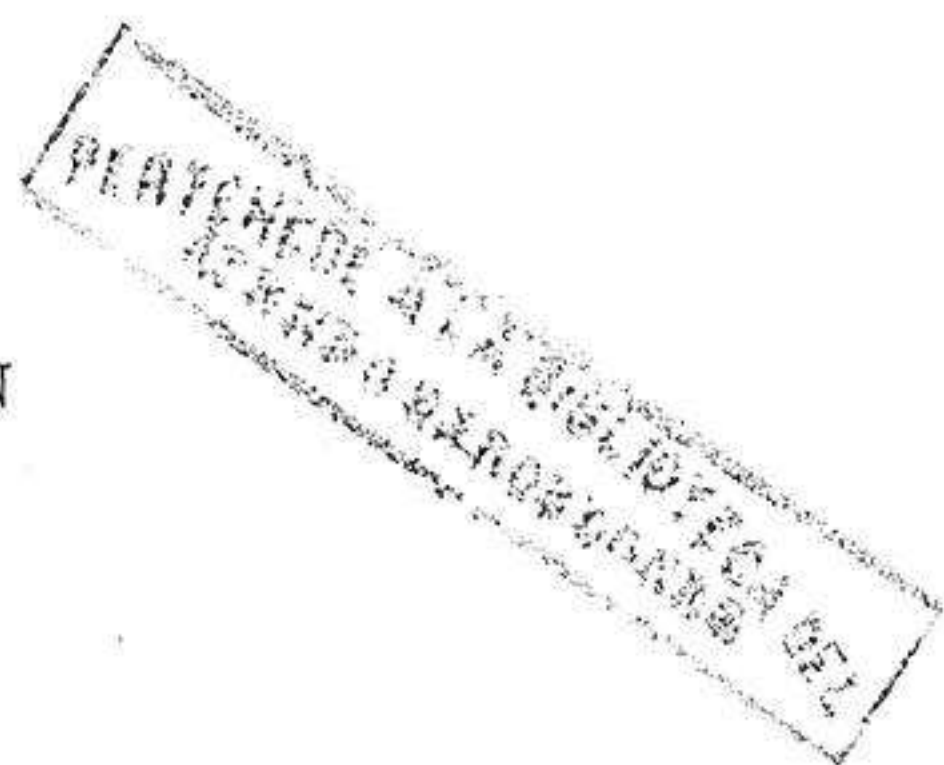
oído una cierta conversación entre ella y Don Antonio, se lo avisa á su amo, quien echando la culpa de todo á los encantadores, accede á las instancias de Don Antonio para ir á las galeras que estaban en el puerto, lo que regocija mucho á Sancho, por no haberlas visto en su vida.»

Y entonces llegaba su vez al actual capítulo LXIII, que refiere la visita á las galeras y lo mal que le avino con ellas á Sancho Panza que deberían pasar á ser el LXV.

V

PRIMERA VARIACIÓN

La dedicatoria.



La segunda edición de *El Ingenioso hidalgo* que se imprimió fuera de España, novena en orden entre las conocidas hasta hoy con certeza de la *Primera Parte*, es la estampada en Milán por el heredero de Pedromártir Locarni y Iuan Bautista Bidello, en el año 1610.

Es un precioso volumen en 8.º, hoy también de extrema rareza; y los editores suprimieron la *Dedicatoria* de Cervantes al Duque de Béjar, y la sustituyeron con otra suscrita por los mismos, dirigida al Conde Vitaliano Vizconde. Por ser la primera variación que se hizo en el *Quijote*, por los conceptos que en ellas se estampan, y por ser casi desconocida para los que no son muy versados en la literatura cervantina, juzgamos de curiosidad el insertarla.

«*All' illmo. Señor el Sig. Conde
Vitaliano Vizconde.*

»Cumple á los grandes como lo es V. S. Illustriss. el entender todo género de lenguas principales con las cuales se han

de tractar los mayores negocios, que en el discurso de tiempo se les puedan ofrecer. Y habiendo nosotros sabido que entre los más graves estudios en que V. S. Illustriss. pasa su pueril edad *tiene á las vezes gusto de la lengua castellana, agora hecha muy familiar á los Caballeros de esta ciudad tan noble;* por esta razon nos atrevemos á dedicar á V. S. Illustriss. el libro español del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que de nuevo hemos impreso, *sin hazerlo traduzir en lengua toscana, por no le quitar su gracia, que más se muestra en su natural lenguaje que en cualquiera traslado.* Vaya por toda Italia este libro con el escudo del nombre de V. S. Illustriss., de cuya resplandeciente y antigua nobleza no es menester decir muchas palabras en esta carta, pues con muchas no se acabaria. Bástanos suplicar á V. Sig. Illustriss. se sirva de conservarnos con el libro en su buena gracia. Y guarde Dios siempre y acreciente su Illustriss. persona como puede y nosotros deseamos. De Milán á 24 de Julio de 1610.

»Illustriss. Sig.

»Criados de V. S. Illustriss. que sus manos besan,

»*Los herederos de Pedromártir Socarni*

»*y Juan Bautista Bidello.*»

Nueva prueba ofrece esta *Dedicatoria* de que en los principios del siglo xvii *era muy familiar á la nobleza italiana la hermosa lengua española;* y así se explica que tantos y tantos libros de historia, de literatura, muchos de ciencia y artes y hasta algunos *de caballería*, se estampasen primorosamente en Milán, en Nápoles y en Venecia. Pero no es menos de notar el aprecio en que se tenía el lenguaje de Cervantes, cuya obra no se traducía *por no le quitar su gracia, que más se muestra en su natural lenguaje, que en cualquiera traslado;* y á la verdad no diría más en la época presente el más apasionado cervantista.

VI

ALUSIONES EN «EL QUIJOTE»

Indudablemente las primeras alusiones que los contemporáneos de Cervantes creyeron ver en su libro, fueron á personajes de la corte; si de algo embozado se le calificó fué de sátira política.

Fué apreciación equivocada; pero error nacido de la profundidad misma de la obra en su aparente superficialidad.

Las alusiones á empresas del emperador Carlos V, parecen del todo inverosímiles. Cervantes siempre habló con entusiasmo de aquel rayo de la guerra, y nada hay en el tono general de su obra, ni en el carácter de *El Ingenioso Hidalgo*, que fundadamente pueda referirse al del gran monarca de la casa de Austria, ni tomarse por parodia de su glorioso reinado. No fueron, sin embargo, del todo gratuitas las sospechas de los lectores, aunque bajo otro concepto, y en algo pudieron encontrar asidero los maliciosos para dar pábulo á las suposiciones.

En el *Epítome de la vida y hechos del invicto Emperador Carlos V*, que escribió D. Juan Antonio de Vera, Figueroa y Zúñiga, conde de la Roca, refiere que: «tal vez le quitaron la espada desnuda de la mano, que, sin poderla sustentar, *aspiraba á esgrimir con las figuras armadas de los tapices*; y otros le cogieron con el instrumento que más á mano halló, *irritando por entre las verjas de una jaula los leones que había en ella*, con tan posible peligro, que por asegurarle las cerraron de todo punto.»

Estas y otras semejantes anécdotas de la niñez de D. Carlos corrían entonces de boca en boca y eran de todos 'conoci-

das; y bien se comprende cuán fácil cosa era que se evocara su recuerdo después de leída *la descomunal batalla que tuvo Don Quijote con unos cueros de vino*; ó de ver al hidalgo esgrimir la espada contra las figuras del retablo de Maese Pedro, que si no eran tapices cerca le andaban, y desafiando la fiereza de los leones sin reparar en el peligro. No es necesario tanto para que en la imaginación del pueblo nazca y se grabe una conseja, se fije un concepto cuyas proporciones vayan creciendo gradualmente y separándose de la verdad primitiva hasta formar una historia completa y destituida absolutamente de fundamento.

Fácil era que *el caballero de los Leones* recordase al emperador, más aún si se pararon mientes en el epitafio que el bachiller Sansón Carrasco puso en la sepultura de Don Quijote, expresando que

Tuvo todo el mundo en poco :
Fué el espantajo y el coco
Del mundo, en tal coyuntura,
 Que acreditó su ventura
Morir cuerdo y vivir loco.

Sin ser vulgo ni pasarse de malicioso, vienen á la memoria, al leer tales conceptos, la vida del vencedor de Pavía y los últimos años del solitario de Yuste.

Cierto parece que en los despachos de Simón Contareni á la Señoría de Venecia, y de algún otro embajador, se indicaba que se había publicado en Madrid un libro con el título de *Don Quijote*, que era sátira embozada contra la privanza y gobierno del duque de Lerma.

Aún más explícitos, según lo manifestado por sir H. Rawdon Brown, que estuvo encargado por el ministro de Negocios Extranjeros de Inglaterra de examinar los archivos secretos de Venecia, hubieron de ser los embajadores Francisco Priuli y Francisco Morosini, denunciando en primer lugar la insig-

nificante protección que prestó el duque de Lerma á los planes de Emmanuel Filiberto de Saboya; protección que fué contraproducente, y que, á su decir, parodiaba Cervantes en la aventura del muchacho Andrés, vapuleado por el ganadero Haldudo, y *más reciamente después de la protectora intervención del Ingenioso Hidalgo*; representando éste al duque de Lerma, Haldudo á Enrique IV de Francia, y siendo el castigado Andrés el monarca saboyano.

Conforme á lo que de los mismos despachos se desprende, Sancho Panza sería ridícula é intencionada representación de D. Pedro Franqueza, uno de aquellos dos secretarios, hombres de la mayor confianza, que despachaban todos los negocios al duque de Lerma, y al cual fueron entregados *tres* de los *cinco* hijos de Emmanuel de Saboya cuando fueron llamados á España para que aquí vivieran y fueran conocidos, en la previsión de que, por falta de sucesión del rey Felipe III, pudiera recaer la sucesión de la corona en el príncipe Felipe, como hijo de la hermana del rey, doña Catalina de Austria.

A esta llegada, de *tres de los cinco* hijos de la princesa, alude claramente, en sentir de sir H. Rawdon Brown y de los despachos que registrara, la letra *primera de pollinos*, firmada por Don Quijote en las asperezas de Sierra Morena, mandando á su sobrina entregara á Sancho Panza (D. Pedro Franqueza) *tres de los cinco* que había dejado en casa.

El nacimiento de Felipe IV en 8 de Abril de 1605 dió término á aquellas esperanzas, poniéndolo también á muchas intrigas cortesanas; y á esto sin duda, en consonancia con lo anterior, aludió Cervantes al escribir en el romance que incluyó en *La Gitanilla*:

Esta perla que nos diste,
Nácar de Austria, única y sola,
¡Qué de máquinas que rompe!
¡Qué de designios que corta!
¡Qué de esperanzas infunde!
¡Qué de deseos malogra!

¡Qué de temores aumenta!
¡Qué de preñados aborta!

Tanto aquellas como estas alusiones, hijas pueden ser de la malicia de los lectores, rebuscadas por la pasión ó deducidas por la agudeza de ingenio suspicaz; pero hay en la parte primera del *Quijote*, al cap. XIX, una aventura, *que sin artificio alguno verdaderamente lo parecía*, y que es recuerdo indudable de un suceso reciente que ocurrió en el tiempo que Cervantes vivió en Andalucía, y de cuyas circunstancias, ó de algunas de ellas á lo menos, pudo ser testigo presencial el gran escritor.

Refiere el P. Fr. Jerónimo de San José en la *Vida* que escribió *del beato P. San Juan de la Cruz* (1), que el sábado 14 de Diciembre del año 1591 falleció en el convento de Ubeda aquel admirable religioso, víctima de fiebres que había tiempo le aquejaban. Fueron muchos los casos milagrosos que acompañaron á su muerte; y movidos de su gran devoción los señores D. Luis Mercado y doña Ana de Peñalosa, fundadores de un convento de Carmelitas en Segovia, sacaron orden del Consejo Real y patente de la religión, según expresa el cronista, para trasladar el cuerpo del venerable desde Ubeda á Segovia.

No pudo tener efecto la traslación la vez primera que la intentaron, á los nueve meses de habersele dado sepultura, porque el cuerpo se encontraba fresco y flexible, despidiendo una agradable fragancia; y se contentaron por entonces con cortarle para reliquia uno de los tres dedos con que escribía, que estaban lúcidos y transparentes.

«Al año siguiente, pasados otros nueve meses (en 1593), volvieron con los mismos despachos: desenterráronlo á deshora, y hallándole entero, aunque más enjuto, un alguacil de

(1) *Obras espirituales que encaminan á un alma á la más perfecta unión con Dios...*, por el... beato P. San Juan de la Cruz. En Sevilla, por Francisco de Leefdael, 1703, un tomo en folio marquilla.

corte lo acomodó en una maleta para mayor disimulo. En su ejecución sucedieron algunas maravillas. *La más notable fué que antes de llegar á Martos, por donde iban el alguazil y sus compañeros por desmentir las espías, de repente se les apareció un hombre, que á grande voces les dixo: ¿Dónde llevays el cuerpo del santo? Dexadle donde estaba. Aunque causó pavor al alguazil, pasó adelante.»*

Otros escritores añaden que no fué una, sino varias las apariciones misteriosas que intentaron impedir el viaje del alguacil, y que una de ellas fué un hombre á caballo que les preguntó qué era lo que allí llevaban. Léase después de tales antecedentes la aventura *del cuerpo muerto* que llevan á enterrar de Baeza á Segovia, y no se dudará de la alusión que encierra, por más que Cervantes, con singular ingenio y consumada maestría, la revista de novelescos accidentes para no ofender el sentimiento religioso que inspirara aquel piadoso robo, ni la veneración del santo á quien se refería. Aun así, nos llama la atención que se permitiera estando todavía tan recientes los hechos.

Muchas, muchísimas alusiones debe contener el *Quijote* á personajes y sucesos que el autor pudo observar por sí mismo; lo difícil es conocerlas y señalarlas sin incurrir en error, ni dejarse llevar de la fantasía á espacios imaginarios, como á más de un escritor ha sucedido. Hace dos siglos y medio podrían descifrarse muchas; hoy se hace casi imposible conocerlas.

Terminaremos recordando la discretísima reflexión de don Martín Fernández Navarrete, que apreciando debidamente la elevación de la crítica cervantina, su universal comprensión y alcance, defiende al autor de la nota de inverosímil con que algunos califican el gobierno de Sancho en la Insula, y dice: «Observación práctica hecha por el mismo Cervantes y acomodada en esta invención; *la cual es por esto* (añade Manuel Faria y Sousa) *tan verosímil, como cierto haber muchos Sanchos Panzas en tales gobiernos; y de esta manera escriben y piensan*

y reprenden los grandes hombres. Otras impugnaciones hay más detenidas, aunque disfrazadas con un velo muy delicado, por ser de tal naturaleza que podían acarrearle persecuciones en descrédito de su religiosidad y patriotismo. Quien lea con atención las aventuras de la cabeza encantada, del mono adivino, la inopinada y silenciosa prisión de Don Quijote y de Sancho por los criados del duque, el fingido funeral de Altisidora, aventuras que califica del *más raro y nuevo caso* de cuantos se contienen en su historia, comprenderá fácilmente que encierran alusiones misteriosas que no le era lícito desenvolver...»

J. MARÍA ASENSIO.

LA CONQUISTA DE MELILLA EN 1497 ⁽¹⁾

I

Sucesos recientes que ocupan el pensamiento y hacen latir con fuerza el corazón de todo buen español, han logrado que las miradas de la Europa entera se dirijan hacia ese pequeño trozo de tierra española enclavado en la región más montuosa y accidentada del imperio marroquí y rodeado por las tribus más salvajes y fanáticas que pueblan el Mogreb; todo cuanto se refiere al Riff, á Melilla, á sus condiciones y á su historia, tiene para nosotros interés grandísimo; quizá los sucesos que en pasados días se verificaron en el Africa septentrional sean decisivos para la suerte de esa región y aun para el posterior desarrollo de nuestra política colonizadora é internacional, y justo es que todos contribuyamos al mayor afianzamiento de nuestras relaciones con Africa, aportando cada cual á la obra común el elemento que encaja dentro de su esfera y de sus habituales estudios y ocupaciones.

Quédese para el táctico imaginar planes de campaña; dedíquese el naturalista á estudiar la fauna y la flora del

(1) Ha sido imposible dar cabida al presente artículo en el número precedente de LA ESPAÑA MODERNA, por haber llegado á nuestro poder cuando se había ultimado la edición. Por esta causa ha perdido alguna actualidad.—(N. DEL D.)

país para utilizarlas en nuestro provecho; defienda el militar con las armas en la mano el honor nacional y venza y escarmiente á quien nos ofendió; negocie el diplomático y predique el sacerdote: todos serán obreros de la misma obra, todos trabajarán en tan laudable y patriótica tarea, y el concurso de todos es preciso para resolver los complejos problemas que encierra la que, en términos diplomáticos, recibe el nombre de «Cuestión de Occidente».

En tal supuesto, he creído que no holgaría en absoluto el contingente que á la mejor resolución del problema puede aportar la historia; muchas veces nos presenta una serie de esfuerzos infructuosos como consecuencia de la aplicación de la actividad nacional para la consecución de una empresa, y entonces importa considerar si la empresa es por sí misma imposible, ó si para conseguirla se siguió equivocado camino; en tal caso, lo pasado debe rectificar lo presente y prevenir lo futuro: tal es el valor real de las investigaciones históricas, y en eso consiste el aspecto práctico de esta ciencia y su aplicación al desarrollo ordenado de la vida.

II

Créese por la generalidad de los escritores, y repetidas veces se ha dicho y se ha impreso, que nuestras tentativas para establecer en Africa el dominio de España, arrancan de las expediciones de Cisneros, cumpliendo el pensamiento expresado por Isabel la Católica en su cono-

cido y famoso testamento (1); con tal motivo no suelen escasearse los elogios dirigidos á los dos personajes, atribuyéndoles la idea que hasta entonces nadie había expresado, de que nuestra misión estaba en convertir al cristianismo y ganar para la civilización á las tribus de allende el Estrecho; tal concepto es inexacto; antes de que la Reina expresase tal deseo y antes de que Cisneros organizase las inolvidables expediciones que pusieron en nuestro poder á Orán, Bugía y buena parte del territorio africano, habíase intentado la empresa y había ésta aparecido en la mente del Rey Católico, á quien de derecho corresponde el mérito de haber tomado la iniciativa en tan trascendental propósito.

Además de los hechos y datos que patentizan esta afirmación y que habremos de exponer más adelante, el buen sentido indica que de este modo debieron desarrollarse los sucesos; la historia demuestra, que todos los que en la Península intentaron en todas las épocas rebelarse contra el poder central ó se vieron necesitados de extraña protección, acudieron á los monarcas africanos en demanda de auxilios y medios para dar fin á su empresa: en tiempos de Wamba, rechaza este monarca una invasión de africa-

(1) Dormer: «*Discursos varios de Historia con muchas escrituras reales antiguas y notas y algunas dellas recogidas y compuestas por el Doctor Diego Josef Dormer, Arcediano de Sobrarve en la Santa Iglesia de Huesca del Consejo de su Magestad, su Secretario en el Sacro-Supremo de la Corona de Aragon y su Coronista y mayor del Reino de Aragon. — Año 1683. — Con licencia. = En Zaragoza por los Herederos de Diego Dormer.*»

Inserta el Testamento de la señora Reyna Católica Doña Isabel, hecho en la Villa de Medina del Campo á doze de Octubre del año M.D.III.— Y en la pág. 348 dice: «*E ruego e mando á la dicha Princesa mi hija e al dicho Principe su Marido, que como Católicos Principes, tengan mucho cuidado de las cosas de la honra de Dios... que no cesen en la conquista de Africa e de pugar por la Fe contra los Infieles...*»

nos: Sisebuto fundamenta su decreto de expulsión de los judíos, en supuestas ó tal vez reales alianzas entre éstos y los berberiscos, y á Muza acuden los hijos de Witiza en demanda de auxilio para restaurar la dinastía caída, en frente de Rodrigo, representante de la nobleza, ávida de conservar sus prerrogativas, dando lugar á la invasión árabe en nuestra patria (1).

Durante la reconquista, de Africa vinieron las fuerzas que dilataron la lucha y detuvieron la marcha creciente y avasalladora de las armas cristianas; los almoravides y almohades detuvieron con su potente esfuerzo y sus victorias la decadencia de las armas musulmanas, y si vencimos al fin en las Navas, las derrotas de Zahaca y Alarcos, bien puede asegurarse que retrasaron en más de un siglo la conquista de Granada; de suerte que los Estados mahometanos del Africa constituyeron auxilio poderoso de los de la Península, y conquistados éstos, tenían forzosamente que ser una constante amenaza para los cristianos, mal seguros todavía en los nuevos territorios que debían al esfuerzo de sus armas. Compréndese, por tanto, que la mejor manera de asegurar las nuevas conquistas, era poner á los africanos en la imposibilidad de efectuar una nueva agresión, y para ello nada más conveniente que establecer puntos estratégicos dentro de su mismo territorio, en donde las guarniciones cristianas pudieran tenerlos á raya.

No hay necesidad, por tanto, de imaginar poderosas

(1) Tal es el sentido y carácter que á la conquista de España por los árabes dan las modernas investigaciones. Véase acerca de este punto el precioso trabajo de D. Eduardo Saavedra, titulado *Estudio sobre la invasión de los árabes en España*. Madrid, 1892; y la conocida obra de Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le moyen age*. Leyde, 1860, pág. 2 y siguientes.

intuiciones en la Reina y en Cisneros acerca de la suerte ulterior de España y la conveniencia de encaminar hacia el Africa las energías nacionales; no hay que suponer tampoco deseos vehementes de una evangelización rápida para explicarnos las tentativas que se realizan para asentar nuestra planta al otro lado del Estrecho; estas expediciones constituyen medidas de prudencia para asegurar lo conquistado y son debidas al deseo de que no se malogren los esfuerzos realizados para arrojar el islamismo de nuestra patria.

No hay que olvidar la oposición tenaz que el mundo mahometano hizo á la conquista de Granada. El Gran Turco amenazó al Rey Católico con degollar á los cristianos de Oriente, si el reino de Granada era destruido; la contestación del monarca aragonés fué tan enérgica como decisiva; Galip de Ripoll, almirante de la escuadra aragonesa, ocupó los Dardanelos é impuso al Sultán respeto para las decisiones de España, á la vez que evitó el auxilio que á los moros granadinos pudieran haber prestado los musulmanes del Oriente; el poderío de los mahometanos era grande en esta época, caracterizada por la aparición en la escena histórica de los turcos, pueblo que había de aterrar á Europa bajo el mando de Selim I y Solimán el Magnífico, y que, durante algún tiempo, tuvo sobre los pueblos cristianos evidente superioridad militar.

Era fácil que los mahometanos intentasen rehacerse; estaba demasiado reciente el recuerdo de las hermosas vegas que se habían visto precisados á abandonar; quedaban gran número de ellos en nuestro territorio; no era imposible que hubiese intentos de reconquista; todas estas razones hubieron de influir, sin duda, en el ánimo de los reyes, y por eso vemos que, apenas hay ocasión oportuna

para ello, se intenta la empresa de establecerse en Africa y trasladar allí la guerra terminada en la Península.

Si los Reyes Católicos hubiesen estado libres de otros importantísimos asuntos que solicitaban su cuidadosa atención, es seguro que durante el resto de su reinado habrían dirigido al Africa las armas españolas y se hubieran conquistado entonces extensos territorios que hoy constituirían países totalmente civilizados y sometidos á España; tal propósito fué de imposible realización; apenas terminada la conquista de Granada, regresó Cristóbal Colón de su primer viaje; todo el inmenso campo que presentaban los territorios descubiertos, atraieron las miradas y la codicia de aventureros y marinos; tenía mayores atractivos la busca del oro en América que no la lucha sangrienta en Africa; el sentimiento religioso encontraba en ambas regiones horizontes amplísimos; en vez de rescatar el Santo Sepulcro y convertir infieles mahometanos, podían atraerse á la fe de Cristo idólatras indios, y por esta senda se lanzaron misioneros, marinos y soldados, imposibilitando nuestro desarrollo en Africa; las guerras de Gonzalo de Córdova en Italia, comienzan á continuación y absorben nuestra energía militar; vienen después sucesos que desvían hacia el interior de Europa nuestras fuerzas, y tan sólo en tiempo de Cisneros — verdadero paréntesis en la política española — se intenta seguir lo que el Rey Católico había comenzado.

No fué posible sostener la obra de Cisneros; Carlos I se ocupó de los moros de pasada; tan sólo cuando molestaron demasiado se dirigió la expedición contra Barbarroja; Francisco I y la Reforma absorbían su atención; los sucesores del emperador no se cuidaron tampoco de la política africana, y por culpa de las circunstancias y del desarrollo especial de nuestra historia, debiendo ser los

primeros en poderío y en derechos á civilizar el Africa, nos quedaremos los últimos, recogiendo lo que quieran darnos, y cuidando de no dejar alguna porción de nuestro propio territorio en las manos rapaces de las grandes potencias europeas.

III



Terminada en 1492 la conquista de Granada, y con ella la guerra que durante ocho siglos había absorbido las fuerzas militares de España, viéronse seguidamente envueltos los monarcas en las guerras de Italia, que comenzaron en 1494; asunto fué éste que reclamó toda su atención, por ser el enemigo formidable y poder dar lugar la lucha comenzada á gravísimas complicaciones internacionales; paralelamente á estos sucesos, se verifican el segundo y tercer viaje de Cristóbal Colón; en 5 de Setiembre de 1493 sale la segunda expedición para Tierra Firme, y regresa el Almirante en 11 de Junio de 1496, después de un viaje desastroso, en el que tuvo que luchar con obstáculos materiales sin número; prontamente intentó organizar una nueva expedición, para la cual pidió ocho buques, y á ello accedieron los Reyes; pero los varios asuntos que solicitaban la atención de los monarcas iban dilatando el logro de sus deseos; además del ejército que operaba en Italia al mando del Gran Capitán, formábase otro ejército de observación en la frontera francesa, ante el temor de una invasión por esta parte, y equipábase una escuadra de cien galeras para conducir á Flañdes á Doña Juana, donde había de celebrar esponsales con

el archiduque D. Felipe; en medio de todas estas atenciones, aumentadas por los asuntos de política interior, se verifica la conquista de Melilla, prueba evidente de que el monarca no desatendió la primera ocasión oportuna para encaminar al Africa el empuje de nuestros soldados.

El año 1497 halláronse los Reyes ocupados en el Norte de España; desde el mes de Enero hasta el de Abril estuvieron los Reyes en Burgos; en Mayo fueron á Valladolid y Medina, y en dichas poblaciones permanecieron hasta Setiembre, en que se trasladaron á Valencia de Alcántara, y más tarde á Alcalá de Henares, en donde invernaron (1): no es posible puntualizar en cuál de estas poblaciones se dió la orden de conquistar á Melilla, por no haber podido hallar este documento; pero constando que la expedición se verificó en el mes de Setiembre de 1497, puede conjeturarse que el documento debió fecharse en Medina del Campo. La orden de conquista fué dada por el Rey; este es el primer extremo que interesa poner en claro; se ha supuesto por algunos escritores que la iniciativa había partido del duque de Medinasidonia, y el monarca se había limitado á aprobar lo hecho; nada más inexacto; los historiadores manifiestan claramente que el Rey dió esta orden; Andrés Bernáldez dice (2): «*Año de 1497 susodicho, en el mes de Septiembre, por mandado del Rey Don Fernando, fizo el duque, etc.*» Este texto del Cura de los Palacios está en abierta oposición con otros textos que se

(1) Así lo manifiesta el Dr. D. Lorenzo Galindez de Carvajal en su *Memorial y registro breve de los lugares donde el Rey y Reyna Católicos, nuestros Señores, estovieron cada año desde el de 1468 hasta que Dios los llevó para sí*. Está publicado en la «Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra,» t. LXX, pág. 535.

(2) *Crónica de los Reyes Católicos*, cap. CLVI, publicada en el tomo III de *Crónicas de los Reyes de Castilla*, en la colección Rivadeneyra, tomo LXX, pág. 692.

aducen por los sostenedores de la opinión contraria; el Sr. D. Rodrigo Amador de los Ríos, en un erudito artículo publicado en *La Ilustración Española y Americana* (1), se apoya en las manifestaciones de Pedro Barrantes Maldonado, que en sus *Ilustraciones de la casa de Niebla* (2) manifiesta lo contrario; dice el escritor citado, que el Rey envió al comendador Martín Galindo para que examinase la ciudad y viese si convenía poblarla, y que el dictamen fué negativo, por lo cual el Rey «*se dexó del pensamiento que tenía de poblar á Melilla*»; entonces, continúa Pedro Barrantes, «*D. Juan de Guzmán, duque de Medina (Çidonia), conde de Niebla, fué avisado ansimismo de cómo la cibdad de Melilla estava despoblada, e de cómo avia ido Martin Galindo á verla, é cómo el Rey no la queria poblar*», y como este duque don Juan tenía de sus antepasados el señorío de la llamada Costa de Castilla, que se extiende desde las aguas de Sanlúcar á la desembocadura del Guadiana, y defendiendo dicha costa mantenía las naves necesarias para libertarla de las correrías de los corsarios berberiscos, «*deseoso de servir á Dios en la guerra de los moros, paresçiole que si él poblase aquel pueblo, que podria dende allí hazer guerra continua á los moros, é ganarles mas pueblos, é por ventura seria principio para ganar aquellos reynos de moros como se ganó el de Granada, é que seria grande utilidad é provecho á estos reynos de Hespaña tener en Africa un pueblo como Melilla*»; el duque, fundado en estas opiniones, dispone la conquista, y ésta se realiza por su cuenta.

Enfrente de estos dos textos tan disconformes, preciso

(1) Número XI. Madrid 20 Octubre 1893.

(2) *Memorial histórico español* publicado por la Real Academia de la Historia, bajo la dirección del Sr. D. Pascual de Gayangos, tomo X, páginas 404 y siguientes.

LA ESPAÑA MODERNA.—Enero.

es determinar cuál de los dos está en lo cierto: el cronista Zurita refiere en sus *Anales* la conquista de Melilla; y aunque manifiesta que la realizó el duque de Medina-Sidonia, y que él fué quien envió la armada que puso en nuestro poder la plaza africana, apunta curiosos datos acerca del destino que los barcos tenían antes de ser dedicados á esta empresa, y por ellos se ve que la armada era del rey y no del duque, y, por tanto, es difícil que sin el real permiso nadie se hubiera atrevido á emprender conquistas por su cuenta, utilizando para ello los buques y soldados del monarca.

Dice Zurita que el duque «*tenia junta vna buena armada, con la qual avia de ir el almirante Christoval Colon al descubrimiento de la tierra firme (1)*», y que esta armada fué la que se envió á Melilla; manifiesta más adelante que después de conquistada «*diose la governacion y tenencia della al duque y a sus sucesores*», y este último dato despeja la cuestión, que aparece algo confusa.

A mi juicio, y sin que esta opinión tenga el carácter de definitiva, por no haber documento oficial que la compruebe, los Reyes tuvieron noticia de que podía intentarse la conquista de la plaza; á este fin enviaron, á guisa de explorador, al comendador Galindo: el dictamen de éste fué desfavorable, y veremos que no fué el único que opinó en este sentido; á pesar de ello, los Reyes insisten en que la conquista se lleve á efecto, y á este fin ordenan al duque, gobernador de la costa andaluza, que envíe la

(1) Zurita: *Anales. Historia del Rey Don Hernando el Católico, de las empresas y ligas de Italia compuestas por Geronimo Çurita, Chronista del Reyno de Aragon.*—Tomo Quinto.—Con licencias y privilegios.—Impresos en Çaragoça por los Herederos de Pedro Lanaja y Iamarca, Impresores del Reyno de Aragon y de la Universidad.—Año 1670, lib. III, cap. XVI, folio 136.

armada dispuesta para que Colón emprendiera el tercer viaje; así se hace: el duque envía los barcos y la conquista se efectúa; verificada ésta, los Reyes dan su gobierno en feudo á la casa de Medina-Sidonia, y el duque recibe y ejecuta el encargo de guardarla y defenderla.

De esta suerte se explican las diferencias apuntadas entre los historiadores; hay que tener presente que el único que manifiesta que los Reyes no la quisieron poblar, y atribuye la iniciativa de la empresa al duque, es Pedro Barrantes Maldonado, en su obra ya citada, y ésta se dedica á elogiar á los condes de Niebla y á poner de relieve sus hazañas; no es extraño que al buen cronista se le fuese la pluma para acrecentar los méritos de los condes, ó acaso que creyese acto de iniciativa propia lo que era tan sólo cumplimiento de superiores órdenes.

No admitiendo esta explicación, no se comprenden las quejas del Almirante porque se distraían los buques destinados para su viaje: estos buques forzosamente debía suministrarlos el Rey; ¿qué motivos había de queja, si el duque empleaba sus naves en lo que estimase oportuno? La armada que conquistó á Melilla fué, por consiguiente, del Rey y no del duque; queda, por tanto, subsistente el texto de Bernáldez, que asigna al monarca el mérito de la iniciativa (1).

(1) El Duque de Medina-Sidonia que intervino en la conquista, fué D. Juan y no D. Enrique, como erróneamente manifiestan algunos escritores: D. Enrique de Guzmán intervino en la guerra de Granada y murió el mismo año de la toma de dicha ciudad; así lo afirma Galindez de Carvajal en su *Memorial*, etc., en donde dice: *Año 1492... Y en el mes de Agosto murieron en una semana los Duques de Medina-Sidonia, D. Enrique de Guzmán (*) y D. Rodrigo Ponce de León, Duque de Cadiz...*

(*) El 25 viernes, repentinamente, en su villa de Sanlúcar de Barrameda; está enterrado en Sevilla, en San Isidro del Campo. Véase Zúñiga: *Anales*, pág. 412, núm. 1.—Ramos: *Títulos de Castilla*, pág. 32. Este

IV

La conquista se verificó, á pesar de las opiniones que en contra de la empresa se manifestaron; es curioso el estudio de estas opiniones, porque demuestran que ya á fines del siglo xv viéronse los inconvenientes que para una acción estratégica eficaz ofrece la plaza de Melilla; quizá es esta la parte más interesante de este estudio, y desde luego la de mayor aplicación práctica para la actual campaña.

mismo hecho afirman Zurita, *loc. cit.*, y F. F. de Bethencourt en sus *Anales de la nobleza de España*, pag. 154. Huelgan, por tanto, las hipótesis que, basadas en un hecho inexacto, forja el Sr. Castelar en su artículo publicado en el número X de la *Ilustración Española y Americana*.

D. Juan Alonso de Guzmán, tercer duque de Medina Sidonia, sobrevivió poco tiempo á la conquista: ésta tuvo lugar en Setiembre de 1497, y en el mismo mes, según dice Galindez de Carvajal, murió el duque. Prueba de que los Reyes no querían dejar en manos de los duques medios de que convirtiesen el feudo en verdadera posesión es una cláusula del testamento de la Reina en la que se reivindica para los Reyes la ciudad de Gibraltar; este texto está en Dormer, obra citada. — *Testamento de la Reina Católica*, pág. 331. Dice: «*Iten, porque el dicho rey D. Enrique mi hermano, á cabsa de las dichas necesidades ovo fecho merced á D. Enrique de Guzmán, duque de Medina Sidonia, difunto, de la cibdad de Gibraltar co su Fortaleza, e vasallos, e jurisdiscio, e tierra, e terminos, e rentas, e pechos, e derechos, e con todo lo otro que le pertenesce; e Nos veyendo el mucho dapno, e detrimento que de la dicha merced, redundaba a la dicha Corona, e patrimonio Real de los dichos mis reynos, e que la dicha merced no ovo logar, ni se pudo hazer de derecho por ser como es la dicha Cibdad de la dicha Corona, e patrimonio Real, e uno de los títulos de los reyes de estos mis Reynos, ovimos revocado la dicha merced, e tornado, e restituido, e reintegrado la dicha Cibdad de Gibraltar, con su Fortaleza, e vasallos, e jurisdiscion, segund que agora está en ella reincorporado en la dicha restitucion, e reincorporacion, fue justa, é juridicamente fecho; por ende, mando á la dicha Princesa mi fija, e al dicho Principe su marido, e a los Reyes que despues de ella sucederán en estos mis reynos, que siempre tengan en la Corona, e patrimonio Real dellas, la dicha Cibdad de Gibraltar, con todo lo que le pertenesce, e no la den, ni enagenen, consientan dar ni enagenar, cosa alguna della.*»

Se ve en este texto el exquisito cuidado y previsión de la Reina, y la importancia que concedía á la plaza; tales ideas están en armonía con la política general del reinado.

Pedro Barrantes Maldonado manifiesta que el comendador Galindo opinó en contra de la conquista, después de su viaje exploratorio; dice así (1): «*é como este Martin Galindo pasasse á Africa e saltase con gente en tierra e anduviese el çircuito de Melilla, é la viesse tan destruida, é viesse tanta multitud de moros alaraves que moravan a la redonda, paresciole que si alli se poblase que antes se llamaria carneçeria de xpianos que poblacion dellos, e que era gastar dineros escusados en poblar aquel pueblo, porque gastados era imposible sostenerse, segun la multitud de los moros avia a la redonda.*»

Esta opinión de Martín Galindo, contraria á la conquista, la vemos apoyada por un personaje cuyo dictamen tiene extraordinaria importancia; Cristóbal Colón quejóse de que para tal empresa se distrajeran fuerzas dispuestas á ayudarle en sus descubrimientos, y Zurita nos manifiesta los reparos que el Almirante ponía á la empresa (2). «*Dezia el Almirante que se ofrecia mas costa y gasto en sola la defensa y guarda de Melilla que en lo que pedia para proseguir sus descubrimientos, y conquistas de tierra firme, pues para sostener aquel lugar, parece que era menester sostener tres mil hombres, y aquella gente no servia para mas que guardar á Melilla, y no para entrar á ofender ni continuar la conquista, y que no tenia tal puerto, que fuese util sostenerla para la guerra de Africa porque es alli travesia de Levante que prevalece en todo el estrecho mas que otro viento.*»

Como puede verse por las anteriores líneas, los inconvenientes que hoy se tocan en la actual campaña, fueron

(1) *Ilustraciones á la Casa de Niebla.—Memorial Histórico-Español, tomo x.*

(2) Zurita, loc. cit.

previstos por Colón; manifiesta las malas condiciones del puerto, la necesidad de sostener allí fuerte guarnición para la defensa y las dificultades de la guerra ofensiva: este texto tiene grandísimo interés en la actualidad.

Prueba evidente de las dificultades de la lucha, la ofrecen los primeros encuentros ocurridos entre los españoles y los rifeños en el siglo xv; en el mismo capítulo refiere Zurita estos encuentros y son de notar los detalles que da acerca de ellos. Los moros llaman desde la sierra por medio de atalayas y señales á las tribus vecinas, apenas sale un jinete de Melilla, y hoy el Gurugú sirve para que desde él se verifiquen idénticas operaciones apenas arriba al puerto un barco conduciendo tropas; las luchas actuales han sido originadas por oponerse los moros á la construcción del fuerte de Sidi-Auriach, y á idéntica causa se debió el primer encuentro en el siglo xv; finalmente, la opinión reclama en los presentes momentos que no se dedique el tiempo y las fuerzas á escaramuzas, sino que se emprendan acciones decisivas y lo mismo previene Zurita; véase el texto, que, aunque largo, es de tal modo curioso, que bien merece ir íntegro.

«Poco después, en fin del mes de Noviembre (la conquista se había verificado en el mes de Setiembre) acaeció un hecho no menos digno de memoria que la toma de este lugar. Puso el Duque por Capitan en Melilla un cavallero muy valiente y ejercitado en la guerra de los Moros, llamado Andino y saliendo vn día con quarenta de cavallo y dozientos y cinquenta peones a vn horno de cal para recojer la que avia, para las obras de la fortificación, y de aquella poblacion, como los Moros le tuviesen puestas celadas en diversos passos, á una legua de Melilla, y fuesen mas de dozientos de cavallo y tres mil peones, viendose Andino cercado de todas partes, con grande animo, esforçando y

ordenando á los suyos, acometi6 al tropel donde entendió que estaba el Xequé de Botoya y vn hermano suyo, y pele6 con ellos tan esforçadamente, que los dos Capitanes y con ellos algunos de los mas principales. Los Moros se embarçaron de tal manera, que los vnos se pusieron en huida, y los otros no osaron socorrerlos ni pasar adelante; y Andino se volvió á Melilla sin recibir daño alguno. Como aquel Lugar no se pudiese tan presto fortalecer, los que estaban en su defensa eran muy a menudo acosados, y aquel Capitan era tan plático y diestro en la guerra de los Moros que aunque rehusava las escaramuças, en lo demas, cuando convenia correr el campo, se ponía con sobrado animo á todo trance y así venían hartas vezes á las manos en que ganó gran renombre en toda Berberia. Por temor que los Christianos continuasen la conquista, puso en frontera de Melilla el rey de Fez, un muy valiente Capitan llamado Benesileyle con su gente en el real de Caçaça, donde pocos dias despues rescibieron aquel destroço, vino un principal llamado Hamete Maçotebin, con quinientos de cavallo é seisçientos peones á juntarse con la gente que allí tenia Benesileyle, que eran quatrocientos ginetes y mil peones y fortificaron los Moros á Caçaça para tener en ella la principal guarnicion y á Tezota, Morabel y Alcalá que eran Lugares fuertes y muy vecinos de Melilla y junto al pie de la sierra para que desde allí tuviesen cercados y en estrecho á los Christianos; estava por Alcayde en Caçaça Alí Alhatar que tuvo cargo tambien de Tezota y de otras fuerzas que estaban en aquella comarca; y proveíanse aquellos Lugares de gente y vituallas por la sierra que tenían á las espaldas, en la cual pusieron atalayas de donde se hazia señal de qualquier de cavallo que de Melilla salía.»

Ni Bernáldez ni Zurita dan minuciosos detalles acerca

de la conquista; límitase el primero á decir (1): *El fueron en la dicha armada cinco mil hombres, e discindieron en Melilla, la cual hallaron vacia de gente e despoblada, e pobláronla e reparáronla e fortaleciéronla mucho*; en cuanto al segundo nada dice de las peripecias ocurridas á las tropas expedicionarias; el que aporta más datos acerca de este punto es Pedro Barrantes Maldonado, quien, en su obra citada, refiere menudamente los sucesos: «Después del viaje de Martín Galindo, encargado de examinar á Melilla por mandato del Rey (2), y recibida por el duque orden de emprender la conquista, envía de explorador al futuro caudillo Pedro de Estopiñán (3), *cavallero de su casa e su contador, natural de Xerez de la Frontera, ombre bien entendido e diligente en toda cosa*, con el fin de que viera la plaza y acordara los elementos necesarios para conquistarla: restituido Pedro de Estopiñán de su viaje y después de conferenciar con el duque, éste (4), *mandó juntar cinco mill onbres de pie e alguna gente de cavallo, e mandó aparejar los navios en que fuesen e hízolos cargar de mucha harina, vino, toçinos, carne, azeyte e todos los otros mantenimientos necesarios, e de artilleria, lanças, ballestas, espingardas e toda moniçion, e ansimismo llevaron de aquel viaje gran cantidad de cal e madera para reedificar la cibdad e las casas e maestros para ello.*»

La ciudad estaba despoblada, según dicen los cronistas contemporáneos, á causa de las luchas ocasionadas por las desavenencias entre los reyes de Tremecen y Fez (5): la

(1) *Crónica de los Reyes Católicos*, loc. cit.

(2) Así lo manifiesta Pedro Barrantes Maldonado en su obra citada; el hecho de ir de orden del Rey, prueba que éste intervino en el asunto.

(3) Barrantes, obra citada.

(4) Barrantes, obra citada.

(5) Así lo afirman Zurita, Bernáldez y Pedro Barrantes en las obras citadas.

ciudad de Melilla hallábase enclavada en el límite entre los dos reinos, y ambos monarcas sostuvieron luchas para ver á quién se adjudicaría su dominio y posesión: tal circunstancia fué aprovechada por los cristianos para apoderarse de ella, destruida por los moros al abandonarla (1). Pedro Barrantes nos refiere con muchos detalles este hecho; dice así (2): «*El hizoles buen tiempo, e detuviéronse en la mar por no allegar de dia, porque los moros aláraves, juntándose, no les impidieran el desembarcar, o el reedificar, e allegando de noche, la primera cosa que hicieron fué sacar a tierra un enmaderamiento de vigas que se encaxavan e tablazon que llevaban hecho de Hespaña: e trabaxaron toda aquella noche de lo hazer e poner a la redonda de la muralla derribada, a la parte de afuera, donde andavan los aláraves: e asentados los maderos por sus encaxes, e clavadas las tablas, quedaron hechas almenas de trecho á trecho, de manera que cuando otro dia amaneció, los moros aláraves que andavan por los campos, que havian visto el dia antes a Melilla asolada, e la vieron amanecer con muros, e torres, e sonar atambores, e tirar artilleria, no tuvieron pensamiento que estuviesen en ella xpianos, sino diablos, e cogieron tanto temor del súpito caso que huyeron de aquella comarca yendolo á contar por los pueblos cercanos lo que habian visto.*»

Aprovechando este asombro, logró Pedro de Estopiñán fortificar la ciudad con extraordinaria rapidez y ponerla en condiciones de resistir al ataque de los moros: no sólo resistieron, sino que tomaron la ofensiva, y después de rechazarlos en una salida, destacaron algunos

(1) Barrantes, *loc. cit.*

(2) Barrantes, *loc. cit.*

navíos á Gibraltar para aprovisionar la plaza y consolidar la reciente conquista (1).

V

Todas las dificultades que ofrecía y sigue ofreciendo el sostenimiento de Melilla, fueron comprendidas por los españoles en el siglo xv; tanto es así, que vemos dirigirse sus esfuerzos á lograr en la costa del Riff nuevas conquistas que les permitieran establecer una más segura base de operaciones; á la conquista de Melilla siguió la de Cazaza, llevada á cabo por el duque de Medina Sidonia, que recibió como merced por ella el título de marqués de Cazaza (2) y pronto se dejó sentir la influencia española en el Africa de tal manera, que los mismos moros solicitaron la protección de España y vinieron á ofrecer sus territorios á nuestros soberanos.

Consta este hecho en un curiosísimo documento publicado por el distinguido africanista D. Marcos Ximenez de la Espada, en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid* (3), y el tal documento es una acta levantada ante Gonzalo de Burgos, escribano del Rey y la Reina, estando presente Lope Sánchez de Valenzuela, gobernador de la Gran Canaria: según se desprende del documento, compa-

(1) Barrantes, *loc. cit.*

(2) Bernáldez y Bethencourt así lo afirman; el marqués de Cazaza debió ser el cuarto duque de Medina-Sidonia, pues D. Juan Alonso de Guzmán murió, como ya se dice arriba, en Setiembre de 1497.

(3) Tomo ix, segundo semestre de 1880, artículo titulado *España en Berbería*, pág. 293 y siguientes.

recen en diferentes días varios xeques ó jefes de tribus, y todos ellos rinden pleito homenaje á los reyes, se declaran vasallos suyos y entregan á la corona sus territorios; es difícil precisar la extensión de estas adquisiciones: el señor Ximenez de la Espada (1) cree que era el reino llamado de la Bu-Tata, equivalente al actual territorio de Huad-Nun, y según se dice en el documento, en ese dicho territorio estaban las ciudades de Ifní, Ofran y Tagaost.

No fueron desatendidas por los Reyes estas adquisiciones: un año después, en 1500, recibe Alfonso de Lugo, gobernador de Tenerife y La Palma, órdenes del rey Fernando el Católico de pasar al Africa y construir tres fortalezas en la costa de Berbería; llevó á cabo la expedición, según nos refiere Zurita (2), y por cierto empleando para ello procedimientos idénticos á los usados por Pedro de Estopiñán para apoderarse de Melilla. Por la noche coloca un castillo de madera en la plaza, y al día siguiente, después de resistir el primer empuje de los moros, fortifica la ciudad de Tagaost, con tal prisa, que, según dice el cronista (3), «*en trece días estuvo cercada de tres tapias, y alrededor con pretil, junto á un río que batía con la cerca y á un tiro de piedra de la mar, y con una torre sobre la puerta, que se había levantado hasta más de la mitad, y con dos estados de cava*».

Hay datos y documentos demostrativos de que España siguió poseyendo estas conquistas durante algunos años (4) hasta que la ciudad de Tagaost fué cedida á los reyes de Portugal, con toda la costa, desde el cabo de Aguer hasta

(1) Artículo citado: *Boletín*, etc.

(2) *Loc. cit.*

(3) Zurita: *Historia de Don Hernando el Católico*, etc., lib. iv, capítulo XII, folio 184.

(4) Véanse estos documentos en el artículo citado del Sr. Ximénez de la Espada.

el de Nun, perdiéndose para nosotros estos territorios, cuando, á consecuencia de la conquista del Peñón de Vélez de la Gomera en 1505, se vino á un arreglo entre los reyes de España y Portugal para separar las conquistas de ambos países en el litoral de Berbería.

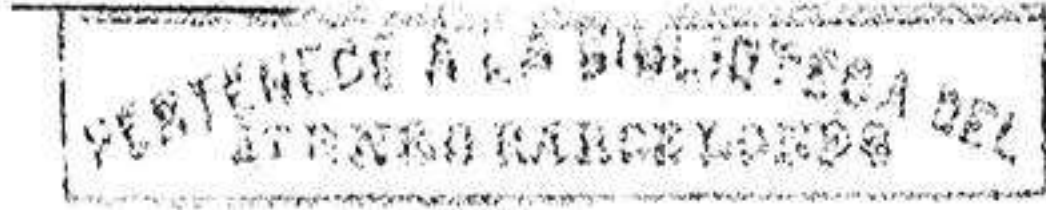
Despréndese de los hechos referidos que el Rey Católico prestó constante atención á nuestra política en Africa; y si tan prudente conducta se hubiera continuado por sus sucesores, otra sería nuestra situación en el presente conflicto: sin comprometer grandes ejércitos, supo lograr indudables ventajas y conseguir valiosas adquisiciones territoriales, que se perdieron merced á la incuria y abandono de la política austriaca, que encaminó nuestras fuerzas en direcciones distintas á la que racionalmente debiera haber seguido.

También Portugal perdió sus posesiones en Africa después de luchas tan sangrientas como estériles; quizá si ambas naciones se hubiesen unido, el Norte de Africa estaría hispanizado en los presentes momentos; el Atlas sería la natural frontera de nuestras posesiones, en Gibraltar ondearía la bandera ibérica, y la antigua Mauritania estaría como en la época romana, unida á nuestra Península en calidad de provincia dependiente. ¡Quién sabe si el porvenir reservá tales hechos para los siglos venideros! ¡Quién sabe si en el siglo xx se realizarán dos acontecimientos que históricamente han debido realizarse, y nuestros sucesores verán que el primer resultado de la unión ibérica es la conquista de Africa!

EDUARDO IBARRA Y RODRÍGUEZ,

Catedrático de Historia en la Universidad de Zaragoza.

EL ANARQUISMO Y LA DEFENSA SOCIAL (1)



La lucha está entablada á muerte ó vida, y es preciso aceptarla sin vacilaciones, con el valor sereno y reflexivo del que conoce y sabe que la victoria ha de ser suya. ¡Nada de aplazamientos contraproducentes! ¡Nada de paliativos que retrasen un mes, un año, ó diez, la hora suprema! Es ya ocasión de que pensemos seriamente en los dinamiteros y en sus bombas, y resolvamos cuáles armas conviene utilizar para combatirlos, y ejecutemos lo resuelto con firmeza hasta extirpar el cáncer que corroe, la mala hierba que germina y se extiende á nuestros ojos como protesta airada de la muerte contra el afán creador de la Naturaleza y de la vida.

El *derecho al trabajo*, en cuanto representa el *derecho á vivir*, que es el primero y principal de todos; la situación infortunada de las últimas capas sociales; las injusticias y los privilegios que las leyes consienten ó sancionan; la fijación del mínimo salario y la distribución equitativa de los beneficios entre el *capital* y el *trabajo*, esos dos compañeros inseparables, y que, además, debieran serlo cordialísimos en la febril labor de nuestra edad civilizada y laboriosa, cuestiones son interesantes, para muy meditadas y discutidas, que de parte de todos piden algo de abnegación y desinterés, que necesitan ser resueltas, y lo serán, pese á quien pese, con ayuda del tiempo y de los hombres de buena voluntad y sano juicio.

(1) Las teorías anarquistas pueden estudiarse en el interesantísimo libro *La Conquista del pan*, por el Príncipe Pedro Kropotkin.—Edición española.

El credo socialista—despojado de odios y prevenciones injustificados y de exageraciones peligrosas ó impracticables—ha comenzado ya á influir en la transformación de las legislaciones, é influirá más aún, determinando cambios de verdadera y trascendental importancia: es muy grande el poder de las ideas, sobre todo si ofrecen nuevas soluciones á problemas que siempre están delante de nuestro pensamiento, ó vienen á satisfacer necesidades cada vez más patentes y más ciertas.

Pero es preciso distinguir de ese ansia de mejora, conatural á la existencia humana; de esa reclamación, enérgica y viril, en que millares de gargantas se unen para llamar nuestra atención y hacer que convirtamos los ojos hacia sus desdichas, necesitadas de remedio urgente; de esa ola formidable que al rodar sobre el mundo sólo aspira á entrar en el santuario del Derecho y pretende ampararse con la Justicia, este otro empeño criminal, demoledor y absurdo, que representa el anarquismo, negación constante, instinto destructor, sed de exterminio, que no se satisface nunca.

Y el anarquismo no puede triunfar, porque en la vida jamás triunfaron las negaciones ni jamás consiguieron las violencias que el sol de la verdad se hundiese para siempre en los abismos de una noche eterna. La naturaleza se complace en crear, no en destruir; el tiempo, si derrumba en el pasado leyes, instituciones y creencias, sin cesar labra y acumula nuevos conocimientos, edifica y produce como obrero incansable del progreso humano; y adondequiera que volvamos los ojos, en la lucha empeñada desde que el mundo es mundo por el instinto creador, que todo lo fecunda, y en todas partes deja gérmenes de vida, contra la muerte, lóbrega y estéril, contra el genio del mal, ansioso de destruir, siempre, siempre hallaremos á éstos vencidos.

*
* *

Yo, que en materia de justicia pienso que á la justiticia toca defender los intereses sociales amenazados, y en materia de penas tengo por mejor la que asegura más el público sosiego, la que mejor reduce al grupo criminal á la impotencia, creo que, obrando y pensando con sereno juicio, el anarquismo puede combatirse con facilidad relativa, sin que la sangre corra á ríos, como algunos entienden que correr debe, sin que la dinamita sirva para vengar, como sirvió para ofender, sin que al bárbaro ultraje de los anarquistas haya de responder la sociedad con el talión.

Y cuéntese que no me opongo á que se le aplique en ciertos casos la última pena, como no me opondría á que se ahorcase á todo aquel que comulgara en esa religión de criminales, si entendiera que ahorcando se lograban más resultados prácticos y positivos que de cualquier otra manera. La sociedad es organismo al cabo, que, como todos, tiene indiscutible derecho á la vida; la represión que haya de emplearse contra los atentados que pongan en peligro su existencia, puede y debe llegar hasta el límite mismo que determine la necesidad. La pena es, ante todo y sobre todo, antes que corrección del criminal, antes que ecuación justa ó imposible entre el dolor causado con el delito y el dolor que se sufre mediante el castigo, defensa necesaria de la sociedad contra los elementos perturbadores que la hacen víctima de sus ataques, y la defensa no está limitada por otras consideraciones que las que arrancan del acontecimiento mismo, autoriza á matar, cuando es preciso que se mate para asegurar la vida.

Yo me propongo demostrar, sin embargo, que pueden esgrimirse contra el anarquismo armas menos terribles y más eficaces que la llamada última pena.

No nos hagamos ilusiones; en el supuesto de que nos decidiéramos por el procedimiento más radical, y aun aparentemente más sencillo, para concluir con los anarquistas, la pena de muerte debiera aplicarse á todos, absolutamente á todos los que lo fueran; al que arrojó la bomba, y al que la fabricó,

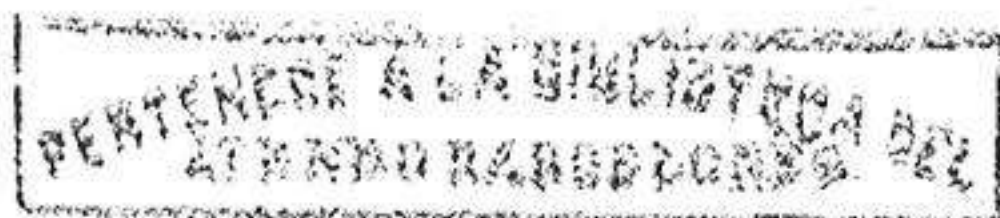
y al que escuchó con alegría el estallido ó sintió en su alma regocijos de fiera al conocer el número de víctimas de la explosión; al anarquista que perora en el *meeting* con descompuestos ademanes, los nervios en tensión, relampagueante la mirada, y al que hace propaganda en la taberna, poniendo al servicio de su causa las inspiraciones del alcohol; al que en su vida toda no realizó otra mala acción que la de haberse inscrito, acaso sin perfecta conciencia de lo que hacía, en las listas del grupo, y al miserable que tiene muchos puntos negros en su historia y se abrazó á la idea para llevarla por delante de sus acciones, justificando robos y encubriendo violencias.

Y la pena de muerte no se aplica con la facilidad que el vulgo de las gentes cree en parecida forma.

Su imposición exige extraordinarias garantías de acierto, que, al no poder lograrse en buena parte de los procesos incoados, darían lugar á numerosas y desdichadísimas absoluciones. A ser el riesgo igual é igual la pena para el anarquista platónico y el anarquista de acción, sucederíanse los atentados con mayor frecuencia, porque es ya cosa averiguada que las penas graves, impuestas de igual modo á todos los delitos, sólo consiguen aumentar la cifra de los grandes crímenes. La muerte rodearía con la aureola del martirio á los que deben ser por todos considerados como criminales, y acaso, acaso en la imaginación calenturienta de los seres nacidos y criados en la desgracia, repercutiese con llamaradas de odio y salvajes impulsos de destrucción. La misma sociedad sintiera un estremecimiento horrible al contemplar el espectáculo de ciento ó mil patíbulos levantados á un tiempo para arrancar de cuajo toda la mala hierba. ¡Ah, la pena de muerte! ¡Gran remedio si fuera dado penetrar en el secreto de las intenciones ó leer el porvenir en la mirada de los acusados, para aplicarla á todos los rebeldes y á todos los perturbadores! ¡Radical selección para que el mundo mejorase reduciendo al no ser á los incorregibles que entorpecen su marcha! Mas, en lo que

interesa para nuestro tema, ya he dicho lo que pienso; como hoy se aplica, no es bastante; aplicarla de modo que imposibilite la comisión de nuevos atentados, es punto menos que imposible.

* * *



El remedio ó castigo que yo propongo para combatir al anarquismo, tiene sobre esa última pena muchas ventajas, y no son las menores, el indudable apoyo que encontraría en la opinión pública y la dulzura relativa con que mediante él fueran tratados los que cifran su gloria y sus empeños en la destrucción de cuanto existe. Sería, además, un interesantísimo estudio de psicología y sociología experimental, que á todos, los de arriba y los de abajo, bien pudiera enseñarnos alguna cosa de importancia suma.

El ideal del anarquista consiste en convertir la sociedad en una tabla rasa, suprimiéndolo todo, porque todo estorba al perfeccionamiento humano. Familia, propiedad, religión, patria, son entidades ficticias, sombras sin consistencia, invenciones infames, que nos sujetan y nos ligan, imposibilitando ó dificultando el desenvolvimiento libre de nuestras facultades. Si consiguiéramos que ellos viviesen á gusto suyo, quedándonos nosotros con nuestros errores, el problema, *ipso facto*, quedaría, debía quedar al menos, solucionado y resuelto á gusto de todos. Yo no diré que sea posible llegar á tanto, mas sí lo es aproximarse á ese ideal; y ya que algún reparo pudiéramos hacer los anarquistas, que la solución fuese á gusto nuestro y sin quebranto suyo de importancia.

Y bien, he aquí la solución. Sin perjuicio de ahorcar á todo aquel que de alguna manera interviniese en la preparación ó comisión de un atentado, podría elegirse algún paraje de Oceanía, bien alejado de las islas civilizadas, y libre de comunicación con ellas mismas y con América y Europa. En tal región podrían quedar *completamente abandonados* á sus

iniciativas y á sus instintos, cuantos anarquistas existieran, con sus mujeres ó sus queridas, sin fuerza pública que contuviera sus posibles disturbios, ni autoridades que vigilaran sus hechos, ni, en fin, leyes capaces de obligar y compeler con un mandato ni un castigo.

Un proceso sumarísimo determinaría si era anarquista ó no lo era el acusado. Resuelta afirmativamente la cuestión, las autoridades se encargarían de conducirlo con todo género de precauciones hasta el punto de embarque, en que podrían unírsele la mujer ó la amante que quisieran sufrir la misma suerte que él; nunca los hijos, cuya alimentación y educación deben correr á cargo del Estado, á falta de asociaciones especiales que se formasen con tal objeto por virtud de la iniciativa privada.

En el momento de desembarcar, se entregarían al condenado aquellos útiles más necesarios y de mejor aplicación para poder vivir en el territorio elegido, algunas semillas capaces de fructificar bajo la influencia de aquel clima, y algún alimento también, á los primeros que llegasen, para poder vivir unas semanas sin obtenerlo, con su propio esfuerzo, de la naturaleza. Y esto es todo: el buque volvería á nuestras costas libre del cargamento que condujera, y allá, en medio del mar, abandonados á sus iniciativas y á sus esfuerzos, quedarían para siempre los rebeldes con sus ideales realizados, con su primer empeño ya cumplido, ¡sin Dios, sin propiedad, sin patria y sin familia! ¡Y á crear y á trabajar entonces! ¡A vivir á sus anchas, sin capital que explote, ni instituciones sociales que dificulten las libres determinaciones individuales! La mejor propaganda, la única posible, ¡á hacerla desde allí, mostrando á Europa entera, cuando pasados quince ó veinte años enviase un nuevo buque á visitarlos y adquirir noticias de su conducta y sus progresos, el bello *país de la anarquía* como modelo digno de ser copiado!

*
* *

Las ventajas del sistema que propongo parecenme tan evidentes, que casi no necesitan ser enumeradas. La eliminación de los elementos peligrosos se verifica ni más ni menos que si se aplicara la pena de muerte en grande escala; porque no es la vida del criminal lo que estorba y preocupa, sino su convivencia con los hombres honrados, y no es la muerte misma lo que excluye el peligro, sino el apartamiento de la sociedad. Muerte social ó muerte física, lo mismo llenan nuestro objeto. Y la muerte social, me atrevo á sostener que causa aún mayores beneficios; porque en el criminal es necesario que consideremos, no tan sólo su propia maldad, sino el foco permanente de maldades que imitativamente se propagan en torno suyo, y este foco no se extingue tan fácilmente con la horca como con la deportación; el patíbulo provoca y determina compasión en muchos, convierte en mártir de una idea al que debiera ser tenido por criminal vulgar, es manantial inagotable de admiración cuando se aplica á los que quieren pasar por redentores, que inunda muchas almas y tuerce muchas voluntades. Esa deportación y ese abandono fueran bastantes para arrojar sobre los condenados la indiferencia pública, y arrebatárles el papel de héroes que tanto empeño muestran en representar.

Además, del ensayo anarquista resultaría una de estas tres cosas necesariamente:

1.^a Que los deportados (y este es el caso más probable á mi juicio) no se entendieran y se destrozaran los unos á los otros, demostrando al mundo sus instintos salvajes. Con ello no iríamos perdiendo nada; antes por el contrario, ganariase el consiguiente descrédito para sus ideas si, *experimentalmente*, resultaban impracticables y buenas sólo para convertirnos á los hombres en fieras.

2.^a Aun cuando tengo por imposible que el sistema anarquista pudiese llegar á producir nada bueno, no veo inconveniente en admitir, hipotéticamente, que, organizados según su credo, se vieran realizadas sus profecías y el país aquel tro-

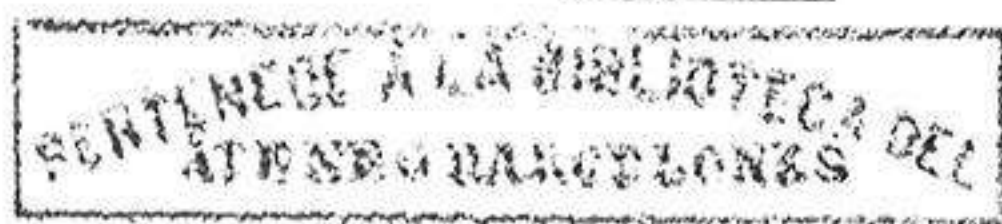
cárase en paraíso lleno de bienandanzas y de venturas. Pues bien; aun así y todo, la enseñanza resultaría provechosa para los *reaccionarios* de por acá; la experimentación, al otorgarles el triunfo á los dinamiteros, nos sacaría á nosotros mismos del error en que estamos, y ese régimen nuevo surgiría como enseña feliz de amor y paz en todo el Universo.

3.^a Que la falta de incentivos y de ocasiones amortiguase sus impulsos, y el cambio radical de medio determinara radicales mudanzas de conducta: tampoco tengo tal suceso por imposible, y bien pudiera ser que la necesidad lograra vencerles de sus extravíos, y que les viéramos al poco tiempo organizados bajo el mismo patrón de los Estados europeos, imponiendo castigos á los rebeldes que de entre ellos mismos surgirían, escarmentados y curados de los errores que llenaban completamente sus inteligencias, y de la pasión ciega y sanguinaria que dominaba sus voluntades; con Dios y con familia para endulzar las horas de amargura; con propiedad lograda como premio al esfuerzo de sus brazos, y con dos patrias en vez de una, la antigua, aquella que les maldijera, cuyo recuerdo vivo les atormentara, cuyo cariño sentirían con las nostalgias del bien perdido por la propia culpa, y la nueva, el islote hospitalario que recogió del barco, sin hundirse en los mares, aquel montón de escoria que arrojó lejos de ella la humanidad civilizada. Si sucediera tal, conseguiríamos dos cosas á cual mejores: la curación de los extraviados y la muerte completa de su doctrina.

Dicho se está que en los tres casos, y en tanto que el ensayo durase, la tranquilidad nuestra se alteraría difícilmente, teniendo á mano el medio de evitar peligros, siempre abierto el camino para librarnos de criminales, locos y fanáticos.

CÉSAR SILLÍO.

EL ESPAÑOL BLANCO WHITE



1. *La vida del Rev. José Blanco White*, escrita por él mismo, es una obra que esclaviza la atención y lacera el alma. Lo decimos, aun sin tener en cuenta lo que debe crecer su interés á los ojos de muchos que viven todavía, por virtud de las relaciones en que se hallaron con el autor y el asunto. El libro, en efecto, tiene en sí propio, en su fondo, si no en su forma y composición, un carácter casi dramático: tan clara y vigorosamente se proyecta, en pensamiento y obra, la personalidad viva del hombre, á la luz de los recuerdos que ha dejado. Por lo mismo, las alusiones que hace con frecuencia á otras individualidades quedan comparativamente en la sombra; y eso que, para dar idea de su importancia, bastará añadir que, entre las muchas personas á quienes cita Blanco White como amigos queridos é íntimos, quizá á ninguno pone en lugar más alto que á Mr. Newman, y viniendo á una época muy posterior, al arzobispo Whately.

2. Pero el interés de la obra no se cifra simplemente en el escritor: concéntrase más que en nada en su historia mental, y se extiende á sus vicisitudes exteriores, sobre todo hasta donde esas vicisitudes dependen de aquella historia. Sus aficiones literarias y sus tareas políticas merecerían justamente una noticia circunstanciada; pero todo el espacio de que podemos disponer debe consagrarse á cuestiones de alcance más

profundo. Porque su espíritu fué un campo de batalla, donde con varia fortuna y notable intensidad riñeron lucha incessante, desde el principio hasta el fin, la fe y el escepticismo; y dentro del círculo de su experiencia se ofrecen á nuestra vista muchos de los grandes problemas morales y espirituales que afectan al destino de nuestra especie.

3. Una sucinta reseña de su historia permitirá apreciar á nuestros lectores lo delicado y difícil de la tarea que emprendemos. Nació en Sevilla el año 1775, y era de origen irlandés por parte de padre. Aunque de sangre noble, lo dedicaron al comercio en edad temprana: empezó su aprendizaje á los ocho años. Pero «detestaba el escritorio y amaba los libros» y, como es de suponer dada su situación, «las letras y la Iglesia eran para él cosas inseparables». Importa notar este primer cambio en la dirección de su vida, á cuyo propósito dice él en 1830: «su espíritu halló instintivamente el único medio que podía redimirlo de su cautiverio mercantil.» Los sacerdotes declararon que tenía verdadera vocación para la carrera eclesiástica. Adelantó con rapidez en la parte teórica de su educación, pero miraba con horror las prácticas devotas. A los catorce años lo enviaron á estudiar filosofía con los Dominicos del colegio de Sevilla, cuyas lecciones se inspiraban en Aristóteles y Santo Tomás de Aquino. Aquí tuvo efecto su segundo acto de rebelión intelectual. El sistema de enseñanza se le hacía odioso, y en su espíritu «se desarrollaron de repente un gran amor al saber y una aversión no menos grande á los errores admitidos». Sus maestros negaban la posibilidad de un *vacuum*, y «atribuían la subida de los líquidos por succión al «horror de la naturaleza de verse herida y desgarrada». Las obras del benedictino Feijóo, que habían caído en sus manos, le revelaban la verdadera idea de esas cuestiones físicas; y un día que su maestro lo reconvino por falta de atención durante la lectura, delante de toda la clase, se levantó y denunció la falsedad de la doctrina que allí se inculcaba. Desde entonces empezó á discutir sin rebozo todas las opiniones de sus parien-

tes, salvo en materias religiosas; y la madre, á quien él concedía gran penetración, «daba gracias al cielo porque hubiese nacido en España; de otro modo, no hubiese tardado en abandonar el regazo de la Iglesia».

4. Lo trasladaron, no obstante, á la Universidad de Sevilla, donde recibió una enseñanza más conforme con su pensamiento, bajo la dirección de algunos miembros de la Compañía de Jesús, que quedaban allí después de la supresión de la Orden. Organizó con sus amigos una sociedad particular para el cultivo de la poesía y de la literatura; pero se aficionó también al oratorio de San Felipe Neri, donde se practicaban los ejercicios espirituales de San Ignacio. Le debemos una descripción muy notable é imparcial de esos ejercicios, que influyeron no poco para que se decidiese á recibir las sagradas órdenes, á pesar de su repugnancia invencible. Mucho contribuyó, sin duda, á fortalecer su intención el temor de disgustar á su madre, cuya influencia doméstica era soberana. Secundábala poderosamente su confesor Arjona, varón devoto entonces, pero que acabó por ser un incrédulo, según se dice, y seguramente un libertino. Aunque el padre del joven Blanco White le recordó secretamente que no debía considerarse cohibido, sin embargo, en el último momento no quiso, ó quizá mejor, no se atrevió á retroceder. El, con todo, había propuesto una vez á su madre que le dejara entrar en la marina española, que tenía á sus ojos el atractivo de una profesión científica. La respuesta, inspirada en un arte diabólico, fué que era muy dueño de dejar la carrera eclesiástica, pero que, en ese caso, debía volver al escritorio. De esa suerte, el sacerdocio vino á ser para él la condición indispensable de una vida intelectual. Se sometió á ese destino, recibiendo á los veintidós años las órdenes de subdiácono, que lo incapacitaban para el matrimonio.

5. Desde entonces se vigilaron menos de cerca sus relaciones con el mundo. El censura enérgicamente el efecto desmoralizador de la ley del celibato obligatorio, que mientras con-

ducía á la vigilancia más rigurosa para apartar á la juventud de lazos legítimos, miraba con relativa indiferencia la disolución. De los diarios del último período se desprende con claridad que su espíritu se inclinaba á la formación de lazos domésticos. En su autobiografía alude de pasada á las consecuencias perjudiciales que tuvieron para él semejantes votos. En las *Cartas de Doblado*, donde emplea la tercera persona, también las insinúa. Pero protesta, y con razón sobrada, de que lo indujese á la incredulidad ningún género de motivos inmorales.

6. Se ordenó sacerdote en 1799, y durante un corto tiempo parece que vivió animado de una gran devoción. Ya se había hecho miembro del Colegio Mayor de Sevilla. En 1801 fué candidato para una canonjía en Cádiz, y poco después obtuvo el nombramiento de capellán de la capilla real de San Fernando, aneja á la catedral sevillana. No puntualiza la fecha de su tránsito completo á la incredulidad, pero de su biografía parece desprenderse que fué en 1802 ó poco después. Resolvió, no obstante, persistir en su conformidad externa, y ejercer su ministerio en calidad de confesor de la mejor manera posible. Llevado de sus sentimientos, estuvo al lado de la nación contra los Bonapartes, pero creyendo que lo más beneficioso para el país hubiese sido la dominación francesa. Desesperaba de España, y, al acercarse los franceses á Sevilla en 1810, abandonó su patria para dirigirse á Inglaterra en busca de libertad intelectual.

7. Al llegar allí, no le faltaron, naturalmente, dificultades y motivos de desaliento; pero tampoco le faltaron amigos, y pronto halló ocupación la actividad de su inteligencia. Sintióse atraído hacia la religión por la dulzura y la sinceridad que encontró en alguno de sus profesores. La lectura de la *Teología natural* de Paley empezó á reanimar sus sentimientos piadosos. Unos oficios á que asistió en la iglesia de Saint-James lo impresionaron profundamente. Reanudó la costumbre de rezar. Al cabo de tres años de progresos llegó á conven-

cerse de la verdad del cristianismo, y se asoció á la Iglesia de Inglaterra, como el «hogar renovado de su juventud». Diez y ocho meses más adelante, en 1814, suscribió los artículos de la Iglesia de Inglaterra, y solicitó su reconocimiento como sacerdote. Sin embargo, tras esta lenta y gradual reacción, no disfrutó más que un breve período de calma. En la reseña de esta parte de su vida escasean algo los pormenores, pero es manifiesto que en 1817 lo asediaron dudas constantes sobre la doctrina de la Trinidad. En Noviembre de 1818 rechaza ya la divinidad de Nuestro Señor. En 1825 vuelve sobre este punto á la creencia ortodoxa. En 1826 administraba la Eucaristía y predicaba. Por un impulso interno volvió á dedicarse al ministerio sagrado, y revivían en él, según nos dice, varios de los sentimientos de la época de su ordenación. Parece que en 1823 ó después, fué cuando dirigió una carta á Neander, en la cual daba gracias á Dios por el asiento definitivo (á lo que él creía) de sus ideas religiosas.

8. Pero desde entonces, cuando no en ese mismo tiempo, fué quebrantándose gradualmente su convicción. En Febrero de 1823 pensaba que la Iglesia de Inglaterra conservaba mucho del espíritu del papismo; en Marzo de 1833 había vuelto á reducir el Evangelio á una «sencillez sublime», al reconocimiento de Cristo como nuestro «Rey moral», como nuestro «Salvador de los males morales y de los temores espirituales», y opinaba que no sería de esencia la doctrina de su divinidad cuando se discutía. Hasta Mayo de 1834 desaprobaba las negaciones resueltas de las doctrinas trinitarias, y en Diciembre del mismo año se declaraba unitario decidido. Con gran delicadeza resolvió marcharse de la casa del arzobispo de Dublín, en donde había residido durante cierto tiempo, antes de separarse de la Iglesia, y en 1835 puso por obra su designio, trasladándose á Liverpool, donde se incorporó á la Sociedad Unitaria. En esta ciudad y en sus cercanías vivió hasta su muerte, acaecida en Mayo de 1841. Y aquí ponemos término á esta reseña general, á reserva de dar noticias más circuns-

tanciadas de algunas de las vicisitudes de su accidentada y triste existencia.

9. Debemos considerar á Blanco White bajo dos puntos de vista: en primer lugar, como testigo de hechos; y en segundo, como expositor, y más aún, víctima de opiniones. Por lo que atañe al primer papel, tenía mucho talento, notable honradez y rectitud de propósitos, y amplios y variados medios de información y comparacion, merced á las diferentes posiciones que ocupó en diversas épocas. Bajo este punto de vista, creemos que el lector desapasionado de sus obras admitirá con una confianza casi ciega todo lo que dice sobre aquellas cosas que son asunto propio de testimonio.

Y entre éstas buscamos, naturalmente, en primer lugar, lo que nos refiere acerca del estado de España. La característica más saliente de ese estado es, sin duda, la incredulidad que dominaba, según él, en el clero español. Ya hemos visto sus apreciaciones sobre la ley del celibato; pues todavía es más categórico y explícito sobre aquel punto. En las *Cartas de Doblado* dice: «Entre los muchos individuos que conozco del clero español, no he visto ninguno de altas dotes que, más pronto ó más tarde, no haya pasado de la piedad más sincera á un estado de incredulidad.»

10. Tal circunstancia sugiere graves cuestiones sobre el sistema actual de la Iglesia de Roma. Mucho hay adelantado para explicar el triste fenómeno, cuando se recuerda, por ejemplo, que la inmaculada concepción de la Virgen pasó en España por un artículo de fe, no menos sagrado y evidente que el misterio de la Encarnación. En cuanto á la exactitud del aserto, creemos que puede corroborarse con testimonios de católicos romanos, especialmente por lo que toca al clero capitular y á las dignidades eclesiásticas de España, tal y como eran entonces. Pero el pasaje consigna también el hecho de que la transición se verificaba á partir de un estado de devoción fervorosa, y que el sacerdote joven inauguraba su vida con un espíritu de piedad. Parece, pues, que había, por

lo menos, la intención sincera de dar una educación religiosa y de inspirar á los jóvenes candidatos la conciencia debida de su vocación.

11. Con todo, Blanco White repite de continuo la afirmación relativa á la incredulidad en sus *Pruebas prácticas é intrínsecas contra el Catolicismo*: «Afirmo, á ciencia cierta, que la historia de mi espíritu es con ligeras variantes la de una gran parte del clero español. El hecho es positivo.» En otro pasaje insiste con mayor espacio, aunque más bien como asunto de opinión que de hecho: «Yo he podido formar un juicio del estado moral é intelectual de España, que á pocos de los que me conocen y conocen el país parecerá discutible. Por virtud de ese conocimiento, declaro una y mil veces que, entre los individuos de mi clase (incluyendo clérigos y seglares), son muy pocos los que piensan de distinto modo que yo pensaba antes de trasladarme á Inglaterra.» Y una vez más, en contraposición al estado del clero inglés: «No puedo concluir este punto sin declarar solemnemente que las impresiones más enérgicas que alientan y sostienen mi fe cristiana las debo á mis relaciones amistosas con este calumniado clero; mientras que, al contrario, conozco muy pocos sacerdotes españoles, de un talento y cultura estimables, que no hayan renunciado secretamente á su religión.»

12. En su autobiografía apunta estas afirmaciones con referencia á individuos; pero nada más. Bueno es advertir, sin embargo, que mientras trata con dureza la moralidad de los frailes españoles, se declara abiertamente en favor de los jesuitas, así por lo tocante á la pureza de su conducta, como por lo referente á las consecuencias prácticas de su influjo. Y en cuanto á las monjas, aunque afirma que jamás conoció «almas más impuras que las de algunas de las vestales de la Iglesia romana», da á entender, no obstante, que lo general es lo contrario: «La mayoría de las monjas que he conocido eran personas dignísimas: mujeres cuya pureza no se debía en nada á las sólidas puertas y á los altos muros del claustro.»

13. Al considerar el testimonio de Blanco White sobre el estado de la religión y del clero en Inglaterra, ha de rebajarse, naturalmente, mucho de lo que decía durante un período en que su espíritu se dejaba llevar de la marea ascendente de sus sentimientos religiosos, como él mismo reconoció después. Durante cierto tiempo no tuvo ojos para nuestras faltas; y en las desmedidas alabanzas otorgadas á sus obras por algunas personas de autoridad no es posible ver sino la consecuencia de un principio semejante al proverbio de que «á caballo regalado no hay que mirarle el diente». Los miembros de todas las comunidades cristianas deben sentirse poco inclinados á escudriñar con excesivo rigor las intenciones de los conversos de profesiones rivales. De otra suerte, no puede menos de advertirse que, en las obras que publicó el Sr. Blanco mientras perteneció ostensiblemente á la Iglesia de Inglaterra, hay síntomas sospechosos, y cierta vaguedad que, mirada ahora á distancia, induce á creer que no recuperó nunca una fe sólida ni aun en los grandes dogmas católicos relativos á la naturaleza de Dios.

14. Consuela ver, sin embargo, que en su última caída no tuvo parte ninguno de sus colegas de nuestro clero. Porque en sus *Observaciones sobre la herejía y la ortodoxia*, publicadas en 1835, dice con respecto á sus amigos sacerdotes: «Todos y cada uno de ellos, sin excepción, hasta donde yo sé, son creyentes convencidos en la divinidad de Cristo.» Verdad es que en 1829 escribía: «En Inglaterra ha hecho rápidos progresos la incredulidad, tanto en las altas clases como en las inferiores.» En 1835 afirma que «han pasado decididamente los días de la ortodoxia»; y más lejos: «Es más fácil y poderosa la creencia artificial en el papismo puro que en el mixto», por el cual entiende el «Protestantismo» atanasiano. Y en otro punto: «Lo que se llama la religión protestante no es más que un sistema mutilado de papismo; al ver su falta de fundamento, su incongruencia y su multitud de contradicciones, no me sorprende oír que crece el número de católicos romanos.»

15. En resumen: ahora indica repetidas veces que, si ha de establecerse una fe dogmática, se buscará naturalmente en el sistema de la Iglesia de Roma. Tal es su opinión en esta fase; pero se verá que era casi un aborto. Él atestigua que la fe dogmática es en Inglaterra muy extensa y tenaz, aun entre aquellos que parecen haber renunciado á varios de sus puntos de apoyo. Se supone que él miraría con horror toda afirmación de la autoridad de la Iglesia y de los dones espirituales del sagrado ministerio; no obstante, reconoce alarmado el poder que ejercían aún esos principios. En 1836 escribe al profesor Norton, de América: «En este país, desgraciadamente, retrocedemos. En Oxford revive el espíritu más acentuado de misticismo y de papismo, y no sin sus persecuciones contra los que se atreven á oponerse á él, aunque débilmente.»

De igual suerte escribía á Mr. Armstrong en 1835: «La ortodoxia envenena más ó menos á todo hombre desde la cuna (y en este país más quizá que donde se reduce á un simple nombre).»

Y á otra persona: «Lamento profundamente que Inglaterra, un país que quiero y admiro, mi segunda patria, sea el punto de Europa sumido más hondamente en esa refinada intolerancia que atribuye opiniones á la depravación moral.»

Y á Mr. Mill: «Estoy convencido de que ningún país del mundo se resiente más que Inglaterra de falsas nociones en punto á religión. Verdad es que España é Italia están arruinadas á consecuencia de una superstición de la más grosera especie; pero tienen la ventaja de no considerar ese estado de cosas sino como una concesión hecha á la ignorancia, hasta que llegue un momento más favorable para desalojar á los fautores del daño de sus ruinosas fortalezas. Pero en Inglaterra, la superstición, tanto más nociva cuanto más intolerante, ha conseguido disfrazarse de algo que quiere semejar ciencia y sistema. Vestida de filosofía, en todo se entromete, no pura y simplemente de hecho, sino como por razón y de derecho.»

16. Podríamos llenar infinidad de páginas citando sus

amarguísimas lamentaciones contra el espíritu de «Bibliolatría», general en Inglaterra. Estima cosa común á todas las confesiones cristianas el designio, tan pernicioso en su sentir, de mantener una revelación de autoridad. La idea vulgar de Dios (dice) es antropomórfica, es una grosera idolatría. Más aún: lamenta repetidas veces el predominio é influjo de la superstición entre los mismos unitarios. Todo ello es de agradecer hasta cierto punto, porque sirve para probar que, aunque las ideas religiosas dominantes en este país puedan ser inexac-
tas en varios extremos, aunque sea corriente la peligrosa licencia de distinguir entre diversos artículos de fe según su supuesta importancia para el espíritu individual, aunque sean demasiado manifiestos entre nosotros el cisma y la herejía, sin embargo, los hábitos de espíritu que constituyen las condiciones fundamentales de la fe católica están profundamente arraigados en nuestro pueblo. Especialmente, el sentido de revelación y el convencimiento del carácter ético de los dogmas cristianos y de su relación indisoluble con la conducta, son cosas corrientes é inmutables. Mientras sea así, aun cuando se derriben las murallas y se dejen al desnudo los cimientos, su asiento en el corazón y en la mente del hombre queda intacto.

17. Hasta aquí Blanco White como testigo de hechos. Al considerarlo como maestro en filosofía sagrada, nos confunden la debilidad, la incongruencia y el perpetuo flujo de sus doctrinas. Durante los últimos diez años de su vida había caído en una especie de atrofia moral; estaba pensando continuamente, pero sin poder nutrirse de lo que devoraba con apetito tan insaciable. Así, desfallecía más y más de un año á otro; y difícilmente podemos medir la intensidad de su dolencia, cuando lo vemos caer por bajo del unitarismo hasta el punto de escribir á Mr. Norton, el profesor unitario, que ellos dos diferían en puntos esenciales, y cuando el mismo Mr. Norton, cristiano en la acepción unitaria, «en su controversia con Mr. Ripley, lo excluía completamente á él (á Blanco Whi-

te) del número de los cristianos», bajo el influjo del espíritu de la ortodoxia. A la verdad, no es maravilla que procediese así cualquiera para quien el lenguaje humano fuese otra cosa que una burla y un fraude. Porque hacia el mismo tiempo, Blanco White se disponía seguramente á emanciparse de casi todas sus últimas trabas, desechando hasta el nombre de nuestra religión; de otra suerte, difícilmente hubiera podido escribir: «¡Cuán superior es el islamismo en varios respectos al cristianismo supersticioso! Pero, aun á riesgo de sorprender á muchos, he de manifestar mi creencia de que, tanto el cristianismo corrompido como el propio islamismo, están llamados á desaparecer en el curso del tiempo, y que las dos religiones volverán á su fuente primitiva: á la pura idea patriarcal, á la verdadera idea cristiana de Dios y del hombre.»

Y poco después hace un paralelo entre el paganismo y el cristianismo en detrimento del segundo.

18. Son indecibles las contradicciones de que está plagada su obra. El admira, evidentemente, la cohesión de su pensamiento, quizá porque olvidaba muchas de las opiniones á que había renunciado, y porque las más de las veces se aferraba por el pronto con energía notable á cada modificación sucesiva de sus ideas. Aun los fenómenos de su propio espíritu, que parecen haber sido á lo último las únicas cosas reales subsistentes en él, preséntanse como incompatibles unos con otros. Por ejemplo: hacia el final de su vida no cesa de repetir que su vuelta á lo que él llama la ortodoxia, y que nosotros llamaríamos creencia parcial durante algunos años, entre 1812 y 1818, y nuevamente entre 1825 y 1832, era consecuencia del triunfo temporal de sus sentimientos religiosos sobre su entendimiento.

19. Pero en el primero de esos períodos había adoptado una actitud diametralmente opuesta, porque condensó sus sentimientos en la plegaria siguiente: «¡Oh Señor, Padre celestial, que sabes cuánto pecado subsiste aún en mi corazón, yo te imploro que extirpes de mi espíritu *los hábitos de incredulo-*

lidad que siento levantarse en mí mismo frecuentemente contra el pleno convencimiento de mi inteligencia sobre la verdad de tu revelación y mi firme anhelo de esa perfecta y tranquila confianza en las promesas de tu Evangelio, de las cuales me he hecho absolutamente indigno por la simple conducta de mi juventud.»

Los mismos sentimientos expresa en sus *Pruebas prácticas é intrínsecas contra el catolicismo*. Ahora bien: creemos que, en resumen, no sólo puede, sino que debe de haber mucho de verdad en esas primeras afirmaciones. Porque ha de recordarse que, entre España é Inglaterra, pasó diez años, por lo menos, en un estado de completa incredulidad. ¿Es posible que en tan largo período dejase de adquirir hábitos de escepticismo, y que estos últimos no llegaran á hacerse inveterados en un grado considerable?

20. No hay que perder de vista que nuestra naturaleza intelectual, lo mismo que nuestra naturaleza moral, sufre en gran escala el influjo de los hábitos adquiridos. Sabemos, por ejemplo, que un estadista, un sacerdote y un letrado, que representen fielmente sus profesiones respectivas, tendrán por lo común distintas ideas sobre un mismo asunto, aun cuando estén conformes en la conclusión, por el hecho de llevar á su examen distintas predisposiciones. Estas predisposiciones son resultado de los diversos ejercicios á que los conducen los diversos fines de la política, la ley y la religión, y modifican, en consonancia, los actos comunes de su inteligencia. Eso debe ocurrir con mucha más razón cuando la causa modificadora ataca profundamente la raíz misma de nuestra existencia moral, como en el caso de una falta completa de fe unida á la práctica diaria de los actos exteriores del sacerdocio. Pero el Sr. Blanco, lejos de ver en estos hechos de su historia una incapacidad, total ó parcial, para sus investigaciones filosóficas sobre cuestiones morales, más bien alega el tenor entero de su vida como su gran título de autoridad. Así, en 1836, escribe á miss L***:

«Habiendo atravesado casi todas las fases del espíritu religioso, excepto las que ofrecen el sello de una grosera extravagancia, natural es que tenga acerca de los artificiosos disfraces de la superstición un conocimiento práctico, que no podría adquirirse con ningún talento, con ningún género de dotes intelectuales, por sólo la reflexión y el estudio. Los resultados de esta experiencia individual, y no ninguna nueva doctrina ni sistema teórico, son los que yo he creído un deber de amistad cristiana comunicar á V. sin disfraces.»

Verdad es que él habla de experiencia, y no de opiniones; pero, en sustancia, el pensamiento es experiencia mental, y aun suponiendo que pueda hacerse la distinción, aquí es completamente inaplicable, porque la carta de donde está tomada la cita es teoría pura.

Por eso, cuando vemos que el Sr. Blanco ignora sistemáticamente el efecto que podían y debían haber producido en sus hábitos intelectuales diez años de incredulidad, concluimos por inferir que, aunque talento vivo y escudriñador, era un psicólogo poco atento, y, por consiguiente, un mal psicólogo.

21. Sus obras no ofrecen un sistema de creencias ni de incredulidad bastante definido para ser objeto de una exposición metódica, y son tan irregulares é incongruentes en la forma como en el fondo. No son consecuentes más que en la variabilidad. Presentan, sin embargo, un número notable de fenómenos curiosos, y entre ellos una intensa satisfacción, un ardiente deleite en el credo y culto unitarios en la época en que se adhirió formalmente á las sociedades de Liverpool que ostentaban ese título:

«El culto de la capilla unitaria, *Paradise Street*, me ha proporcionado el más puro deleite.»

Antes de esto, «no tenía ninguna idea del influjo que la poesía sagrada, llena de verdadero sentimiento religioso, y libre del empalagoso misticismo que tanto abunda en algunas obras, puede ejercer sobre el corazón y la mente... Si el cristianismo ha de ser una fuerza viva en las partes civilizadas del

mundo, será bajo la forma unitaria... Lo que más me impresionaba de todo es lo que podría llamarse la *realidad*, la verdadera relación que guarda este culto con la vida. Todo lo que he practicado antes me parecía cerrarse en una región apenas visible... Aquí las oraciones y el culto entero constituyen una parte de mi vida real. Yo rezo con mi espíritu; rezo también con mi inteligencia. ¿No puedo decir que, en medio de mis sufrimientos de todas horas á causa de las heridas ensangrentadas de mi corazón, esas heridas que aun mis amigos remueven con dureza, me veo al fin recompensado por obrar de acuerdo con los principios?»

Y sigue mucho más sobre el mismo tema.

22. ¿Daremos nuestra explicación del enigma que parece ofeecer esa explosión de júbilo religioso con motivo del frío culto unitario? Hela aquí: el nadador, juguete de las olas, falto de aliento, fué á dar en una playa, y no tuvo tiempo de advertir que era una playa inhospitalaria, ni comprendió que volvería á arrollarlo un nuevo oleaje. Su espíritu descansaba satisfecho, al pasar de interminables dudas y de los sinsabores de una posición falsa, y poco honrosa intelectualmente, al reconocimiento y confesión de dos puntos esenciales de la fe católica: la unidad de Dios y la misión de Cristo. De ahí que se exaltase con el culto unitario, á la manera que una guarnición extenuada de hambre celebra como festín un rancho de zupia. Pero eso no duró, ni podía durar. Aun los estrechos moldes del dogma unitario no tardaron en resultar anchos para él. Lo asaltaban confusas dudas é incertidumbres. El escepticismo se aplacaba momentáneamente, pero pronto tornaba á aguzarse su apetito. Ya á las dos años de esos transportes vacilaba tanto su pensamiento en punto á la idea de Dios, que, en su sentir, el hombre no podía hacer más que mirar á su luz interna y seguirla, dejando á un lado el oscuro misterio de su existencia.

23. Desde entonces dejó de concebir el cristianismo como una revelación histórica, dejó de reconocer el deber de orar,

y se desvaneció su idea de la inmortalidad personal del alma. Sus concepciones religiosas oscilaban entre el cristianismo y el panteísmo, inclinándose al último como lo menos malo. Nos recuerda en esta fase el largo descenso al infierno, de etapa en etapa y de unos círculos á otros, más bajos y reducidos cada vez, hasta acabar, al fin, en el eterno hielo de Giudecca. Sus impresiones en esa vía de perdición las ha descrito sentimentamente en estas líneas (1837):

«¡Hermano ó hermana, quien quiera que seas! Si pudieses ver el diente que roe mi corazón, atajarías esa corriente pasajera de desdén, y derramarías una lágrima, compadeciéndote de quien, á despecho de las injusticias que laceran su alma fatigada, nunca ha sabido odiar.»

Y estamos seguros de que ese llamamiento á la piedad encontraría universal respuesta. En cambio, debe rechazarse enérgicamente la hipótesis, que ha llegado á formularse, de que un día sería mirado como un porta-estandarte de la humanidad. Varias de sus opiniones autorizan y deben producir en nosotros un sentimiento no escaso de horror; pero en cuanto al hombre, que, si erró de una manera tremenda, sufrió no menos hondamente, y que, en medio de descarrios y agudos y prolongados dolores, todavía alimentaba sentimientos de deber y de piedad, *ese* tiene derecho á nuestra consideración y simpatía, y nosotros relegamos las oscuras cuestiones de su destino allá adonde únicamente existe el poder de resolverlas, al «seno de su Padre y de su Dios».

24. Había evidentemente muchos signos de nobleza, así en fragmentos de sus opiniones como en su postrera conducta. Después de hacerse unitario, aún discernía «el error esencial que existe en el fondo del sistema de Paley»; y, cuando había caído más bajo, no dejaba aún de apreciar (en 1837) la excelencia de la teoría del obispo Butler sobre la naturaleza humana. Recomendaba prevenirse contra el egoísmo en las investigaciones filosóficas y contrarrestar nuestras inclinaciones. Sostenía (1838) que el hombre no puede comprender la

verdad moral sino dentro del límite de su propia pureza. Afirmaba que la virtud tiene fuerza obligatoria independiente de toda idea sobre la eternidad de la existencia y de toda esperanza de ventura; y aun después de dejar de creer en la otra vida, todavía acariciaba, con feliz inconsecuencia, el pensamiento de que habría de salvarse en manos de su Hacedor, y de que Dios recompensaría de seguro su generosidad y desinterés. Alimentaba siempre, al través de todas sus vicisitudes, el amor á Dios, y proclamaba la exigencia de resignarse á su voluntad, aunque apenas se comprende cómo pudiese tener ninguna creencia dogmática en la existencia de una voluntad divina. Sentía, en fin, inclinaciones á resistir á la tiranía de su individualidad, á reconocer el imperio del deber y á mantener la supremacía de los elementos superiores de nuestra naturaleza sobre los inferiores—cosa que no siempre se observa en escritores menos heterodoxos, y que difunde un cálido tinte de consuelo sobre el triste y doloroso examen de su vida y opiones.

25. Tampoco deben olvidarse ciertas circunstancias relacionadas con el ejercicio de su profesión. Nosotros no podemos desechar nuestros sentimientos de respeto hacia un hombre que dos veces en su vida, por culpa de convicciones erróneas y después de muchas vacilaciones, renunció á casi todo bien mundano. Puede haber personas autorizadas para condenarlo y vituperarlo; pero tales censuras no pueden proceder de los que disfrutan tranquilidad material y espiritual, de los que nunca han sufrido sus contrariedades, y sobre quienes Dios no dejó caer jamás el peso de sus aflicciones. Cuando se hallaba postrado en su vejez y en la soledad de su casa—soledad tanto más sensible, cuanto que vivía en una de las calles del bullicioso Liverpool—llegó su hijo de la India. Fué aquél evidentemente un período de gran satisfacción y alegría. No obstante, mirando al porvenir del joven, le aconsejó que se volviese; y á este propósito escribe á un amigo: «pero al estrecharle la mano el sábado por la tarde, sabiendo

que probablemente no volveré á verlo nunca, apenas podía contener la angustia dentro del pecho. Afortunadamente me iba á la cama, donde pude dar rienda suelta á mi pena».

Y apunta en su diario el 15 de Junio de 1839 : « Me despedí por última vez de Fernando, y sentí como si se me despedazara el corazón.»

El mira sin duda ese acto paternal, tan tierna y delicadamente cumplido, como hijo de su filosofía. Nosotros nos permitiremos atribuirlo más bien á los instintos ingénitos de una naturaleza que, juzgando á distancia como espectadores, calificaríamos de desinteresada y llena de sentimientos generosos.

26. Hemos dicho que sus obras no contienen un sistema regular de incredulidad ; pero el autor nos presenta claramente la causa que destruyó su fe, y que parece haber sido su tendencia á exigir una suma, ó, más bien, una clase de pruebas en favor de la religión revelada, distinta de la que permiten esperar la índole del asunto y los límites de nuestra humana condición.

Consideremos la primitiva forma de la ilusión en que cayó Blanco White en las dos grandes ocasiones de su apostasia. Entre los dos momentos media un intervalo de unos treinta y cinco años ; y él estima esta circunstancia como una prueba más de la razón de su actitud. Así sería realmente, si fuesen buenos los argumentos que aduce ; pero el hecho tiene la significación contraria, si los argumentos son intrínseca y radicalmente malos. Aquí, pues, expondremos el *πρώτου φῦδος* como él mismo decía con no pequeña complacencia, y según él lo aplicaba : primero á la autoridad de la Iglesia, y después á la inspiración de la Sagrada Escritura y á la autenticidad de sus partes componentes, los dos pilares, en su sentir, del catolicismo y la ortodoxia.

« Concederé todo lo más posible á los defensores de la autenticidad de los Evangelios : concederé que lo que se alega contra la autoridad no pasa de una conjetura. Pero, sentando como premisa que la autenticidad no probaría la inspiración

de esos escritos, pregunto: ¿tienen más valor que el de meras *probabilidades* los argumentos en pro de la autenticidad? ¿Puede darse por inspirada una cosa meramente hipotética? Ahora bien: contra las probabilidades ortodoxas existen grandes probabilidades; la hipótesis es pura conjetura. ¿Y sobre tales bases ha de pedir el Supremo una *absoluta fe* en la autenticidad y en la autoridad divina de toda la Biblia? Sería exigencia monstruosa; según las leyes inmutables de la inteligencia humana, la fe no puede ser más poderosa que sus fundamentos. Dios, que impuso tales leyes á nuestras almas, no puede exigir en un *deber* moral que el hombre proceda contra ellas.»

27. Escribía esto en 1839; pero ya algunos años antes había apuntado algún razonamiento análogo, con referencia á las primeras investigaciones que hizo en Inglaterra poco después de 1814. Las Escrituras (decía) son «la autoridad más alta en las materias que se rozan directamente con el cristianismo. Pero aun esa autoridad no tiene títulos para una obediencia ciega é implícita. ¿Por qué? Porque la autenticidad de esos escritos no es más que una *probabilidad histórica*...

» El caso es exactamente el mismo que el de la supremacía é infalibilidad de Pedro y de sus pretendidos sucesores, defendidas por los sacerdotes católico-romanos...

» El fundamento de la certidumbre ha de ser *cierto*. Los sacerdotes quieren que la Fuente Eterna de la Razón sea más ilógica que el más débil de los hombres. Si Dios hubiese resuelto habitar *milagrosamente* entre los hombres dentro de un *libro*, como en un oráculo, del cual pudieran obtenerse respuestas *infalibles*, no hubiese relegado ese primer fundamento de la apetecida certeza á la región de las probabilidades y conjeturas.»

Creemos que bastan estas citas para dar á conocer la forma y la fuerza de sus argumentos; por consiguiente, podemos proceder á formular nuestras objeciones.

28. Nos sorprende la manera fría y casi desdeñosa cómo habla el Sr. Blanco de la obra tan célebre del obispo Butler. Después de ensalzar los sermones de ese gran escritor, añade: «*La Analogía* de Butler es una obra inferior. El argumento de analogía, especialmente aplicado al cristianismo de las Iglesias, no tiene fuerza ninguna.»

Nos atreveremos á insinuar la sospecha de que quizá no estudió nunca detenidamente esa obra «inferior», cuyas varias partes, amén del argumento general, son, á nuestro juicio, otras tantas conquistas permanentes de ese método filosófico que ha de subsistir mientras dure nuestra vida perecedera.

El obispo Butler da en su *Introducción* una breve idea del criterio de la probabilidad, de su naturaleza, de su fin y de su fuerza obligatoria, que, á nuestro ver, suministra abundantes materiales para refutar los sofismas anteriores. Filosofando sobre la actividad humana, debemos inferir sus leyes mediante una inducción legítima; y, por nuestra parte, suscribimos sinceramente al principio de que «Dios, que ha impuesto ciertas leyes á nuestras almas, no puede erigir en deber moral que el hombre proceda contra ellas».

29. Pero el argumento del Sr. Blanco parece, en primer lugar, confundir la fe con el conocimiento, y, en segundo, suponer que la ortodoxia ó la fe católica se relaciona con la creencia más bien que con la acción, ó con la creencia independientemente de la acción. En cuanto á lo primero, dice: «Vuestras pruebas no son demostrativas; por consiguiente, yo no puedo creer.» Es una gran inconsecuencia. Suplicamos al lector recuerde que en lenguaje metafísico el término «probabilidad» implica algo que no llega á la certeza absoluta é infalible ó propiamente científica; y con esta sola observación respondemos al Sr. Blanco que la demostración es el fundamento adecuado del conocimiento, mientras que el de la creencia es la probabilidad.

30. No pensamos, ni mucho menos, aludir al adversario, defendiendo la majestad de la fe contra la razón, ni apelando

á la teología contra la experiencia, ni inventando un nuevo criterio para fines religiosos, inaplicable á la vida común. Es, en efecto, especie acreditada entre algunos la de que «donde empieza el misterio acaba la religión», que es casi como decir: «donde empieza la antítesis, acaba el sentido común.» Pero nosotros nos proponemos sostener que la teoría del señor Blanco, como todas las de su linaje, yerra contra la razón, contra la experiencia, contra los principios en que se funda la conducta uniforme de la humanidad en la vida diaria. Esta conducta ordinaria y uniforme, y no las veleidades de un entendimiento desordenado y versátil, nos demostrarán lo que son realmente esas leyes, que Dios nos ha impuesto, y que no sólo no deben de infringirse, sino que deben observarse en la práctica, reconociendo todos como nuestra primera y más alta obligación la de someternos á su indiscutible autoridad.

31. Sostenemos, primeramente, que sólo por una licencia de lenguaje puede aplicarse la designación de conocimiento á cualquiera de nuestras percepciones. Porque, como propiamente hablando, no puede conocerse sino lo que existe, ni de otro modo que según existe, es claro que el nombre de conocimiento, en sentido estricto, sólo conviene á las percepciones absoluta y exactamente verdaderas; y aún más: sólo pueden calificar así sus percepciones los que saben infaliblemente que son verdaderas. En rigor, pues, nosotros no podemos apellidar conocimiento á ninguna de nuestras propias percepciones, toda vez que, por muchas que puedan ser verdaderas, nosotros no sabemos infaliblemente que lo sea ninguna. No hay un solo paso en las operaciones de nuestras facultades intelectuales, donde no pueda deslizarse el error; y siendo éste siempre posible, no puede afirmarse categóricamente el *conocimiento*, la correspondencia cierta y precisa de la percepción con lo percibido. De modo, pues, que, si no puede haber una fe legítima, sin conocimiento en el sentido científico, este vasto universo es un libro en blanco, y no puede creerse nada, ni teológico, ni moral, ni social, ni físico. En

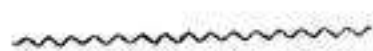
resumen: en tal caso, apenas es posible adquirir la certeza abstracta, aunque podamos acercarnos á ella indefinidamente; y conocimiento, certidumbre y todas las expresiones análogas se han de entender, no absoluta, sino relativamente—relativamente al límite impuesto por la naturaleza de nuestras facultades, y esto, no sólo por lo que toca á la revelación, sino por lo que atañe á todo el círculo de nuestra experiencia.

32. Inmediatamente después de la certeza abstracta viene esa especie de asentimiento que, según la constitución de nuestro espíritu, excluye toda duda. El lenguaje humano aplica la denominación de saber á tal asentimiento, cuando la exclusión de duda es entera y perentoria en el más alto grado. Desde este punto hasta aquel en que una proposición llega á ser inverosímil, y en que una recta inteligencia se inclina á rechazarla, median infinidad de probabilidades. Por ejemplo: cuando la exclusión de duda es total, pero no perentoria é inmediata; cuando depende de la consideración comprehensiva y continua de varios particulares; cuando se basa en el recuerdo de una demostración cuyos pormenores se han borrado de la memoria; cuando procede de algún poderoso instinto original refractario á un cumplido análisis: todos estos son casos en que puede desterrarse enteramente la duda, pero en que difícilmente podríamos saber ni decir si nuestro asentimiento se fundaba en el conocimiento ó en la fe, puesto que se entrecruzan las apariencias de uno y otra, según se entienden comúnmente. Sin embargo, en términos generales puede decirse que llamamos conocimiento á lo que no admite grado en nuestras percepciones, y creencia á lo que lo admite, aun cuando podemos poseerlo en el grado más alto, y, por consiguiente, con toda la certidumbre del conocimiento, bien así como pueden concebirse dos posiciones, una en lo alto de una columna, y otra en lo alto de una escalera, y las dos, sin embargo, de igual elevación.

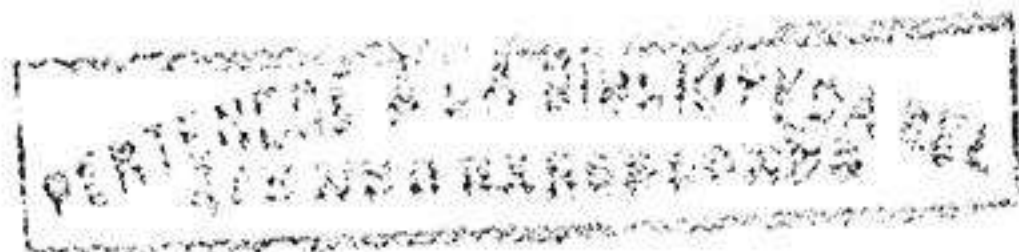
W. GLADSTONE.

(Se concluirá.)

CRÓNICA INTERNACIONAL



Crisis política portuguesa.—Estado de la nación hispana.—La guerra y la paz en el mundo.—La guerra y la paz en Melilla.—Satisfacciones verdaderas dadas á nuestra patria por los moros.—Política francesa.—Complacencias del gobierno francés con el socialismo y durezas con los socialistas.—Italia y su crisis ministerial.—Nombramiento de Crispi.—Alemania.—Los nuevos tributos y los nuevos tratados.—Debates sobre la primacía naval en Inglaterra.—Reflexiones.—Conclusión.



Nada menos extraño que las continuas crisis lusitanas; y nada más extrañado por quienes creyeran en la estabilidad y firmeza del segundo pueblo ibérico. Cuando las ideas políticas predominaban sobre los intereses económicos, solían organizarse con resistencia mayor que la de ahora los ministerios, y depender su estada en el gobierno de fuerzas morales, más dominables por el humano albedrío que las fuerzas económicas, cuyo carácter material suele prestarles en las sociedades algo de la fatalidad connatural con todos los elementos físicos que componen el universo. Más fácil aplazar la reforma del Código fundamental que la satisfacción del cupón corriente. Y, como donde no hay harina, todo es mohina; y en Portugal no hay harina, de ahí tantas y tan temerosas crisis como á la continua perturban al Estado, y tantas y tan confusas elecciones como á la continua perturban al

pueblo. Yo tuve algunos días fe vivísima en el ministerio portugués, de que fué parte magna mi amigo ilustre Oliveira Martins. La ciencia, la experiencia, la honra, todo cuanto puede fiar el buen éxito de una empresa, estaba reunido en aquel ministro, único capaz de contrastar al destino, si el destino pudiera contrastarse. Desde que cayó Martins por lo imposible del remedio, perdida ya toda esperanza, no hay sino prevenirse para ver cómo una crisis política por día quebranta con sus fuerzas de natural descomposición todos los organismos y oscurece con sus letales vapores de tristeza y ruina todos los horizontes. Así, creo tan irracional el anunciado llamamiento de nuevas Cortes y la próxima reapertura de nuevos comicios que han ideado los ministros para ocurrir al grave daño, como el cambio radical de instituciones y la reapertura de nuevos períodos constituyentes que para ocurrir al grave daño han ideado los demócratas. En toda curación del organismo aconseja la más vulgar medicina descanso del órgano lastimado por alguna indisposición. Pues hay que dar treguas á los combates diarios y tener en reposo por largo tiempo la política, si quieren los portugueses ocurrir al quebranto é indisposición de su tesoro. Todo plan económico pide la estabilidad, indispensable al cálculo de los medios, con que habrá de contarse para el angustioso día, en que precisa pagar las obligaciones apremiantes. No hay que forjarse ilusiones: más amplias ó más restrictas, las libertades individuales, por cuya proclamación y arraigo nos hemos los demócratas sacrificado en combates intelectuales y materiales, épicos verdaderamente, ya entran en las costumbres, así como el régimen parlamentario y constitucional, por cuya virtud se gobiernan los pueblos á sí mismos: el problema económico absorbe hoy todas las actividades humanas como antes las

absorbiera el problema político. Libres y dueños de sí los portugueses, ni tendrán dentro de la nación quien atente á su libertad, pues no están las monarquías en su decadencia irremediable para semejantes empresas, y creo que ni fuera quien atente á su independencia, pues el respeto de cada pueblo á la integridad intangible de los demás pueblos crece todos los días. Solo un obstáculo verdaderamente grave se alza en su camino: la contingencia de que los ciudadanos de un Imperio rico, por ejemplo, para que no pierda otro, del Imperio británico, le presten dinero, y luego, en la hora del pago, patente la insolvencia é irremediable, funden un verdadero sindicato que perciba una renta cualquiera, ó juzguen hipoteca más mollar cualquier pedazo del patrio territorio. Confusamente se oye decir que las reclamaciones de los alemanes por los cupones impagos llegan á tomar carácter de amenaza; y fuera del mundo estará quien allá, en libros de un patriota inglés influyentísimo, no haya leído que acaso le conviniese á Inglaterra quedarse con la Madera y las Azores, para facilitar las comunicaciones entre su propio archipiélago y la India por el grande Océano y por el Cabo de Buena Esperanza, más largas, pero más seguras, que las comunicaciones por los espacios del canal egipcio y por las aguas del Mar Rojo. Ante tales consideraciones, á Portugal únicamente le toca meditar con reflexión y resolver con acierto el problema derivado de todos estos problemas; el problema de saber si los gastos, que trae una monarquía, un Estado aparte, una indispensable diplomacia, un costoso ejército, tantas y tan hermosas colonias, pueden de algún modo conciliarse con su incurable situación de apuros apremiantes, los cuales vienen circuidos de amenazas horribles, no sólo dirigidas á su Tesoro exhausto, dirigidas á lo más importante y valioso, primero al honor nacional, muy en peligro

de padecer so afrentísimos sindicatos, y después al patrimonio nacional, muy en peligro de mermarse para ocurrir á ciertas inminentes compensaciones exigibles y exigidas cada vez con mayor imperio. ¡Que Dios ilumine á Portugal decimos cuantos lo consideramos parte integérrima de la patria!

Nosotros, los españoles, llevábamos camino de mejorar nuestra situación económica y resolver el problema pavoroso de nuestra Hacienda en Setiembre último, poco antes de que cayéramos en la trampa de Melilla, que una casualidad cruel debió tender en acecho á la regeneración de nuestra patria. Medio arreglado este asunto, no ha podido menos, por su propia naturaleza, que inferirnos grave daño y debilitarnos un poco en el concepto de las potencias europeas. Famosísimos nosotros por los arrestos antiguos de un valor sin desfallecimientos, parecíamos los menos idóneos para entrar, después de ofendidos, en largas negociaciones dictadas por sentimientos de prudencia, un poco ajenos á nuestro atávico natural y á nuestra secular compleción. Mas, no lo dudéis, la guerra va poco á poco desapareciendo de los medios conducentes al deseado logro de los fines sociales. Cualesquiera de los conflictos que se han enmarañado en los últimos lustros hubiese promovido en los lustros anteriores cien desoladoras guerras: la ocupación por los rusos de aquellos puestos avanzados en Tartaria, tenidos por los viejos ingleses como estratégicos lugares conducentes á la invasión por tierra de sus dominios indios; las pesquerías de Terranova, en las cuales se litigaban intereses superiores al predominio en Palestina, disputado por medio de la guerra de Crimea entre las dos grandes potencias occidentales y Rusia; la cuestión de Madagascar y el bombardeo de Alejandría y la tutela sobre los egipcios, cuyos incidentes hubieran encendido

antaño una conflagración horrorosa; las malas inteligencias de fronteras entre Prusia y Francia, como la ocupación de Túnez por este último Estado, que tanto agravó á Italia; la ingerencia de un ministro anglo-sajón, muy audaz, en las guerras civiles y en las revoluciones recientes de la trabajada Chile; otros mil incidentes, á cual más pavoroso, y todos ellos, ó suspensos de arreglos y acomodos, ó resueltos por la conformidad con pactos más ó menos tácitos, preferibles en término postrero á la conquista y á la lucha. Si, en otra ocasión, sucede lo sucedido en el asunto de las Carolinas, caemos dentro de la guerra con Alemania, y no apelamos al augusto arbitraje de León XIII. La horrorosa grandeza tomada por los instrumentos de combate y la multiplicación de intereses que ha traído el trabajo, imposibilitan mucho las bélicas discordias. Pocas veces habrá la humanidad oído palabras tan sublimes como las pronunciadas por Gladstone hace algunos años, en vísperas de un conflicto, inevitable á causa de avances del ejército moscovita en las mesetas centrales de Asia, pidiendo á Dios que conjurase la guerra, ó, si por causa de ceguera y maldad sobrevenía, infiriera en su distributiva justicia el castigo al culpado iniciador. Tal situación del medio ambiente que hoy predomina, y tales propensiones del humano espíritu á la paz perpetua, explican la prontitud con que fuimos á la guerra el año 60, y la circunspección y la retentiva con que ahora hemos procedido. La guerra hubiera debilitado en tal modo nuestros poderes, que nada tan fácil como intentar y cumplir un cambio de instituciones en cualquiera de sus incidencias. Firmísimo estaba el poder central cuando la campaña última de Africa; y, sin embargo, traidora conspiración del palacio de Madrid, apoyada por las Tullerías de París, puso en calzas prietas el poder público; y, si como quiso

entronizar al odiado Carlos, despliega un pabellón acepto al pueblo, derriba la monarquía desamparada de su ejército. Y no quiero hablar por patriotismo de las cuestiones exteriores. No se habían despertado los apetitos coloniales en el período de la guerra última de Africa como se hallan ahora despiertos; no se habían maltratado los pueblos unos á otros como se han maltratado ahora por la maldita repartición del continente africano; ni la Gran Bretaña quería con tanto ahinco, cual hoy quiere, á Tánger, ni la nación francesa se impacientaba por el Muluya, el Fidji, el Touat, como ahora se impacienta; ni Bélgica estaba entonces en el Congo, ni Alemania en la región austral, ni Italia en la Eritrea; y, sin embargo, no solamente la diplomacia nos detuvo al pie de los desfiladeros del Fondac, nos impidió alzarnos con Tetuán, bautizada por la sangre de nuestros mártires y unida con el resto de nuestro suelo allí por la sanción de una incontestable victoria. Y no creáis que deja de responder la situación y estado del enemigo á la situación del español. Allá, en su inconsciencia, el rifeño adivina que ha hecho mal ofendiéndonos, pues su propio interés vulneró al poner en peligro de muerte á su imperio. Así, el príncipe Araaf reduce á un simple incidente de frontera tan temido litigio; el kabila feroz calla dejando indefensa la mezquita de su Dios é indefensas las sepulturas de su tribu; el rifle atronador se enfría y no responde á ninguna provocación; menudean las embajadas casi diarias y las promesas de satisfacción casi humillantes; el aduar constructor de las trincheras contrarias á nosotros las derriba con sus propias manos; llegar al castigo los culpados con rigurosa exactitud, y grande sentimiento de amistad invariable se impone, por comprender el Riff, en una de sus intuiciones colectivas, tan propias de los pueblos, que sirve nuestra patria

de fiador á la estabilidad imperial, y conjura las codicias amontonadas sobre todas las fronteras mediterráneas de aquel codiciado territorio. No hay, pues, por ahora temor alguno de guerra, y queda el africano problema reducido á dos términos, materia de indudable debate: á la indemnización pecuniaria que debemos pedir y á las extensiones de territorio que deben allí tocarnos en suerte como fianza de que no podrán repetirse agresiones análogas y de que no podrá recibir vulneración de ningún género nuestra Melilla, centinela de la civilización que vigila costas muy extensas é impide á la continua el pirateo rifeño, cuyos estragos serían frequentísimos y grandes, de no tener tan seguro vigía por allí la civilización universal.

El paso desde un período revolucionario, como el abierto por la Revolución francesa, que deberá fundadamente llamarse revolución universal, á un período evolutivo, como el que ahora comienza; y el paso desde una edad guerrera, pues á esta fase del tiempo no puede llamársele período en razón de su inmanencia incalculable, á una edad industrial, tiene importancia tanta, que habrá de asemejarse, por su grandeza propia y por su extensión, á los profundos movimientos geológicos. En cuanto el trabajo llegue á predominar sobre el combate, los organismos sociales tomarán aquella forma congruentísima con el medio ambiente, muy en correlación y armonía con todo cuanto sucede y pasa por las analogías en el seno de nuestro universo material. Felices los pueblos como Francia dotados por milagrosas anticipaciones de su espíritu y retribuidos por premios providenciales á sus grandes servicios con instituciones de derecho y de igualdad, con instituciones republicanas, cuya virtud y eficacia responden, como nunca respondieran las instituciones de casta y privilegio, al nuevo espíritu y al nuevo ele-

mento social. ¡Pero cuán lenta la perdurable y continua elaboración social, cuando ahora mismo acaban de asegurarse, como por milagro, de intangibles las formas tomadas por el Estado francés, combatidas cuatro lustros seguidos con un encarnizamiento sin ejemplo por los sacerdotes de la monarquía, muy análogos con aquellos sacerdotes antiguos que sacrificaban en el templo de la Victoria, después que Theodosio había impuesto á los senadores como culto del Imperio, la religión católica, promulgada en todo el mundo romano! La completa libertad, la igualdad política y civil, el régimen parlamentario fuera de toda duda y competencia, el sufragio universal en ejercicio componen un régimen de trabajo, como el feudalismo con sus fortalezas y con sus horcas y con sus mesnadas, componía un régimen de combate. Por eso nuestro decidido empeño de que la República predomine por fin en Francia, cosa difícil, dado el carácter monárquico, naturalmente, de tal pueblo; y por esto nuestro invencible terror á todo retroceso de tal forma política que creemos organismo viviente de una sociedad progresiva, superior de suyo á la sociedad contemporánea. Y, sin embargo, los partidos republicanos franceses todos se asemejan á los partidos republicanos españoles, en el común achaque de hacer lo posible y lo imposible para perder la República. Muchos días han transcurrido ya desde que leyó el último presidente, M. Dupuy, la declaración ministerial con que las Cámaras se abrieron, firmada por todos los ministros; y todavía no he podido saber la razón que tuviera una parte de estos ministros, la radical, para negar que revistieran valor alguno estas firmas y replegarse á las rojas tiendas de su exaltadísima fracción. Este achaque, introducido ahora, de revelar los secretos de Estado, que piden y necesitan

una reserva como el secreto de confesión, 'imposibilitará toda política en Europa, como se imposibilitaría toda digestión, si al aire libre y al día claro sacásemos las funciones digestivas. En pueblo tan libre y tan digno de serlo, como Inglaterra, ningún ministro se atreve á contar lo hablado y convenido en Consejo de gobierno hasta la hora señalada para su solemne publicación. Si un gobernante inglés hubiera hecho lo hecho por M. Peytral, contando cómo había puesto por compromiso el nombre suyo al pie de la declaración ministerial contra su grado; cosa increíble, pues con haberse resistido á firmar, nadie le hubiera puesto para que firmase al pecho un puñal; si un gobernante inglés, decía, hubiera hecho tal cosa, no podría reaparecer, ¿qué digo en la Cámara?, ni siquiera en la sociedad. A tal salida cayó el ministerio; y le sucedió uno nuevo, compuesto de factores oportunistas todo él y presidido por varón de apellido tan célebre como Casimiro Perier. Al ver cómo en una democracia tiene autoridad, á muchas generaciones trascendente, un ilustre nombre, no puede menos de convenirse sin esfuerzo en que arraiga con raíces profundas en los corazones humanos el culto de los muertos. Carnot por su abuelo, por su abuelo Perier, Cavaignac por su padre, han llegado á posiciones que no consiguieran por sus propios méritos personales con tan extraordinaria facilidad. El segundo, Perier, aupado, de muy joven, á puestos como la presidencia del Consejo y la presidencia del Congreso, hasta ofrece y presenta contra esta fácil fortuna en la democracia, una tradición orleanista, nunca negada por su honradísima sinceridad, antes bien, puesta de manifiesto adrede con el acto de renunciar temporalmente á la vida pública el día en que sancionó la Cámara el extrañamiento de los Orleanes. Pues bien; ¿cómo debiendo así Carnot cual Perier

gran parte de sus envidiadas posiciones políticas personales á ese gran sentimiento conservador de la sociedad humana, que sustituye con monarquías artificiosas las monarquías históricas, cuando éstas han desaparecido para siempre, no siguen una política conservadora, ni el uno ni el otro? Carnot está todavía en la olvidada cartilla del agrupamiento concéntrico de las fracciones republicanas, y Perier ha presentado un programa, el cual, sin tener en cuenta las afirmaciones proteccionistas, que son puro socialismo, nos ofrece unos principios, comuneros casi, de vaguedad tan peligrosa, como la contenida en los libros del socialismo de la cátedra, cuyos sofismas traen tan extraviada y tan perdida la razón popular, adonde han trascendido ya, en el Imperio alemán.

Respecto de socialismo no conozco ya sentencia tan profunda, cual aquélla de Cleveland, al decir en uno de sus recientes discursos que los ciudadanos deben sostener y alimentar al Estado y no el Estado sostener y alimentar á los ciudadanos. Si un presidente de la república sajona puede hablar así, ¿por qué no hablará de igual modo un presidente del gobierno francés? Y sin escrúpulo de ningún género, Perier afirma el propósito deliberado en su ministerio de presentar leyes que tiendan á resolver el problema social, cuando este problema no podrá resolverse nunca: primero, porque, aun poniendo muy lejos las fronteras, donde acaba el bienestar y empieza la desgracia de los ciudadanos, siempre habrá una miseria social en el fondo de las naciones, como siempre habrá una cloaca excrementicia en el subsuelo de las ciudades, pues, si las disposiciones administrativas tienen que ocurrir á tantos infortunios como pululan por todas partes, tendrán que ocurrir también á tantas enfermedades como también pululan; enderezando entuertos, dependientes

unos del albedrío libre de cada cual y dependientes otros de fatalidades indecibles. Yo no puedo explicarme cómo el balbuciente y el neurótico y el corto de alcances y el achacoso por males hereditarios y el enfermo de nacimiento y los innumerables infelices castigados por la fatalidad común, bajo cuyo imperio padecemos todos los mortales, no recurren al Estado en queja y no le piden remedio á tantos desperfectos como la contingencia humana padece, muchos de ellos más terribles que la pobreza misma. Yo no comprendo tantas complacencias intelectuales y morales con el socialismo, para luego prescindir de todos los principios modernos y dar leyes excepcionales contra los socialistas y comuneros, tan requeridos á formar parte de las agrupaciones republicanas, y tan halagados con falsísimas promesas para sus engañosas ilusiones. En pocos ministerios contaría yo tantos amigos personales, cual en este ministerio francés de ahora. Conozco pocos políticos de la clara inteligencia y de la firme voluntad que distinguen á mi amigo Raynal, el ministro de la Gobernación. Y no tengo yo en Francia un amigo tan leal y antiguo como Spuller, ministro de pública Instrucción, á quien profeso un verdadero cariño. De una complexión bondadosa, de un carácter igual y sereno, de una vasta ciencia, de un reflexivo amor á la patria, de una honradez intachable, de una palabra reposadísima y transparente, de una lógica inflexible, sus virtudes y sus talentos honran así á su partido como á su patria, y merecen las devociones que les tenemos todos cuantos los viéramos y apreciáramos de cerca en el cambio continuo de ideas y en el comercio de afectos á que nos han llevado nuestros sendos compromisos en la política, muy análogos, y nuestros comunes pensamientos consagrados á la libertad y á la democracia. Pero, queriéndolos como los quiero yo y estimándolos

en el subido precio en que los estimo, permitiránme los dos amigos decirles cuánto deploro el error que los conduce á creerse reformistas dentro de una situación republicana, cuando no son más que puros y resueltos conservadores. Por este afán de mantener unidas las huestes, que combatieron so el mando de Gambetta, cuando la República pasaba por un período de indefinición y de interminación indudable, se las echan de reformadores progresistas ahora, y para merecer tal dictado, según lo explica el sentido común, ó tienen que irse con Pelletán y Lokroy, á la reforma constitucional y al Senado de popular elección directa, ó tienen que claudicar hasta caer con el converso Goblet en sima tan profunda como el socialismo de la cátedra. Y el socialismo de todos géneros, cuando es muy conservador, confina, como el de Munt, con la teocracia: y cuando es muy adelantado confina, como el de cualquier socialista revolucionario que cuente la Cámara, con el anarquismo. Y luego, si aparece la consecuencia de todo esto, personificada en un loco asesino, en Vaillant, aquejado con las manías de un Eróstrato, y lanza dentro de una lata de sardinas rellena con clavos y explosivos, que despiden por los aires proyectiles de muerte, en el Congreso, infiriendo á los cuerpos heridas y á los ánimos terror, suspéndense las leyes ordinarias, cuando lo más llano y saludable sería negarse á toda nueva experiencia socialista y decirle al pueblo que, dotado ya de todos los derechos individuales y de todas las libertades necesarias, y participando del público poder con todos los medios contenidos en el sufragio universal, no se puede hacer por él sino suplir con los institutos de caridad pública ya organizados las deficiencias sociales y asegurarle por el horror á todo retroceso y el culto de la igualdad política y civil su completa emancipación.

La designación y advenimiento del nuevo ministerio presidido por Crispi ha tomado en Italia el aspecto de una grande necesidad, según lo mucho hecho para impedirlo, y la fuerza con que todas las oposiciones superara y á todos los opositores venciera. Parecía un ministerio, como el último, hacedor de Cámara, dispuesta y apercebida con antelación al fin y objeto de sostenerlo parlamentariamente, un ministerio eterno; y ha bastado la rápida lectura de informe tan vago, cual ese maldito informe sobre los desaguisados de las bancas nacionales, para echarlo por tierra y hacer de su vida, rodeada de tan propicios horizontes, una fugacísima llama. Los Talongos, hijo y padre, fautores principales del perpetrado delito, por gobernadores del Banco, han querido rociar con sus asquerosidades á todo el mundo, trayendo á colación epístolas nada menos que del hábil y honradísimo Depretis, en las cuales querían fundar unas demandas de operaciones á los establecimientos de crédito, manipuladas con el propósito de mantener la renta italiana en cotizaciones altísimas y facilitar así muy cuantiosos empréstitos. Dicen los entendidos en esta clase de negocios que dos disposiciones, á primera vista y aspecto favorables para el pueblo, como la doble supresión del curso forzoso de los billetes y del onerosísimo impuesto sobre la molienda, se han convertido en muy graves y muy embarazosos obstáculos al pro común de los italianos y han traído maltrecho á su hoy casi exhausto erario. No entraré yo en tales disquisiciones, propias de quien posee conocimientos superiores á los míos en materia de Hacienda; pero sí diré que las dos propensiones de aquel gobierno, así á una grande influencia extranjera, como á un ingreso en las aventuras y empresas coloniales, han traído este desnivel entre los gastos y los ingresos, en cuyo término abren siempre sus fauces dos monstruos de

tanta y tan insaciable veracidad como la ruina y la bancarrota. Mucho se ha disputado en los últimos días acerca de quién anudó el destino internacional de Italia con el destino de Alemania y Austria, llegando al extremo un senador, tan ilustre como Pierantoni, de recabar para su difunto suegro, muy amigo mío, el gran orador Mancini, tan disputable y disputada gloria. No miro al efecto político de semejante alianza, pero mirando tan sólo al económico, me reitero en afirmar que ha sido realmente desastroso. Así, un hombre de la maravillosa flexibilidad, reconocida por todos en Crispi, se ha visto forzado, después de sus jubileos á la puerta germánica donde antaño tronaba el Júpiter, dispensador del poder y del influjo europeos, á cargar sobre sus hombros una política de graduadas economías, equivalente á un abandono de la triple alianza. Bien es cierto que se ha tratado de hacer pasar á otro el cáliz de amargura y se ha requerido al presidente del Congreso, á Zanardelli, para que intentase y cumpliera la formación de ministerio. Y este Zanardelli, con toda su grande autoridad, con todo su influjo sobre la izquierda, con todas sus tradiciones de patriota, con todo el ascendiente prestado al estadista por un cargo como la presidencia del Congreso, no ha podido formar ministerio y ha dejado tal empeño á un hombre de mayor voluntad y experiencia que él en los negocios, al valeroso y tenacísimo Crispi. Yo me declaro juez muy recusable de los primeros personajes europeos, casi todos ellos muy amigos míos, especialmente los que componen las izquierdas en todos los países. Y Crispi se halla en este caso, pues le debo atenciones sin número y le guardo agradecimiento sin límites. Así, me complazco en reconocerle su exaltado amor patrio, sus innumerables servicios á la causa italiana, lo perspicuo de su inteligencia pene-

trante, lo agudo de su argumentación lógica, lo claro de su palabra meridional, lo profundo de su pensamiento político, lo flexible de su carácter acostumbrado á todas las transacciones y componendas siempre que cedan en bien y provecho de su Italia. Yo á ningún estadista europeo le oí nunca discurrir y disertar sobre los beneficios traídos al mundo por nuestra revolución de Setiembre con la grande alteza de ideas expresadas por Crispi en el banquete dado á mi por los grupos liberales ó progresistas del Parlamento en Roma. Bien es verdad que pertenece Crispi á la falange italiana compuesta de muchos estadistas, casi hispánicos, muy duchos todos en el ejercicio de nuestro idioma y muy enamorados del natural de nuestra patria, como lo fueran Garibaldi, Cialdini, Fanti, con tantos y tantos otros. Mancini mismo, de Nápoles, hacíase lenguas del régimen aragonés en la Italia meridional; y así que de los Borbones, tan aborrecidos allí, se trataba, los atribuía más bien á Francia que á nuestra España. Pero, al reconocer y proclamar todos los motivos de atracción para nosotros, que hallo en la persona de Crispi, he de añadir, sin ofensa para él, y sin debilidad por mi parte, todos los motivos de antiguo y natural despego. No le daré yo en rostro con la inconcebible acusación del radical Clemenceau, cuando le argüía de haberse pasado á la institución monárquica, después de haber sido francamente republicano. Esa política de dogmatismo intransigente no podrá en parte ninguna prevalecer, por contradictoria con el criterio de la sabia experiencia y con el dominio de la viva realidad. No ha pecado Crispi de apóstata por haber admitido una institución que representa el áncora y lastre de cosa tan amable como la nave del Estado italiano, tallada en el árbol de la libertad moderna, henchida en sus velas con todos los

vientos del progreso, y tan deseada y tan querida por todos cuantos amamos el derecho, que la vemos en el espacio, y nos parece discurriendo todavía en el éter de los ideales incumplidos. Lo que no tiene ninguna explicación, ni siquiera evocando el recuerdo de Túnez, lo que no puede admitirse por los cooperadores al humano progreso es que luzca en el centro de nuestra Europa una institución de carácter tan progresivo, como la República francesa, despidiendo, á guisa de sol, tanta luz como calor, y se hayan contra ella sublevado y le hayan opuesto á su desarrollo tanta clase de obstáculos aquellos que debían sentirse unidos en la gran solidaridad republicana que tuvimos durante nuestras comunes prescripciones y nuestras inenarrables desgracias. Y ¿para qué? Para que ahora, ó la victoria de Crispi no signifique nada, reducida de suyo á una mera continuación del ministerio Giollitti; ó la presencia de Crispi anuncie una reconciliación inmediata con Francia, porque se toca lo vacío é inane de las alianzas políticas, cuando no responden á grandes intereses económicos. Todo lo político en Berlín y todo lo económico en París irreductible contradicción para Italia. Por esto la presencia de dos ministros tan significantes por sus ideas, como el de Hacienda y de Fomento, dentro del ministerio Crespi, quiere decir que va en lo interior Italia resueltamente á las economías, y va en lo exterior también resueltamente á una continua y grande amistad con Francia. Lo deseamos de veras cuantos servimos al progreso universal de la humanidad y al triunfo definitivo del derecho.

La situación de Alemania no se aparece á mis ojos muy risueña, pues, aumentadas las fuerzas militares por una mayoría parlamentaria escasísima, cuando ha sonado la hora de arbitrar para el pago de las nuevas

obligaciones los consiguientes recursos, todo se ha vuelto dificultad, mohina, disgusto, acompañados de una intensísima vehemencia en su manifestación colectiva. Bastante bien recibidos los impuestos sobre transacciones bursátiles, no se aceptaron así los impuestos sobre la expendición del tabaco y menos todavía los impuestos sobre los vinos. Del tabaco se dice que ningún pueblo lo necesita como aquél, encerrado por su duro clima en cervecerías, donde le ayuda el humo nicotino al alemán ensueño, y se dice de los vinos que todo impuesto sobre tan rica materia será siempre contrario á la unidad, será un impuesto separatista, por gravar cosechas, sólo posible en tierras del Mediodía, prendidas con alfileres al imperio. Dejemos aparte los fundamentos de las quejas relativas al tabaco y fijémonos en el fundamento de las quejas relativas al vino. Estas aparecen muy graves, muchísimo. En su expresión hay desabrimientos con el Norte de todos los Estados meridionales. Aquella parte más hermosa y más rica de Alemania, la dulce Suavia, el fecundo Palatinado, Baden mismo, las dos orillas del Rhin ceñidas con festones de pámpanos, protestan á una del gravamen sobre su áureo néctar, que turba la producción más importante y cuantiosa del Mediodía, por encadenar al Norte Alsacia y Lorena con grillos de aceradas bayonetas. Ya, en el Parlamento bávaro, un diputado patriota señaló las nubes amontonadas en el horizonte de la unidad germana por las muchas heridas abiertas en los productos al golpe de las excesivas contribuciones y lo mucho que todo ello dificultaba la unidad interior. Pero, donde ha llegado la mala inteligencia de los Estadillos particulares y el Estadote central á punto de discordia ruidosísima es en Stuttgart, hermosa capital del reinecillo de Wutemberg, muy cosechero de Rhin deliciosísimo. Ya este otoño estalla-

ron dificultades entre alemanes del Norte y suavos del Mediodía. Con pretexto de faltar heno, á causa de la sequía en sus praderas, no dejaron éstos á las maniobras del ejército imperial, en otoño, ni desahogo, ni espacio; y con pretexto de si el ministro de la Guerra en Stuttgart debía pertenecer al pueblo del Mediodía ó al pueblo del Norte, se han armado crisis resueltas en componendas que han recrudecido la discordia y sembrado en el suelo gérmenes de intensos mutuos odios para lo futuro. Y á tantas dificultades, que podríamos llamar externas, únese la dificultad interna del abierto combate hoy declarado por las aristocracias territoriales al emperador y al canciller en los debates parlamentarios mantenidos á la ocasión de las concesiones hechas, según ellas, á Rumanía y España en los últimos tratados. Con decir que una crisis ministerial hubiera estallado y elcanciller supremo hubiera caído sin el auxilio de los socialistas, quienes dieron veinte votos de mayoría con sus sesenta votos contados al gobierno, está dicho todo; y con añadir que, durante las incidencias de tal guerra parlamentaria, tronó Caprivi contra las clases conservadoras, arguyéndoles de un egoísmo y de un amor á sus privilegios, capaces de producir con su letal ejemplo las protestas y los excesos anarquistas, hay materia suficiente para comprender cuán exacerbadas están en Alemania las pasiones, y cuán inminentes son allí los peligros.

Gravísimas dificultades en Inglaterra también. Los conservadores, triunfantes dentro de la Cámara patricia, quien, por este carácter mismo de privilegio y exención, apenas cuenta en las crisis que cambian los gobiernos y transmutan la política, se han atrevido á luchar donde una victoria patente habría de obtener grandísima eficacia, en la Cámara de los Comunes. Y, aunque nunca obedecieron

á móviles tan egoístas como los móviles de ahora, y nunca trabajaron para su provecho colectivo como en la ocasión de ahora, echáronselas de generosos, y emprendieron su batalla en asunto de tan puro carácter nacional, como el aumento de la marina inglesa para la conservación de su antiguo predominio sobre los mares, en sentir suyo superado por las dos escuadras, moscovita y francesa, juntas en los mismos intereses por un pacto difundido á campana herida y soldador de ambos cuerpos militares, quienes componen por esta soldadura un formidable organismo de guerra y de conquista. Nada menos que todo un almirante, Hamilton, ha emprendido esta obra de sumar nuevas fuerzas navales á las presentes fuerzas británicas, abriendo, abroquelado tras un ostentoso patriotismo, en el presupuesto enorme agujero y en el ministerio enorme brecha. Y movido por la impaciencia del triunfo sobre las huestes ministeriales; y librando fundadísimas esperanzas en el candor de los diputados, formuló su proposición, y la sometió inmediatamente al juicio de la Cámara para conseguir su inmediata indeclinable aceptación. A cualquier otra Cámara, menos experta, sobrecogiérala semejante maquiavélica maniobra, y acaso mordiera en el bien cebado anzuelo; pero la Cámara inglesa, madre de los Parlamentos modernos, cuenta demasiados siglos de vida para dejarse sorprender así, no respondiendo como requería el caso: «á otro perro con ese hueso». En primer lugar, hay mucho que decir acerca de la decantada inteligencia entre moscovitas y franceses; en segundo lugar, toda manifestación de amistad entre ambas fuerzas va unida con unas protestas tales de amor á la paz europea, que le roban su importancia bélica; en tercer lugar, aun reunidas las dos escuadras, tienen nueve acorazados menos que la escua-

dra británica, señora de los mares hace mucho tiempo, y superior, no sólo á esos dos ejércitos navales, á cuantos puedan reunirse por todas las naciones civilizadas en el viejo mundo. Ningún miedo había en los proponentes á la inferioridad marítima de Inglaterra; ningún recelo tampoco de topar con unos pueblos tan dementes que se arrestasen á una empresa tan vana como la de romper en manos de Inglaterra su viejo y poderoso tridente; lo que había, demostrado por toda clase de pruebas, era, no el recóndito intento, el manifiesto y clarísimo, de cerrar con el ministerio en un campo, donde tenía de contrario el sol británico, y derribarlo allí en los Comunes, ya que no fuera posible ni siquiera malherirlo en los dos votos contrarios de los Lores al gobierno autonómico de Irlanda, y al deber de los fabricantes en las desgracias acaecidas á los jornaleros de sus fábricas. Pero ¿quién coge á Gladstone desprevenido? En vigilia y acecho; columbrando todas las nubes del aire y percibiendo todos los rastros de sus perseguidores; acechando para burlarlos aquellos duros golpes que amagan su cabeza, como general en castillo sitiado, desconcertó el gran hombre todas las sorpresas y repelió todos los asaltos. Creíanle tan cándido los torys, que no presentaría la cuestión de gabinete, dejando sus huestes atomizarse al reclamo del patriotismo, para que sirviesen incautas con la bondad propia la maldad ajena. Mas Gladstone, avisadísimo y experto, de inteligencia tan perspicua y penetrante para comprender las dificultades, como de voluntad robusta y firme para desvanecerlas, después de haber contestado en admirable improvisación á todos los argumentos y después de haber todas las cifras rectificado, planteó la cuestión de confianza y exigió un voto inmediato. Moviéronse á su voz de oro los ánimos; alzáronse los directores de las fracciones diversas en busca de

sus respectivas huestes; y reunidas éstas, corrieron cada cual por su lado á tan estruendoso encuentro entre la reacción y la democracia, resultando, en el término de todo ello, una victoria más para el derecho de la humanidad y un lauro más en las sienes del sublime anciano que lleva unido su nombre á todas las grandezas de su patria.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

En España y fuera de España atraviesa la literatura dramática por un período tal de tanteos y vacilaciones, que imposible es calcular cuál habrá de ser á la postre la dirección definitiva que los autores hayan de emprender en este final de siglo, en que todo lo que existe tiende á transformarse y en que la sociedad, hastiada de cuanto tuvo por bueno y gustoso, apetece sorpresas ó persigue con ansia novedades. Andan por todas partes los modernos dramaturgos buscando caminos no hollados y ensayando nuevos moldes: creen unos que el drama ha de plantear, por medio de artificiosos símbolos, los grandes problemas filosóficos; piensan otros que ha de ser la escena reproducción exacta de la vulgaridad de la vida, y son muchos los que pretenden convertir las tablas del escenario en una mesa de disección, en la cual, el escritor, á guisa de profesor anatómico, diseque fibra por fibra, ó célula por célula, el corazón y el cerebro de tal ó cual complicado personaje. Si hubiera de establecerse una clasificación de las modernas comedias, en vez de la división en pastoriles, de santos, de capa y espada, etc., etc., adoptada por la preceptiva de otro tiempo, habría que distri-

buir las en metafísicas, psicológicas, patológicas, psiquiátricas, etc., que de todo ello hay en las tentativas dramáticas de la novísima literatura.

A decir verdad, ninguna de estas tendencias, por lo menos en España, ha logrado triunfar todavía en el teatro; los esfuerzos de los más privilegiados ingenios no han acertado á producir más que ensayos; si por acaso consiguieron triunfos pasajeros, no lograron conmover ni entusiasmar al gran público, á ese público que cincuenta años ha, se entusiasmaba ante las brillantes creaciones de Zorrilla, ante las poéticas idealidades de García Gutiérrez, ante las hondas y castizas concepciones del duque de Rivas. Estos autores sacaban su obra de su propia sustancia, nos revelaban su modo de sentir y entender la belleza, nos ponían su alma delante de nuestros ojos, y en vez del intento de sorprender y deslumbrar á los espectadores, aspiraban á expresar, á exteriorizar su individualidad poética. Eran, además, populares en el buen sentido de la palabra; en sus dramas laten los sentimientos y los ideales colectivos de nuestro pueblo y de nuestra raza: la tradición, la patria, la leyenda, el carácter y las costumbres nacionales; cuanto vive en el alma del pueblo y tiene sus raíces en el corazón de la muchedumbre, tenía en ellos su cantor, y en el teatro su templo. Por último, eran poetas; no se proponían estudiar, ni analizar, ni resolver problemas, sino expresar la belleza que latía en sus almas inspiradas. Hoy sólo con notoria impropiedad puede llamarse al escritor de comedias *poeta* dramático. Quizá estorbe la poesía al teatro moderno. Por de pronto, el verso, que desde Lope hasta los tiempos de Moratín fué el lenguaje exclusivo de la escena (*La Dorotea* es más bien una novela celestiniana, que una verdadera comedia), casi ha desaparecido por completo del teatro; el lirismo que

tanto abunda en los dramas españoles, las brillantes imágenes, las metáforas extensas, los conceptos artificiosos, los ingeniosos discreteos, las pasiones heroicas, los afectos sencillos, los caracteres poéticos, todo ello, que era gala y gentileza de nuestro teatro, ha caído, según la opinión de respetables autoridades, en el descrédito, y yace arrumbado en el polvoriento desván donde se enmohecen, deslustran y apolillan las bruñidas corazas, los penachos temblorosos, las recamadas dalmáticas y los acicalados aceros que constituyeron hasta ha poco la indumentaria de nuestros actores. Al recordar estas pasadas glorias dramáticas, al pensar en los galanes y damas de nuestra escena, en las intrigas de nuestras comedias, en el rumbo y boato de su estilo, y en las primorosas filigranas de su lenguaje, vienen á la memoria los conocidos melancólicos versos de Jorge Manrique:

qué fué de tanto galán,
qué fué de tanta invención
como trujeron.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

Quizá correspondiese aquella literatura dramática á un ideal ya fenecido; pero en la vida, como en el arte, nada hay tan triste como contemplar el sepulcro olvidado en que reposa para siempre lo que fué un día objeto de nuestros amores. Sin embargo, en el mundo de la belleza los muertos resucitan... testigo, el Renacimiento.

Hoy el teatro aspira, no sólo á la imitación de la vida presente y á la reproducción casi literal del lenguaje y del estilo usuales y de las costumbres modernas; se propone además, como dije antes, analizar los más complicados fenómenos del pensamiento, las más graves cuestiones de la psicología y aun los más hondos misterios de la fisiología y de la patología, tales como la ley de la herencia, el atavismo,

la locura, la responsabilidad ó irresponsabilidad criminal, y otros no menos difíciles y complejos problemas, muchos de ellos sin resolver aún por las ciencias modernas. Con solo mentar aquellos nombres, se comprende cuán difícil ha de ser que el público, en el amplio sentido de la palabra, se interese por semejantes cuestiones. A lo más habrá para esas tentativas dramáticas unas cuantas docenas de espectadores como los que acuden al *teatro libre* de París, ó como aquellos que en tiempo de Nerón se reunían en casa de Séneca, para oír la lectura de las tragedias del poeta cordobés. El gran público no acude todavía á esas fiestas más bien de ateneo ó de academia que de teatro. *Realidad*, drama eminentemente metafísico, en el que Galdós, una de las más altas inteligencias de la España contemporánea, presentó la insignificancia de nuestras pasiones y la pequeñez de nuestra vida terrena en presencia de la *realidad absoluta*, ofreciendo como consuelo á nuestros dolores de aquí abajo la gran esperanza basada en el fundamento de una conciencia honrada, pasó ante los ojos de los espectadores, aun de muchos que alardean de agudos, como un enigma sin explicación, cuando más, como un jeroglífico de hermosas figuras, pero de recóndito é ininteligible sentido. El drama *Siempre en ridículo*, de Echegaray, drama en que se personifica de manera magistral el pesimismo de nuestro tiempo, y en donde el bien impotente para luchar, es vencido y arrojado de la tierra, cayó entre la indiferencia del público, y á pesar de su grandeza y de sus bellezas admirables, nadie, que yo sepa, ha tratado de sacarle del panteón adonde fué á sepultarse pocas noches después de su estreno. De los poetas de menor cuantía, ¡cuántas intentonas infructuosas podría citar! ¡Cuántos análisis, cuántas teorías sociológicas, cuántas filosofías se han disipado ante los bostezos y murmu-

llos de los aburridos espectadores! Los tanteos hechos hasta ahora en busca de nuevos derroteros resultan infructuosos. El teatro viejo podrá haber muerto, pero el nuevo no ha nacido todavía. Los únicos alumbramientos de la moderna dramática han sido abortos.

En Echegaray, el primero de nuestros autores dramáticos y muy superior á los que en el extranjero pasan por excelentes, se sintetiza de una manera admirable la situación presente de nuestro teatro. Romántico por temperamento y por carácter, Echegaray vino á condensar en su cerebro privilegiado los últimos resplandores del romanticismo moribundo, de aquel romanticismo que caminaba á su ocaso al mismo tiempo que su gran pontífice Víctor Hugo, agobiado por los años y por la misma pesadumbre de su gloria, avanzaba hacia su sepulcro. Sus primeras comedias fueron como los brotes inesperados de un tronco en apariencia seco. Cierto que faltaban en ellas la espontaneidad y frescura que se advierten en las obras de los primeros románticos; el entusiasmo poético del autor era no de corazón, sino de cabeza; pero ¡cuán gallarda se mostraba la musa romántica de Echegaray en *La Esposa del vengador*, *En el puño de la espada*, *En el seno de la muerte*, en *La Muerte en los labios*, *En el pilar y en la cruz*, en *O locura ó santidad*, en *El Gran Galeoto!*... El desorden de la pasión delirante, lo extraordinario de los afectos, lo irresoluble de los conflictos, el conceptismo de los pensamientos, la lujuriosa abundancia del estilo, la variedad de la versificación, presentaban al gran dramaturgo como al galvanizador de nuestro teatro romántico, que volvía á la vida con todos sus defectos pero también con todas sus grandezas, y singularmente con cierta tendencia filosófica muy del gusto de nuestra época.

El mundo que en aquellas primeras obras evocaba

Echegaray, no era este prosaico en que vivimos, era aquel otro fantástico, poético, soñado, en donde viven la vida del arte la poética Inés de Zorrilla, el enamorado Manrique, el desdichado Don Álvaro. Los asuntos eran grandes, símbolos los caracteres, enormes las pasiones, trágica la impresión que en el ánimo del público producían. Con razón pudo exclamar Revilla, el crítico que mejor ha juzgado á Echegaray, al estudiar una de sus obras: «El final de *La Esposa del vengador* es un esfuerzo poderoso de genio que supera á cuanto en estos últimos años hemos visto en el teatro y puede competir con los rasgos más inspirados de Calderón ó Shakespeare.»

Pero el rico raudal de la inspiración del eminente dramaturgo ha abandonado su primitivo cauce. Pocas cosas hay tan sorprendentes como ver al autor de *En el seno de la muerte*, pretendiendo ser naturalista á la manera de Ibsen ó metódicamente razonador á la manera de Dumas. Sin duda, ha pensado «el romanticismo ha muerto», y sobre la tierra que cubre aquél gran cadáver, intenta cultivar ahora la planta exótica que la moda acaba de traernos; mas la savia del arte romántico brota al través de la tierra que le cubre, y mezcla sus flores y sus hojas con las hojas y flores de la planta nueva, produciendo un conjunto híbrido, de elementos contradictorios. En *Mariana*, lo mismo que en *A la orilla del mar*, al través de la llaneza y del realismo á que él autor aspira, brotan á cada paso situaciones, caracteres, imágenes y frases que parecen propias de los dramas más exageradamente fantásticos. Echegaray pretende estar en la realidad, quiere andar con pie firme por ella; mas como el meteorólogo de su última comedia, va mirando al cielo del romanticismo, y da mil tropezones y traspiés en el suelo de la realidad.

A ningún autor le es concedido para sus obras esa es-

pecie de hibridismo. Tiene libertad absoluta para plantear su drama en el mundo que mejor le acomode, en la tierra ó en el cielo, en los espacios de la fantasía ó en los de la realidad; pero una vez sentadas por él las premisas, la lógica, *que es*—como atinadamente afirma Zola—*la primera entre las fuerzas dramáticas, se impone*. Querer que hablen los seres reales como los quiméricos, ó que los quiméricos procedan como los reales, es privilegio que no se concede al escritor: el teatro no tiene derecho al absurdo.

Pero aún hay más. La tendencia analítica que Ibsen ha intentado en la mayor parte de sus dramas, y principalmente en *Hedda Gabler*, no cabe en el teatro español por razones basadas en la psicología de nuestra raza. Supone el análisis, prolijidad y minuciosidad tales, una suma de hechos y un examen tan complejo de múltiples y complicadas causas, que no ya el drama, pero ni la misma novela los consiente sin incurrir en aridez. La obra dramática ha de ser sintética por su naturaleza, por el carácter de la representación rápida, por las exigencias de la atención interesante. Por otra parte, todo arte tiene límites propios que el artista no puede ni debe traspasar: la escultura decae cuando trata de usurpar los procedimientos de la pintura, bastardéase ésta cuando quiere penetrar en los dominios de la acción dramática, y el drama se convierte en novela ó en diálogo filosófico cuando el autor trata de investigar menudamente las complicadas y oscuras profundidades del espíritu. Estas se manifiestan, no á la luz de la linterna filosófica, sino al resplandor de los relámpagos del genio. Una frase le basta á Shakespeare para pintar un carácter. La exclamación de Macbeth después de matar á su rey, «He asesinado el dueño», expresa más que cuanto pudiera decirse en una larga disquisición psicológica; el *¿Nada más?* con que Ofelia contesta á las palabras en que su hermano le

describe el carácter de los amores de Hamlet, es un retrato completo del alma candorosa de la desgraciada hija de Polonia. Algo de esto hay también en Tirso y Calderón. En las primeras escenas de *El Burlador de Sevilla*, Don Juan Tenorio, al verse sorprendido por el rey de Nápoles en el cuarto de Isabela, contesta á la pregunta del monarca:

«¿Quién ha de ser?
Un hombre y una mujer».

Y bastan con estas sencillas palabras para que conozca el público qué clase de hombre es aquél que el autor le presenta. No pintan mejor el carácter del legendario personaje las quintillas famosas de la *Hostería del Laurel* en el drama de Zorrilla. Podrían amontonarse aquí centenares de ejemplos.

A la orilla del mar es una nueva tentativa hecha por el Sr. Echegaray en este camino del análisis en el teatro; el autor ha querido mostrarnos en Valentina el carácter de una mujer un poco extravagante, como Mariana, algo mística, y de exquisita y refinada naturaleza. Este personaje es la piedra angular del drama, el objeto en que convergen todas las demás figuras, y el motivo de todos los incidentes y peripecias de la acción. Su carácter es perfectamente verosímil: ama con arrebatada pasión á Leoncio, pero resiste á su amor; desea caer en brazos de su amante, pero huye de él; tiene en su mano la felicidad, y la deja escapar, ó, mejor dicho, la arroja lejos de sí por cierto sentimiento en que se mezclan el orgullo, la influencia social, la educación, los sentimientos religiosos y cierta aspereza un poco bravía, elementos todos de que está amasada el alma de Valentina. Nada más humano que estas contradicciones: los caracteres no se pueden expresar por

líneas rectas, sino por líneas ondulantes; querer y no querer, caer y levantarse, *pecar y hacer penitencia*, esperanza y desfallecimientos, súbitos impulsos de amor y repugnancias inexplicables, rectificaciones continuas... tales son los múltiples componentes que se funden en el crisol de donde salen las almas. El precepto de Horacio relativo á los personajes artísticos no puede tomarse ya en todo su rigor: los caracteres modernos son mucho más complejos que los de la antigüedad clásica; y quien intentase entre nosotros resucitar aquellas grandes figuras heroicas, no se contentaría con presentar á Medea solamente feroz é implacable, ni á Ino siempre llorosa, ni á Ixión siempre pérfido, ni á Ió siempre vagabunda, ni á Orestes siempre triste... sino que, como Shakespeare en su Hamlet, intentaría darnos á conocer la interna y vacilante contradicción del espíritu humano.

El carácter de Valentina es perfectamente verosímil, y, sin embargo, el público no lo ha entendido; el análisis hecho por el autor ha resultado insuficiente; y cuando en el epílogo de *A orillas del mar* la protagonista huye con su amante, pobre y herido, á quien antes había despreciado, la mayor parte de los espectadores creen ver una inconsecuencia y no lo que el autor ha pretendido y lo que en rigor es una consecuencia lógica del carácter. En una novela todo esto hubiera podido explicarse, en el drama no ha sido posible. El público no hubiera podido resistir las largas disquisiciones que quizá serían menester para que la explicación psicológica fuese completa. Y, sin embargo, ¡cuántas finas observaciones, cuántas delicadezas ha sabido mostrarnos Echegaray en el carácter de Valentina! ¡Cuán bien nos lo da á conocer el relato de sus travesuras infantiles con Leoncio! ¡Con qué honda penetración, aunque

no muy verosímil, explica qué es lo que la lleva hacia Leoncio y qué es lo que de él le aparta! ¡Cuán humano y propio del alma esforzada de la joven el aceptar el desafío de su amante desdeñado yendo á visitar su barco! ¡Cuán real es aquella duda que asalta el ánimo de Valentina cuando, después de haber leído la carta que Leoncio le envía, teme no haber contestado afirmativamente al mensajero! Adivinaciones son éstas, como otras muchas que la obra contiene, concedidas sólo por Dios á inteligencias superiores.

Los otros personajes son mucho más borrosos que Valentina. Leoncio, lejos de ser un calavera perverso y pervertido, es una especie de Don Quijote capaz de hacer por su Dulcinea más locuras que por la del Toboso hizo el caballero de la triste figura. Su única especialidad es tener un *yatte*; el público le aplaude porque el actor que representa el personaje grita, y sabido es que en el teatro, como fuera del teatro, tiene más razón quien grita más alto. Los demás caballeros y señoras que entran, salen, murmuran, van al *yatte* y toman el fresco, son de todo punto inútiles; como no sirven de nada en la acción, no interesan; por regla general estorban. Aquellas caricaturas de sabios que pasan por la escena glosando lo que con más gracia dijeron ya los doctores de *El Rey que rabió*, resultan caricaturas impropias de la seriedad de la comedia. Sus necedades científicas son inaguantables, casi tanto como el señor de las neuralgias. Todos estos personajes aspiran á ser cómicos, pero resultan grotescos.

De todos modos, la obra hubiera tenido un éxito lisonjero á no ser por el epílogo. Las entradas y salidas de Valentina, el encuentro de los sabios, la huida de Leoncio, la persecución de la policía y las lamentaciones de su amada, constituyen un conjunto poco artístico, monótono y

desagradable. Cuando después de aquel apéndice añadido por el Sr. Echegaray cae el telón, los muchos aciertos que el drama contiene han sido olvidados por el público, y la obra tan superior á pesar de sus defectos, á tantas otras que han obtenido los honores del triunfo, deja entre los espectadores tal impresión de frialdad, que explica en cierto modo lo severamente que fué juzgado el drama la noche del estreno.

F. F. VILLEGAS.

OBRAS NUEVAS

- Academia (Real) de ciencias morales y políticas. Memorias. Tomo 7.º En 4.º, 646 páginas.—10 pesetas.—Contiene: La cuestión monetaria, por R. Fernández Villaverde.—Constitución política de Aragón en el año 1300, por D. V. de la Fuente.—La ciencia penal, por F. Vida.—La talla para el servicio militar, por Figuerola.—El Código civil del Estado de New-York, por M. Salvá, etc.
- Academia Española (Real). Antología de poetas hispano-americanos, publicada por la Real Academia Española, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Tomo II. Cuba, Santo Domingo, Puerto-Rico y Venezuela. En 4.º, CLXXXVIII-631 páginas.—10 pesetas.
- Almanaque de la familia cristiana para el año de 1894. En 4.º, 86 páginas.—0,75 pesetas.
- Almanaque de «La Ilustración» para el año de 1894. En 4.º mayor.—2 pesetas.
- Azcárate (G. de).—Discurso leído el día 10 de Noviembre de 1893 en el Ateneo científico y literario de Madrid, con motivo de la apertura de sus cátedras. En 4.º, 71 páginas.—1 peseta.
- Barbé (D.).—Lourdes. Ayer, hoy, mañana. En 4.º—3 pesetas.
- Barbey D'Aureville (J.).—Venganza de una mujer. 345 páginas.—3 pesetas.—Tomo 110 de la «Colección de libros escogidos».
- Barrio y Mier (M.).—Historia general del derecho español. Entregas 1 á 13.—Cada entrega 0,50 pesetas.—Biblioteca del estudiante de derecho, publicada por D. Manuel Feltrer.
- Bas y Moró (F.).—Contestaciones sintéticas dadas al programa publicado por la Dirección general de Correos y Telégrafos.—5 pesetas.
- Belda y Morales (R.).—Conocimientos útiles y prácticos: fabricación de barnices, etc.—1 peseta.
- Blavatsky (H. P.).—La clave de la teosofía; exposición clara en forma de preguntas y respuestas de la ética, ciencia y filosofía, para cuyo estudio ha sido fundada la Sociedad Teosófica; con un abundante glosario de términos teosóficos.—4 pesetas.
- Boado y Castro (J.).—Los fusiles modernos en Austria-Hungría. Estudios y experiencias.—En 4.º mayor.—6,50 pesetas.
- Boissarie.—Lourdes; historia médica 1858 á 1893. En 8.º, 448 páginas.—2,50 pesetas.
- Boulet y Bousquet.—Tratado de patología externa, por los doctores Boulet y Bousquet. Cuaderno 2 á 7. En 4.º, con grabados.—Cada cuaderno 1 peseta.—La obra constará de 60 cuadernos.
- Brecarelli (D. M.).—Manual de la cocinera española y americana. En 8.º, 166 páginas.—1 peseta.
- Buen (O. de).—El conflicto de Melilla y la cuestión hispano-marroquí. En 8.º, 40 páginas.—2 pesetas.
- Calendario religioso para el año de 1894. En 12.º, 96 páginas.—0,25 pesetas.
- Canta Claro.—La elocuencia de los números. En 8.º, 238 páginas.—2,50 pesetas.
- Cardenal.—Manual práctico de cirugía antiséptica. En 4.º Cuaderno 1.º (páginas 1 á 32).—1 peseta.
- Caro (E.).—Nuestras costumbres literarias. En 8.º, 293 páginas.—3 pesetas.—Tomo 102 de la «Colección de libros escogidos».
- Ceballos y Mier (Fr. F.).—La falsa

- filosofía, ó sea el deísmo refutado en todas sus hipótesis, principalmente en el materialismo, ateísmo y racionalismo. — Tomo 2. Cuadernos 59 á 65 (páginas 273 á 384). Cada cuaderno 0, 25.
- Cervantes (M. de). — Entremeses. En 12.º, 175 páginas. — 0,50. — Tomo 134 de la Biblioteca universal.
- Collell J.) — Vida del venerable diácono D. Clemente Riera. En 8.º. xxiv-264 páginas. — 2,50 pesetas.
- Delorme Salto (R.) — Los aborígenes de América. En 4.º, xvi-232 páginas. — 3 pesetas.
- Descleza (S.) — ¡¡A Marruecos!! Apuntes acerca del territorio de este Imperio y de la campaña de 1859 á 1860. En 8.º, 31 páginas y 4 croquis. — 1,50 pesetas.
- Dumas (A.) (hijo). — La dama de las camelias. — En 8.º, 234 páginas. — 0,50 pesetas.
- Escayola (M.) — Horas perdidas. En 12.º, 208 páginas. — 0,50 pesetas. — Tomo 66 de la «Biblioteca selecta».
- España Moderna (La). — Revista ibero-americana. En 4.º, 209 páginas. — Sumario: La cortina carmesi (novela), por J. Barbey d'Aurevilly. — Amor de mujer (soneto), traducción de Shakespeare, por M. A. Caro. — La cartera de Bixión (cuento), por Alfonso Daudet. — El destino del hombre, El progreso, por John Lubbock. — La obra maestra del crimen (cuento), por Juan Richepin. — Namuna (conclusión), cuento oriental de Alfredo de Musset, traducción de Guillermo Belmonte Müller. — Madama de Pontivy, por C. A. Sainte-Beuve. — El atavismo moral, por G. Tarde. — La gallina chasqueada (soneto), traducción de Vaniere, por M. A. Caro. — Recuerdos de mi infancia, por el conde León Tolstoy. — Incumbencias de la crítica en la actualidad, por Mateo Arnold. — Reseña crítica del Centenario, por Cesáreo Fernández Duro. — Crónica internacional, por Emilio Castelar. — Impresiones literarias, por F. F. Villegas.
- Fernández (P.) — Almanaque Franciscano para 1894. En 8.º, 240 páginas y un grabado de San Francisco. — 0,50 pesetas.
- Fernández Ferraz (J.) — Colombinas. En 8.º mayor, 79 páginas. — 4 pesetas.
- Fernández Miguel (F.) — Contestaciones al programa del tercer ejercicio para las oposiciones á ingreso en el Cuerpo de Correos. En 4.º, 73 páginas. — 1,50 pesetas.
- Gallardo y Martínez (A.) — El derecho interregional español y el Código civil. En 4.º, 31 páginas. — 1 peseta.
- Gamboa (F.) — Impresiones y recuerdos. En 8.º, 377 páginas. — 4 pesetas.
- Garau (F.) — El purgatorio: tratado ascético. En 12.º, 130 páginas. — 0,40 pesetas.
- García Alvarez (J. M.) — Nociones razonadas de literatura, técnica ó arte literario. En 4.º, 493 páginas. — 7 pesetas.
- Gil y Robles (E.) — Ensayo de metodología jurídica. En 8.º, xv-223 páginas. — 3 pesetas.
- Gómez de la Mata (F.) — Tratado teórico-práctico de enfermedades de la garganta (faringe y laringe). En 4.º menor, 443 páginas. — 7 pesetas.
- González Marti (M.) — Manual del forjador herrero y cerrajero. En 8.º, 275 páginas y dos cuadros. — 1,50 pesetas. — Volumen 102 de la «Biblioteca enciclopédica popular ilustrada.»
- Guía oficial para los viajeros de los ferrocarriles de España, Francia y Portugal y los servicios marítimos. Año 28. Noviembre de 1893. En 8.º, 24-12-x-143 páginas, un mapa y 106 páginas de anuncios. — 0,50 pesetas.
- Hazañas y la Rúa (J.) — Génesis y desarrollo de la leyenda de Don Juan Tenorio. En 8.º, 48 páginas. — 1 peseta.
- Heredia (M. de) — Versos y prosa. En 12.º, 258 páginas. — 4 pesetas.
- Hernández y Fajarnés (A.) — Principios de Metafísica. Cosmología. En 4.º, 1.033 páginas, encuadernado en tela. — 12,50 pesetas.

- Hernández y Montes (R.)—Tardes de invierno. En 8.º, 295 páginas.—2 pesetas.
- Indicador oficial de los caminos de hierro, publicado bajo la dirección de D. Enrique de Latorre. Año XXIV. Noviembre del 1893. En 8.º, xv-194 páginas, un mapa y anuncios.—0,50 pesetas.
- Jazmín (F.)—El lenguaje de las flores y el de los colores, adicionado con el de la sombrilla y pañuelo, emblemas de las flores y colores, el valor real que tienen los ojos negros y los azules. En 8.º, 217 páginas.—3 pesetas.
- Juego de pelota (teoría del) al alcance de todos, por X. En 8.º, 97 páginas y 2 láminas é indice.—1 peseta.
- Lioy (A.)—La nueva escuela penal; exposición popular, por Alejandro Lioy. En 8.º, 164 páginas.—2 pesetas.
- López Pelaez (A.)—El darwinismo y la ciencia. En 8.º menor, 154 páginas.—1 peseta.
- Marín Perujo (A.)—El estreñimiento, sus causas, sus consecuencias, su tratamiento por los medios más naturales y sencillos. En 4.º, 24 páginas.—1 peseta.
- Marvá y Mayer (J.)—Mecánica aplicada á las construcciones. En 4.º, xviii-1.336 páginas y Atlas con 55 láminas.—36 pesetas.
- Mary (J.)—En pos de la dicha. En 8.º, 302 páginas.—2 pesetas.—Tomo 35 de la «Biblioteca selecta contemporánea».
- Mathieu. — Neurastenia (agotamiento nervioso). En 8.º, 251 páginas.—3,50 pesetas.
- Moles y Pons (M.)—Contestación al programa de elementos de Geografía universal para las oposiciones de ingreso en el Cuerpo de empleados de Correos. En 8.º, 47 páginas.—1,50 pesetas.
- Nitti (F.)—El socialismo católico, por Francisco Nitti. En 4.º, xxxiv-371-xlv páginas.—6 pesetas.
- Oficio de Nuestra Señora (en latín), según la reforma de San Pío V y Urbano VIII, con las rúbricas en español. En 12.º, 572 páginas.—2 pesetas.
- Olivié (M.)—Aspiraciones nacionales de España. Marruecos. En 4.º, 322 páginas.—4 pesetas.
- Orio y Rubio (M.)—Ligero estudio sobre los verbos pronominales. En 8.º menor, 81 páginas.—1 peseta.
- Peña y Fernández (M.)—Piadosas consideraciones y devotos ejercicios. En 8.º, 200 páginas.
- Pina Dominguez (M.)—González y González; comedia en dos actos y en prosa. En 8.º, 53 páginas.—1,50 pesetas.
- Presupuestos generales del Estado para el año económico de 1893-94. En folio, 854 páginas.—7,50 pesetas.
- Raulica (V.)—La filosofía cristiana. Contiene: Tomo I. Tratado de los preámbulos de la filosofía.—Tomo II. San Agustín, Santo Tomás, la filosofía cristiana.—Tomo III. Tratado del Alma. El método. 3 tomos. En 4.º, 332-555-704 páginas.—18 pesetas.
- Reparáz (G.)—Marruecos. El Riff. Melilla; peligros, desaciertos de España, urgente necesidad de remediarlos, manera de hacerlo, nociones de política hispano-marroquí. En 8.º, 77 páginas.—1 peseta.
- Rodríguez Villa (A.) — Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D. Antonio Rodríguez Villa, el día 29 de Octubre de 1893, y contestación del Excmo. Sr. Don Marcelino Menéndez y Pelayo. En 4.º mayor, 118 páginas.—3 pesetas.—Tema: Ambrosio Spinola, primer marqués de los Balbases.
- Rogina (J.)—Tratado de cálculos mercantiles. En 4.º menor, x-395 páginas, tela.—9 pesetas.
- Royo Villanova (R.)—Diagnóstico de las enfermedades de las vías digestivas (comprende el hígado y el páncreas). En 8.º, 398 páginas.—4 pesetas.
- Salazar y Quintana (F.)—Elementos de Historia Natural. En 4.º, viii-608 páginas.—10,50 pesetas.
- Salcedo (P.)—Nociones de Aritmética para las escuelas de primera

enseñanza. En 8.º menor, 108 páginas.—1,25 pesetas.

Saldias (A.)—Cervantes y el Quijote. En 8.º, cuatro hojas sin numerar, 277 páginas.—4 pesetas.

Sánchez de Ocaña (R.)—El juego y su penalidad en derecho constituyente y positivo. En 8.º, 80 páginas.—1,50 pesetas.

Sánchez Pérez (A.)—Saltos de liebre; juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.º, 34 páginas.—1 peseta.

Sanz y Macario (J.)—Manual práctico del planchado. En 4.º, 23 páginas y 7 láminas.—2,50 pesetas.

Seminario (M. E.)—La cuestión monetaria en la América española. En 8.º mayor, 274 páginas y una lámina.—5,50 pesetas.

Tarde (G.)—Estudios penales y sociales. En 8.º, 304 páginas.—3 pesetas.—Tomo 109 de la «Colección de libros escogidos».

Terol (R.)—Cartilla de dibujo geométrico destinada á las escuelas de artes y oficios. Parte primera. Atlas. En 8.º apaisado, 2 hojas y 15 páginas de dibujos.—0,50 pesetas.

Tolosa Latour (M.)—El recién nacido ante la ginecología y la pediatría. Discurso leído en la solemne sesión inaugural del curso 1892-93 de la Sociedad Ginecológica Española. En 4.º, 30 páginas.—1 peseta.

Turguenev (I.)—Demetrio Rudin. En 8.º, 314 páginas.—3 pesetas.—Tomo 97 de la «Colección de libros escogidos».

Valle y Serrano (A. M. del.)—Viajes, hazañas y aventuras de un héroe del siglo XIII; novela histórica. En 4.º, 408 páginas.—2,50 pesetas.

Vanlair (C.)—Manual de patología interna. Obra ilustrada con profusión de grabados. En 4.º me-

nor. Cuadernos 1 á 7 (páginas 1 á 448.)—Cada cuaderno 1 peseta.

Vázquez (J. A.)—Compendio de gramática castellana. En 8.º, 200 páginas.—2 pesetas.

Viñaza (C. de la).—Biblioteca histórica de la filología castellana. En 4.º mayor, xxxv-1.112 páginas, á 2 columnas, una hoja de erratas y otra de colofón.—17,50 pesetas.

Zubiaga (R.)—Medios para impedir y corregir, dentro del derecho, la blasfemia contra Dios y las cosas santas. En 4.º, 42 páginas.—0,50 pesetas.

Serrano y Ortega (M.)—Rodrigo de Triana. En 8.º, 71 páginas. (Tirada de 100 ejemplares.)

Sievert Jackson (J.)—Higiene militar. La alimentación del soldado. En 4.º, 87 páginas.—3 pesetas.

Soto y Ardid (J. M. de).—Estudios sobre expropiación forzosa. En 4.º, 82 páginas.—2 pesetas.

Soto Hall (M.)—Dijes y bronce; cuentos y semblanzas. En 8.º, 100 páginas.—2 pesetas.

Sotomayor (G.)—Bebidas alcohólicas y fermentadas. En 4.º, 204 páginas.—3,50 pesetas.

Spencer (H.)—Las instituciones eclesiásticas. Versión directa del inglés, con notas, precedidas de un resumen del sistema filosófico del autor, escrito por él mismo. En 4.º, 301 páginas.—6 pesetas.

Taboada (N.)—La corona de fuego. Leyenda gallega de la Edad Media, en verso. En 4.º, 46 páginas.—1 peseta.

Taine (H.)—El arte en Grecia. En 8.º, 295 páginas.—3 pesetas. Tomo 96 de la «Colección de libros escogidos».

—El ideal en el arte. En 8.º, 315 páginas.—3 pesetas. Tomo 101 de la «Colección de libros escogidos».

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Adán y Eva</i> (novela), por Emilia Pardo Bazán.....	5
<i>Los explosivos</i> , por José Echegaray.....	55
<i>Don José María Quadrado</i> , su vida y sus escritos, por Marcelino Menéndez y Pelayo.....	62
<i>Noticias curiosas</i> , particularidades y anécdotas relativas al «Quijote», por José María Asensio.....	103
<i>La conquista de Melilla en 1497</i> , por Eduardo Ibarra y Rodríguez.....	121
<i>El anarquismo y la defensa social</i> , por César Silió.....	141
<i>El español Blanco White</i> , por W. Gladstone.....	149
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	170
<i>Impresiones literarias</i> , por F. F. Villegas.....	191
<i>Obras nuevas</i>	202



OBRAS DE DERECHO

- Derecho administrativo, por Meyer, 5 pesetas.
Derecho administrativo, 2.º t., por Posada, 5 pesetas.
La Pena de muerte, por Carnevale, 3 pesetas.
El Visitador del preso, por C. Arenal, 3 pesetas.
El Derecho de gracia, por C. Arenal, 3 pesetas.
El Delito colectivo, por C. Arenal, 1,50 pesetas.
El Duelo y el delito político, por Tarde, 3 pesetas.
La Criminalidad comparada, por Tarde, 3 pesetas.
Las Transformaciones del Derecho, por Tarde, 6 pesetas.
La Nueva Ciencia Jurídica, dos grandes volúmenes, 15 pesetas.
La Criminología, por R. Garofalo, 10 pesetas.
Las Víctimas del delito, por Garofalo, 4 pesetas.
La Génesis y la evolución del Derecho civil, por D'Aguanno, 15 pesetas.
La Justicia, por Spencer, 9 pesetas.
La Moral, por Spencer, 7 pesetas.
La Beneficencia, por Spencer, 7 pesetas.
Las Instituciones eclesiásticas, por Spencer, 6 pesetas.
Derecho internacional público, por el B. de Neumann, 6 pesetas.
Derecho internacional privado, por Asser y Rivier, 6 pesetas.
La Casa de los muertos (*La cárcel*), por Dostoyusky, 3 pesetas.
La Novela del presidio, por Dostoyusky, 3 pesetas.
Estudios jurídicos, (dos tomos), por Macaulay, 6 pesetas.
Antropología criminal, por Ferry, 3 pesetas.
Antropología y psiquiatría, por Lombroso, 3 pesetas.
El Suicidio y la civilización, por Caro, 3 pesetas.
El Hipnotismo, por Lombroso, 3 pesetas.
Nuevos estudios de Antropología criminal, por Ferry, 3 pesetas.
Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal, por Lombroso, 3 pesetas.
Estudios penales y sociales, por Tarde, 3 pesetas.
Derecho penal, por A. Merkel.
Derecho político filosófico, por Luis Gumplowicz.
Tratado de las pruebas, por Francisco Ricci.

PERSONAJES ILUSTRES

- | | | |
|--|---|--|
| <ol style="list-style-type: none"> 1. Jorge Sand, por Zola, 1 pta. 2. Víctor Hugo, por ídem., íd. 3. Balzac, por íd., íd. 4. Alfonso Daudet, por íd., íd. 5. Sardou, por íd., íd. 6. Dumas (hijo), por íd., íd. 7. G. Flaubert., por íd., íd. 8. Chateaubriand, por íd., íd. 9. Goncourt, por íd., íd. 10. Musset, por íd., íd. 11. El P. Coloma, por E. Pardo Bazán, 2 pts. 12. Nññez de Arce, por M. y Pelayo, 1 pta. 13. Ventura de la Vega, por Valera, íd. 14. Teófilo Gautier, por Zola, íd. | <ol style="list-style-type: none"> 15. Hartzenbusch, por Guerra, ídem. 16. Cánovas, por Campoamor, ídem. 17. Alarcón, por E. P. Bazán, íd. 18. Zorrilla, por Fernán-Flor, ídem. 19. Stendhad, por Zola, íd. 20. M. de la Rosa, por M. y Pelayo, íd. 21. Ayala, por J. O. Picón, íd. 22. Tamayo, por Fernán-Flor, ídem. 23. Trueba, por Becerro de Ben- goa, íd. 24. Lord Macaulay, por Gladstone, íd. | <ol style="list-style-type: none"> 25. Sainte-Beuve, por Zola, íd. 26. Concepción Arenal, por Pedro Dorado, íd. 27. Heine, por Teófilo Gautier, ídem. 28. Ibsen, por L. Passarge, íd. 29. Taine, por Bourget, 50 céntimos. 30. Bretón, por Molins, 1 pta. 31. Campoamor, por E. Pardo Bazán, íd. 32. Fernán-Caballero, por Asensio, íd. 33. E. Zola, por Maupassant y Alexis, íd. 34. Mouton (Mérimé), por Bergeret, íd. |
|--|---|--|

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS Á TRES PESETAS TOMO

- | | | |
|---|--|--|
| <ol style="list-style-type: none"> 1. Tolstoy, La Sonata de Kreutzer. 2. Barbey d'Aurevilly, El Cabecilla. 3. Tolstoy, Marido y mujer. 4. Wagner, Recuerdos de mi vida. 5. Tolstoy, Dos generaciones. 6. Goncourt, Querida. 7. Tolstoy, El Ahorcado. 8. Turgeneff, Humo. 9. Zola, Las Veladas de Médan. 10. Tolstoy, El Príncipe Nekhli. 11. Goncourt, Renata Mauperin. 12. Barbey, El dandismo. 13 y 14. Daudet, Jack. 15. Tolstoy, En el Cáucaso. 16. Turgenef, Nido de hidalgos. 17. Zola, Estudios literarios. 18. Cherbuliez, Miss Rovel. 19. Renán, Mi infancia y mi juventud. 20. Tolstoy, La Muerte. 21. Goncourt, Germinia Lacerteux. 22. Daudet, La Evangelista. 23. Zola, La Novela experimental. 24. Flaubert, Un corazón sencillo. 25. Turgenef, El Judío. 26. Cherbuliez, La Tema de Juan Tozudo. 27. Stuart Mill, Mis memorias. 28 y 29. Macaulay, Estudios jurídicos. 30. Zola, Mis odios. 31. Dostoyuski, La Casa de los muertos. 32. Zola, Nuevos estudios literarios. 33. Dostoyuski, La Novela del presidio. 34. Tolstoy, El Sitio de Sebastopol. 35. Zola, Estudios críticos. 36 y 37. Campe, Historia de América. | <ol style="list-style-type: none"> 38. Daudet, El Sitio de París. 39. Asensio, Pinzón. 40. Cherbuliez, Amores frágiles. 41. Heine, Memorias. 42. Ferri, Antropología criminal. 43. Ibsen, Casa de muñeca. 44. Goncourt, La Elisa. 45. Lombroso, Antropología y psiquiatría. 46. Daudet, Novelas del lunes. 47. Turgenef, El Rey Lear de la Estepa. 48. Tolstoy, Los Cosacos. 49. Sainte-Beuve, Tres mujeres. 50 y 51. Zola, El Naturalismo en el teatro. 52. Tolstoy, Iván el Imbécil. 53. Ibsen, Los Aparecidos. 54. Balzac, Eugenia Grandet. 55. Ramillete de cuentos. 56 y 57. Renán, Memorias íntimas. 58. Caro, El Pesimismo en el siglo xix. 59. Daudet, Cartas de mi molino. 60. Turgenef, Un Desesperado. 61. Goncourt, La Faustín. 62. Balzac, Papá Goriot. 63. Tolstoy, El Canto del cisne. 64. Coppée, Un idilio. 65. Caro, El Suicidio y la civilización. 66. Taine, Filosofía del arte. 67 y 68. Zola, Los Novelistas naturalistas. 69. Campoamor, Ternezas y flores.—Ayes del alma.—Fábulas. 70. Sofía Gay, Salones célebres. 71. Tolstoy, El Camino de la vida. 72. Lombroso, El Hipnotismo. 73. Ferri, Nuevos estudios de antropología. 74. Taine, La Pintura en los Países Bajos. | <ol style="list-style-type: none"> 75. Tolstoy, Palceres viciosos. 76. Balzac, Ursula Mirouet. 77. Tolstoy, El Dinero y el trabajo. 78. Shopenhauer, Estudios escogidos. 79. Campoamor, Doloras y humoradas. 80. Turgenef, Primer amor. 81. Tolstoy, El Trabajo. 82. Tesoro de cuentos. 83. César Lombroso, Aplicaciones judiciales y médicas. 84. Sardou, La Perla negra. 85. Tolstoy, Mi confesión. 86 y 87. Zola, El Doctor Pascual. 88. Kropotkin, La Conquista del pan. 89. Turgenef, Aguas primaverales. 90. Tolstoy, Los Hambrientos. 91. Cherbuliez, Paula Meré. 92. Ferrán, Obras completas. 93. Cherbuliez, Meta Holdenis. 94. Tolstoy, ¿Qué hacer? 95. Idem, Lo que debe hacerse. 96. Taine, El Arte en Grecia. 97. Turgenef, Demetrio Rudin. 98. Gautier, Las Bombas prusianas. 99. Lubbock, La Vida dichosa. 100. Daudet, Tartarín en los Alpes. 101. Taine, El Ideal en el arte. 102. Caro, Costumbres literarias. 103. Taine, Nápoles. 104 y 105. Idem, Roma. 106. Idem, Florencia. 107. Idem, Venecia. 108. Idem, Milán. 109. Tarde, Estudios penales y sociales. 110. Barbey d'Aurevilly, Venganza de una mujer. 111. Balzac, César Birotteau. 112. Idem, La Quiebra de César Birotteau. 113. Tolstoy, Mi infancia. 114. Idem, Mi juventud. |
|---|--|--|